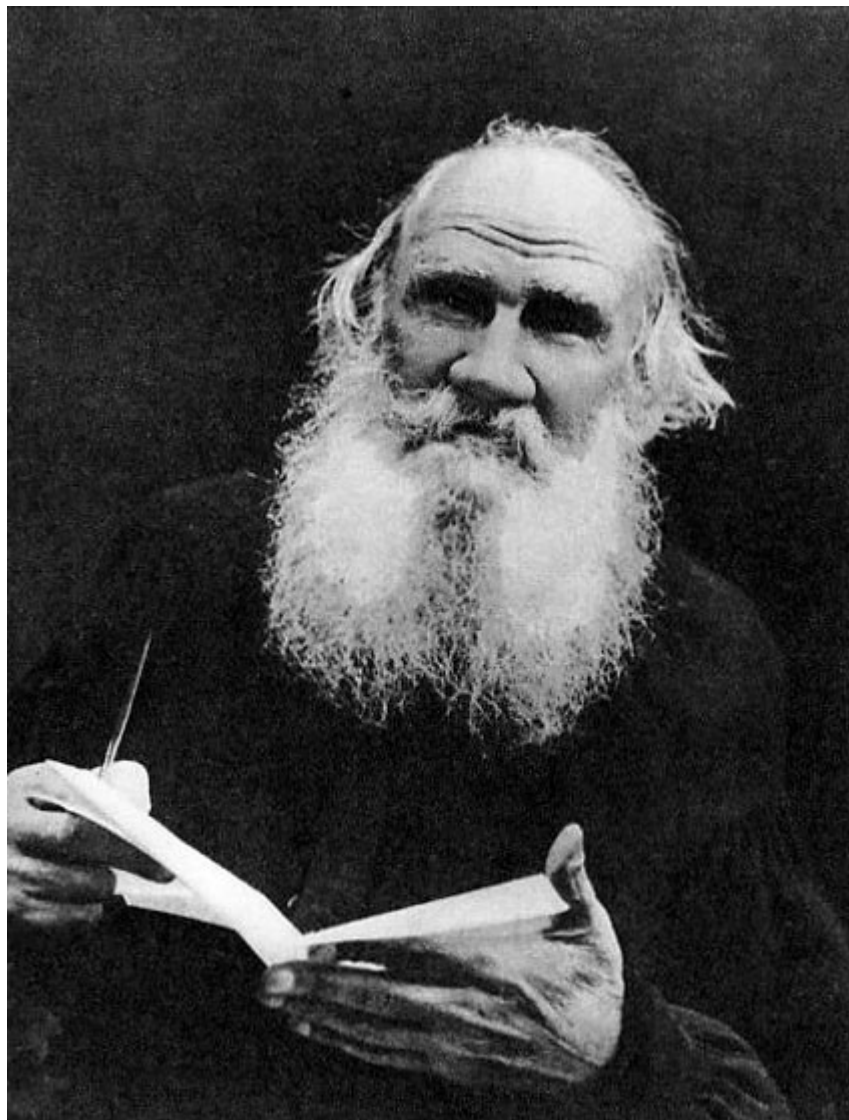


EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

O

*Visión del cristianismo no como una religión
mística sino como una nueva teoría de vida¹*



1 N. T2: El título también se puede traducir como “*El Reino de Dios está en vosotros*” o en “*ti*” pero consulté, en la biblia que poseo, el pasaje al cual hace referencia Tolstói para darle título a su obra y decidí escribirlo tal como venía, es decir “*El Reino de Dios está dentro de vosotros*”

Breve comentario

Esta traducción en caso alguno debe considerarse como una buena traducción puesto que parte de otras traducciones.

Las traducciones que he tomado como fuentes son básicamente dos: una en inglés de Constance Garnett² y en portugués de Celina Portocarrero³ persona, esta última, con quien mantuve una pequeña correspondencia vía correo electrónico y a la que le pareció correcta mi iniciativa.

Para llevar a cabo esta tarea he utilizado traductores sin los cuales el trabajo se hubiese prolongado bastante, principalmente destacar www.apertium.org e i2e.

Los capítulos V y X se han extraído y completado, puesto que venían incompletos, de una antigua traducción de principios del siglo XX, la cual busqué pero no pude hallar. Poniéndome en contacto con alguien que sí la leyó me transcribió ambos capítulos. Así pues agradezco a dicha persona el esfuerzo. Gracias Andrés.

Las notas a pie de página que empiezan por *N del T*, son notas del traductor del texto fuente. Las notas que empiezan con *N. T2* las he introducido yo.

He llevado a cabo la traducción de este texto en señal de agradecimiento a Tolstói ya que gracias a la lectura de sus ensayos toda mi vida se ha transformado, pasando de ser una carga a lo más preciado que hoy día poseo.

Mi existencia ya no es tormento sino una vía hacia el perfeccionamiento moral de mi ser.

José Castellano

Partid un leño y allí estoy yo; levantad una piedra y allí me encontraréis». (Tomás log. 77)

Mas dirá alguno: “Tu tienes fe y yo tengo obras” Muéstrame sin las obras tu fe que yo por mis obras te mostrare la fe. (Santiago 2, 28)

Pues el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará. (Mateo 16, 25)

Tú llevas en ti mismo un amigo sublime que no conoces. Porque Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos saben encontrarlo. (¿Bhagavad Gita traducción de E.-L. Burnouf?)

Para aquel que se ha conquistado a sí mismo, su ser es su amigo; en cambio, para uno sin control, su propio ser es su enemigo. (Bhagavad Gita 6, 6)

El que domina a los otros es fuerte; el que se domina a sí mismo es poderoso. (Tao The King)

2 N. T2: Texto que se puede hallar en: <http://www.nonresistance.org>

3 N. T2: Texto que se puede hallar en: <http://www.colegiosaofrancisco.com.br/alfa/leon-tolstoi/o-reino-de-Deus-esta-em-vos-3.php>

Índice

Prefacio.....	página	5
Capítulo I.....	página	6
Capítulo II.....	página	19
Capítulo III.....	página	28
Capítulo IV.....	página	45
Capítulo V.....	página	57
Capítulo VI.....	página	68
Capítulo VII.....	página	84
Capítulo VIII.....	página	93
Capítulo IX.....	página	104
Capítulo X.....	página	115
Capítulo XI.....	página	126
Capítulo XII.....	página	133
Fragmento de la obra de Tolstói titulada “La verdadera vida”.....	página	171

Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres. (Juan 8, 32)

Y no temáis a los que matan el cuerpo , pero al alma no pueden matar; temed más bien a Aquel que puede matar alma y cuerpo en el infierno. (Mateo 10, 28)

Alguien pagó alto precio por nuestro rescate, no os volváis esclavos de los hombres. (1Corintios 7, 23)

Prefacio

En 1884 escribí un libro, titulado *En qué consiste mi fe*⁴, en el cual, de hecho, expuse todas mis creencias.

Manifestando mi manera de comprender la doctrina de Cristo, no dije por qué considero como herejía aquella religión oficial llamada cristianismo. Esta difiere, en mi opinión, de aquélla de Cristo en muchos puntos, entre los cuales constaté, ante todo, la supresión del mandamiento que nos prohíbe que nos opongamos al mal con la fuerza. Más que cualquier otro, este desvío de la doctrina es una prueba evidente de cuánto la iglesia oficial había desnaturalizado los principios de Cristo. Yo, de hecho, como tantas otras personas, estaba poco informado sobre lo que, en la antigüedad, fuera hecho, dicho o escrito acerca de esta tan importante cuestión: la no-resistencia al mal.

Sabía, sin embargo, lo que de esto pensaban los padres de la iglesia, como Orígenes, Tertuliano y tantos otros. No ignoraba siquiera que existían y existen aun ciertas sectas llamadas menonitas, hernutos, cuáqueros, que rechazan el servicio militar y no admiten que los cristianos porten armas. Pero yo sabía todo esto de forma demasiado imperfecta para poder profundizar y esclarecer por completo este asunto.

Como esperaba, mi libro no fue autorizado por la censura rusa. Pero, gracias tal vez a mi fama, gracias también, a buen seguro, al interés que despertaban estas cuestiones, mi trabajo fue un gran éxito en Rusia e incontables traducciones se hicieron en el extranjero. Esto provocó, así, interesantes comunicados en apoyo a mi tesis, además de una larga serie de críticas.

Ese choque de ideas, sumado a los últimos acontecimientos históricos, me esclareció muchos puntos que habían permanecido oscuros y me condujo a nuevas conclusiones, sobre las cuales me extenderé en breve.

Primero, diré unas pocas palabras sobre los comunicados que me hicieron acerca de la no-resistencia al mal, alargándome entonces sobre los comentarios que esta cuestión provocó por parte de los críticos eclesiásticos o laicos y terminaré con las conclusiones que me parecen derivar de este estudio y de los últimos acontecimientos históricos.

L. TOLSTOI
YASNAÏA POLIANA
Mayo 14/26, 1893

⁴ Esta obra fue traducida y publicada en francés con el título *Mi religión*. (N. T2: en España fue publicada como *Cuál es mi fe*)

CAPÍTULO I

La doctrina de la no-resistencia al mal con la violencia ha sido enseñada por una minoría de hombres desde el origen del cristianismo.

Los primeros comentarios que provocó mi libro me los dirigieron los cuáqueros americanos. Dándome conocimiento de su absoluta concordancia de puntos de vista en cuanto a la ilegitimidad, para el cristiano, de cualquier guerra y de cualquier violencia, los cuáqueros me comunicaron detalles interesantes sobre su secta que, hace más de doscientos años, practica la doctrina de Cristo en relación a la no-resistencia al mal con la violencia. Simultáneamente, me enviaban sus periódicos, folletos y libros que trataban esta cuestión, para ellos indiscutible desde hace mucho, y demostraban el error de la doctrina de la iglesia que admite las penas capitales y la guerra.

Después de que probaran, con una larga serie de argumentos, basados en experiencias, que la religión, edificada sobre la concordia y el amor al prójimo, no podría admitir la guerra, es decir, la mutilación y el homicidio, los cuáqueros afirman que nada contribuye tanto a oscurecer la verdad de Cristo y le impide difundirse en el mundo como el no reconocimiento de este principio por parte de los hombres que se dicen cristianos. Dicen lo siguiente:

La doctrina de Cristo que penetró en la conciencia de los hombres no por medio del hierro ni de la violencia, sino por la no-resistencia al mal, por la resignación, por la humildad y por el amor, solo puede difundirse en el mundo a través del ejemplo de la concordia y de la paz entre sus seguidores.

El cristiano, conforme las enseñanzas del propio Dios, no puede guiarse, en sus relaciones con el prójimo, sino por el amor. Así, no puede existir autoridad alguna capaz de llevar a actuar contrariamente a las enseñanzas de Dios y al propio espíritu del cristianismo.

La regla de la necesidad del Estado no puede obligar a la traición de la ley de Dios, excepto para aquellos que, por interés de la vida material, intentan conciliar lo inconciliable. Pero para el cristiano que cree firmemente que la salvación reside en la práctica de la doctrina de Cristo, esta necesidad no puede tener una importancia cualquiera.

La historia de los cuáqueros y el estudio de sus obras, de los trabajos de Fox y Penn y, sobre todo, de los libros de Dymond (1827) me demostraron que la imposibilidad de conciliar el cristianismo con la guerra y la violencia fue no solo reconocida desde hace mucho, sino también tan nítida e indiscutiblemente probada, que no se puede comprender esta unión imposible de la doctrina de Cristo con la violencia, que fue y continúa siendo predicada por las iglesias.

Además de las informaciones recibidas de los cuáqueros, obtuve en la misma época, y también venidos desde América, pormenores de una fuente, para mí absolutamente desconocida, acerca del mismo asunto. El hijo de William Lloyd Garrison⁵, el famoso defensor de la libertad de los negros, me escribió afirmando que encontró, en mi libro, las ideas expresadas por su padre en 1848 y, suponiendo que me interesaría constatarlo, me envió el texto de un manifiesto o declaración titulada "No-Resistencia", escrita por su padre hace más de cincuenta años.

Esta declaración se originó en las siguientes circunstancias: William Lloyd Garrison, en 1838, al examinar, en una asociación americana para el restablecimiento de la paz entre los hombres, los medios adecuados para hacer cesar la guerra, llega a la conclusión de que la paz universal no se puede erigir sino sobre el reconocimiento público del mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia (Mateo 5,39) en toda su amplitud, como lo practican los cuáqueros con los cuales Garrison mantenía relaciones de amistad. Llegando a esta conclusión, él redacta y propone a esta

⁵ N. T2: en el original portugués hablan de William Lloyd Harrison, pero consultando, en Wikipedia, quién fue esta persona me di cuenta de que no existía tal individuo. Buscando hallé a William Lloyd Garrison, que coincide con el libertador de los negros del que habla Tolstói. Una vez contrastado con la versión inglesa, en la que sí aparece como Garrison, he creído conveniente corregir el error.

asociación la declaración siguiente, que fue suscrita, en 1838, por varios de sus miembros:

Declaración de principios, aceptada por los miembros de la Sociedad creada para el restablecimiento de la paz universal entre los hombres.

Boston, 1838.

Nosotros, abajo suscritos, creemos tener el deber, para con nuestros iguales y para con la causa tan querida por nuestros corazones, para con el país en el que vivimos y para con el mundo entero, de proclamar nuestra fe, expresando los principios que profesamos, la finalidad que nosotros perseguimos y los medios que tenemos intención de emplear para llegar a una revolución benéfica, pacífica y general.

He ahí nuestros principios:

No reconocemos cualquier autoridad humana. No reconocemos sino un solo rey y legislador, un juez y líder de la humanidad. Nuestra patria es el mundo entero; nuestros compatriotas son todos los hombres. Amamos todos los países como nuestro propio país, y los derechos de nuestros compatriotas no nos son más estimados que los de toda la humanidad. Por esto, no admitimos que el sentimiento de patriotismo pueda justificar la venganza de una ofensa o de un mal hecho a nuestro país.

Reconocemos que el pueblo no tiene el derecho a defenderse de los enemigos extranjeros, ni de atacarlos. Reconocemos por otra parte que los individuos aislados no pueden tener este derecho en sus relaciones recíprocas, no pudiendo la unidad tener derechos mayores que los de la colectividad. Si el gobierno no debe oponerse a los conquistadores extranjeros que tienen como objetivo la ruina de nuestra patria y la destrucción de nuestros conciudadanos, de la misma forma no puede oponerse violentamente a los individuos que amenazan la tranquilidad y la seguridad pública. La doctrina, enseñada por las iglesias, de que todos los países de la tierra están creados y aprobados por Dios, y de que las autoridades, que existen en Estados Unidos, en Rusia, en Turquía etc. emanan de Su voluntad, no es solo estúpida, sino también blasfematoria. Esta doctrina representa a nuestro Creador como un ser parcial, que establece y alienta el mal. Nadie puede afirmar que las autoridades existentes, en cualquier país sea cual sea, actúen con sus enemigos según la doctrina y el ejemplo de Cristo. Tampoco sus actos pueden ser agradables a Dios. No pueden, por lo tanto, haber sido establecidos por Él, y deben ser destruidas, no por la fuerza, sino por la regeneración moral de los hombres.

No reconocemos como cristianas y legales no solo las guerras - ofensivas o defensivas - sino también las organizaciones militares, cualesquiera que sean: arsenales, fortalezas, navíos de guerra, ejercicios permanentes, monumentos conmemorativos de victorias, trofeos, solemnidades de guerra, conquistas a través de la fuerza, finalmente, reprobamos igualmente como anticristiana cualquier ley que nos obligue el servicio militar.

En consecuencia, consideramos imposible para nosotros no solo cualquier servicio activo en el Ejército, sino también cualquier función que nos dé la misión de mantener a los hombres en el bien por la amenaza de prisión o de condena a muerte. Nos excluimos, por lo tanto, de todas las instituciones gubernamentales, repelemos cualquier política y rechazamos todas las honrarías y todos los cargos humanos.

No reconociéndonos el derecho de ejercer funciones en las instituciones gubernamentales, rechazamos también el derecho de elegir para estos cargos a otras personas. Consideramos que no tenemos el derecho de recurrir a la justicia para hacer que sea restituido lo que nos fue arrebatado y creemos que, en vez de hacer uso de la violencia, estamos obligados a "dejar también el manto a aquel que nos robó el vestido" (Mateo 5,40).

Proclamamos que la ley criminal del Antiguo Testamento - ojo por ojo, diente por diente - fue anulada por Jesucristo y que, según el Nuevo Testamento, todos los fieles deben perdonar a sus enemigos en todos los casos, sin excepción, y no vengarse. Extorsionar dinero por la fuerza, prender, mandar a la cárcel o condenar a muerte no se constituye, evidentemente, en perdón, y sí en venganza.

La historia de la humanidad está llena de pruebas de que la violencia física no contribuye con el

resurgimiento moral y que las malas inclinaciones del hombre solamente pueden corregirse a través del amor; que el mal no puede desaparecer sino por medio del bien; que no se debe contar con la fuerza de nuestro brazo para defenderse del mal; que la verdadera fuerza del hombre está en la bondad, en la paciencia y en la caridad; que solo los pacíficos heredarán la tierra y de que aquellos que con la espada hieran por la espada perecerán.

Por eso, tanto como para garantizar con más seguridad la vida, la propiedad, la libertad y la felicidad de los hombres, como para seguir la voluntad de Aquel que es el Rey de los reyes y el Señor de los señores, aceptamos de todo corazón el principio fundamental de la no-resistencia al mal por medio del mal, porque creemos firmemente que este principio, que atiende a todas las circunstancias posibles de nuestra existencia y al mismo tiempo expresa la voluntad de Dios, debe finalmente triunfar. No predicamos una doctrina revolucionaria. El espíritu de la doctrina revolucionaria es un espíritu de venganza, de violencia y de muerte, sin temor a Dios y sin respeto por la personalidad humana, y nosotros no queremos penetrar sino por el espíritu de Cristo. Nuestro principio fundamental de no-resistencia al mal por medio del mal no nos permite insurrecciones, ni rebeliones, ni violencias. Nos sometemos a todas las reglas y a todas las exigencias del gobierno, excepto a aquellas que sean contrarias a los mandamientos del Evangelio. No resistiremos de otra forma que no sea sometiéndonos pasivamente a los castigos que puedan infringirse debido a nuestra doctrina. Soportaremos todas las agresiones sin dejar de, por nuestro lado, combatir el mal dondequiera que lo encontremos, en lo alto o en lo bajo, en el terreno político, administrativo o religioso, y buscaremos alcanzar, sirviéndonos de todos los medios posibles, la unión de todos los reinos terrestres en un solo reino de Nuestro Señor Jesús Cristo. Consideramos como verdad indiscutible que todo aquello que sea contrario al Evangelio debe ser definitivamente destruido. Creemos, como el profeta, que vendrá un tiempo en que las espadas serán transformadas en arados y las lanzas en hoces, y que debemos trabajar sin demora, en la medida de nuestras fuerzas, para la realización de esa profecía. En consecuencia, aquellos que fabrican, venden o se sirven de armas contribuyen con los preparativos de la guerra y se oponen por la misma razón al poder pacífico del Hijo de Dios en la Tierra.

Después de la exposición de nuestros principios, ahora decimos de qué modo esperamos alcanzar nuestro objetivo. Esperamos vencer "por medio de la locura de la predicación". Buscaremos difundir nuestras ideas entre todos los hombres, pertenezcan estos a cualquier nación, religión o clase social. Con este fin, organizaremos charlas públicas, difundiremos programas y opúsculos, constituiremos sociedades y enviaremos peticiones a todas las autoridades públicas.

En suma, nos empeñaremos, con todos los medios de que dispusiéramos, para llevar a cabo una revolución radical en las opiniones, en los sentimientos y en las costumbres de nuestra sociedad, en todo lo que concierne a la ilegitimidad de la violencia contra los enemigos internos o externos. Empezando esta gran obra, comprendemos perfectamente que nuestra sinceridad tal vez nos prepare crueles pruebas.

Nuestra misión puede exponernos a muchos ultrajes y a muchos sufrimientos, y también a la muerte. Seremos incomprendidos, ridiculizados y calumniados. Una tempestad se erguirá contra nosotros. El orgullo y la hipocresía, la ambición y la crueldad, los jefes de Estado y los poderosos, todo puede volverse contra nosotros. No fue de otro modo tratado el Mesías que buscamos imitar en la medida de nuestras fuerzas. Pero todo esto no nos amedrenta. No depositamos nuestra esperanza en los hombres, sino en nuestro Señor Omnipotente. Si rechazamos cualquier protección humana, es porque tenemos para sostenernos solo nuestra fe, más poderosa que todo. No nos asombraremos con los castigos y permaneceremos felices por haber merecido poder compartir los sufrimientos de Cristo.

Así, entonces, entregamos nuestras armas a Dios, confiados en Su palabra de que aquel que abandona campos y casas, hermano y hermana, padre y madre, mujer e hijos, para seguir a Cristo, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

Creando firmemente, a pesar de todo lo que podría caer sobre nosotros, en el indudable triunfo, en todo el mundo, de los principios expuestos en esta declaración, aquí ponemos nuestras firmas, confiando en el sentido común y en la conciencia de los hombres, pero aun más en el poder divino, al cual nos remitimos.

Posteriormente a esta declaración, Garrison fundó la Sociedad de la No-Resistencia y una revista titulada "No-Resistente", en la cual exponía la misma doctrina en toda su importancia y con todas sus consecuencias, tal y como se formula en su declaración.

Informaciones en cuanto al destino de esta sociedad y de esta revista me fueron suministradas por la excelente biografía de W. L. Garrison, en cuatro volúmenes, escrita por su hijo. Ni la sociedad ni la revista tuvieron gran duración. La mayor parte de los colaboradores de Garrison en el trabajo de liberación de los negros renunció a proseguir en esa campaña, temiendo desmotivar a los adeptos de la misma con los principios radicales de la revista; así, sociedad y revista no tardaron en desaparecer.

Podría creerse que la profesión de fe de Garrison, de tan gran elocuencia, hubiera forzosamente impresionado fuertemente al público y, haciéndose conocida en el mundo entero, fuera objeto de un profundo examen. Nada parecido aconteció. Ésta no solo es desconocida en Europa, sino también casi ignorada por los americanos que, sin embargo, profesan un culto profundo a la memoria de Garrison.

La misma indiferencia estaría reservada a otro defensor del principio de la no-resistencia al mal con la violencia, el americano Adin Ballou, muerto recientemente y que, durante cincuenta años, luchó por esta doctrina.

Para demostrar cuánto todo lo que se refiere a esta cuestión se ignora, citaré al hijo de Garrison. A mi pregunta relativa a los adeptos supervivientes de la Sociedad "No-Resistente", me respondió que esta sociedad se había disuelto y que, en consecuencia, ya no existía partidario alguno de esta doctrina. Pero, en el momento en el que me escribía, vivía aún en Hopedale, Massachusetts, Adin Ballou, que había colaborado con la obra de Garrison y dedicado cincuenta años de su vida a la propaganda hablada y escrita de la doctrina de la no-resistencia.

Más tarde, recibí una carta de Wilson, discípulo y colaborador de Ballou, y entré en contacto con el propio Ballou. Escribí; me respondió y me envió sus obras. He ahí un pasaje⁶:

Jesús Cristo es mi señor y mi patrón (dijo Ballou en uno de sus estudios que demuestra la inconsecuencia de los cristianos que admiten el derecho de la defensa y de la guerra).

Prometí abandonar todo y seguirle a Él hasta la muerte, en la alegría o en el dolor. Pero soy ciudadano de la República Democrática de los Estados Unidos, a la cual prometí ser fiel y sacrificar mi vida, en su caso, por la defensa de su constitución. Cristo me ordena que haga a los demás aquello que deseo que me sea hecho a mí mismo. La constitución de Estados Unidos exige de mí que haga a dos millones de esclavos (en la época había esclavos, hoy se puede francamente situar en su lugar a los obreros) exactamente lo contrario que me gustaría que se hiciera conmigo mismo, es decir, ayudar a que permanezcan en la esclavitud. ¡Y esto no me perturba! Continúo eligiendo y haciéndome elegir, ayudo a gestionar los negocios del Estado, estoy también completamente preparado para aceptar cualquier cargo gubernamental. ¡Y esto no me impide ser cristiano! ¡Continúo practicando mi religión, no encuentro la menor dificultad al cumplir al mismo tiempo con mis deberes para con Cristo y el Estado!

Jesús Cristo me prohíbe resistir a aquellos que cometen el mal y arrancarles ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, vida por vida.

El Estado exige de mí exactamente lo contrario y construye su defensa contra los enemigos internos y externos sobre el patíbulo, sobre el fusil y sobre la espada, y el país está ampliamente proveído de fuerzas, arsenales, navíos de guerra y soldados.

¡No existe medio de destrucción que parezca demasiado caro! ¡Y hallamos muy fácil practicar *el perdón de las ofensas, amar a nuestros enemigos, bendecir a aquellos que nos maldicen y hacer el*

6 N. T2: Al leer este fragmento de Adin Ballou, me chocó muchísimo su contenido. Ya que en ella se veía clara la incompatibilidad del cristianismo para con el estado y aun así afirmaba, Adin, que podía practicar el cristianismo obedeciendo la constitución de su país. Buscando información, por lo chocante que me parecía con el pensamiento de Tolstói y la idea del libro, descubrí que la obra de Ballou está escrita en clave satírica.

bien a aquellos que nos odian!

Tenemos para esto un clero permanente que reza por nosotros e invoca las bendiciones de Dios sobre nuestras santas matanzas.

Veo perfectamente todo esto (la contradicción entre la doctrina y los actos) y continúo practicando mi religión y sirviendo al país, y me glorifico por ser al mismo tiempo *un cristiano y un siervo devoto y fiel del gobierno*. No quiero admitir ese loco concepto de la no-resistencia al mal, no puedo renunciar a mi parte de influencia y abandonar el poder sólo a los hombres inmorales. La constitución dice: "El gobierno tiene el derecho de declarar la guerra", y de esto estoy convencido, y lo apruebo, y juro ayudarlo, ¡y no por esto dejo de ser cristiano!

¡También la guerra es un deber cristiano! ¿No será, tal vez, llevar a cabo un acto cristiano matar a centenares de miles de nuestros semejantes, violentara mujeres, destruir e incendiar ciudades y cometer todo tipo de crueldades?

¡Es tiempo de abandonar todo este sentimentalismo pueril! He ahí el verdadero medio de perdonar las ofensas y amar a nuestros enemigos. Porque, siendo hechos en nombre del amor, nada es más cristiano que estas masacres.

En otro opúsculo, titulado *Cuántos hombres son necesarios para transformar un crimen en un acto justo*, dice:

Un hombre solo no debe matar: si él mató, es un reo, un homicida. Dos, diez, cien hombres, si mataran, serán también homicidas. Pero el Estado o el pueblo pueden matar, cuanto quieran, y su acto no será un homicidio, y sí una acción gloriosa. Se trata solamente de reunir el mayor número posible de personas y la matanza de decenas de hombres se transforma en una ocupación inocente. ¿Y cuántos hombres son necesarios para esto? He ahí la cuestión. Un individuo no puede robar y saquear, pero un pueblo entero puede.

¿Por qué uno, diez, cien hombres no deben infringir las leyes de Dios, mientras una gran cantidad puede? He ahí, ahora, el catecismo de Ballou, escrito para sus fieles:

CATECISMO DE LA NO-RESISTENCIA⁷.

Pregunta - ¿De dónde fue tomada la expresión "No-Resistencia"?

Respuesta - De la frase: No resistáis al mal. (Mateo 5,39)

P - ¿Qué expresa esta parábola?

R - Expresa una alta virtud cristiana enseñada por Cristo.

P - ¿Debemos aceptar la expresión de la no-resistencia en su sentido más amplio, o sea, que ésta significa que no debemos oponer ninguna resistencia al mal?

R - No. Ésta debe comprenderse en el sentido exacto del mandamiento de Cristo, es decir, no pagar el mal con el mal. Es necesario resistir al mal con todos los medios justos, pero no por medio del mal.

P - ¿De dónde se deduce que Cristo haya ordenado la no-resistencia en este sentido?

R - De las palabras que él pronunció a este respecto: "Oísteis lo que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Y yo os digo: No te opondrás al malvado; así, si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele la izquierda. Y si alguien quiere pelear contigo, y quitarte el manto, dale también la túnica."

P - ¿De qué habla Cristo al decir: "Oísteis lo que fue dicho"?

R - De los patriarcas y de los profetas y de lo que ellos dijeron y que está escrito en el Antiguo Testamento que los israelitas llaman generalmente la Ley y los Profetas.

P - ¿A qué mandamiento hace alusión Cristo con las palabras "Os fue dicho"?

R - Al mandamiento con el cual Noé, Moisés y otros profetas dan el derecho de hacer un mal

⁷ La traducción [para el ruso] fue libre, con algunas omisiones

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

personal a aquellos que os hicieron un mal para castigar y para suprimir las malas acciones.

P - Cite estos mandamientos.

R - Quien derrame la sangre del hombre, por el hombre será su sangre derramada (Génesis 9,6).

- Quien hiera a otro y cause su muerte será muerto.

- Mas si hubiere muerte, entonces darás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe (Éxodo 21,12.23.24.25).

- Si un hombre golpea a muerte a un ser humano, sea quien sea, deberá morir.

- Si un hombre hiere a su prójimo, desfigurándolo, como él hizo así se le hará.

- Fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente (Levitas 24,17.19.20).

- Jueces investigarán cuidadosamente. Si el testigo fuera un testigo falso, y que haya calumniado a su hermano, entonces vosotros lo trataréis conforme el mismo pensaba tratar a su prójimo.

- Que tu ojo no tenga piedad; vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie (Deuteronomio 19, 18.19 y 21).

He ahí los mandamientos de los que habla Jesús.

Noé, Moisés y los profetas enseñan que aquel que mata, mutila o martiriza a su semejante practica el mal.

Para oponerse a este mal y para suprimirlo, quieren que aquel que lo practicó sea castigado con la muerte, con la mutilación o con cualquier otro castigo. Quieren pagar ofensa con ofensa, homicidio con homicidio, sufrimiento con sufrimiento, el mal con el mal. Pero Cristo desaprueba todo esto. "Yo os digo no os opongáis al mal, no paguéis ofensa con ofensa, ni aun si debéis soportarla nuevamente" - escribe él en el Evangelio. Lo que era lícito está prohibido. Habiendo comprendido qué género de resistencia enseñaban Noé, Moisés y los profetas, sabemos igualmente lo que significa la no-resistencia enseñada por Cristo.

P - ¿Admitían los antiguos la resistencia a la ofensa con la ofensa?

R - Sí, pero Jesús la prohibió. El cristiano no tiene en caso alguno el derecho de quitar la vida o de afligir con un castigo a aquel que le hizo un mal.

P - ¿Puede el cristiano matar o herir para defenderse?

R - No.

P - ¿Puede el cristiano llevar acusaciones frente a los tribunales para obtener un castigo para el ofensor?

R - No, porque lo que él hace a través de los otros es lo que él realmente hace.

P - ¿Puede combatir en un ejército contra los enemigos de fuera o contra los rebeldes internos?

R - No, está claro. Él no puede tomar parte alguna en la guerra, ni tan solo en la organización de la guerra. No puede usar armas mortales, no puede resistir a la ofensa con la ofensa, sea solo o unido a otros, actúe por sí mismo o por medio de los demás.

P - ¿Puede el cristiano, voluntariamente, reunir y armar soldados para el servicio del Estado?

R - Él no puede hacer nada de esto, si quiere ser fiel a las leyes de Cristo.

P - ¿Puede el cristiano, con benevolencia, dar dinero al gobierno que está sustentado por las fuerzas armadas, para la pena de muerte y para la violencia?

R - No, a menos que este dinero no se destine a un objetivo en especial, justo por sí mismo y cuyos fines y medios sean buenos.

P - ¿Puede pagar impuestos a tal gobierno?

R - No, él no debe voluntariamente pagar impuestos; pero no debe resistir a la recaudación de

impuestos. El impuesto decretado por el gobierno se recauda independientemente de la voluntad de los contribuyentes. El hombre no puede escapar de él sin recurrir a la violencia, y el cristiano, no pudiendo emplear la violencia, debe abandonar su propiedad a las extorsiones del poder.

P - ¿Puede un cristiano ser elector, juez o agente del gobierno?

R - No, la participación en las elecciones, en la justicia, en la administración, nos hace participar en la violencia gubernamental.

P - ¿Cuál es la principal virtud de la doctrina de la no-resistencia?

R - La posibilidad de cortar el mal por la raíz en nuestro propio corazón, así como en el de nuestros semejantes. Esta doctrina reprueba lo que perpetúa y multiplica el mal en el mundo. Aquel que ataca a su prójimo o que lo ofende provoca sentimientos de odio, origen de todo el mal. Ofender al prójimo porque él nos ofendió, con el propósito de repeler el mal, es reprobar una mala acción, es despertar o por lo menos liberar, alentar el demonio que pretendemos repeler. Satanás no puede ser expulsado por Satanás, la mentira no puede ser purificada por la mentira, y el mal no puede ser vencido por el mal.

La verdadera no-resistencia es la única resistencia al mal. Ella degüella al dragón. Destruye y hace desaparecer por completo los malos sentimientos.

P - ¿Pero, si la idea de la doctrina es justa, ésta es, finalmente, asequible?

R - Tan asequible como cada bien ordenado por la Sagrada Escritura. El bien, para hacerse en cualquier circunstancia, exige renuncia, privaciones, sufrimientos y, en casos extremos, el sacrificio de la propia vida. Pero aquel que aprecie más su vida que el cumplimiento de la voluntad de Dios ya está muerto para la única vida verdadera. Tal hombre, queriendo salvar su vida, la perderá. Además, en general, donde la no-resistencia requiere el sacrificio de una sola vida o de alguna felicidad esencial a la vida, la resistencia requiere miles de sacrificios semejantes. La no-resistencia conserva, la resistencia destruye.

Es mucho menos peligroso actuar con igualdad que con injusticia, soportar la ofensa que resistir a ella con violencia. En nuestra vida actual, esto es también más seguro. Si todos los hombres se abstuvieran de resistir al mal con el mal la felicidad reinaría sobre la tierra.

P - ¿Pero, si solamente algunos actuaran de este modo, qué sería de ellos?

R - Aunque un solo hombre actuara así y que todos los otros concordaran en crucificarlo, ¿no sería más glorioso para él morir por el triunfo del amor que vivir y cargar la corona de los Césares encharcada con la sangre de los inmolados? Mas si fuera un solo hombre o fueran mil hombres al haber decidido no resistir al mal con el mal, estuviera él entre los bárbaros o entre los salvajes, estaría mucho más libre de la violencia que con aquellos que se apoyan en la violencia. El delincuente, el asesino, el tramposo lo dejarían en paz, dando preferencia a los que resisten con armas.

Aquel que golpea con la espada perecerá por la espada, mientras aquellos que buscan la paz, que viven fraternalmente, que perdonan y olvidan las ofensas disfrutan habitualmente de la paz durante la vida y son bendecidos después de la muerte.

Si, entonces, todos los hombres observaran el mandamiento de la no-resistencia, ya no habría ofensa, ni delito. Si, por poco que fuera, ellos fueran mayoría, establecerían inmediatamente el poder del amor y de la benevolencia también sobre los ofensores, sin recurrir nunca a la violencia. Si fueran solo una minoría importante, siempre ejercitarían tal acción moralizadora y regeneradora sobre la humanidad que todos los castigos crueles serían anulados; la violencia y el odio cederían su lugar a la paz y al amor. Y aunque no fueran sino una pequeña minoría, raramente tendrían que sufrir algo peor que el desprecio del mundo, y sin embargo el mundo, sin percibirlo y sin estar agradecido, llegaría a ser progresivamente mejor y más sabio, a consecuencia de la influencia de esa pequeña oculta minoría. Aun admitiendo que algunos miembros de esa minoría fueran perseguidos hasta la muerte, estas víctimas de la verdad dejarían detrás de sí su doctrina ya consagrada por la sangre del martirio.

¡La paz sea con aquellos que buscan la paz, y que el amor vencedor permanezca en la herencia imperecedera de todas las almas que se someten libremente a la ley de Cristo!

No resistir al mal con la violencia.

ADIN BALLOU

Durante cincuenta años, Ballou escribió y publicó libros que se referían sobre todo a la no-resistencia. En esas obras, notables por la lucidez de pensamiento y por la belleza del estilo, la cuestión se examina bajo todos los ángulos posibles. Él hace de la observancia de este mandamiento un deber para todo el cristiano que cree en la Biblia como en una revelación divina. Pasa revista a todas las objeciones... tanto las tratadas en el Antiguo y en el Nuevo Testamentos - como, por ejemplo, la expulsión de los mercaderes del Templo - como también las independientes de la Escritura, y las refuta victoriosamente, mostrando el sentido práctico de la no-resistencia. Así, un capítulo entero de su obra está dedicado al examen de casos especiales. Reconoce que solo un caso, en el cual la no-resistencia no pudiera ser admitida, bastaría para probar la falsedad de esta regla. Pero, examinando esas ocasiones excepcionales, demuestra que exactamente entonces es útil y sabio conformarse a este precepto. Digo todo esto para mostrar mejor el evidente interés que tienen esos trabajos para los cristianos. Se pensará que debieran conocer la misión de Ballou y haber admitido o refutado los principios. Pero no es así.

Incluso más que mi relación con los cuáqueros, la obra de Garrison, la Sociedad de la No-Resistencia fundada por él y su declaración me probaron que desde hace mucho fue constatada la derogación del cristianismo del Estado a la ley de Cristo⁸ sobre la cuestión de no oponerse al mal con la violencia y que muchas personas trabajaron y trabajan aún para demostrar esta evidencia. Ballou me confirmó aun más esta opinión. Pero el destino de Garrison y sobre todo el destino de Ballou, desconocido por todos, a pesar de los cincuenta años de trabajo atestado e incesante, me convencieron de que existe una especie de conspiración del silencio, tácita, pero formal, contra todas estas tentativas.

Ballou murió en agosto de 1890, y un periódico americano que tiene un título cristiano (*Religio-philosophical Journal* - August 23) le dedicó un artículo necrológico.

En esa oración fúnebre laudatoria se dijo que Ballou era el guía espiritual de la comunidad, que pronunció de ocho a nueve mil sermones, unió en matrimonio mil parejas y escribió cerca de quinientos artículos y estudios, pero ni una sola palabra se pronunció acerca de la misión a la cual dedicó su vida. Ni la palabra no-resistencia fue mencionada.

Como todo lo que predicán los cuáqueros hace doscientos años, como la obra de Garrison, su declaración, la fundación de su sociedad y de su revista, parece que también los trabajos de Ballou nunca existieron.

Como ejemplo admirable de esta ignorancia de las obras que tratan de explicar la no-resistencia y confundir a aquellos que no reconocen este mandamiento, se puede citar el destino del libro del checo Chelčický, que sólo recientemente fue conocido y todavía no publicado.

Poco después de la publicación de la traducción alemana de mi libro, recibí una carta de un profesor de la Universidad de Praga, que me daba a conocer la existencia de una obra inédita del checo Chelčický, del siglo XV, titulada *La red de la fe*. En esa obra, me decía el profesor, Chelčický expresó, hace cuatro siglos, a propósito del cristianismo verdadero o falso, las ideas expresadas en mi libro *Mi religión*. El profesor con el que mantuve correspondencia añadía que la obra de Chelčický estaba lista para ser publicada por primera vez, en lengua checa, en las memorias de la Academia de Ciencias de Pittsburg. No consiguiendo obtener esta obra, busqué todo lo que se sabía acerca de Chelčický y recogí algunas informaciones en un libro alemán, que me aconsejó el mismo profesor de Praga, la *Historia de la literatura checa*, de Pypine. He ahí lo que dice este último:

⁸ N. T2: aquí he hecho la traducción literal, pese a que no se entienda muy bien. Creo que se refiere a la derogación por parte del Estado en cuanto a la ley de Cristo....

La red de la fe es la doctrina de Cristo que debe rescatar al hombre de las oscuras profundidades del océano de la vida y de sus mentiras. La verdadera fe está en la creencia de las palabras de Dios, pero hubo un tiempo en que los hombres consideraban la verdadera fe una herejía. Es por este motivo que la razón debe mostrar en qué consiste la verdad, si alguien la ignora. La noche la ocultó de los hombres. Éstos ya no reconocen la verdadera ley de Cristo.

Para explicar esta ley, Chelčický recuerda la organización primitiva de la sociedad cristiana, organización que hoy sería, dice él, considerada por la iglesia romana como una terrible herejía.

Esta iglesia primitiva fue el ideal de la organización social basada en la libertad en la igualdad y en la fraternidad que son hasta hoy, según Chelčický, los fundamentos del cristianismo. Si la sociedad volviera a su doctrina pura, la existencia de los reyes y de los papas se haría inútil: la ley única del amor bastaría para el orden social.

Históricamente, Chelčický da comienzo a la decadencia del cristianismo en el tiempo de Constantino Magno, que el papa Silvestre indujo a abrazar el cristianismo sin hacerlo renunciar a los principios y costumbres paganas.

Constantino, por su parte, dio al papa la riqueza y el poder temporal. Desde aquel tiempo los dos poderes reunieron sus esfuerzos y miraron solamente el desarrollo de su grandeza material.

Los doctores⁹, los sabios y los sacerdotes ya no pensaron en otra cosa sino en subyugar el mundo y en armar a los hombres unos contra los otros, para matar y robar. Ellos hicieron desaparecer para siempre la doctrina evangélica de la religión y de la vida.

Chelčický repele totalmente el derecho a la guerra y a las ejecuciones capitales; todo guerrero, aunque sea "caballero", no es más que un asesino y un delincuente.

Lo mismo dice el libro alemán, que contiene además de eso algunas particularidades biográficas y muchas citas de la correspondencia de Chelčický.

Conociendo, entonces, en qué consistía la doctrina de Chelčický, esperé con ansiedad la publicación de *La Red de la fe* en las memorias de la Academia. Pero, pasó un año, después dos, y tres, sin que la obra llegara al público. Sólo en 1888 supe que la edición, ya iniciada, había sido suspendida. Obtuve los borradores de todo lo que ya había sido compuesto y encontré una obra estupenda en cada párrafo.

Esa obra la resumió muy bien Pypine. La idea fundamental de Chelčický es que el cristianismo, uniéndose al poder bajo Constantino y continuando desarrollándose en esas condiciones, se corrompió por completo y dejó de ser el cristianismo. El título de *La Red de la fe* fue dado por Chelčický a su libro porque, habiendo usado como epígrafe el versículo del Evangelio que llamaba a los discípulos a que se hagan pescadores de hombres, él continua con esa comparación y dice: "Cristo, por medio de sus discípulos, envolvió el mundo entero en la 'Red de la fe'; pero los peces grandes, habiendo rasgado las mallas de la red, escaparon, y por el agujero que hicieron pasaron también los peces pequeños, de modo que la red se quedó casi vacía." Los peces grandes que rasgaron la red son los gobernantes: emperadores, papas, reyes, que, sin abandonar el poder, aceptaron no el cristianismo, sino su apariencia.

Chelčický enseña la doctrina que fue y es hasta hoy predicada por los "no-resistentes", por los menonitas, por los cuáqueros y, en la antigüedad, por los bogomilos, por los paulicianos y por tantos otros. Él enseña que el cristianismo, que exige de sus adeptos la resignación, la sumisión, el pacifismo, el perdón de las ofensas, que se ofrezca la mejilla derecha a aquel que golpeó en la izquierda y el amor a los enemigos, no puede conciliarse con la violencia, condición esencial del poder.

El cristiano, según Chelčický, no solo no puede ser comandante o soldado, sino que no puede siquiera formar parte de administración alguna; no puede ser comerciante ni propietario de tierras:

9 N. T2: Aquí Tolstói llama doctores a los hombres instruidos.

no puede ser sino un artesano o agricultor.

Ese libro es una de las raras obras que escaparon a los *autos de fe*¹⁰, entre las que fustigaron el cristianismo oficial, y es esto lo que la hace tan interesante.

Pero, además de su interés, ese libro, desde cualquier punto de vista que lo examinemos, es uno de los más notables productos del pensamiento, tanto por la profundidad de las opiniones, como por la extraordinaria energía y por la belleza del lenguaje popular en el cual está escrito. Y, sin embargo, ese libro permanece como manuscrito hace más de cuatro siglos y continúa siendo ignorado por todos, excepto por los especialistas.

Sería de esperar que ese tipo de obras - como las de los cuáqueros, las de Garrison, Ballou, Chelčický - que afirman y demuestran, tomando por base el Evangelio, que el mundo entiende mal la doctrina de Cristo, provocaran el interés, la agitación, el murmullo, las discusiones, tanto entre los pastores como entre las ovejas. Refiriéndose a la propia esencia de la doctrina cristiana, esas obras deberían examinarse y reconocerse como justas, o bien refutadas y rechazadas. Pero esto no acontece.

El mismo hecho se repite en relación a todas esas obras. Personas con las más diversas opiniones, tanto los fieles como - y esto es sorprendente - los librepensadores, todos parecen haberse puesto de acuerdo en silenciar toda palabra al respecto, y todo aquello que los hombres hacen para explicar el verdadero sentido de la doctrina de Cristo permanece oculto u olvidado.

Sin embargo, aun más sorprendente es la obscuridad en la cual permanecieron dos obras, de cuya existencia sólo tomé conocimiento a partir de la publicación de mi libro. Éstas son la obra de Dymond, *On War* (Sobre la guerra), publicada por primera vez en Londres en 1824, y la obra de Daniel Musser, sobre la no-resistencia, escrita en 1864. Es verdaderamente extraño que estas obras hayan permanecido olvidadas, porque, sin hablar de su valor, tratan tanto de la teoría de la no-resistencia, como de su aplicación práctica en la vida y del cristianismo en sus relaciones con el servicio militar; lo que, hoy, es sobremanera importante debido al servicio militar obligatorio.

Al preguntarse, tal vez, ¿cuál debe ser la actitud de aquél cuya religión es inconciliable con la guerra, pero de quien el gobierno exige el servicio militar?

Esta pregunta parece esencial, y el servicio militar obligatorio confiere a la respuesta una importancia especial. Todos o casi todos los hombres cristianos y todos los hombres adultos están llamados a las armas. ¿Cómo puede entonces un hombre, en calidad de cristiano, responder a esa exigencia? He ahí lo que responde Dymond:

Su deber es rechazar, pacífica, pero firmemente, el servicio militar. 'Ciertos hombres, sin raciocinio' bien definido, concluyen, no se sabe bien de qué manera, que la responsabilidad para las medidas gubernamentales cabe enteramente a aquellos que gobiernan, es decir, que los gobernantes y los reyes decidan lo que está bien y lo que está mal para sus súbditos, y que el deber de estos es sólo el de obedecer. Creo que este modo de pensar nada hace sino ofuscar la consciencia. "No puedo participar en los consejos del gobierno, por lo tanto no soy responsable por sus delitos."

Es verdad que no somos responsables de los errores de los gobernantes, pero somos responsables de nuestros errores, y los cometidos por nuestros gobernantes se transforman en nuestros si, sabiendo que son errores, participamos en su ejecución. Aquellos que creen que su deber es obedecer al gobierno y que la responsabilidad de los delitos que cometen recae enteramente sobre el soberano están muy engañados.

Algunos dicen: "Sometamos nuestros actos a la voluntad ajena y estos actos no pueden ser malos o buenos. En nuestros actos no puede haber el mérito de una buena acción, ni la responsabilidad de una mala acción, ya que son ajenos a la nuestra voluntad."

Debemos notar que estas mismas ideas están desarrolladas en las instrucciones dadas a los

10 N. T2: Un *auto de fe* fue una manifestación pública de la Inquisición. Información obtenida de Wikipedia.

soldados y que deben aprenderse de memoria. En ellas se dice que solamente el comandante será responsable de las consecuencias de sus órdenes.

Pero esto no es verdad. El hombre no puede huir de la responsabilidad de los actos que comete. Esto se ve claramente en el siguiente ejemplo: Si el comandante ordena matar al hijo de vuestro vecino, matar a vuestro padre, a vuestra madre, ¿le obedeceréis? Y, si no le obedecierais, todos los racioneros se echan por tierra, porque, si hay caso en qué podéis no obedecer, ¿dónde encontraréis el límite hasta el cuál debéis hacerlo? No existe para vosotros otro límite sino aquél establecido por el cristianismo; y respetarlo es cosa, al mismo tiempo, sabia y fácil.

Por lo tanto, creemos que el deber de cada hombre que considere la guerra como inconciliable con su religión es rechazar, pacífica pero firmemente, el servicio militar. Aquellos que así actuaran deben recordar que cumplen un gran deber. De su fidelidad a la religión depende (por mucho que esto pueda depender de los hombres) el destino de la paz de la humanidad. Profesen y defiendan su convicción, no solo con palabras sino, si es necesario, con sufrimiento. Si creéis que Cristo había condenado la muerte, no atendáis a los racioneros ni a las órdenes de los hombres que os ordenan tomar parte de ella.

Con este firme rechazo a participar en la violencia, mereceréis la bendición de aquellos que escuchan y siguen esas órdenes, y llegará un día en que el mundo os loará como artífices de la regeneración humana.

El libro de Musser lleva por título: *Non-resistance asserted, o Kingdom of Christ and kingdom of this world separated*, 1864 (Afirmación de la no-resistencia, o Separación del reino de Dios del reino terrestre).

Ese libro se escribió en ocasión de la Guerra de Secesión, cuando el gobierno americano impulsó el servicio militar a todos los ciudadanos. Esto también es importante, en la actualidad, por los asuntos que aborda en relación al rechazo del servicio militar. En el prefacio, dice el autor:

Se sabe que, en Estados Unidos, muchos niegan la necesidad de la guerra. Estos son llamados los cristianos *no-resistentes* o *defenceless* (sin defensa). Rechazan defender el país propio, usar armas y combatir contra los enemigos a la llamada del gobierno. Hasta hace poco tiempo esta razón religiosa el gobierno la respetaba, y a aquellos que la invocaban se les liberaba del servicio militar. Pero, con el inicio de la Guerra de Secesión, la opinión pública se indignó con esa situación. Es natural que los ciudadanos que, para la defensa de su patria, consideraban un deber someterse a las durezas y a los peligros de la vida militar, hayan visto con desprecio aquellos que, evitando esas obligaciones, usufructuaban desde hace mucho, en igualdad de condiciones, la protección y las ventajas del Estado que rechazaban defender en momentos de peligro. Y es también evidente que esa situación traía en sí algo de monstruoso e inexplicable.

Incontables oradores y escritores se rebelaron contra la doctrina de la no-resistencia e intentaron probar su falsedad, sea por medio de racionamiento, sea por medio de la Sagrada Escritura. Esto es lógico y, en muchos casos, esos escritores tienen razón, cuando se trata de aquellos que, rechazando las durezas del servicio militar, no rechazan las ventajas del servicio social; pero ellos no tienen razón cuando se trata del propio principio de la no-resistencia.

Ante todo, el autor establece para los cristianos el deber de la no-resistencia por el hecho de que el mandamiento está, nítidamente y sin equívoco posible, expresado por Cristo: "Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer al hombre en vez de a Dios", como dijeron Pedro y Juan. Por lo tanto, todo hombre que quiere ser cristiano tiene sólo una conducta a seguir, negarse, cuando deseen mandarlo a la guerra, pues Cristo dijo: "No resistiréis al mal con la violencia".

He ahí por qué el autor considera la cuestión del principio resuelta. En cuanto a la otra cuestión, relativa a las personas que, no rechazando las ventajas a ellas dadas por un gobierno basado en la violencia, aun así rechazan el servicio militar, el autor la estudia con detalles y llega a la conclusión de que, si el cristiano que sigue las leyes de Cristo si rechaza ir a la guerra, no puede tomar parte alguna en la administración gubernamental, en el poder judicial, ni en el poder ejecutivo. No puede, siquiera, recurrir a la autoridad, a la policía o a la justicia, para resolver sus problemas personales.

Más adelante, el autor examina las relaciones existentes entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y muestra lo que significa el Estado para los no-cristianos. Expone las objeciones que se hacen a la doctrina de la no-resistencia y las rebate; finalmente, así concluye: "Los cristianos no necesitan del gobierno y por lo tanto no están obligados a obedecerlo y menos aún a participar en él. "Cristo escogió en el mundo a sus discípulos, que no anhelan las satisfacciones y la felicidad terrenales; anhelan, sí, la vida eterna. El espíritu en el cual viven los hace personas satisfechas y felices, sea cual sea su condición. "Si el mundo les es tolerante, están contentos; si no les deja en paz, se van hacia otros países, porque son peregrinos en la Tierra y no se fijan en lugar alguno. Creen que toca a los muertos enterrar a sus muertos; al respecto nada deben hacer sino 'seguir a su maestro'."

Sin examinar si la definición del deber del cristiano en relación a la guerra es o no justa, definición establecida en los dos libros, no se puede negar la posibilidad práctica ni la urgencia de una solución para este problema.

Centenares de miles de hombres, los cuáqueros, los menonitas, nuestros dukhoborzos, nuestros molokanes y una cantidad de personas que no pertenecen a ninguna secta definida, consideran la violencia, y, así pues, el servicio militar, como inconciliables con el cristianismo. He ahí por qué cada año, entre nosotros, en Rusia, algunos reclutados rechazan el servicio militar, basándose en su convicción religiosa. ¿Y qué les hace el gobierno? ¿Los libera, tal vez? ¿Los obliga a marchar y los castiga, en caso de negarse? No...

En 1818, el gobierno así lo regló. He ahí un extracto del periódico, que casi nadie conoce en Rusia, de Nicolau Nicolaiewic Muraviev-Karsky, suprimido por la censura:

2 de octubre de 1818. Tiflis.

Hoy por la mañana, el comandante me dijo que se mandaron recientemente a Georgia cinco campesinos de la Comarca de Tambov. Esos hombres fueron reclutados por el ejército, pero se niegan a someterse al servicio militar. Ya se castigaron muchas veces con el knut¹¹ y con el garrote; pero abandonaron sin resistencia sus cuerpos a las más crueles torturas y a la muerte, con tal de no ser soldados. "Dejadnos ir, dicen, no nos hagáis mal y no lo haremos a nadie. Todos los hombres son iguales y el Zar es un hombre como nosotros. ¿Por qué le debemos pagar impuestos? ¿Por qué debemos ir a exponer nuestras vidas en la guerra para matar a hombres que no nos hicieron mal alguno? Podréis cortarnos en pedazos, pero no cambiaréis nuestras ideas. No vestiremos el uniforme militar y no comeremos en la gamela¹². Aquel que tuviera piedad de nosotros dará limosna; nada tenemos que pertenezca al Zar y de él nada queremos tener". He ahí lo que dicen esos mujiks¹³. Aseguran que en Rusia muchos piensan de la misma forma. Fueron llevados cuatro veces en presencia del consejo de ministros, y se decidió finalmente presentar la cuestión al soberano, que determinó, como medida de castigo, mandarlos a Georgia, ordenando al comandante en jefe que le hiciera un informe mensual sobre los adelantos de la conversión de éstos a ideas más saludables.

¿Se consiguió someterlos? No se sabe; y se desconoce también el propio hecho, respecto a lo sucedido se mantuvo en el más profundo secreto.

Así actuaba el gobierno hace 75 años; así continuó actuando en la mayor parte de los casos, siempre con mucho cuidado ocultándolo al pueblo; así actúa todavía hoy, excepto con los alemanes menonitas que viven en el gobierno de Jersón, cuyo rechazo al servicio militar se respeta y que sirven solamente en el cuerpo de la guardia forestal.

En los casos más recientes de rechazo al servicio militar basado en convicciones religiosas, por hombres que no pertenezcan a la secta de los menonitas, las autoridades así lo regulan.

Ante todo, se adoptan todas las medidas coercitivas que hoy se usan para "corregir" al recalcitrante y convertirlo a las ideas "saludables", y se mantiene secreta cualquier instrucción

11 N del T: Especie de látigo ruso

12 N. T2: no he sabido traducir *gamela*, la traducción de la palabra en inglés dice que son *utensilios militares para comer*.

13 N. T2: campesinos rusos

referente a tal tipo de asuntos. En lo que concierne a alguno de estos refractarios, sé que en 1884, en Moscú, dos meses después de haberse negado, el caso se había transformado en un voluminoso expediente, conservado en el más profundo secreto en los archivos del ministerio.

Se comienza generalmente por mandar el recalcitrante a los clérigos que, para su vergüenza, intentan siempre inducirlos a la sumisión. Pero esta exhortación, en nombre de Cristo, a renegar de Cristo, permanece, en la mayor parte de las veces, sin efecto.

Entonces, lo entregan a los guardias. Estos, en general, no encontrando en su caso alguna razón política, lo mandan a otras vías. Entonces son los doctores, los médicos, los que de él se ocupan y lo mantienen en observación en un manicomio.

En todo este ir y venir, el infeliz, privado de libertad, sufre todo tipo de humillación y sufrimiento, como un delincuente condenado (el hecho se repitió cuatro veces). Cuando los médicos lo dejan salir del manicomio, comienza una larga serie de maniobras ocultas y pérfidas que tienen como fin impedirlo partir, a fin de que no lleve el mal ejemplo a los que piensan igual que él. Se evita también dejarlo entre los soldados, porque estos podrían aprender de él que su convocatoria para el ejército está lejos del cumplimiento de las leyes de Dios, como se les lleva a creer.

Lo más cómodo, para el gobierno, sería simplemente cortar la cabeza del rebelde, golpearlo hasta la muerte o eliminarlo de cualquier otro modo, como en otros tiempos se hacía. Desgraciadamente, es imposible condenar a muerte abiertamente a un hombre por el motivo de ser fiel a la doctrina que nosotros mismos profesamos.

Por otro lado, es de la misma forma imposible dejar en paz a un hombre que se niega a obedecer. Entonces, el gobierno se esfuerza en obligar, a través del sufrimiento, a este hombre, a renegar de Cristo, o lo elimina secretamente por cualquier medio, a fin de que nadie conozca su suplicio o su ejemplo.

Todo tipo de astucia fue adoptada para someter a los refractarios a todo tipo de tortura: deportación a algún país lejano; proceso por indisciplina; prisión, incorporación a los batallones de castigo, donde se le pudiera torturar libremente, o los rotulaban como locos y los encerraban en un manicomio. Así, a uno se le deportó a Taskent, o sea, usaron el pretexto de mandarlo al ejército de Taskent; a otro se le mandó para Omsk; a un tercero se le juzgó por rebelión y se le encarceló; al cuarto, finalmente, fue encerrado en un manicomio.

¡En cualquier lugar la misma historia se repite! No sólo el gobierno, sino también la mayoría de los liberales, de los librepensadores, parecen haber adoptado la consigna de desviar cuidadosamente la atención de todo aquello que fue dicho, escrito, hecho y que aún se hace para revelar la incompatibilidad de la violencia, en su forma más terrible, más grosera, más clara - la del militarismo, es decir, la organización de la muerte - con la doctrina, no diré cristiana, sino simplemente humana, que la sociedad pretende profesar.

Así, las informaciones que recibí sobre hasta qué punto el verdadero significado de la doctrina de Cristo fue explicado hace mucho tiempo, y cada vez más se explica, y cuál es, en relación a esta explicación y al seguimiento de la doctrina, la actitud de las clases superiores y dirigentes - no solo en Rusia, sino también en Europa y en América - me convencieron de que, en esas clases, existe una hostilidad consciente contra el verdadero cristianismo, y esa hostilidad se traduce principalmente en la conspiración del silencio en el que están envueltas todas sus manifestaciones.

CAPÍTULO II

Opiniones de los fieles y de los librepensadores sobre la no-resistencia al mal con la violencia

Los comentarios a los que dio lugar mi libro produjeron en mí esta misma impresión. Adiviné el deseo existente de guardar silencio sobre las ideas que busqué expresar.

Al publicarse, como ya esperaba, este libro se prohibió. Según la ley, debería quemarse. Al contrario, fue buscado por las autoridades; una enorme cantidad de copias y autobiografías se difundieron, además de diversas traducciones editadas en el extranjero.

E, inmediatamente después, aparecieron las críticas, no solo religiosas, también laicas, que el gobierno no solo toleró sino que alentó. De este modo, la impugnación de un libro que nadie debería conocer fue discutida en las academias como tema para obras teológicas.

Las críticas a mi libro, rusas o extranjeras, se dividen en dos categorías: las críticas religiosas de escritores que se consideran creyentes y las críticas de los librepensadores.

Comienzo por las primeras.

Acuso, en mi libro, a los doctores de la iglesia de que enseñen una doctrina claramente contraria a los preceptos de Cristo, sobre todo, al mandamiento de la no-resistencia al mal y de, con esto, que resten de la doctrina de Cristo toda su importancia.

Los teólogos admitieron el Sermón de la Montaña, como también el mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia, como las revelaciones divinas. ¿Por qué entonces, ya decididos a discutir mi libro, no responden ellos, ante todo, al punto principal de la acusación? Deberían decir francamente si reconocen o no como obligatorios para los cristianos la doctrina del Sermón de la Montaña y el mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia. En lugar de que respondan, como muchas veces hacen, que por un lado no se puede, por descontado, negar, pero que, por otro lado, no se puede, por descontado, afirmar... tanto más que... etcétera ..., ellos deberían responder con claridad a la pregunta que formulo en mi libro. ¿Cristo pedía realmente a sus discípulos que aceptaran los preceptos del Sermón de la Montaña? Entonces, ¿puede o no el cristiano participar en la justicia, sea como juez, sea como acusador, lo que se constituye en una apelación a la fuerza? ¿Puede él o no, siendo cristiano, participar en la administración, es decir, emplear la fuerza contra sus semejantes? Y finalmente, la pregunta más importante, la que, con el servicio militar obligatorio, hoy interesa a todos: ¿Puede el cristiano, contrariamente a la indicación tan precisa de Cristo, servir en el ejército y de esta manera cometer homicidios o instruirse para éstos?

Estas preguntas se formulan clara y francamente, y merecían respuestas de la misma forma claras y francas. Pero nada parecido se encuentra en todas las críticas provocadas por mi libro, ni aun, de hecho, en todas las que respondieron a los escritos a través de los cuales evocan a los doctores de la iglesia a las verdaderas prescripciones del Evangelio, escritos de los cuales la Historia está repleta, desde los tiempos de Constantino.

Con ocasión de mi libro, me censuraron por la interpretación errada de algún que otro pasaje de la Biblia; porque no reconozco la Trinidad, la Redención y la inmortalidad del alma, comentaron mi extravío.

Se comentaron muchas cosas, pero nada acerca de aquello que, para todos los cristianos, se constituye en la principal, en la esencial pregunta de la vida: ¿cómo conciliar la doctrina claramente expresada por el Señor y contenida en el corazón de cada uno de nosotros - perdón, humildad,

paciencia, amor a todos: amigos o enemigos - con la exigencia de la guerra y de sus violencias contra nuestros compatriotas y contra los extranjeros?

Las aparentes respuestas dadas a esta pregunta se pueden agrupar en cinco categorías.

Reuní aquí no solo lo que encontré en las críticas a mi libro, sino también todo lo que se escribió sobre este asunto en el pasado.

El primero y más grosero género de respuestas consiste en la afirmación audaz de que la violencia no está en contradicción con la doctrina de Cristo, que se autoriza y hasta está ordenada por el Antiguo y Nuevo Testamento.

Las respuestas de este tipo provienen, en su mayoría, de personas que se encuentran en la cumbre de la jerarquía administrativa o religiosa y que están, por esto, absolutamente seguras de que nadie las osaría contradecir y que, por otro lado, no escucharían. Debido a la embriaguez del poder, esos hombres perdieron totalmente la noción de lo que es el cristianismo (en cuyo nombre ocupan sus posiciones), y todo lo que en él se encuentra de verdaderamente cristiano les parece herético, mientras, todo aquello que, en la Sagrada Escritura, puede interpretarse en el sentido anti-cristiano y pagano les parece el verdadero sentido del cristianismo.

En apoyo a la afirmación de que el cristianismo no está en contradicción con la violencia, ellos invocan, con la mayor audacia, los pasajes más equivocados del Antiguo y del Nuevo Testamento, interpretándolos en el sentido menos cristiano como, por ejemplo, la ejecución de Ananías y Safira, la de Simón el Mago etcétera. Citan todo lo que les parece justificar la violencia, como la expulsión de los mercaderes del templo y las palabras: "Pero yo os digo que el Día del Juicio será más soportable para la Tierra de Sodoma, que para vosotros" (Mateo 11,24).

Según la opinión de esos hombres, un gobierno cristiano no tiene, de ningún modo, el deber de dejarse guiar por el espíritu de la caridad, por el perdón a las ofensas y por el amor a los enemigos.

Es inútil refutar tal tesis, pues aquellos que la defienden se refutan a sí mismos, o mejor, se separan de Cristo, imaginando su propio Cristo y su propio cristianismo, en vez de aquel por cuyo nombre existen la iglesia y la posición que ellos ocupan. Si todos supieran que la iglesia reconoce un Cristo vengador, implacable y guerrero, nadie sería partidario de esa iglesia y nadie defendería sus doctrinas.

El segundo medio - un poco menos grosero - consiste en reconocer que Cristo enseñaba, es verdad, a poner la cara y dar el manto, y que ésta es, realmente, una elevada moral..., pero... una vez que, sobre la tierra, existe un gran número de delincuentes, es necesario contenerlos por la fuerza, para no ver perecer a los buenos e incluso el mundo entero. Encontré por primera vez este argumento en San Juan Crisóstomo y demuestro su falsedad en mi libro *Mi religión*.

Este argumento no tiene valor porque, si nos permitimos declarar, no importa a quién, a un delincuente fuera de la ley, destruimos toda la doctrina cristiana según la cual somos todos iguales y hermanos, en calidad de hijos de un solo Padre Celestial. Y además, aunque Dios hubiera permitido la violencia contra los delincuentes, siendo imposible determinar de modo absolutamente correcto la distinción entre el delincuente y aquél que no lo es, acontecería que los hombres y la sociedad se considerarían mutuamente delincuentes: cosa que hoy se da. Finalmente, suponiendo que fuera posible distinguir con seguridad un delincuente de aquél que no lo es, no se le podría encarcelar, torturar y condenar a muerte en una sociedad cristiana, porque no habría en ella nadie para cometer tales actos, estando cualquier violencia prohibida al cristiano.

El tercer medio de responder, más sutil que los precedentes, consiste en la afirmación de que el precepto de la no-resistencia al mal con la violencia es ciertamente obligatorio para el cristiano, pero solamente en cuanto el mal no le amenaza sino a él. Esto, sin embargo, deja de ser obligatorio cuando el mal se dirige contra sus semejantes. En ese caso, no solo el cristiano no debe conformarse

al precepto sino que, al contrario, debe oponerse a la violencia con la violencia. Esta afirmación es absolutamente arbitraria y es imposible encontrarle confirmación en toda la doctrina de Cristo. Esta interpretación hace más que restringir el precepto: es su negación absoluta. Si cada hombre tiene el derecho de emplear la violencia para repeler un peligro que amenaza a su semejante, cambia la cuestión: ya no se trata de saber si la violencia está prohibida o permitida, sino de saber cuál es la definición de lo que puede representar un peligro para los otros. Y, si mi raciocinio particular pudiera decidir la cuestión, yo diría que no existe un solo caso de violencia que no pueda explicarse por el peligro ajeno. Quemaron y condenaron a muerte a brujos; condenaron a muerte a aristócratas y girondinos; condenaron a muerte también a sus enemigos, porque los que ocupaban el poder los consideraban un peligro para la nación.

Si esta importante restricción, que aumenta la importancia del precepto, hubiera estado en la mente de Cristo, estaría formulada en algún lugar. Ella no se encuentra en las prédicas ni en la vida del Maestro. Sino que, al contrario, lo que se ve es una advertencia contra tal restricción, tan falsa como seductora. Esto resalta, con especial claridad, en el relato del raciocinio que hizo Caifás que justamente censura esta restricción. Él reconoce que es injusto condenar a Jesús, inocente, pero ve el peligro no para sí, sino para todo el pueblo. Por eso él dice: “Es mejor que muera un solo hombre que todo el pueblo”. La misma enseñanza destaca aun con más nitidez de las palabras que dijo Pedro cuando éste intentó oponerse a la violencia contra Jesús (Mateo 26,52). Pedro no se defendía a sí mismo, sino a su Maestro divino y adorado. Pero Cristo lo prohibió, diciéndole:

“Guarda tu espada en su lugar, pues todos los que cogen la espada por la espada morirán.”

Además, la violencia para defender al semejante de otra violencia nunca está justificada, porque no habiendo sido aún cometido el mal que se quiere impedir, es imposible que se pueda adivinar qué mal será mayor, si aquél que se está prestos a cometer o aquél que se quiere impedir. Condenamos a muerte a un delincuente para de él librar a la sociedad, y nada nos prueba que ese delincuente no cambiaría mañana su conducta y que su ejecución no sería una crueldad inútil. Mandamos a la prisión a un miembro de la sociedad, peligroso a nuestro modo de ver, pero mañana ese individuo podría dejar de ser peligroso y, entonces, su prisión sería inútil. Veo un delincuente perseguir a una joven. Tengo en las manos un fusil. Lo mato. Salvo a la joven; pero la muerte o la herida del delincuente es un hecho cierto, en cuanto a lo que habría acontecido con la joven me es desconocido. ¡Qué mal inmenso debe resultar, y en realidad resulta, del derecho reconocido por los hombres de prevenir los delitos que podrían ocurrir! Desde la Inquisición hasta las bombas de dinamita, ejecuciones capitales y torturas de decenas de miles de delincuentes llamados políticos están un 99% de las veces basadas en este raciocinio.

La cuarta categoría de respuestas, aun más sutiles, consiste en la afirmación de que el precepto de la no-resistencia al mal con la violencia, lejos de negarse, está, por el contrario, formalmente reconocido como todos los otros; pero que no se le debe atribuir un significado absoluto, como hacen los sectarios.

Hacer de él una condición *sine qua non* de la vida cristiana, a la imitación de Garrison, Ballou, Dymond, de los menonitas, de los cuáqueros y como hacen los hermanos moravos, los valdeses, los albigenses, los bogomilos, los paulicianos, es un sectarismo limitado. Este precepto ya no tiene más o menos importancia que todos los otros, y el hombre que infringe, debido a su flaqueza, no importa qué mandamiento, inclusive el de la no-resistencia, no deja de ser cristiano, si tiene fe.

Esta astucia es muy hábil e incontables personas, que desean ser engañadas, sucumben a ella sin dificultad. Consiste esto en transformar la negación consciente del precepto en una infracción ocasional. Pero basta comparar la actitud de los ministros de la iglesia delante de este precepto y su actitud frente a aquellos que realmente lo reconozcan para convencerse de la diferencia que hacen entre unos y otros.

Ellos sin duda reconocen, por ejemplo, el precepto contra la lujuria; así, jamás admiten que la lujuria no sea un mal; nunca indican una ocurrencia en que el precepto contra el adulterio podría infringirse y siempre enseñan que debemos evitar las tentaciones de la lujuria. Nada parecido en relación al precepto de la no-resistencia. Todos los padres reconocen casos donde este precepto puede violarse, y así enseñan. Y no solo enseñan a evitar las tentaciones de las cuales la primera es el juramento, sino que ellos mismos lo pronuncian. En ningún otro caso aprueban la violación de cualquier otro mandamiento; entre tanto, en relación a la no-resistencia, profesan abiertamente que no hay necesidad de seguir a raya esta prohibición; que no es necesario siempre resignarse a ella y que, por el contrario, existen circunstancias, situaciones, que exigen justamente lo contrario, es decir, en las cuales se debe juzgar, hacer la guerra, condenar a muerte. De modo que, cuando tratan el precepto de la no-resistencia, lo más común es que enseñen cómo no se debe conformarse a él. La observancia de este precepto es, dicen ellos, muy difícil; es este el atributo de la perfección. ¿Cómo no sería difícil observarlo, en realidad, si su violación, lejos de ser reprobada, está, por el contrario, animada, dado que están abiertamente bendecidos los tribunales, las prisiones, los cañones, los fusiles, el ejército y las batallas? No es, entonces, verdad que este mandamiento sea, como los otros, reconocido por los ministros de la iglesia.

Éstos no lo reconocen, simplemente, por no osar admitirlo e intentan disimular este punto de vista.

Tal es la cuarta manera de reaccionar.

El quinto modo, el más hábil, el más adoptado y el más fuerte, consiste en evitar responder, fingiendo considerar esta cuestión como ya resuelta desde hace mucho tiempo y de la manera más clara y más satisfactoria, de tal forma que de ella ya no se deba hablar. Esta respuesta está adoptada por todos los escritores religiosos demasiado instruidos para que desconozcan las leyes de la lógica. Sabiendo que es imposible explicar la contradicción existente entre la doctrina de Cristo, que nosotros, y toda nuestra clase social, profesamos por palabras, y que, hablando al respecto, sólo se consigue hacerla cada vez más evidente, ellos evitan la dificultad con mayor o menor habilidad, simulando creer que la cuestión de la conciliación de la doctrina cristiana con la violencia ya fue resuelta o no existe en manera alguna^{14 15}.

La mayor parte de los críticos religiosos que se ocuparon de mi libro adoptó este argumento. Podría citar decenas de esas apreciaciones en las cuales, sin excepción, el mismo caso se repite siempre. Se habla de todo, menos del asunto principal del libro. Como ejemplo característico de este tipo de crítica, citaré el artículo del célebre e ingenioso escritor y predicador inglés Farrar, gran maestro, como todos los teólogos sabios, del arte de subterfugios y reticencias. Este artículo fue publicado en la revista americana Fórum del mes de octubre de 1888.

Después de conscienciosa y rápidamente resumir mi libro, dice Farrar:

Tolstói llegó a la conclusión de que el mundo fue groseramente engañado cuando se aseguró a los hombres que la doctrina de Cristo de no resistir al mal con el mal es conciliable con la guerra, con los tribunales, con las ejecuciones capitales, con el divorcio, con el juramento, con el patriotismo y en general con la mayor parte de las instituciones sociales y políticas. Él cree, hoy, que el reino de Cristo existirá cuando los hombres sigan los cinco mandamientos de Cristo, o sea:

1. Vivir en paz con todos;

¹⁴ El mundo entero juzga con seguridad

¹⁵ Conozco un solo estudio - no una crítica en el sentido exacto de la palabra - que trata del mismo asunto, tiene como objetivo mi libro y se aleja un tanto de esa definición general. Es el opúsculo de Trostsky: *El Sermón de la Montaña* (Kazán). El autor reconoce que el precepto de la no-resistencia al mal con la violencia quiere decir exactamente eso, como también el precepto sobre el juramento. Él no niega, como los otros, el significado de la doctrina de Cristo; infelizmente, él no extrae de este reconocimiento las deducciones ineludibles que de ahí derivan y aparecen, de forma muy natural, cuando, como él, tenemos a la vista la doctrina de Cristo. Si no debemos oponernos al mal con la violencia, ni prestar juramento, cada uno debe preguntarse: "¿Y el servicio militar? ¿Y el juramento?" - Y es exactamente a estas preguntas a las que el autor no responde. Ahora, es necesario responder a esas preguntas, o, si no se puede, evítese provocar tales preguntas.

2. Llevar una vida pura;
3. No jurar;
4. Nunca resistir al mal;
5. Abandonar cualquier frontera entre las naciones.

Tolstói niega el origen divino del Antiguo Testamento, de las Epístolas y de todos los dogmas de la iglesia, como la Trinidad, la Redención, el descenso de Espíritu Santo y el clero, y no reconoce sino las palabras y los preceptos de Cristo.

¿Pero es entonces acertada tal interpretación de la doctrina de Cristo? ¿Están los hombres obligados, como enseña Tolstói, a observar los cinco mandamientos de Cristo?

Frente a esta pregunta esencial, la única que llevó al autor a escribir el artículo sobre mi libro, ¿qué podemos esperar? ¿Qué él nos diga que esta interpretación de la doctrina de Cristo es justa y que es necesario a ella obedecer, o por el contrario que es inexacta, y que él así pruebe y nos dé una explicación más acertada para las palabras que comprendo tan mal? Nada de esto. Farrar se limita a expresar la "convicción" de que Tolstói, aunque guiado por la más noble sinceridad, cayó en el error de las interpretaciones estrictas del significado del Evangelio y del pensamiento y de la voluntad de Cristo. ¿En qué consiste este error? Él no lo explica, sólo dice:

Es imposible, en este artículo, profundizar en esta demostración, porque ya sobreexcedí el número de páginas que me fue fijado.

Y concluye, con admirable tranquilidad de espíritu:

Sin embargo, si el lector se siente atormentado por el pensamiento de que él debe, como cristiano, siguiendo el ejemplo de Tolstói, renunciar a las condiciones habituales de su vida y vivir como un albañil, cálmese y piense en la máxima: *Securus judicat orbis terrarum*¹⁶.

Salvo algunas excepciones (prosigue él) toda la cristiandad, desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros días, llegó a la conclusión de que el objetivo de Cristo era dar a los hombres un gran principio, pero no destruir las bases de las instituciones de todas las sociedades humanas, que se basan en la sanción divina y en la necesidad. Si yo hubiera tenido la misión de probar la imposibilidad de la doctrina del comunismo, que Tolstói apoya sobre paradojas divinas (*sic*), que no pueden interpretarse sino sobre principios históricos, de acuerdo con todos los métodos de la doctrina de Cristo - esto habría requerido un espacio mayor que aquel que tengo a mi disposición."

¡Qué desgracia! ¡Él no tenía espacio! Y, ¡cosa extraña! Hace 15 siglos nadie tenía espacio para probar que Cristo, en quien creemos, no haya dicho lo que dijo. Y sin embargo pudieron probarlo, si se hubiera deseado. Es verdad que no vale la pena probar lo que todos saben. Basta decir: *Securus judicat orbis terrarum*.

Tal es, sin excepción, la argumentación de todos los creyentes literatos que comprenden, así pues, la falsedad de su situación. Su única táctica consiste en apoyarse en la autoridad de la iglesia, en su antigüedad y su carácter sacro para intimidar al lector y disuadirlo de la idea de leer el Evangelio y de estudiar a fondo la cuestión. Y la cosa funciona. ¿Quién podría suponer, de hecho, que aquello que los archidiaconos, los obispos, los arzobispos, los santos sínodos y los papas repiten con tanta seguridad y tanta solemnidad, siglo tras siglo, no es sino una pérfida mentira, y que ellos calumnian a Cristo con el objetivo de garantizar para sí mismos las riquezas que necesitan para llevar una vida agradable en perjuicio de los demás? Su falsedad se hizo hoy tan evidente que su único medio de mantenerla es el de intimidar al público con su audacia y desenvoltura.

Lo mismo ocurre hace años en los consejos de revisión. Frente a una mesa se ven sentados en los puestos de honor, bajo el retrato del emperador, algunos viejos dignatarios, todos cubiertos de condecoraciones, conversando libre y negligentemente, escribiendo, ordenando, llamando. A su lado, en batín de seda, una gran cruz en el pecho, canas caídas sobre la estola, un venerable

16 N. T2: juzga con certeza al mundo

sacerdote se sienta en un estante sobre el cual hay una cruz de oro y un Evangelio de ángulos dorados. Lllaman a Iván Petrov. Un adolescente mal vestido, sucio, asustado, se aproxima con el rostro descompuesto, ojos intranquilos y febriles y dice tartamudeando, en voz baja: "Yo... la ley... como cristiano... no puedo..."

- ¿Qué dice? - pregunta con impaciencia el presidente parpadeando los ojos, tocando su oreja y levantando la cabeza del libro.

- ¡Habla en voz alta! - Grita el coronel, cuyos galones brillan.

- Yo... yo... como cristiano... Por fin, se entiende que el joven rechaza el servicio militar, porque es cristiano.

- No diga tonterías. Abra los brazos. ¿Doctor, podría medirlo? ¿Está bien?

- Está bien.

- Padre, hágalo prestar juramento.

No solamente nadie está perturbado, sino que ni siquiera se presta atención a lo que balbucea aquel pobre adolescente asustado.

- Todos tienen algo que decir, cómo si tuviéramos tiempo para escucharlos. ¡Quedan aún muchos reclutas por examinar!

El reclutado parece querer añadir algo.

- Esto es contrario a la ley de Cristo.

- ¡Sal, sal! No necesitamos de ti para saber lo que está conforme a la ley y lo que no está. ¡Sal! ¡Vete ahora! Padre, catequízalo. Pasemos a otro: ¡Vassili Nikitine!

Y el joven es conducido hacia fuera, muy tembloroso.

Y nadie sospecha - ni los guardias, ni Vassili Nikitine, que se le introduce en aquel momento, ni una sola persona de entre las que asistieron a esta escena - que aquellas pocas palabras incoherentes, pronunciadas por el adolescente e inmediatamente reprimidas, contienen la verdad, mientras los solemnes discursos de los funcionarios y del sacerdote, tranquilos y seguros, nada son sino ¡mentira y engaño!

Los artículos de Farrar producen la misma impresión. Lo mismo ocurre con todos los discursos retóricos, con tratados y libros que llegan al público en cuanto la verdad aparece en algún lugar, revelando la mentira imperante. Sin perder tiempo, escritores y oradores, verbosos o hábiles, elegantes o solemnes, plantea y trata cuestiones al margen del asunto, teniendo por otro lado el cuidado de silenciar lo relacionado con el tema en sí.

Es este el quinto método de controversia, el más eficaz para ocultar la contradicción en la que se situó el cristianismo oficial, profesando la doctrina de Cristo en la teoría, pero negándola en la práctica.

Aquellos que intentan justificarse por el primer método, afirmando abierta y brutalmente que Cristo haya autorizado la violencia, las guerras, las matanzas, se alejan conscientemente de la doctrina evangélica. Aquellos que se defienden por el segundo, tercero y cuarto métodos se enmarañan en su propia contradicción, y es fácil convencerlos de la mentira, pero los últimos, que no razonan o no se dignan a razonar, que se esconden detrás de su grandeza, que aparentan creer que todas estas cuestiones hayan sido resueltas desde hace mucho, por ellos y por otros, y ya no dan lugar a dudas, estos supuestos impasibles permanecerán serenos mientras que los hombres estén bajo la acción de la sugerencia hipnótica de los gobiernos y de la iglesia. Así fue, en relación a mi libro, la actitud de los teólogos, que profesan la religión cristiana.

No podría haber otra. Ellos permanecen cautivos de la contradicción en la que se encuentran - la fe en la divinidad del Maestro y la negación de sus palabras más claras - contradicciones de las cuáles quieren evadirse a cualquier precio.

Así pues, no se podría esperar de ellos una argumentación independiente sobre la propia esencia de la cuestión, sobre modificaciones de las condiciones de la existencia que resultarían en la aplicación de la doctrina de Cristo al orden actual. Yo esperaba este tipo de raciocinio por parte de los críticos librepensadores que no están sujetos a la fe y pueden juzgar libremente; esperaba ver a los librepensadores que consideran a Cristo no solo como fundador de una religión de salvación personal (como entienden los partidarios de la iglesia), sino también como un reformador que derrumba las antiguas bases de la sociedad y construye nuevas, reforma aún no concluida, y cuya realización prosigue cada día.

Este concepto de la doctrina de Cristo es el de mi libro. Para mi gran asombro, entre las incontables críticas que él provocó, no se encontró una única, rusa o extranjera, que haya tratado el tema bajo este punto de vista, es decir, considerando la doctrina de Cristo como una doctrina filosófica, moral y social (según la expresión de los doctores).

Los críticos rusos laicos no ven en mi libro nada más allá del precepto de la no-resistencia al mal, y (probablemente por la comodidad de la objeción) comprendieron este precepto en el sentido absoluto, o sea, como la prohibición de cualquier lucha contra el mal. Ellos lo atacaron con furor y demostraron victoriosamente, durante varios años, que la doctrina de Cristo es falsa una vez que prohíbe la oposición al mal. Los críticos refutaron esta supuesta doctrina de Cristo con tan gran éxito, porque sabían muy bien, con antelación, que su argumentación no sería impugnada o rectificada, ya que, habiendo la censura prohibido el libro, prohibía de la misma forma cualquier artículo a su favor.

¡Cosa notable! Aquí, donde no se puede decir una sola palabra sobre la Sagrada Escritura sin que se entrometa la censura, este precepto de Cristo clara y formalmente expresado (Mateo 5,39) fue, durante años, falsamente interpretado, criticado, condenado y ridiculizado en todas las revistas.

Los críticos rusos laicos, ignorando, a buen seguro, lo que se dijo acerca del examen de la cuestión de no-resistencia al mal con la violencia, habiendo, de hecho, incluso creído que yo hubiera inventado personalmente esta regla, la atacaban, la falsificaban y la refutaban con el máximo ardor. Reunían argumentos, desde hace mucho tiempo examinados y rechazados bajo todos los aspectos, para probar que el hombre debe necesariamente defender (con la violencia) a todos los débiles y a todos los oprimidos, y que, por lo tanto, la doctrina de la no-resistencia al mal es una doctrina inmoral.

Para los críticos rusos, toda la importancia de la predicación de Cristo aparece como un supuesto impedimento voluntario de cierta acción directa contra todo lo que él consideraba, entonces, como un mal. De tal modo que el principio de la no-resistencia al mal con la violencia fue atacado por dos campos opuestos: por los conservadores, porque este principio habría impedido la resistencia al mal causado por los revolucionarios, su persecución y su ejecución capital; y por los revolucionarios, porque este principio impedía la resistencia al mal causado por los conservadores, y su caída.

Los conservadores se indignaban porque la doctrina de la no-resistencia impedía la enérgica represión de los elementos revolucionarios que podrían comprometer el bienestar de la nación; los revolucionarios se indignaban porque esta doctrina les impedía derrocar a los conservadores que comprometían el bienestar de la nación. Es notable que los revolucionarios atacaran el principio de la no-resistencia al mal con la violencia, que es también lo más terrible, lo más peligroso para cualquier despotismo, pues, desde que el mundo existe, todas las violencias - desde la Inquisición hasta la fortaleza de Schlüsselburg¹⁷ - se basaron y se basan aun en el principio contrario.

¹⁷ N. del T: Prisión para condenados políticos.

Además, los críticos objetaban aun que la aplicación del precepto de la no-resistencia a la vida práctica alejaría a la humanidad del camino de la civilización, que ella sigue.

Ahora, el camino de la civilización seguido por los pueblos europeos es, en su opinión, precisamente aquel que toda la humanidad debe siempre seguir.

Tal es el carácter principal de las críticas rusas.

Las críticas extranjeras estaban concebidas con el mismo espíritu, pero diferían bastante en las objeciones. Éstas se diferenciaban de las críticas rusas no solo por el sentido íntimo, sino también por más urbanidad y menos pasión en la forma.

Hablando, a propósito de mi libro, de la doctrina evangélica en general, tal como se establece en el Sermón de la Montaña, los críticos extranjeros afirman que esta doctrina no es, a decir verdad, la del cristianismo (que, en sus opiniones, está representado por el catolicismo o por el protestantismo), sino sólo una serie de encantadoras utopías, pero no prácticas del encantador doctor (*charmant docteur*), como decía Renan, admisibles para los habitantes medio salvajes que vivían en la Galilea, hace 1.800 años, o también para los medio salvajes rusos - Sutaiev, Bondarev y el místico Tolstói - y absolutamente inaplicables a las sociedades europeas poseedoras de una gran cultura.

Los críticos extranjeros laicos me hicieron sentir, de manera muy delicada y, sin ofenderme, que yo no podría suponer a la humanidad capaz de conformarse con la ingenua doctrina del Sermón de la Montaña, sino gracias a mi falta de saber, mi ignorancia de la Historia y de todas las vanas tentativas hechas en el pasado para poner en práctica en la vida los principios de esta doctrina.

Me hicieron entender que desconozco el alto grado de civilización al que llegaron hoy las naciones europeas, con los cañones Krupp, con la pólvora sin humo, con la colonización de África, con la administración de Irlanda, con el parlamento, con el periodismo, con las huelgas, con las constituciones, con la torre Eiffel.

Así escribieron el señor de Vogüé, el señor Leroy Beaulieu, Matthew Arnold; así escribieron los americanos Savadje, Ingersoll - el popular libre-pensador y orador americano - y otros tantos.

"La doctrina de Cristo no es practicable porque no corresponde a nuestro siglo industrial", decía ingenuamente Ingersoll, expresando así, con mucha franqueza y claridad, la opinión de las personas cultas y refinadas sobre la doctrina de Cristo. ¡Ella no es práctica para nuestro siglo industrial! ¡Cómo si el orden de nuestro siglo industrial, tal cual existe, fuera sagrado y no pudiera cambiarse! Sería como si borrachos respondiesen, al consejo de que estuviesen más sobrios, que este consejo no tendría cabida debido a su estado de embriaguez.

Las opiniones de todos los críticos, rusos o extranjeros, a pesar de las diferencias de tono y forma, llevan, en substancia, al mismo extraño malentendido, o sea: que la doctrina de Cristo, de la cual uno de los principios es la no-resistencia al mal con la violencia, no nos es posible, pues nos obligaría a cambiar toda nuestra vida.

La doctrina de Cristo no es posible porque, si se siguiera, nuestro modo de vivir no podría continuar. En otras palabras, si hubiéramos comenzado viviendo mejor como nos enseña Cristo, no habríamos podido continuar viviendo mal como hacemos y como nos habituamos. En cuanto a la cuestión de la no-resistencia al mal, ésta no solo no puede discutirse, sino que el simple hecho de tal prescripción en el Evangelio es ya prueba suficiente de la imposibilidad de toda la doctrina.

Pero parece necesario dar alguna solución a esta cuestión, porque ella es la base de todo nuestro orden social.

En esto consiste la dificultad. ¿Cómo resolver el antagonismo entre personas, algunas de las cuales consideran un mal aquello que otras consideran un bien y viceversa?

Porque declarar como mal lo que así considero, a pesar de la afirmación de mi adversario, que declara ser esto un bien, no es una respuesta. No pueden existir sino dos soluciones: o encontrar un criterio verdadero, indiscutible, de lo que se llama mal, o no resistir al mal con el mal.

La primera solución se intentó en el principio de los históricos tiempos y, como sabemos, no dio ningún resultado satisfactorio. La segunda solución es no resistir con el mal a lo que clasificamos como el mal, hasta que hayamos encontrado un criterio correcto: y esto fue lo que nos enseñó Cristo.

Se puede considerar que esta solución no sea buena, se puede sustituir por otra mejor, dando un criterio que determina para todos lo que es el mal. Se puede encontrar simplemente inútiles estas cuestiones, como hacen los pueblos salvajes; pero no se puede, como hacen los críticos que tratan el estudio de la doctrina evangélica, aparentar creer que esas cuestiones no existen o que ya hayan sido resueltas por el derecho reconocido a ciertos hombres o a ciertas clases de hombres (sobre todo si de ellas formamos parte) de que definan el mal y de que a él resistan con la violencia. Tal atribución, sabemos todos, nada resuelve, pues siempre se encuentran hombres que se niegan a reconocer este derecho a otros hombres.

Los críticos laicos de la doctrina cristiana o nada entienden de la cuestión, o basan sus argumentos en una definición arbitraria del mal, definición que a ellos les parece indiscutible. De tal modo que los estudios sobre mi libro, laicos o religiosos, me mostraron simplemente que la mayor parte de los hombres no comprende no solo la palabra de Cristo, sino siquiera las cuestiones a las cuales ella corresponde.

Capítulo III

El cristianismo mal comprendido por los fieles

Así, las informaciones que recibí después de la publicación de mi libro, tanto sobre el modo de comprender la doctrina de Cristo en su verdadero significado, de una minoría de pensadores como sobre las críticas religiosas o laicas que él provocó y en las cuales se niega la posibilidad de comprender la doctrina de Cristo en su significado literal, me convencieron de que, mientras para la minoría esta doctrina, lejos de dejar de ser comprensible, se hacía cada vez más clara, para la mayoría su significado se hacía siempre más oscuro. Esta obscuridad llegó hasta tal punto que los hombres ya no comprenden las nociones más simples, expresadas en el Evangelio con las palabras más simples.

Hoy, habiendo la luz de la doctrina de Cristo penetrado hasta los recónditos ángulos de la conciencia humana, conforme él dijo, se grita desde encima de los tejados lo que él decía al pie del oído; cuando esta doctrina se mezcla a todas las manifestaciones de la vida familiar, económica, social, política e internacional, sería inexplicable que dicha doctrina fuera incomprendida si para ello no hubiera especiales causas.

Una de estas causas es que tanto fieles como ateos están firmemente convencidos de que comprendieron, hace mucho tiempo, casi completa, positiva y definitivamente la doctrina evangélica, que no es posible atribuirle un significado distinto de aquel que le es dado. Y su interpretación errónea se fortalece por la antigüedad de la tradición.

El río más copioso no puede añadir una gota de agua a un vaso ya lleno.

Se puede explicar al hombre más ignorante las cosas más abstractas, si él de ellas aún no tiene noción alguna; pero no se puede explicar la cosa más simple al hombre más inteligente, si él está firmemente convencido de saber muy bien lo que se le quiere enseñar.

La doctrina de Cristo se presenta a los hombres de nuestro tiempo como una doctrina perfectamente conocida desde hace mucho en sus mínimos detalles, y que no puede comprenderse de modo distinto de lo que lo es actualmente.

El cristianismo es, así, para los fieles, una revelación sobrenatural, milagrosa, de todo lo que se dice en el Credo. Para los librepensadores es una manifestación agotada del deseo que tienen los hombres de creer en lo sobrenatural, un fenómeno histórico que encontró su expresión definitiva en el catolicismo, en la ortodoxia, en el protestantismo, y que para nosotros ya no posee ningún significado práctico.

La importancia de la doctrina se oculta de los fieles de la iglesia y de los libre-pensadores de la ciencia.

Comencemos a hablar de los primeros.

Hace 1.800 años, en medio del mundo romano, surge una nueva doctrina, extraña, en nada semejante a ninguna de las que la habían precedido y atribuida a un hombre, Cristo.

Esta doctrina era completamente nueva (tanto en la forma, como en el contenido) para el mundo judaico que la había visto nacer y sobre todo para el mundo romano, donde era predicada y propagada.

En medio de las complicadísimas reglas religiosas del mundo judaico - donde, según Isaías, había regla sobre regla - y la legislación romana, llevada a un alto grado de perfección, surge una nueva doctrina que negaba no solo todas las divinidades, sino también todas las instituciones

humanas y sus necesidades. En lugar de todas las reglas de las antiguas creencias, esta doctrina no ofrecía sino un modelo de perfección interior, de verdad y de amor en la persona de Cristo y, como consecuencia de esta perfección interior, la perfección externa, preconizada por los profetas: el reino de Dios, en el cual todos los hombres, ya sin saber odiar, se unirán por el amor, y en el cual el león estará junto al cordero. En vez de amenazas de castigo para las infracciones de las reglas dictadas por antiguas leyes religiosas o civiles, en vez de la atracción de las recompensas por su observancia, esta doctrina sólo atraía por ser la verdad. “Si alguien quisiera cumplir Su voluntad, sabrá si mi doctrina es de Dios o si hablo de mí mismo” (Juan 7,17).

"Vosotros, sin embargo, buscáis matarme, a mí que os he dicho la verdad" (Juan 8,40), "y la verdad os hará libres. No debemos obedecer a Dios sino con la verdad. Toda la doctrina se revelará y comprenderá por el espíritu de la verdad. Hagan lo que Dios les manda y conocerán la verdad" (Juan 8,36).

Ninguna otra prueba de la doctrina se presentó además de la verdad, la concordancia¹⁸ de la doctrina con la verdad.

Toda la doctrina consistía en la búsqueda de la verdad y en su observación, en la realización cada vez más perfecta de la verdad y del deseo de aproximarse a ella, siempre más, en la vida práctica.

Según esta doctrina, no es por medio de prácticas que el hombre se hace justo. Los corazones se elevan hacia la perfección interior a través de Cristo, modelo de verdad, y hacia la perfección exterior por el establecimiento del reino de Dios. El cumplimiento de la doctrina está en el camino de la vía indicada, en la búsqueda de la perfección interior por la imitación de Cristo, y de la perfección exterior gracias al establecimiento del reino de Dios.

La mayor o menor felicidad del hombre depende, según esta doctrina, no del grado de perfección que él pueda alcanzar, sino de su camino más o menos rápido hacia esta perfección.

El ímpetu hacia la perfección del publicano Zaqueo, de la pecadora, del ladrón en la cruz es, según esta doctrina, una felicidad mayor que la inmóvil virtud del fariseo. La oveja descarriada es más querida al corazón del pastor que 99 ovejas no descarriadas; el hijo pródigo, la moneda perdida y reencontrada son más valiosos a Dios que todo lo que nunca fue perdido.

Cada situación, según esta doctrina, no es más que una etapa hacia el camino de la perfección interior y exterior realizable. He ahí por qué ella no tiene importancia. La felicidad no consiste sino en aspirar siempre a la perfección; el alto¹⁹ en cualquier grado de perfección es la pausa de la felicidad. “La mano izquierda ignora lo que hace la derecha”. El labrador que toma el arado y mira hacia tras no es digno del reino de los cielos. “No os alegréis si los demonios os obedecen, procurar que vuestro nombre sea inscrito en el cielo”. “Sed perfectos como vuestro Padre Celeste”. “Buscad el reino de Dios y su verdad”.

El cumplimiento de la doctrina no consiste sino en el caminar incesante en dirección a la posesión de la verdad cada paso más alta, de su realización cada vez mayor en el propio ser con un amor siempre más ardiente y fuera del propio ser en la realización perfecta del reino de Dios.

Es evidente que esta doctrina, nacida en el medio judaico y pagano, no podía ser aceptada por la mayoría de los hombres, acostumbrados a una vida totalmente distinta de aquélla que ella exigía.

La doctrina no podía comprenderse en todo su significado ni aun por aquellos que la habían aceptado, porque era contraria a todos los antiguos conceptos de vida.

Solamente después de una serie de malentendidos, errores, explicaciones limitadas, rectificadas y completadas por muchas generaciones, el principio del cristianismo quedó más claro para los

18 N. T2: en el texto inglés: correspondencia

19 N. T2: se refiere al stop o parada.

hombres.

El concepto evangélico influenció a aquellos del judaísmo y del paganismo, y, por su parte, estas corrientes dejaron su marca en el cristianismo. Pero el concepto cristiano, más vivo, penetraba día a día, más y más en el judaísmo y en el paganismo agonizantes y aparecía cada vez más puro, liberándose de los malos elementos con los que fue mezclado. Los hombres comprendían mejor el sentido cristiano, lo utilizaban cada vez más en sus vidas.

Si más envejecía la humanidad, más claro veía la doctrina de Cristo; por otro lado no puede ser distinto en cualquier doctrina social.

Las sucesivas generaciones corregían los errores de las generaciones precedentes y se aproximaban más cada día al verdadero sentido de la doctrina.

Así fue desde los primeros tiempos del cristianismo. Desde el principio aparecieron algunos hombres que afirmaban ser su modo de explicar la doctrina el único exacto, y lo probaron por medio de fenómenos sobrenaturales que venían a confirmar la exactitud de sus interpretaciones.

Esa es la razón principal de haber sido la doctrina, primero, mal comprendida y, después, desvirtuada.

Se admitió que la doctrina de Cristo se transmitió a los hombres no como otras verdades, sino por un camino especial, sobrenatural. De tal modo que se demostró no por su lógica y por su acuerdo con las necesidades de la vida humana, sino por el carácter milagroso de su transmisión.

Esta suposición, nacida de la comprensión imperfecta de la doctrina, tuvo como resultado la imposibilidad de comprenderse mejor.

Esto ocurrió desde los primeros tiempos, cuando la doctrina se interpretaba de forma tan incompleta y a veces tan falsa, como vemos en los Evangelios y en los Hechos. Cuanto menos era comprendida, tanto más misteriosa y más era necesario dar pruebas exteriores de su verdad.

El precepto: "No hagas a los otros lo que no quieras que te sea hecho" no necesita demostrarse con la ayuda de milagros y no exige un acto de fe, porque es convincente por sí mismo y satisface simultáneamente a la inteligencia y al instinto humanos, mientras la divinidad de Cristo necesitaba probarse con milagros absolutamente incomprensibles.

Cuanto más oscura era la noción de la doctrina de Cristo, más elementos milagrosos se infiltraban en ella; cuanto más se infiltraba en ella lo maravilloso, tanto más se alejaba ella de su sentido y se hacía oscura, cuanto más necesitaba afirmar con fuerza su infalibilidad, tanto más se hacía incomprensible.

Desde los primeros tiempos, se puede observar en el Evangelio, en los Hechos, en las Epístolas como la no comprensión del sentido exacto de la doctrina hacía nacer la necesidad de pruebas milagrosas.

Esto tuvo inicio, según el libro de los Hechos, en la reunión en la que los Apóstoles examinaron, en Jerusalén, la cuestión del bautismo de los no circuncidados y de aquellos que comían carne sacrificada.

La única manera de exponer la cuestión mostraba que aquellos que la trataban no comprendían la doctrina de Cristo, que excluye cualquier ceremonia exterior: abluciones, purificaciones, ayuno, sábado. Se lee textualmente en el Evangelio: "No es aquello que entra en la boca lo que mancha, y sí lo que sale del corazón." He ahí por qué la cuestión del bautismo de los no circuncidados no pudo nacer sino entre hombres que amaban al Maestro y sentían la grandeza de Su doctrina, pero que aún no la comprendían con claridad. Así, una confirmación exterior de su interpretación era para ellos tan necesaria como esa interpretación era falsa. Y para resolver esta cuestión que probaba, así como

se planteó cuán incomprensida era la doctrina, fueron pronunciadas en aquella asamblea las palabras terribles y nefastas:

"ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros..." (Hechos 15,28).

Por primera vez los apóstoles afirman, abiertamente, la exactitud de algunas de sus decisiones en un modo extremo, es decir, apoyándose en la milagrosa participación de Espíritu Santo, o sea de Dios.

Pero la afirmación de que el Espíritu Santo, es decir, Dios, haya hablado por medio de los apóstoles debía también probarse; y, así pues, se dijo que el día de Pentecostés el Espíritu Santo había descendido bajo forma de lenguas de fuego sobre aquellos que así lo afirmaron (en la narrativa el descenso del Espíritu Santo precede a esta deliberación, pero los Hechos fueron escritos mucho tiempo después). Pero era también necesario confirmar el descenso del Espíritu Santo para aquellos que no han visto las lenguas de fuego (aunque sea incomprensible que una lengua de fuego vivo sobre la cabeza de un hombre demuestre ser una verdad absoluta aquello que este hombre está por decir); y entonces, fue necesario recurrir a nuevos milagros: curas maravillosas, resurrecciones, muertes, finalmente, todos los falsos milagros de los que está lleno el libro de los Hechos, y que no solo no pueden convencer a nadie de la verdad de la doctrina, sino que, por el contrario, deben levantar dudas.

Este modo de afirmar la verdad tenía como consecuencia alejar la doctrina de su sentido primitivo y hacerla tanto más incomprensible cuanto más se acumulaban las narraciones de los milagros.

Fue lo que aconteció desde los primeros tiempos y continuó creciendo constantemente, llegando, en nuestros días, a los dogmas de la transubstanciación²⁰ y de la infalibilidad del papa, de los obispos y de la Escritura, es decir, hasta la exigencia de una fe ciega, incomprensible hasta lo absurdo, no en Dios, no en Cristo, ni tampoco en la doctrina, sino en una persona, como en el catolicismo, o en varias personas, como en la ortodoxia, o en un libro, como en el protestantismo. Cuanto más se propagaba el cristianismo, más englobaba un sin número de personas no preparadas, y menos se comprendía.

Cuanto más enérgicamente se afirmaba la infalibilidad de la interpretación oficial, menos posible se hacía penetrar en el verdadero sentido de la doctrina. Ya, en tiempo de Constantino, ella se reducía a una síntesis confirmada por el poder secular - síntesis de las discusiones que ocurrieron en el concilio - el símbolo de la fe, donde se dice: "Creo en esto... en esto... en esto, y finalmente en una iglesia universal, sagrada y apostólica, o sea, en la infalibilidad de las personas que se llaman la iglesia". De tal modo que todo se hizo para que el hombre ya no crea ni en Dios, ni en Cristo tal como ellos se revelaron, sino solamente en lo que la iglesia ordena que se crea.

Pero la iglesia es sagrada; la iglesia fue fundada por Cristo. Dios no podía dejar a los hombres la libertad de interpretar su doctrina arbitrariamente; por esto él instituyó la iglesia. Todas estas máximas son hasta tal punto falsas y privadas de fundamento que se siente vergüenza al refutarlas.

En lugar alguno, aparece algún indicio (excepto en las afirmaciones de la iglesia) de que Dios o Cristo haya fundado algo que se asemeje a lo que los creyentes entienden por la palabra iglesia. Existe, en el Evangelio, una indicación contraria a la iglesia como autoridad externa, indicación de lo más claro y de lo más evidente de que no se debe llamar a nadie Maestro o Padre²¹. Pero mención alguna se hace a la institución de aquello que los creyentes llaman la iglesia.

20 N T2: **Transubstanciación** es una doctrina [católica](#) de la [Eucaristía](#), definida por un canon del [Concilio de Trento](#) como "la conversión maravillosa y singular de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo sólo la especie del pan y del vino. Significando "especie" para estos efectos, los "accidentes" del pan y del vino: color, gusto, cantidad, etc. Información obtenida de Wikipedia.

21 N. T2: Sacerdote

La palabra iglesia se usa dos veces en el Evangelio; una vez en el sentido de una asamblea para resolver una cuestión dudosa, otra vez en relación a la obscura expresión sobre una piedra, Pedro y las puertas del infierno. De estas dos menciones a la palabra iglesia, no habiendo otro significado además de la palabra asamblea, se dedujo lo que hoy entendemos por la palabra iglesia.

Pero Cristo no podría en ningún caso fundar la iglesia, es decir, lo que hoy entendemos por esta palabra, porque nada que se pueda parecer al concepto actual de iglesia, con su afirmación de infalibilidad, se encuentra en las palabras de Cristo, ni en el pensamiento de los hombres de aquellos tiempos.

El simple hecho de que aquello que se formó a continuación haya sido llamado con una palabra empleada por Cristo no permite afirmar que Cristo haya fundado la única y verdadera iglesia.

Además, si él realmente hubiera establecido una institución como la iglesia, sobre la cual están basadas toda la doctrina y toda la fe, lo habría hecho en términos tan precisos como cristalinos, y habría dado esta única y verdadera iglesia, en vez de milagros que se utilizan para apoyar todo tipo supersticiones, de señales hasta tal punto evidentes que duda alguna sería posible en cuanto a su realidad. Pero nada parecido existe y, como otras veces, todavía hoy existen diferentes iglesias, cada una de las cuales se titula como única y verdadera.

El catecismo católico dice: "La iglesia es la Sociedad de los fieles, establecida por Nuestro Señor Jesús Cristo, extendida sobre toda la tierra y sumisa a la autoridad de pastores legítimos, principalmente nuestro Santo Padre, el papa", entendiéndose por "pastores legítimos" una institución humana que tiene por guía su papa y se compone de determinadas personas unidas entre sí por una determinada organización.

El catecismo ortodoxo dice: "La iglesia es una sociedad, fundada en la Tierra por Jesucristo, reunida en un solo todo por una sola doctrina y por los sacramentos, bajo la dirección y bajo el amparo de la jerarquía establecida por Dios", entendiéndose por "jerarquía establecida por Dios" precisamente la jerarquía griega, compuesta de tales o tales personas que se encuentran en tales o tales lugares.

El catecismo luterano dice: "La iglesia es el santo cristianismo o la reunión de todos los fieles bajo Cristo, su guía, y en la cual el Espíritu Santo, a través del Evangelio y de los Sacramentos, ofrece y comunica la salvación divina", dejando caer que la iglesia católica abandonó el verdadero camino, y que la verdadera tradición se conserva por el luteranismo.

Para los católicos, la iglesia divina se encarna en la jerarquía romana y en el papa; para los ortodoxos, la iglesia divina se encarna en la jerarquía griega y rusa²²; y para los luteranos, en la unión de los hombres que reconocen la Biblia y el catecismo.

En general, hablando del origen del cristianismo, los hombres pertenecientes a una de las iglesias existentes emplean la palabra en singular, como si nunca hubiera existido y no exista sino una sola iglesia. Pero esto no es exacto. La Iglesia, institución que afirma poseer la verdad indiscutible, no surgió sino en el momento en que ya no estaba sola, en que ya existían por lo menos dos. Los fieles estaban de acuerdo, no fue necesario que su sociedad única se constituyera en iglesia; solamente cuando estos hombres se dividieron en partes opuestas, negándose mutuamente, cada parte sintió la

22 La definición de iglesia dada por Jomiakov

N. T2: Alexei Stepanovich Jomiakov autor de escritos teológicos contra el catolicismo y el protestantismo), que goza de un cierto crédito entre los rusos, nada cambia, si con él reconocemos que la única y verdadera iglesia es la ortodoxa. Jomaikov afirma que iglesia es la reunión de los hombres (sin distinción de pastores u ovejas) unidos en el amor; que solo a los hombres unidos en el amor es revelada la verdad (armémonos unos a los otros), y que esta iglesia es aquella que: primero, reconoce el símbolo de Nicea, y segundo, después de la separación de las iglesias, no reconoce ni el papa ni los nuevos dogmas. Pero, después, esta definición se hace aun más difícil de comprender, como quiere Jomiakov, la iglesia unida en el amor, en la iglesia que reconoce el símbolo de Nicea y la verdad predicada por Focio.

De modo que la afirmación de Jomiakov, de que esta iglesia unida en el amor, por lo tanto Santa, sea precisamente aquella constituida por la jerarquía griega, es aun más arbitraria que la afirmación de los católicos y de los viejos ortodoxos. Admitiéndose el concepto de iglesia, tal como nos fue dicho por Jomiakov, todo lo que se puede decir es que sería un placer de ella formar parte. Pero no existe señal alguna del cual se pueda deducir si un hombre de ella forma o no parte, porque un tal concepto no se puede traducir con algún carácter externo.

necesidad de afirmar su ortodoxia, atribuyéndose la posesión exclusiva de la verdad. El concepto de una iglesia única fue consecuencia del hecho de que cada uno de sus participantes, en desacuerdo, declarando ser el otro lado herético, reconoció como infalible solo su propia iglesia.

Si conocemos la existencia de una iglesia que en el año 51 decidió admitir a los no circuncidados, es porque había otra de judaizantes, que había decidido no admitirlos.

Si hoy existe una iglesia católica, convencida de su infalibilidad, es porque existen iglesias greco-rusas, ortodoxas, protestantes, cada una de las cuales afirma su propia infalibilidad, negando, en consecuencia, a las otras iglesias. Así, la iglesia universal no es sino una palabra ilusoria, sin realidad alguna.

Estas numerosas sociedades que afirman, cada una por cuenta propia, ser la iglesia universal fundada por Cristo y que sean las otras sectarias y heréticas no existieron y realmente no existen a no ser como fenómenos históricos.

El catecismo de las iglesias más difundidas: católica, ortodoxa y protestante, así lo afirma abiertamente.

El catecismo católico dice: “¿Quiénes son los que están fuera de la iglesia?”

"Los infieles, los herejes y los sectarios."

Los sectarios son aquellos que se llaman ortodoxos; los protestantes son reconocidos como herejes. De modo que, según el catecismo católico, en la iglesia existen sólo católicos.

En el catecismo llamado ortodoxo, leemos: "Bajo el nombre de iglesia única de Cristo, se entiende solamente la iglesia ortodoxa, que permanece en plena concordancia con la iglesia universal. En cuanto a la iglesia romana y a otras confesiones (a los luteranos y a los otros ese catecismo no da ni siquiera el nombre de iglesia), no pueden comprenderse en la iglesia universal, pues se dividieron en sí mismas."

Según esta definición, los católicos y los protestantes están fuera de la iglesia, y solo los ortodoxos forman parte de ella.

El catecismo luterano dice por su parte: "La verdadera iglesia se reconoce por la palabra de Dios enseñada clara y puramente, sin intervenciones humanas, y por los sacramentos en ella establecidos fielmente, a ejemplo de la doctrina de Cristo."

Según esta definición, todos aquellos que algo añadieron a la doctrina de Cristo y de los Apóstoles, como hicieron la iglesia católica y la griega, están fuera de la iglesia y sólo los protestantes forman parte de ella. Los católicos afirman que el Espíritu Santo se manifiesta constantemente en su jerarquía; los ortodoxos también lo afirman. Los arrianos²³ lo afirmaron (con el mismo derecho de las iglesias que hoy reinan). Cada tipo de protestantes: los luteranos, la iglesia reformada, los presbiterianos, los metodistas, los mormones y los seguidores de Swedenborg, afirman también que el Espíritu Santo solo se manifiesta entre ellos.

Si los católicos afirman que el Espíritu Santo, en el momento de la separación de las iglesias arriana y griega, abandonó estas iglesias sectarias, y solo permaneció en la única iglesia verdadera, con los mismos derechos pueden afirmar los protestantes de las más variadas corrientes que, con la separación de su iglesia de la iglesia católica, el Espíritu Santo abandonó esta última y pasó hacia su iglesia. De hecho, así lo hacen.

Cada iglesia tiene como base de su fe la tradición ininterrumpida transmitida desde los tiempos de Cristo y de los Apóstoles. De hecho, cada confesión cristiana que proviene de Cristo debería

23 N. T2: El **arrianismo** es el conjunto de doctrinas [cristianas](#) desarrolladas por [Ario](#), sacerdote de Alejandría, probablemente de origen [libio](#), quien consideraba que [Jesús de Nazaret](#) no era [Dios](#) o parte de Dios, sino una criatura. Una vez que la Iglesia hubo aceptado como [dogma](#) la proposición opuesta, el arrianismo fue condenado como una [herejía](#). Información obtenida de Wikipedia.

necesariamente llegar a la generación presente a través de ciertas tradiciones. Pero eso no prueba que estas tradiciones sean indiscutibles y excluyan a las restantes.

Cada rama del árbol viene de la raíz sin interrupción, pero de esto no se puede, en realidad, deducir que cada rama sea la única rama.

Cada iglesia presenta las mismas pruebas de su continuidad en la tradición, y los mismos milagros en apoyo a su ortodoxia. Así, la definición exacta y absoluta de lo que es la iglesia solo puede ser una: la iglesia es una unión de hombres que afirman ser los únicos en posesión de la verdad.

Estas sociedades, transformadas en séquito, con la contribución del poder civil en potentes instituciones, fueron el obstáculo principal a la propagación de la verdadera comprensión de la doctrina de Cristo.

No podría ser de otra forma.

La característica principal de la doctrina de Cristo, la que la distingue de las otras, es que aquellos que la aceptaron tienden siempre más a comprenderla y ponerla en práctica; mientras la iglesia afirma la comprensión definitiva de la doctrina y su cumplimiento.

Por muy extraño que nos pueda parecer, a nosotros que fuimos educados en la doctrina errónea de la iglesia como institución cristiana y en el desprecio por la herejía y, exactamente, lo que se llamó herejía, se constituía el andar por el camino recto, es decir, en el verdadero cristianismo, el que no dejaba de ser cierto sino cuando este camino se interrumpía y se fijaba en la herejía, como la iglesia en sus formas inmóviles.

¿Qué es, de hecho, la herejía? Lean todas las obras teológicas que tratan de este asunto (que es el primero en definirse, porque cada teología habla de la doctrina verdadera en medio de las doctrinas erróneas, es decir, heréticas) y no encontrarán en lugar alguno ni siquiera algo parecido a la definición de la herejía.

La argumentación sobre ese tema del erudito historiador del cristianismo E. de Pressensé, en su *Historia del Dogma*, con la epígrafe: *Ubi Christus, ibi Ecclesia* (París, 1869)²⁴, es un ejemplo de esta total ausencia de cualquier definición de la palabra herejía. He ahí lo que él dice en el prefacio de esta obra (p. 3):

Je²⁵ sais que l'on nous conteste le droit de qualifier ainsi (that is, to call heresies) les tendances qui furent si vivement combattues par les premiers Pères. La désignation même d'hérésie semble une atteinte portée à la liberté de conscience et de pensée. Nous ne pouvons partager ce scrupule, car il n'irait à rien moins qu'à enlever au Christianisme tout caractère distinctif.

Y, después de haber dicho que tras Constantino la iglesia realmente abusaba de su poder al considerar como herejes a aquellos que con ella no concordaban, y que los perseguía, dice él, haciendo un breve histórico de los primeros tiempos:

L'église²⁶ est une libre association; il y a tout profit à se séparer d'elle. La polémique contre

²⁴ Donde se sigue a Cristo, ahí está la Iglesia.

²⁵ Sé que se nos contesta el derecho de calificar así (es decir, de llamar herejía) las tendencias que tan vivamente fueron combatidas por los primeros padres. La propia definición de herejía parece un atentado a la libertad de conciencia y de pensamiento. No podemos participar de este escrúpulo, porque ni aun él nos llevaría a sustraer del cristianismo cualquier carácter especial...

²⁶ La iglesia es una libre asociación; separarse de ella solo puede ser ventajoso. La polémica contra el error no tiene otros pretextos sino el pensamiento y el sentimiento. Un tipo doctrinal uniforme no se elaboró todavía; las divergencias secundarias se producen en Oriente y en Occidente con total libertad; la teología no está en modo alguno ligada a fórmulas invariables. ¿Si en el seno de esta diversidad aparece un fondo común de creencias, no tenemos nosotros el derecho de ver, no un sistema formulado y compuesto por representantes de una autoridad de escuela, sino la propia fe, en su más seguro instinto y en su manifestación más espontánea? ¿Si esta misma unanimidad que se revela en las creencias esenciales ahí está para rechazar tales o tales tendencias, no tenemos nosotros el derecho de concluir que estas tendencias estaban en flagrante desacuerdo con los principios fundamentales del cristianismo? ¿No se transformará esta presunción en certeza si reconocemos en la doctrina universalmente rechazada por la iglesia los trazos característicos de una religión del pasado? Para decir que el gnosticismo y el ebionismo son las formas legítimas del pensamiento cristiano, es necesario decir audazmente que no existe pensamiento cristiano ni carácter específico donde se lo pueda reconocer. Con el pretexto de ampliarlo, lo diluyen. Nadie, en los tiempos de Platón, habría osado dar su nombre a

l'erreur n'a d'autres ressources que la pensée et le sentiment. Un type doctrinal uniforme n'a pas encore été élaboré; les divergences secondaires se produisent en Orient et en Occident avec une entière liberté; la théologie n'est point liée à d'invariables formules. Si au sein de cette diversité apparaît un fonds commun de croyances, n'est-on pas en droit d'y voir non pas un système formulé et composé par les représentants d'une autorité d'école, mais la foi elle-même dans son instinct le plus sûr et sa manifestation la plus spontanée? Si cette même unanimité qui se révèle dans les croyances essentielles, se retrouve pour repousser telles ou telles tendances, ne serons-nous pas en droit de conclure que ces tendances étaient en désaccord flagrant avec les principes fondamentaux du christianisme? Cette présomption ne se transformera-telle pas en certitude si nous reconnaissons dans la doctrine universellement repoussée par l'Eglise les traits caractéristiques de l'une des religions du passé? Pour dire que le gnosticisme ou l'ébionitisme sont les formes légitimes de la pensée chrétienne il faut dire hardiment qu'il n'y a pas de pensée chrétienne, ni de caractère spécifique qui la fasse reconnaître. Sous prétexte de l'élargir, on la dissout. Personne au temps de Platon n'eût osé couvrir de son nom une doctrine qui n'eût pas fait place à la théorie des idées; et l'on eût excité les justes moqueries de la Grèce, en voulant faire d'Epicure ou de Zénon un disciple de l'Académie. Reconnaissons donc que s'il existe une religion ou une doctrine qui s'appelle christianisme, elle peut avoir ses hérésies.

Toda la argumentación del autor dice, en resumen, que todo raciocinio discordante de los dogmas profesados en cualquier tiempo es una herejía. Pero en una época y en un lugar cualquiera, los hombres ciertamente profesaban algo, y esta creencia en algo, en algún lugar, en un tiempo cualquiera, no puede ser el criterio de la verdad.

Cada pretensa herejía que no reconoce como verdadero sino lo que enseña puede encontrar una explicación en la historia de la iglesia, apoderarse por cuenta propia de todos los argumentos de Pressensé y considerar su fe como el único y verdadero cristianismo: así lo hicieron y hacen todas las herejías. Todo es reconocido al *Ubi Christus, ibi Ecclesia*, y Cristo está donde nosotros estamos.

La única definición de herejía (la palabra *α'ίρεσις* significa parte) es el nombre que da una unión de hombres a toda argumentación que refuta una parte de la doctrina profesada por esta sociedad. El significado más frecuente dado a menudo a la palabra herejía es el de una opinión que rechaza la doctrina establecida por la iglesia y sostenida por el poder temporal.

Existe una obra importante, notable, pero poco conocida, de Gottfried Arnold, *Unpartheyische Kirchen und Ketzer-Historie* (Historia Imparcial de las Iglesias y de las Herejías) de 1729, que trata de ese tema y demuestra la ilegitimidad, el arbitrio, lo absurdo y la credulidad de la palabra herejía en el sentido de reprobación. Este libro es un ensayo de descripción histórica del cristianismo, bajo la forma de historia de las herejías.

En la introducción, el autor propone una serie de puntos: 1º - De los que forman los herejes; 2º - De los que se transforman en herejes; 3º - De los motivos de la herejía; 4º - De los modos de crear herejes; 5º - Del objetivo y de las consecuencias de la fomentación de la herejía. Cada uno de estos puntos provoca incontables preguntas a las cuales el autor responde con citas de teólogos célebres, dejando sin embargo al lector extraer la conclusión del conjunto de su libro.

Como ejemplo de estas preguntas que contienen parte de las respuestas, deseo citar las siguientes: En el cuarto punto, relativo a los medios de crear herejes, se encuentra esta pregunta (en la 7º):

“¿Toda la historia no nos demuestra, tal vez, que los mayores creadores de herejes fueron precisamente aquellos doctores a quienes el Padre ocultó sus misterios, es decir, los hipócritas, los fariseos y los juristas, o sea, hombres absolutamente privados de fe y de moral?”

Preguntas 20º y 21º:

una doctrina que no hubiera dado origen a la teoría de las ideas; y habrían provocado merecidos sarcasmos de Grecia queriendo hacer de Epicuro o de Zenón un discípulo de la Academia. Reconocemos entonces que, si existe una religión o una doctrina que se llama cristianismo, esa doctrina puede tener sus herejías.

“¿En los tiempos corruptos del cristianismo, los hipócritas y los envidiosos no rechazaron, tal vez, a aquellos hombres especialmente dotados por Dios, los cuales, en los tiempos del cristianismo puro, habrían sido altamente honrados?” “¿Y, al contrario, los hombres que en los tiempos de la decadencia del cristianismo se elevaron por encima de los otros y se declararon propagadores del cristianismo puro no habrían sido, en los tiempos de los apóstoles y de los discípulos de Cristo, reconocidos como herejes y cínicos anticristianos?”

Expresando entre otras cosas, en estas preguntas, la idea de que la expresión verbal de la fe, exigida por la iglesia y de la cual cualquier alejamiento era considerado herejía, no puede nunca contener enteramente el propio concepto del creyente, y que, en consecuencia, esta exigencia de la expresión de la fe por medio de determinadas palabras provocaba herejías, él dice (pregunta 21):

“¿Y si los actos y pensamientos de Dios parecen al hombre tan grandes y tan profundos que él no puede encontrar palabras correspondientes para expresarlas, debemos considerarlo hereje, porque no puede traducir exactamente lo que siente?”

Y en la pregunta 33:

“¿Y no es por ese motivo que en los primeros tiempos del cristianismo no existían herejías, pues los hombres se juzgaban unos a los otros no por las palabras, sino por el corazón y por los actos, habiendo plena libertad de expresar sus pensamientos sin recelo de ser acusados de herejía?” “¿La iglesia, (dice él en su pregunta 34) no usaba tal vez el medio más fácil y más ordinario, haciendo sospechosas a las personas de las cuales el clero quería deshacerse, y echando sobre ellas el manto de la herejía?”

“Aunque sea verdad (dice él más adelante) que aquellos llamados herejes pecaban y erraban, no resulta de forma menos real y menos evidente, de los incontables ejemplos aquí citados (es decir, en la historia de la iglesia y de las herejías), que existiera un hombre sincero y concienciado de cierta influencia que, por envidia o cualquier otro motivo, haya sido desacreditado por los partidarios de la iglesia.”

De la misma forma, hace casi dos siglos ya no se comprendía el significado de la palabra herejía y esta misma opinión reina, sin embargo, hasta hoy. Por otro lado, esta opinión no puede no existir mientras exista la iglesia. La herejía es el reverso de la iglesia. Donde existe la iglesia debe existir la herejía. La iglesia es una sociedad de hombres que pretenden poseer la verdad absoluta; la herejía es la opinión de aquellos que no reconocen la indiscutibilidad de esta verdad.

La herejía es una manifestación del movimiento, una revuelta contra la inercia de los principios de la iglesia, una tentativa de concesión viva de la doctrina. Todos los pasos en dirección a la comprensión y a la realización de la doctrina fueron dados por herejes: Tertuliano y Orígenes, Santo Agustino y Lutero, Huss y Savonarola, Chelčický y otros eran herejes. No podría haber sido de otra forma.

El discípulo de Cristo, cuya doctrina consiste en la penetración²⁷ progresiva del pensamiento evangélico, en su observancia, cada vez mayor, en el camino hacia la perfección, no puede afirmar, por cuenta propia o por cuenta de otro, exactamente por ser discípulo de Cristo, conocer por entero Su doctrina y observarla. Menos aun puede afirmarlo en nombre de toda una asamblea.

Sea cual sea el grado de comprensión y perfección que haya alcanzado, el discípulo de Cristo siente siempre la insuficiencia de su comprensión y de su observancia, y siempre se inclina hacia una penetración y una obediencia cada vez mayores. He ahí por qué la afirmación de que- en su nombre, o en nombre de una sociedad - nos encontramos en posesión de la total comprensión y de la perfecta observancia de la doctrina de Cristo sería una renuncia al espíritu de la propia doctrina.

Por más extraño que pueda parecer, cada iglesia, como Iglesia, siempre fue y no puede dejar de ser una institución, no solo ajena, sino hasta directamente opuesta a la doctrina de Cristo. No fue sin motivo que Voltaire la llamó *l'infâme*. No es sin motivo que todas, o casi todas las pretensas sectas

27 N. T2: también puede leerse como “el conocimiento progresivo...”

cristianas, reconocieron y reconocen a la iglesia en la gran pecadora profetizada en el Apocalipsis. No es sin motivo que la historia de la iglesia es la historia de las mayores crueldades y de los peores errores.

Las iglesias, como iglesias, no son instituciones que tienen por base un principio cristiano, aunque un tanto desviado del camino correcto, como piensa un gran número de personas. Las iglesias, como sociedades afirmadoras de su infalibilidad, son instituciones anticristianas. No solo nada existe en común entre las iglesias y el cristianismo, excepto el nombre, sino que sus principios son absolutamente opuestos y hostiles. Las primeras representan el orgullo, la violencia, la sanción arbitraria, la inmovilidad y la muerte; el otro representa la humildad, la penitencia, la sumisión, el movimiento y la vida.

No se puede servir a la vez a estos dos señores: es necesario escoger a uno u otro.

Los servidores de las iglesias de todos los credos procuran, sobre todo en estos últimos tiempos, mostrarse como partidarios del progreso del cristianismo. Hacen concesiones, quieren corregir los abusos que se introdujeron en la iglesia y dicen que no se puede negar, debido a estos abusos, el propio principio de la iglesia cristiana que, sola, puede unir a todos en un solo todo y ser la intermediaria entre los hombres y Dios. Pero esto es un error. No sólo las iglesias nunca unieron a nadie, sino que fueron siempre una de las principales causas del desacuerdo entre los hombres, del odio, de las guerras, de las inquisiciones, las masacres de San Bartolomé²⁸ etcétera, y nunca las iglesias sirvieron de intermediarias entre los hombres y Dios, lo que es, de hecho, inútil y está prohibido por Cristo, que reveló su doctrina directamente a cada hombre. Ellas introducen, al contrario, fórmulas muertas en el lugar de Dios y, lejos de mostrarlo a los hombres, lo ocultan. Nacidas de la ignorancia, que conservan con su inmovilidad, las iglesias no pueden evitar condenar toda la justa comprensión de la doctrina. Pretenden esconderla, pero esto es imposible; porque cada avance en el camino indicado por Cristo destruye el poder de estas iglesias.

Al oír o leer los sermones o artículos en los cuales los escritores religiosos de los nuevos tiempos y de todos los credos hablan de virtud y de verdad cristiana, al oír o leer las hábiles argumentaciones, las exhortaciones, las profesiones hace siglos elaboradas y que a veces tienen apariencia de sinceridad, estaremos inclinados a dudar que las iglesias hayan podido ser hostiles al cristianismo. "Pero es imposible que hombres como Crisóstomo, Fénelon, Botler y otros predicadores del cristianismo le sean hostiles." Estamos tentados a decir: "Las iglesias pudieron alejarse del cristianismo, caer en el error, pero no le pueden ser hostiles." Sin embargo, al examinar el fruto para juzgar el árbol, como enseñó Cristo, y al ver que los frutos eran ruines, que la corrupción del cristianismo fue la consecuencia de sus actos, no podemos no reconocer que, por mejores que hayan sido los hombres, la obra de la iglesia, para la cual ellos colaboraron, no fue una obra verdaderamente cristiana. La bondad y el mérito de todos estos servidores de las iglesias fueron las virtudes de los hombres, no las virtudes de la obra a la que ellos servían. Todos estos hombres virtuosos, como Francisco de Asís y Francisco de Sales, como nuestro Tikhon Zadonsky, Tomás de Kempis etcétera, eran buenos, a pesar de sus servicios a una obra hostil al cristianismo, y habrían sido aun mejores y más dignos, si no hubieran caído en el error al que servían.

Pero por qué hablar del pasado, ¿por qué juzgar el pasado que puede ser mal o poco conocido? Las iglesias, con sus principios y sus acciones, no son cosas del pasado; las iglesias están hoy delante de nosotros, y podemos juzgarlas según sus actos y su acción sobre los hombres.

¿En qué, entonces, consiste la acción de las iglesias? ¿Cómo influncian a los hombres? ¿Qué hacen las iglesias junto a nosotros, junto a los católicos y junto a los protestantes de todos los credos? ¿Cuáles son las consecuencias de su acción?

28 N. T2: La **Matanza o Masacre de San Bartolomé** (en francés *Massacre de la Saint-Barthélemy*) es el asesinato en masa de [hugonotes](#) durante las [Guerras de religión de Francia](#) del [siglo XVI](#). Los hechos comenzaron el [24 de agosto](#) de [1572](#) en [París](#), extendiéndose durante los meses siguientes por toda [Francia](#).

La acción de nuestra iglesia rusa, llamada ortodoxa, es visible a todos. Es un gran hecho, que no se puede ocultar y que no se puede discutir.

¿En qué consiste la acción de esta iglesia rusa, de esta inmensa institución animada por una vida intensa y compuesta por un ejército de medio millón de hombres que cuestan al pueblo decenas de millones?

La acción de esta iglesia consiste en infundir, por todos los medios posibles, en los cien millones de hombres de esta nación rusa, las antiguas creencias que fueron una vez profesadas por hombres absolutamente extraños a nuestro pueblo, en las cuales nadie más cree, muchas veces ni aun aquellos cuya misión es protegerlas.

Arraigar en el pueblo fórmulas del clero bizantino sobre la Trinidad, la madre de Dios, sus sacramentos, su gracia, que ningún sentido tienen pero que para los hombres de nuestro tiempo, constituye una parte de la acción de la iglesia rusa. La otra parte de su acción es el apoyo, suministrado por la *idolatría*, en el sentido literal de la palabra: veneración de las santas reliquias, de las santas imágenes y sacrificios que ellos se hacen para la obtención de la realización de los propios deseos.

No hablaré de lo que dice y escribe el clero ruso, con una tintura de erudición y liberalismo, en las revistas religiosas, pero hablaré de lo que hace realmente el clero en la inmensa extensión de las tierras rusas en medio de un pueblo de cien millones de almas. ¿Qué se enseña con insistencia al pueblo, y en todas partes con el mismo celo? ¿Qué se exige de él en virtud de la supuesta fe cristiana?

Comenzaré desde principio; es decir, desde el nacimiento del niño. Desde el nacimiento del niño, se enseña que es necesario hacer, sobre el recién nacido y sobre la madre, una plegaria para purificarlos, porque sin esta plegaria aquella madre es impura. Con tal propósito, el sacerdote toma en sus brazos al niño y pronuncia las palabras sacramentales delante de las imágenes de los santos que el pueblo llama francamente dioses. Así, él purifica a la madre. Entonces se inculca y aun se exige de los padres, con amenazas de castigos, que bauticen al niño, es decir, que le hagan sumergirse por el sacerdote en el agua, tres veces seguidas, con la lectura de palabras incomprensibles acompañadas por actos aun más incomprensibles: unción de varias partes del cuerpo, corte de cabellos; los padrinos soplan y escupen en el demonio imaginario. Todo esto debe purificar al niño y de él hacer un cristiano. Se enseña, así, a los padres que es necesario hacer al niño comulgar, es decir, hacerle engullir, bajo forma de pan y vino, una partícula del cuerpo de Cristo, lo que tendrá como consecuencia hacer penetrar en él toda la gracia divina etcétera. Entonces, se enseña que, a medida que él crece, será necesario enseñarle a rezar. Rezar quiere decir colocarse delante de un cuadro sobre el cual están pintados el rostro de Cristo, de la Virgen o de los santos y, con los dedos puestos de determinada manera, tocar la frente, los hombros, el abdomen, pronunciando palabras eslavas, entre las cuales las más usadas son: "Santa Virgen..., Virgen, te alegra etc."

Se enseña, después, que a la vista de una iglesia o de una imagen sacra es necesario hacer aquella misma señal de la cruz. Después se enseña que durante las fiestas (las fiestas son el día en que nació Cristo - aunque nadie conozca la fecha de este acontecimiento -, el día en que fue circuncidado, el día en que murió la Virgen, el día en que cargó con la cruz, el día en que el inocente vio la aparición etcétera.) es necesario vestir las mejores ropas, ir a la iglesia, comprar velas y colocarlas delante de las imágenes de los santos, dar postales y velitas, dar panecillos en los cuales se hacen cortes triangulares y, después, rezar incontables veces por la salud y felicidad del Zar y de los arzobispos y por él y sus propios negocios, y por fin besar la cruz y la mano del sacerdote.

Además de estas oraciones, se enseña que es necesario, por lo menos una vez por año, confesarse y comulgar. Confesar significa ir a la iglesia y contar los propios pecados al sacerdote, suponiendo

que esa confesión a un extraño los purifique por completo: y entonces comer en una cuchara un pedazo de pan con vino, lo que purifica aun más.

Se enseña también que, si el hombre y la mujer desean que su unión carnal sea santa, deben ir a la iglesia, colocar sobre sus cabezas coronas de metal, tomar determinada bebida, dar andando tres vueltas girando sobre una mesa con acompañamiento de cánticos y, entonces, la unión carnal del hombre y de la mujer se hará santa y en todo diferente de las otras.

Para la vida, se enseñaron las siguientes reglas: no comer carne ni beber leche en determinados días; asistir a los oficios y rezar por los muertos otros determinados días; invitar al sacerdote en las fiestas y darle dinero, y retirar de la iglesia, varias veces al año, el cuadro de las imágenes y colocarlo sobre servilletas por los campos y en las casas. Finalmente, se enseña al hombre la obligación de comer, en el momento de la muerte, en una cucharilla, pan con vino y, aun más válido, si todavía le resta tiempo, untárselo con óleo. Esto le garantiza la felicidad en la vida futura. Después de la muerte, se enseña a los parientes del difunto que, para la salvación de su alma, es útil colocarle entre las manos una hoja de papel en el cual hay escrita una oración; y también útil leer sobre el cuerpo del muerto determinado libro y pronunciar su nombre en la iglesia, en determinados días.

En todo esto consiste la fe obligatoria. Pero, si alguien quiere tener especial atención con su alma, se enseña que, de acuerdo con esta creencia, la garantía más segura de la felicidad del alma en el otro mundo es dar dinero a las iglesias y a los conventos, lo que obliga a los hombres santos a rezar por el donante.

Salvan también, de acuerdo con esta creencia, las peregrinaciones a los conventos y besar imágenes milagrosas y reliquias.

Según esta creencia, las imágenes milagrosas concentran en sí una fuerza, una gracia y una santidad especiales; tocarlas o besarlas, encender velas y arrodillarse delante de ellas en mucho contribuye a la salvación, así como las misas celebradas en su favor.

Y esta creencia, y no otra, esta creencia llamada ortodoxa, es decir, fe verdadera, es la que se enseña al pueblo como cristianismo, hace muchos siglos y todavía hoy.

Y no se diga que los padres ortodoxos comprenden de otro modo el sentido de la doctrina y que esas son fórmulas antiguas que no se crea necesario destruir. No es verdad. En toda Rusia, hoy, únicamente esta fe se enseña, por todo el clero ruso, con especial atención.

Nada más existe. Se escribe y se habla de otra cosa en las capitales pero, entre los cien millones de almas del pueblo, nada que sea diferente se hace, nada además de esto se enseña. Los ministros de la iglesia discuten entre sí aquella otra cosa, pero enseñan sólo ésta.

Las postraciones delante de las reliquias y de las imágenes sacras forman parte de la teología, del catecismo. Se enseñan, teórica y prácticamente, al pueblo, con ostentación, con solemnidad, con autoridad, y con violencia; hipnotizándolo, lo obligan a creer en ellas y así es esta fe celosamente preservada de cualquier tentativa de emancipación del pueblo de estas supersticiones dignas de salvajes.

Como yo dije a propósito de mi libro, la doctrina de Cristo y sus propias palabras acerca de la no-resistencia al mal con la violencia fueron, en mi presencia, por muchos años, objeto de mofa, de ironía general; y los ministros de la iglesia no solo no se oponen a esas blasfemias, sino que al contrario las estimulan. Probar a hablar irrespetuosamente del ridículo ídolo que personas embriagadas cargan, en Moscú, de manera sacrílega, bajo el nombre del icono de Iver. Un grito de indignación se levantará de entre los mismos ministros de la iglesia ortodoxa. Se predica solamente el culto externo de la idolatría.

Y no se diga que una cosa no impide la otra; que una cosa debe hacerse y que la otra no se debe abandonar.

"Por lo tanto, haced y observad todo cuanto os digan. Pero no imitéis sus acciones, pues dicen pero no hacen." (Mateo 23,3). Esto se dijo de los fariseos que observan todas las reglas exteriores de la religión; y por esto las palabras: "Haced y observad todo cuanto os digan" se refieren a los actos de caridad y de beneficencia, mientras las palabras: "Pero no imitéis sus acciones, pues dicen pero no hacen" se refieren a su observancia de las ceremonias y a la no observancia a la obras de Dios. Estas palabras tienen un significado totalmente opuesto al que quieren atribuirles los ministros de la iglesia, que las interpretan como una orden de observancia de las ceremonias. El culto exterior y el culto del bien y de la verdad difícilmente se concilian, hasta de hecho se excluyen mutuamente. Así hacían los fariseos, ¡y lo mismo acontece todavía hoy entre los cristianos de la iglesia oficial!

Si el hombre puede obtener la salvación por la expiación, por los sacramentos y por las oraciones, las buenas obras ya no le son necesarias.

El Sermón de la Montaña o si no el Símbolo de la Fe: no se puede creer en uno y en otro; y los partidarios de la iglesia escogieron el último. El Símbolo de la Fe se enseña y se lee como oración en las iglesias, mientras el Sermón de la Montaña se excluye incluso de las lecturas evangélicas en las iglesias, hasta tal punto que los fieles nunca lo oyen, salvo los días en que el Evangelio se lee por entero. Y no podría ser de otra forma.

Hombres que creen en un Dios malvado e insensato que maldijo la raza humana y mandó a su hijo al sacrificio y una parte de los hombres a una tortura eterna no pueden creer en un Dios de amor. El hombre que cree en Dios-Cristo que juzga y castiga ruidosamente a los vivos y a los muertos no puede creer en Cristo que ordena poner la mejilla al ofensor, no juzgar, perdonar y amar a los propios enemigos.

El hombre que cree en el carácter divino del Antiguo Testamento y en la santidad de David, que en su lecho de muerte delega la misión de matar al viejo que le ofendió, a quién él no puede matar personalmente por estar ligado a un juramento (Reyes 2,8), y muchas otras villanías de las cuales está lleno el Antiguo Testamento, no puede creer en la moral de Cristo. El hombre que cree en la doctrina y en los sermones de la iglesia relativos a la conciliación del cristianismo con las ejecuciones capitales y la guerra no puede creer en la fraternidad de todos los hombres.

Y, sobre todo, el hombre que cree en la salvación por el camino de la expiación y de los sacramentos no puede concentrar todos sus esfuerzos en la observancia de la doctrina moral de Cristo.

El hombre a quién la iglesia enseñó esta doctrina sacrílega, o sea, que él no puede encontrar en sí mismo la salvación y que existe otro medio de obtenerla, recurrirá necesariamente a este medio, y no a su propia fuerza, en la cual no puede confiar sin pecado, como se le afirma. La doctrina de la iglesia, sea cual sea, con sus expiaciones y sus sacramentos, excluye la doctrina de Cristo (sobre todo la iglesia ortodoxa, con su idolatría).

"Pero, se podrá objetar, el pueblo siempre creyó, y aún cree, de esta forma. Toda la historia del pueblo ruso así lo prueba. No se le puede quitar sus tradiciones."

Es una falsedad. El pueblo realmente profesó, por algún tiempo, algo parecido con lo que hoy profesa la iglesia; pero no era, en realidad, la misma cosa.

Al lado de la idolatría de las imágenes, de las reliquias, existió siempre en el pueblo una comprensión profundamente moral del cristianismo, que nunca existió en la iglesia y que solo se encuentra en sus mejores representantes. Pero el pueblo, a pesar de todos los obstáculos que en este sentido le puso el Estado y la iglesia, ya recorrió, hace mucho, la etapa grosera de este concepto. Lo

que demuestra esto, por otro lado, es el espontáneo y general desarrollo de las sectas racionalistas que hoy proliferan en Rusia, y contra las cuales luchan, con tan poco éxito, los ministros de la iglesia. El pueblo sigue adelante en la penetración del código moral y vivo del cristianismo. Y es, entonces, cuando aparece la iglesia, no para dar su apoyo a este movimiento, sino para inculcar aun más en el pueblo un antiguo paganismo, de formas petrificadas, y para nuevamente empujarlo hacia las tinieblas de las cuales con tanta dificultad intenta salir.

"No enseñamos al pueblo nada nuevo, sino solo aquello en lo que cree, y de una forma más perfecta", dicen los ministros de la iglesia. Este modo de actuar se asemeja al que consiste en amarrar un pollito que crece y encerrarlo en la cáscara de donde salió.

La primera pregunta, la primera duda que se le presenta al ruso cuando éste comienza a pensar se refiere a las imágenes milagrosas y, sobre todo, a las reliquias: ¿es verdad que son incorruptibles y hacen milagros? Centenares de hombres se hacen esta pregunta, pero se detienen delante de la solución, principalmente debido al hecho de que los arzobispos, los obispos y todos los hombres de alta posición veían las reliquias y las imágenes como milagrosas. Preguntad a los arzobispos y a los grandes personajes por qué lo hacen y nos responderán que lo hacen para dar ejemplo al pueblo. Y el pueblo así hace porque ellos lo hacen.

La iglesia rusa, a pesar del barniz superficial de modernidad y refinamiento del carácter sacro que sus miembros comienzan hoy a introducir en sus obras, en sus artículos, sus revistas religiosas y sus sermones, no tiene otro objetivo sino mantener al pueblo en una idolatría salvaje y grosera y difundir la superstición y la ignorancia, obscureciendo la comprensión de la doctrina evangélica que vive en el pueblo al lado de la superstición.

Me acuerdo de haber asistido un día, en la librería del convento Optynia, a la elección, que hizo un viejo campesino analfabeto, de algunos libros religiosos para su hijo. Un fraile le recomendaba la historia de las reliquias, de las fiestas, de las apariciones de las imágenes, el libro de los salmos etc. Pregunté al viejo si tenía un Evangelio.

- No

- Dele entonces un Evangelio en ruso - dije yo al fraile.

- No sirve para ellos, me respondió el fraile.

He ahí, en pocas palabras, toda la acción de nuestra iglesia.

Pero esto solo acontece en la Rusia bárbara, objetará un lector europeo o americano. Y esta opinión será justa, pero solo mientras haya un gobierno que ayude a la iglesia en Rusia en su misión de desmoralización y embrutecimiento.

Es bien cierto que en parte alguna de Europa existe un gobierno tan despótico y que tan bien se ponga de acuerdo con la iglesia actual. La participación del poder en la desmoralización del pueblo ruso es también muy grande. Pero sería injusto creer que la iglesia rusa se distingue en algún aspecto de cualquier otra iglesia en su influencia sobre el pueblo.

Las iglesias son las mismas en todas partes y, si las iglesias: católica, anglicana, luterana no tienen en las manos un gobierno así de dócil, no es, ciertamente, porque no lo deseen.

Una iglesia, sea cual sea, no puede no tener el mismo objetivo de la iglesia rusa, es decir, encubrir el verdadero sentido de la doctrina de Cristo y sustituirla por una enseñanza que a nada obligue y que, sobre todo, justifique la existencia de sacerdotes nutridos a costa del pueblo.

¿Acaso actúa de otro modo el catolicismo, cuando prohíbe la lectura del Evangelio, cuando exige una sumisión ciega a los líderes de la iglesia y al papa infalible? ¿Acaso enseña el catolicismo algo diferente de lo que enseña la iglesia rusa? El mismo culto externo, las mismas reliquias, los mismos

milagros, las mismas estatuas milagrosas, la Madonna y las procesiones, los mismos raciocinios afectados y nebulosos sobre el cristianismo en los libros y en los sermones; en realidad, el mismo alentamiento a la más vulgar idolatría.

¿Y acaso no ocurre lo mismo en las iglesias anglicana, luterana y en cada protestantismo que tiene una iglesia? Las mismas exigencias de fe en los dogmas expresados en el siglo IV, y que perdieron sentido alguno para los hombres de nuestro tiempo, las mismas prácticas de idolatría, si no a la reliquias y a los iconos, al menos al día de sábado y a los textos de la Biblia. Siempre la misma tendencia a esconder las verdaderas exigencias del cristianismo y sustituirlas por un culto externo y por el canto que no obliga a nada, como definen tan bien los ingleses, que le son especialmente afectados. En el protestantismo, esta tendencia es sobre todo notable porque no tiene el pretexto de la antigüedad. ¿Y acaso no se da lo mismo en el calvinismo regenerado, en el evangelismo que dio origen al Ejército de Salvación?

Como las diferentes doctrinas de las iglesias son parecidas en lo que se refiere a la doctrina de Cristo, es también parecido su procedimiento.

Su situación es tal que ellas no pueden dejar de emplear todos sus esfuerzos para ocultar la doctrina de Cristo, de cuyo nombre se sirven. La incompatibilidad de todos los credos eclesiásticos con la doctrina de Cristo es, de hecho, tal que se hacen esfuerzos especiales para disimularla ante los hombres.

¿Cuál es, en la realidad, la situación de un adulto, no digo instruido, pero que haya asimilado, aunque superficialmente, las nociones que flotan en el aire, sobre geología, física, química, cosmografía e historia, cuando, por primera vez, examina con conciencia las creencias que le fueron inculcadas en la infancia y que las iglesias consagran? ¡Qué creencias! Dios creó el mundo en seis días, la luz antes del sol, Noé reunió a todos los animales en el arca etcétera, Jesús es Dios-hijo que todo creó temporalmente, descendió a la tierra a causa del pecado de Adán, resucitó, subió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre, y volverá sobre las nubes para juzgar al mundo etc.

Todas esas nociones elaboradas por los hombres del siglo IV, y que en aquella época, tenían para ellos un verdadero sentido, ya no lo tienen hoy día. Los hombres de nuestro tiempo pueden repetir con los labios esas palabras, pero no pueden creer en ellas, porque afirmaciones como estas: Dios vive en el cielo, el cielo se abrió y una voz descendió y dijo algo, Cristo resucitó y ascendió hacia algún lugar en el cielo y volverá sobre las nubes etcétera no tienen sentido alguno para nosotros.

El hombre que consideraba el cielo como una bóveda sólida y limitada podría creer o no creer que Dios hubiera creado el cielo, que éste se hubiera abierto, que Cristo hubiera ascendido; pero, para nosotros, ¿qué sentido puede tener todo esto? Los hombres de nuestro tiempo pueden solamente creer lo que es necesario creer; y así hacen. Y, si no, no pueden creer en lo que para ellos no tiene sentido.

Pero, si todas estas expresiones deben tener un sentido alegórico, sabemos, en primer lugar, que los partidarios de la iglesia no están de acuerdo en este propósito y que la mayoría insiste en la comprensión de la Sagrada Escritura en su sentido literal y, en segundo lugar, que todas estas interpretaciones, muy diferentes unas de las otras, en nada se apoyan.

Pero aunque los hombres quisieran esforzarse para creer en la doctrina de las iglesias de la forma como se enseña, la difusión de la instrucción y del Evangelio opondrían a su creencia un obstáculo insuperable.

Bastaría al hombre de nuestro tiempo comprar, por tres monedas, el Evangelio y leer las palabras tan claras de Cristo, palabras que no requieren comentario alguno, como aquellas dichas a la Samaritana, es decir, que el Padre necesita creyentes, no en Jerusalén, ni en ese o en aquel monte, sino creyentes en el espíritu y en la verdad, o como las palabras que afirman que el cristiano debe

orar, no como un pagano en un templo, sino secretamente en retiro y que el discípulo de Cristo a nadie debe llamar Padre o Maestro; bastaría leer estas palabras para convencerse indiscutiblemente que los pastores de las iglesias que se llaman a sí mismos Maestros, contrariamente a la doctrina de Cristo, y que discuten entre sí, no tienen autoridad alguna, y que aquello que enseñan no es el cristianismo.

Hay más: si el hombre moderno continuara creyendo en milagros y no leyendo el Evangelio, sus únicas relaciones con los hombres de otras creencias, relaciones que se han hecho tan fáciles en nuestro tiempo, lo harían dudar de la verdad de su fe. Era fácil, para un hombre que no podía ver a sus semejantes de otra confesión creer que la suya fuera la única verdadera; mientras basta a un hombre que reflexiona, para dudar de su fe, ponerse en contacto con otros hombres, buenos o malos, de otros credos, que discuten y condenan recíprocamente sus propias creencias. En nuestra época, solamente el hombre completamente ignorante o indiferente a todas las cuestiones de la vida iluminadas por la religión puede conservar la fe de su iglesia. Así, cuántas astucias y cuántos esfuerzos no deben poner en práctica las iglesias, porque, a pesar de las condiciones desfavorables a la fe, ellas pueden aun fabricar templos, cantar misas, predicar, enseñar, captar adeptos y, sobre todo, ¡estar ampliamente pagadas por esto en la persona de todos sus sacerdotes, pastores, intendentes, superintendentes, abades, archidiaconos, obispos y arzobispos!

Esfuerzos enormes, sobrehumanos, son necesarios, y las iglesias los hacen siempre con mayor energía. Entre nosotros, en Rusia (sin hablar de los otros medios), se adopta solo la violencia brutal del poder sumiso a la iglesia. Los hombres que se niegan a las prácticas exteriores al culto y no lo esconden son castigados sin proceso alguno, o son privados de sus derechos.

Por el contrario, los hombres que practican todas las formas exteriores de la fe son recompensados y adquieren nuevos derechos.

Así actúan los ortodoxos; pero todas las iglesias, sin excepción, emplean, para este fin, todos los medios, entre los cuales hoy está en primer lugar lo que se llama hipnotismo.

Se utilizan todos las artes, desde la arquitectura hasta la poesía, para influenciar al alma y para entorpecer la inteligencia²⁹, y esta influencia es continua. Esta necesidad de hipnotizar a los hombres puede notarse especialmente en el Ejército de Salvación, que adopta métodos nuevos, a los cuales nosotros no estamos aún acostumbrados, como las trompetas, los tambores, los cánticos, las banderas, las ropas, las procesiones, el baile, las lágrimas y otros métodos dramáticos.

Pero todo eso no nos impresiona sino por tratarse de procedimientos nuevos. ¿No serían tal vez análogos los antiguos procedimientos de los templos, con su iluminación especial, el esplendor de los dorados, las velas, los coros, los órganos, las campanas, los predicadores quejumbrosos etc.?

Pero, a pesar de todo el poder de esta hipnosis, no consiste en esto la acción más infausta de la iglesia. Ésta reside en su tendencia a engañar a los niños, aquellos mismos niños de los cuales dijo Jesús: “¡Ay de aquel que toque a uno solo de estos pequeños!”

Desde el primer despertar de su conciencia, se comienza mintiendo al niño; le enseñan solemnemente cosas en las que sus propios educadores no creen y se hace con tanta habilidad y tanta constancia, que esas creencias se hacen para él, con el pasar del tiempo, una segunda naturaleza. Se tiene el cuidado de engañarle sobre la cuestión más importante de la vida y, cuando esta mentira creó en su mente raíces tan profundas que es imposible erradicarlas, se abre delante del niño el mundo de la ciencia y de la realidad, que en modo alguno pueden conciliarse con las creencias inculcadas en él, y se deja a él el trabajo de desenredarse, como pueda, de esas contradicciones.

Cómo fue investigado el problema de desviar la inteligencia sana del hombre, a fin de que no

29 N. T2: en el sentido de comprensión

podiera salir de la contradicción de los dos conceptos opuestos inculcados en él desde la infancia, no sería posible inventar algo más poderoso que el sistema de educación adoptado en nuestra sociedad llamada cristiana.

Lo que las iglesias hacen de los hombres es terrible, pero, al examinar bien su situación, se reconoce que no pueden actuar de otra forma. Un dilema se presenta a las iglesias: el Sermón de la Montaña o el Símbolo de Nicea. Uno excluye al otro. Si el hombre cree sinceramente en el Sermón de la Montaña, el Símbolo de Nicea pierde fatalmente todo el sentido y todo el valor y, con el Símbolo de Nicea, la iglesia y sus representantes. Y, si él cree en el Símbolo de Nicea, es decir, en la iglesia, en aquellos que se titulan como sus representantes, el Sermón de la Montaña se hace inútil para él. Es por esto que las iglesias no pueden dejar de hacer todos los esfuerzos imaginables para oscurecer el sentido del Sermón de la Montaña y atraer hacia ellas a los hombres. Es solamente gracias a la acción intensa de las iglesias en este sentido que su influencia se pudo mantener hasta ahora. Si la iglesia detuviera, incluso por un breve momento, esta influencia sobre las masas, con el hipnotismo, y sobre los niños, con la mentira, los hombres inmediatamente comprenderían la doctrina evangélica y la comprensión de esta doctrina aniquilaría a las iglesias y su influencia. Y es por esto que las iglesias no interrumpen su acción por un solo momento. Y es esta acción lo que impide que la mayoría de los hombres supuestamente cristianos entienda la doctrina de Cristo.

Capítulo IV

El cristianismo mal comprendido por los científicos

Hablaré ahora de otro supuesto concepto del cristianismo, que impide la comprensión de su sentido verdadero, es decir, del concepto científico.

Los partidarios de la iglesia dieron al cristianismo una interpretación que consideran como la única verdadera.

Los científicos examinaron el cristianismo tal como se profesa por las diversas iglesias y, suponiendo que ellas le dan su significado absoluto, lo consideran como una doctrina religiosa que ya tuvo su tiempo. Para comprender mejor cómo sería imposible, con esa opinión, penetrar en la doctrina de Cristo, es indispensable conocer el lugar que ocuparon y ocupan en realidad todas las religiones en general y el cristianismo en particular, en la vida de la humanidad, como también la importancia que por la ciencia les es atribuida.

De igual manera que el individuo aislado no puede vivir sin tener una idea de su razón de ser y sin subordinar, a veces inconscientemente, sus acciones al objetivo que da a su existencia, así también los grupos de hombres que viven en iguales condiciones, como las naciones, no pueden no dar una razón determinante a sus fines comunes y a los esfuerzos que le son consecuentes. De igual manera que el hombre aislado, envejeciendo, cambia necesariamente su concepto de vida y encuentra para su existencia un sentido que él percibió cuando era niño, así las sociedades, las naciones cambian necesariamente, según sus edades, sus conceptos de vida y la acción que de ahí deriva.

La diferencia entre el individuo y la humanidad está en que el individuo puede aprovechar indicaciones de hombres que vivieron antes que él y ya pasaron de largo la edad en la que él se encuentra, mientras la humanidad no puede recibir tales indicaciones, porque camina por una carretera aún inexplorada y no encuentra a quién preguntar cómo debe afrontar y actuar las nuevas condiciones en las que se encuentra y en las que nadie jamás todavía se encontró.

Sin embargo, como el padre de familia no puede continuar afrontando la vida como la afrontaba en la infancia, así la humanidad, después de varios cambios - densidad de la población, relaciones establecidas entre las naciones, perfeccionamiento de los medios de lucha contra la naturaleza, acumulación del saber - no puede continuar afrontando la vida como antes. Ella necesita de un nuevo concepto de existencia, concepto del cual resulta la nueva actividad, adecuado al nuevo estado en el que ingresó.

A esta necesidad responde la facultad especial de la humanidad de crear hombres que vengan a dar a la vida humana un nuevo sentido, donde resulta una acción totalmente distinta de la antigua. El establecimiento de estos nuevos conceptos y de la nueva acción que de ahí resulta es aquello que se llama religión.

Por eso la religión no es, como cree la ciencia, un fenómeno que en otros tiempos acompañó al desarrollo de la humanidad y que ya no se renovó, mas sí un fenómeno propio de la vida humana y aun hoy absolutamente natural a la humanidad como en cualquier otra época. En segundo lugar, siendo siempre la religión la definición de la acción en el futuro y no del pasado, está claro que el estudio de los fenómenos pasados no puede, en caso alguno, alcanzar todo el sentido de la religión.

La esencia de cualquier doctrina religiosa no está en el deseo de una expresión simbólica de las fuerzas de la naturaleza, ni en el terror que sus fuerzas inspiran, ni en un deseo de maravillas, ni en las formas exteriores con las cuales se manifiesta, como creen los científicos.

La esencia de la religión está en la facultad que tienen los hombres de profetizar e indicar el camino que debe seguir la humanidad, en una dirección diferente de la seguida en el pasado y de la cual resulta una acción de la humanidad absolutamente diferente en el futuro.

Esta facultad de prever el camino de la humanidad pertenece más o menos a todos los hombres, pero siempre, en todos los tiempos, existieron hombres en los cuales esto se manifestó con una fuerza especial y que, expresando lúcida y exactamente lo que sentían vagamente todos los otros, establecieron un nuevo concepto de vida, de donde resultó una nueva acción para muchos siglos o por miles de años.

Conocemos tres de estos conceptos de vida. Dos ya pasaron por la humanidad, y atravesamos hoy el tercero, en el cristianismo. Estos conceptos son tres, y sólo tres, no porque hayamos arbitrariamente reunido muchos, sino porque las acciones de todos los hombres tienen siempre su principio en uno de estos tres conceptos de vida, y porque solo podemos comprender la vida de estas tres maneras.

Estos tres conceptos son: primero, vida personal o animal; segundo, vida social o pagana; tercero, vida universal o divina.

De acuerdo con el primer concepto, la vida del hombre está comprendida sólo en su personalidad: la meta de su vida es la satisfacción de la voluntad de esta personalidad. Según el segundo concepto, la vida del hombre está comprendida, no solamente en su personalidad, sino en un conjunto y en una graduación de personalidades: la familia, la tribu, la raza, el Estado. El objetivo de la vida consiste en la satisfacción de la voluntad de este conjunto de personalidades. Según el tercer concepto, la vida del hombre no está comprendida ni en su personalidad, ni en un conjunto o en una graduación de personalidades, sino en el principio y en la fuente de la vida: Dios.

Estos tres conceptos de vida sirven de base a todas las religiones que existen y existieron.

El salvaje no reconoce la vida sino en él mismo, en sus necesidades personales; la felicidad de su vida se concentra sólo en él. La mayor felicidad para él es la satisfacción más completa de sus propios apetitos. Lo que impulsa a su vida es su placer personal. Su religión consiste en cautivar a la divinidad y en postrarse delante de los dioses imaginarios, que él imagina que existen para una finalidad personal.

El pagano social reconoce la vida no solo en él mismo, sino en un conjunto de individuos: la familia, la tribu, la raza, el Estado - y sacrifica por este conjunto su propia felicidad. El estímulo de su vida es la gloria. Su religión consiste en la glorificación de los líderes: los antepasados, jefes de tribu, soberanos - y en la adoración de los dioses que protegen, exclusivamente, su familia, su tribu, su pueblo, su Estado³⁰.

El hombre, por el concepto divino de la vida, ya reconoce la vida, no en su personalidad o en una asociación de personalidades (familia, tribu, pueblo, patria o Estado), sino en la fuente de la vida eterna, es decir, en Dios, y, para cumplir la voluntad de Dios, él sacrifica su felicidad personal, familiar y social. El estímulo de su vida es el amor y su religión es la adoración del principio de todo: Dios.

Toda la historia de la vida de la humanidad no es sino un paso gradual del concepto de vida personal animal al concepto social, y de éste al concepto divino. Toda la historia de los antiguos pueblos, que duró millones de años y termina con la historia de Roma, es la historia de la sustitución del concepto social y racional por el concepto animal y personal. La historia del mundo, desde la época de la Roma imperial y de la aparición del cristianismo, es la historia que atravesamos

30 Solo porque basamos, en este concepto de la vida pagana o social, diversas formas de vida - la vida de la familia, de la tribu, de la raza, del Estado, y también la vida de toda la humanidad, teóricamente representada por los positivistas - no conseguimos que la unidad de este concepto de vida sea destruida. Todas estas diferentes formas de vida se basan en una noción única, a saber que la personalidad no es un objetivo suficiente para la vida y que el sentido de la vida solo puede encontrarse en la asociación de los individuos.

todavía hoy, de la sustitución del concepto nacional por el concepto divino.

Este último concepto (y la doctrina cristiana que de él deriva), dirige toda nuestra vida y es la base de todas nuestras acciones, tanto prácticas, como científicas. Los hombres de la supuesta ciencia, estudiándolo solo en sus manifestaciones externas, lo consideran algo muy pasado que, para nosotros, no tiene más valor.

Según estos científicos, esta doctrina, que consiste sólo en dogmas - la Trinidad, la Redención - en sus milagros, su iglesia, sus sacramentos etcétera, no es sino una de las numerosas religiones que la humanidad hizo nacer y que termina su tiempo hoy, después de haber representado su papel a la luz de la ciencia y de la civilización.

Ocurre, ahora, lo que acontece en la mayoría de los casos y da origen a grandes errores que hombres de grado intelectual inferior se encuentran con fenómenos de orden superior y que, en vez de situarse en un punto de vista lo suficientemente elevado para juzgarlos con sinceridad, los explican desde su punto de vista inferior, y con audacia tanto mayor mientras menos comprenden de lo que se trata.

Para la mayor parte de los doctores que examinan la doctrina moral viva de Cristo desde un punto de vista inferior del concepto social de la vida, esta doctrina no es más que una especie de combinación sin cohesión, de ascetismo hindú, de doctrinas estoicas y neoplatónicas y de utópicos sueños antisociales que no tienen alguna importancia seria para nuestro tiempo; y, para ellos, todo se concentra en las manifestaciones externas: el catolicismo, el protestantismo, los dogmas y la lucha contra el poder secular. Definiendo el significado del cristianismo según manifestaciones similares, ellos parecen sordos que juzgan el valor y la importancia de la música por los movimientos de los músicos.

De esto resulta que todos esos hombres, empezando por Kant, Strauss, Spencer y Renan, sin entender las palabras de Cristo, sin percibir por qué ellas fueron dichas, no comprendiendo ni siquiera la pregunta a la que responden, no teniendo el detalle de penetrar en su sentido, niegan simplemente, cuan mal intencionados, que la doctrina tenga un sentido razonable.

Y, cuando se dignan a ser benevolentes, la corrigen desde lo alto de su doctrina, suponiendo que Cristo quería decir exactamente lo que ellos piensan, pero no supo hacerlo.

Los doctores tratan la doctrina como los presuntuosos tratan las palabras de los interlocutores, que consideran como inferiores, diciendo: "Pero, en realidad, quisisteis decir esto y aquello."

Y sus rectificaciones tienen siempre el objetivo de reconducir el concepto superior divino al concepto inferior social.

Se dice, en general, que la doctrina moral del cristianismo es buena, pero exagerada. Para que se haga practicable, es necesario retirarle todo lo superfluo que no se concilia con las condiciones de nuestra existencia. "Porque la doctrina que pide demasiado es irrealizable y no vale a aquélla que de los hombres exige sólo lo posible, compatible con sus fuerzas", piensan y afirman los eruditos comentaristas del cristianismo, repitiendo lo que afirmaban y no podían dejar de afirmar aquellos que, no comprendiéndolo, crucificaron al Maestro: los judíos.

Frente al juicio de los doctores de nuestro tiempo, la ley judaica: diente por diente, ojo por ojo, es decir, la ley del castigo justo, conocida por la humanidad hace cinco mil años, es más razonable que la ley del amor por la cual Cristo la sustituyó hace 1.800 años.

Ellos consideran que todo aquello que hicieron los hombres que comprendieron correctamente la doctrina de Cristo y vivieron según este concepto, todo lo que fue hecho y dicho por todos los verdaderos cristianos, todos los militantes de la doctrina evangélica, todo lo que hoy transforma el mundo bajo el soplo del socialismo y del comunismo, todo esto es una exageración que no merece

ser mencionada.

Los hombres instruidos durante 18 siglos en el cristianismo se convencieron, en las personas de sus representantes autorizados, los doctores, de que la doctrina cristiana es una doctrina de dogmas. En cuanto a su aplicación práctica, se trata de un malentendido, una exageración que compromete a las verdaderas y legítimas exigencias de la moral humana; y aquella doctrina de justicia que Cristo rechazó y sustituye por la suya propia nos es mucho más satisfactoria.

El precepto de la no-resistencia al mal con la violencia les parece a los doctores una exageración y también un absurdo. Es mejor rechazarlo, piensan, sin percibir que no discuten la doctrina de Cristo, sino sí lo que creen que es la doctrina de Cristo.

No perciben que decir que el precepto de la no-resistencia al mal con la violencia es una exageración de la doctrina de Cristo equivale a decir que, en la definición del círculo, la afirmación de la igualdad de los radios es una exageración. Ellos hacen lo que haría un hombre que, no teniendo alguna noción de lo que es un círculo, afirmara que es exagerado decir que todos los puntos de la circunferencia están a la misma distanciancia del centro. Aconsejar, repeler o atenuar el axioma de la igualdad de los radios del círculo es no comprender lo que es el círculo. Aconsejar, repeler o atenuar, en la doctrina de Cristo, el precepto de no-resistencia al mal con la violencia es no comprender la doctrina.

Y aquellos que así se comportan, de hecho, no la entienden. No comprenden que esta doctrina es la actuación práctica de un nuevo concepto de vida, concepto correspondiente a la nueva fase en la que la humanidad ya entró hace 1.800 años, y de la cual resulta la definición de la nueva vida.

Ellos no convinieron en que Cristo haya querido decir lo que dijo; o suponen que fue por impulso, por falta de raciocinio y de cultura que él dijo lo que se encuentra en el Sermón de la Montaña y en otros lugares³¹.

Por eso, os digo: No os preocupéis por vuestra vida, en cuanto a lo que habréis de comer, ni por vuestro cuerpo, en cuanto al que habréis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?

Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros. Y, sin embargo, vuestro Padre celeste las alimenta. ¿Ahora, no valéis vosotros más que ellas?

¿Quién de entre vosotros, con sus preocupaciones, puede prolongar, por poco que sea, la duración de su vida?

¿Y con las ropas, por qué andáis preocupados? Aprended de los lirios del campo, como crecen, y no trabajan ni hilan.

Y sin embargo, yo os aseguro que ni Salomón, en todo su esplendor, se vistió como uno de ellos.

¿Pues, si Dios viste así a la hierba del campo, que existe hoy y mañana será arrojada al horno, no hará Él mucho más por vosotros, hombres débiles en la fe?

Por eso, no andéis preocupados, diciendo: ¿Qué comeremos? O, ¿qué beberemos? O, ¿qué vestiremos?

31 He ahí, por ejemplo, una argumentación característica de este género, en un artículo de la revista americana Arena (octubre 1890) titulado New Basis of Church Life (Nuevas bases de la vida eclesiástica). razonando sobre el significado del Sermón de la Montaña, y sobre todo sobre la no-resistencia al mal, el autor, no estando, como los seguidores de la iglesia, obligado a ocultarle el significado, dice: "Cristo realmente predicó el más completo comunismo y la anarquía, pero es necesario saber ver a Cristo en su significado histórico y psicológico. Como todos los predicadores de la humanidad, Cristo, entusiasmado, alcanzaba exageros utópicos en su doctrina. Cada paso al frente en la perfección moral de la humanidad está siempre dirigido por hombres que nada ven además de su misión. Cristo, sin que se pueda reprobarlo, tenía el temperamento típico de tales reformadores. Por esto, debemos acordar que sus enseñanzas no deben ser tomadas al pie de la letra como una completa filosofía de vida. Debemos analizar sus palabras, con respeto, pero con un espíritu de crítica que busca la verdad etc." Cristo habría estado feliz por hablar con acierto, pero no sabía expresarse con tanta lucidez y exactitud como nosotros, en el espíritu de crítica. Por eso le corregimos. Todo lo que él dijo sobre la modestia, el sacrificio, la pobreza, la indiferencia del mañana, todo esto lo dijo por casualidad, no sabiendo expresarse científicamente.

De hecho, son los gentiles los que están en la búsqueda de todo eso: vuestro Padre celeste sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

Buscad, en primer lugar, el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

No os preocupéis por lo tanto por el día de mañana, pues el día de mañana se preocupará por sí mismo. A Cada día le basta su mal (Mateo 6,25-34).

Vended vuestros bienes y dad limosna; haced bolsas que no se deterioren; un tesoro inagotable de los cielos, donde el ladrón no llega ni la polilla roe. Pues donde está vuestro tesoro, ahí estará también vuestro corazón (Lucas 12,33.34).

Vende tus bienes y sígueme; quién no deja a padre y madre, hijos y hermanos, campo y casa no puede ser mi discípulo.

Renuncia a ti mismo, toma sobre ti tu cruz y sígueme. ¡Mi alimento consiste en cumplir la voluntad de Aquel que me envió, y de cumplir Su obra! No es mi voluntad la que se hará, sino la de Él; no es lo que yo quiero, sino lo que Él quiere. La vida consiste en cumplir no la voluntad propia, sino la voluntad de Dios (Marcos 10,21.29; 9,34 y 14,36).

Estas máximas pueden parecer importantes a los hombres que tienen de la vida un concepto inferior, la expresión de una especie de impulso entusiasta sin aplicación posible en la práctica. Y, sin embargo, estos principios resultan con tanto rigor del concepto cristiano como el precepto del abandono del trabajo en pro de la comunidad o del sacrificio de la vida por la defensa de la patria del concepto social.

El hombre, ligado al concepto social de la vida, puede decir al salvaje: "Vuelve a ti mismo, reflexiona; la vida de tu personalidad no puede ser la verdadera vida porque ésta es miserable y efímera. Solamente el agrupamiento y la gradación se perpetúan: la familia, la tribu, la raza, el Estado, y por esto debes sacrificar tu personalidad a la existencia de este grupo"; así la doctrina cristiana habla al hombre acerca del concepto social: "Arrepentíos, (*μετανοείτε*), es decir, volved a vosotros mismos, sino pereceréis. Volved a vosotros mismos y entended que la vida que vivís no es la verdadera vida, que la vida de la familia, de la sociedad, del Estado no es la salvación. La verdadera vida, sabia, sólo es posible para el hombre cuando él participa en ella con moderación, no en la vida de la familia y del Estado ¡sino en la vida del Padre! Así es, indiscutiblemente, el concepto cristiano, que aparece en cada cita del Evangelio.

Se puede no tener la misma opinión, se puede negar y probar su inexactitud, pero es imposible juzgar una doctrina sin haber penetrado en el concepto del cual ella deriva. Y, más aún, es imposible juzgar una tesis de orden superior situándose en un punto de vista inferior: juzgar el alto de la torre cuando estamos en las bases. Y es precisamente eso lo que hacen nuestros doctores. Y lo hacen porque caen en un error semejante al de los fieles de la iglesia, que creen poseer tantos medios de investigación que basta aplicarlos, para que ninguna duda pueda surgir del resultado de su examen.

Esta posesión de un método de investigación, supuestamente infalible, constituye el principal obstáculo a la comprensión de la doctrina cristiana por parte de los ateos y de los pretensos doctores, cuya opinión sirve de guía a la gran mayoría de los incrédulos, crédulos e instruidos. Y es de esta supuesta interpretación que resultan todos los errores de los doctores sobre la doctrina cristiana y, especialmente, de los extraños mal entendidos que, por encima de todo, impiden su comprensión.

Uno de estos malentendidos es que la doctrina cristiana sea irrealizable; por eso, o ella no es, de ninguna manera, obligatoria, es decir, no debe servir de guía, o bien debe modificarse, atenuada

hasta el límite en el que su obediencia sea posible dentro de nuestro orden. El segundo malentendido consiste en que esta doctrina, que manda amar y servir a Dios, apenas está clara, es mística, y no tiene un objetivo definido de amor; y, por lo tanto, debe sustituirse por una doctrina más exacta y más comprensible de amar y servir a la humanidad.

El primer concepto erróneo, en cuanto a la imposibilidad de practicar la doctrina cristiana, viene del hecho de que los hombres seguidores del concepto social de la vida, no comprendiendo el motivo que guía a los que siguen la doctrina cristiana y, considerando la indicación de la perfección como una regla para la vida, piensan y dicen que les es imposible seguir la doctrina de Cristo, porque la completa ejecución de las exigencias de esta doctrina destruiría la vida. "Si un hombre cumpliera lo que predica Cristo, éste destruiría su vida; y si todos los hombres lo cumplieran, toda la especie humana dejaría de existir", dicen ellos.

"No os preocupéis por el mañana, por lo que comeréis, ni por lo que beberéis, ni con lo que os vestiréis" - dice Cristo. Sin defender la propia vida, sin resistir al mal con la violencia, dando la propia vida por el prójimo y guardando la castidad absoluta, el hombre y la humanidad no podrían existir, piensan y dicen ellos.

Y tienen absoluta razón, si consideran las indicaciones de perfección dadas por la doctrina de Cristo como reglas que cada uno debe respetar, así como, en la doctrina social, cada uno debe cumplir las reglas de pago de los impuestos, de participación en la justicia etc.

El concepto erróneo consiste exactamente en esto: que la doctrina de Cristo guía a los hombres con otro medio que no las doctrinas basadas sobre el concepto de vida inferior. Las doctrinas sociales se guían solamente por reglas y por leyes, a las cuales es necesario someterse de forma exacta. La doctrina de Cristo guía a los hombres mostrándoles la infinita perfección del Padre celeste, perfección a la que cada hombre puede aspirar libremente, independientemente del grado de imperfección en el que él se halle.

El concepto erróneo de los hombres que juzgan la doctrina cristiana desde el punto de vista social consiste en que, suponiendo que la perfección indicada por Cristo pueda ser totalmente alcanzada, ellos se preguntan (como se preguntan, suponiendo que las leyes sociales sean observadas): "¿qué acontecerá cuando esto ocurra?" Esta suposición es falsa, porque la perfección indicada a los cristianos es infinita y nunca podrá alcanzarse. Cristo presenta su doctrina, sabiendo que la perfección absoluta nunca será alcanzada, pero que la tendencia a esta perfección absoluta e infinita aumentará continuamente la felicidad de los hombres, y que, en consecuencia, esta felicidad podrá ser indefinidamente aumentada.

Cristo enseña, no a los ángeles, sino a los hombres que se mueven y que viven una vida animal. A esta fuerza animal del movimiento, Cristo aplica, por así decirlo, una nueva fuerza - la conciencia de la perfección divina - y así dirige el camino de la vida sobre la resultante de estas dos fuerzas.

Creer que la vida del hombre seguirá la dirección indicada por Cristo es como creer que un barco, para atravesar un río veloz, remando casi que directamente contra corriente, navegaría en aquella dirección.

Cristo reconoce la existencia de los dos lados del paralelogramo, de las dos fuerzas eternas, inmortales, de las que se compone la vida del hombre: la fuerza de la naturaleza animal y la fuerza de la conciencia, es decir, que él es hijo de Dios. No hablando de la fuerza animal que, afirmándose por sí sola, permanece siempre igual a sí misma y está fuera del alcance del hombre, Cristo sólo habla de la fuerza divina, llamando al hombre a la mayor conciencia de esta fuerza, a su más completa emancipación y a su mayor desarrollo.

En la emancipación y en el aumento de esta fuerza consiste, según la doctrina de Cristo, la verdadera vida del hombre. De acuerdo con las doctrinas que la precedieron, la verdadera vida

estaba en el cumplimiento de las reglas, de las leyes; mientras, según la doctrina de Cristo, ésta consiste en la aspiración a la perfección divina, dada como fin, y cuyo principio todo hombre tiene conciencia de llevar consigo, y en la asimilación más completa de la voluntad humana con la voluntad de Dios, asimilación hacia la cual el hombre tiende, y que sería el aniquilamiento de la vida que conocemos.

La perfección divina es la asíntota de la vida humana; la humanidad siempre tiende hacia ella; puede aproximarse ella, pero sólo puede alcanzarla en el infinito.

La doctrina de Cristo no parece excluir la posibilidad de la vida, sino cuando se considera como regla aquello que es únicamente la indicación de un ideal. Solo en este caso los preceptos de Cristo parecen inconciliables con las necesidades de la vida, mientras, al contrario, solo ellos ofrecen la posibilidad de una vida justa.

“No se debe pedir demás, dicen los hombres frecuentemente, discutiendo las exigencias de la doctrina cristiana. No se puede no pensar en el mañana, como dice el Evangelio, pero no es necesario tampoco preocuparse en demasía; no se puede dar todo a los pobres, pero es necesario darles con moderación; no se puede guardar una castidad absoluta, pero es necesario huir de la depravación; no es necesario abandonar a mujer e hijos, pero no es necesario tener por ellos un amor exclusivamente excesivo etcétera.”

Hablar así, es como decir a un hombre, que atraviesa contra corriente un río veloz, que él no debe remar así, sino en línea recta en dirección al punto de la orilla que desea alcanzar.

La doctrina de Cristo se distingue de las antiguas doctrinas en el hecho de guiar a los hombres no con reglas externas, sino con la conciencia que tienen de la posibilidad de alcanzar la perfección divina. Y el alma humana no contiene reglas moderadas de justicia y filantropía, sino el ideal de la perfección divina, entera e infinita. Solo la búsqueda de esta perfección modifica el curso de la vida humana, del estado animal al estado divino, por cuanto esto es humanamente posible.

Para llegar al lugar deseado, es necesario dirigirse, con todas las fuerzas, a un punto mucho más alto.

Bajar el nivel del ideal es no solo disminuir las probabilidades de alcanzar la perfección, sino destruir el propio ideal. El ideal que nos atrae no fue inventado por nadie; cada hombre lo lleva en el corazón. Solo este ideal de absoluta e infinita perfección nos seduce y nos atrae. Una perfección posible perdería cualquier influencia sobre el alma humana.

La doctrina de Cristo tiene un gran poder exactamente porque requiere la perfección absoluta, es decir, la identificación del soplo divino que se encuentra en el alma de cada hombre con la voluntad de Dios, identificación del hijo con el Padre. Liberar del animal al hijo de Dios que vive en cada hombre y lo aproxima al Padre, solo en esto está la vida, según la doctrina de Cristo.

La sola existencia del animal, en el hombre, no es la vida humana. La vida, solamente según la voluntad de Dios, tampoco es la vida humana. La vida humana es el conjunto de la vida divina y de la vida animal y, mientras más este conjunto se aproxima a la vida divina, más vida es.

La vida según la doctrina cristiana es el camino hacia la perfección divina. Ningún estado, conforme a esta doctrina, puede estar más alto o más bajo que otro. Cada estado no es sino una etapa hacia una perfección irrealizable y, en consecuencia, no constituye por sí solo un grado más o menos alto de la vida. El crecimiento de la vida es solo una aceleración del movimiento en dirección a la perfección. Por eso el ímpetu hacia la perfección del recaudador de impuestos Zaqueo, de la pecadora, del ladrón en la cruz constituye un alto grado de vida frente a la impecabilidad inmóvil del fariseo. Por eso no pueden existir reglas obligatorias para esta doctrina. El hombre situado en un grado inferior, caminando en dirección a la perfección, tiene una mejor conducta moral, observa más la doctrina que el hombre situado en un grado mucho más alto, pero

que no se encamina hacia la perfección.

Es en este sentido que la oveja extraviada es más valiosa para el Padre que las otras; el hijo pródigo, la moneda perdida y reencontrada son más amados que aquellos que nunca fueron considerados perdidos.

El cumplimiento de la doctrina está en el movimiento del yo en dirección a Dios. Es evidente que esto no puede tener leyes o reglas determinadas. Cualquier grado de perfección o imperfección es igual frente a esta doctrina, cuyo cumplimiento no se constituye en la obediencia a ley alguna; por eso no pueden existir reglas o leyes obligatorias.

De esta diferencia radical entre la doctrina de Cristo y todas aquellas que la precedieron, basadas sobre el concepto social de la vida, resulta también la diferencia entre las leyes sociales y los preceptos cristianos.

Las leyes sociales son, en su mayoría, positivas, recomendando ciertos actos, justificando y absolviendo a los hombres. Al contrario, los preceptos cristianos (el mandamiento del amor no es un precepto en el verdadero sentido de la palabra, sino la expresión del propio sentido de la doctrina), los cinco mandamientos del Sermón de la Montaña son todos negativos y no indican sino aquello que, en un correcto grado de desarrollo de la humanidad, los hombres ya no deben hacer. De cualquier forma, estos preceptos son como puntos de encuentro en el camino infinito de la perfección, en cuya dirección camina la humanidad, y los grados de perfeccionamiento accesibles en un cierto periodo de desarrollo.

En el Sermón de la Montaña, Cristo mostró simultáneamente el ideal eterno al cual los hombres deben aspirar y el grado que ya pueden alcanzar en nuestros días.

El ideal es el de no desear hacer el mal, no provocar la malevolencia, no odiar al prójimo. En cuanto al precepto que indica uno de los grados bajo el cual no se puede caer para alcanzar este ideal, es éste el de la prohibición de ofender a los hombres con la palabra. Y éste es el primer mandamiento.

El mandamiento que indica el grado bajo el cual no se puede descender, es la pureza de la vida conyugal, evitar el libertinaje. Y es este el segundo mandamiento.

El ideal es el de no preocuparse por el mañana y, sí, vivir el presente. El mandamiento que indica otro grado bajo el cual no se puede descender es no jurar, nada prometer para mañana. Y este es el tercer mandamiento.

El ideal es nunca utilizar la violencia para cualquier fin. El mandamiento que indica otro grado bajo el cual no se puede descender es no pagar el mal con el mal, sufrir la ofensa, dar nuestra ropa. Y éste es el cuarto mandamiento.

El ideal es amar a aquellos que nos odian. El mandamiento que indica otro grado bajo el cual no se puede descender es no hacer el mal a nuestros enemigos, hablar bien de ellos, no hacer diferencia entre éstos y los amigos. Y este es el quinto mandamiento.

Todos estos mandamientos son indicaciones de aquello que, en el camino hacia la perfección, ya no debemos hacer, de aquello que ahora debemos esforzarnos para transformar, poco a poco, en hábitos instintivos; pero, lejos de constituir la doctrina de Cristo y de contenerla por entero, estos mandamientos son solo una de las incontables etapas en el camino de la perfección. Y deben ser seguidos por mandamientos siempre superiores.

Por esto, cabe a la doctrina cristiana formular exigencias más altas que las expresadas por estos mandamientos, y no disminuirlos, como piensan los hombres que juzgan esta doctrina bajo el punto de vista del concepto social de la vida.

Así es el primer malentendido de los doctores en cuanto a la importancia y al objetivo de la doctrina cristiana. El otro, que proviene de la misma fuente, consiste en la sustitución de la obligación cristiana de amar y servir a los hombres por el amor a Dios, por la obligación de amarlo y servirlo por el amor a la humanidad.

La doctrina cristiana de amar y servir a Dios, y (solo como consecuencia de este amor y de este servicio) amar y servir al prójimo, les parece a los doctores poco clara, mística y arbitraria, y así refutan, sin restricciones, la obligación de amar y servir a Dios, considerando que la doctrina que enseña solamente el amor a la humanidad es mucho más clara, sólida y sensata.

Los doctores enseñan, teóricamente, que la vida consciente y buena es aquélla consagrada al servicio de toda la humanidad; en esto consiste, para ellos, el sentido de la doctrina cristiana; y a esto se reduce la enseñanza de Cristo. Ellos buscan la confirmación de su doctrina en la del Evangelio, suponiendo que ambas sean una única.

Esta opinión es, realmente, falsa. La doctrina cristiana y la de los positivistas, de los comunistas y de todos los apóstoles de la fraternidad universal, basada en el interés general, nada tienen en común y se distinguen una de las otras, principalmente, por el hecho de que la doctrina cristiana tiene bases firmes y claras en el alma humana, mientras la doctrina del amor a la humanidad es solo una deducción teórica por analogía.

La única doctrina del amor a la humanidad se basa en el concepto social de la vida.

La esencia del concepto social de la vida consiste en la sustitución del sentido de la vida personal por el de la vida en grupo: familia, tribu, raza, Estado. Este fenómeno se cumplió y se cumple fácil y naturalmente en los primeros grados, es decir, en la familia o en la tribu; pero en la raza y en el pueblo se hace más difícil y requiere una educación especial; finalmente, su límite extremo se encuentra en el Estado.

Amarse a sí mismo es natural y cada uno se ama sin necesidad de alentarse; amar a la propia tribu, de la cual se recibe ayuda y protección; amar a la propia mujer, felicidad y amparo de la vida; amar a los propios hijos, consolación y esperanza de la vida, y a los padres de quienes se recibió la existencia y la educación, todo esto es natural, y estos amores, aunque mucho menos potentes que el amor a sí mismo, pueden, a menudo, encontrarse.

Amarse a sí mismo, a nuestro orgullo, a nuestra raza, a nuestro pueblo, aunque ya no tan natural, es aun frecuente.

El amor a la nación, este grupo de mismo origen, de la misma lengua, de la misma religión, es también posible, aunque este sentimiento esté lejos de ser tan fuerte, no solo como el amor por nosotros mismos, sino como también por la propia familia y por la propia raza. Pero el amor por el Estado, como Turquía, Alemania, Inglaterra, Austria, Rusia, ya es algo casi imposible y, no obstante a la educación dirigida en ese sentido, este amor es solo supuesto y en realidad no existe. En este grupo, termina para el hombre la posibilidad de llevar a la propia conciencia y de probar, por medio de este artificio, un sentimiento directo; mientras los positivistas y todos los apóstoles de la fraternidad científica, sin tener en consideración la disminución del sentimiento a medida que se amplía el objetivo de la afección, continúan razonando teóricamente y van aun más lejos sobre este camino.

“Si el individuo tiene interés en extender su yo a la familia, a la tribu, al pueblo, al Estado, está aun más interesado en extenderlo al complejo de la humanidad, de modo que todos vivan para la humanidad, como cada uno vive para la familia y para el Estado” - dicen ellos.

Teóricamente esto es lógico, en efecto.

Ya que el amor fue transferido de la personalidad a la familia, de ésta a la raza, después al

pueblo, al Estado, sería absolutamente lógico que los hombres, para evitar las luchas y los males resultantes de las divisiones de la humanidad en pueblos y Estados, transfirieran su amor hacia toda la humanidad. Esto parecería más natural, y los teóricos así lo predicar, sin darse cuenta que el amor es un sentimiento que se puede tener, pero no predicar, y que, además, el amor debe tener un objeto, mientras la humanidad no lo tiene. Esto no es sino hipocresía.

La familia, la tribu, el mismo Estado no fueron inventados por el hombre; estas instituciones se formaron por sí mismas, como los enjambres de las abejas y la sociedad de las hormigas, y tienen una existencia real. El hombre que ama, por su personalidad animal, a la familia, sabe que ama a Ana, María, Juan, Pedro etc. El hombre que ama a su raza, y de esto se enorgullece, sabe que ama a todos los güelfos y todos los gibelinos³². Aquel que ama al Estado sabe que ama, por ejemplo, a Francia, desde los márgenes del Rin hasta los Pirineos, y a su ciudad principal, París, y su historia etc. ¿Pero qué ama el hombre que ama a la humanidad? Existen Estados, pueblos; en ellos está el concepto abstracto del hombre, pero la humanidad como concepto concreto no existe y no puede existir.

¿La humanidad? ¿Dónde están los límites de la humanidad? ¿Dónde termina ésta? ¿Dónde comienza? ¿La humanidad acaba, tal vez, exclusivamente, en el salvaje, en el idiota, en el alcohólico, en el loco? Si trazamos una línea que limite a la humanidad, excluyendo a los representantes inferiores de la especie humana, ¿dónde trazaremos esa línea? ¿Excluiremos a los negros, cómo hacen los americanos? ¿Y los hindúes, cómo ciertos ingleses? ¿Y los judíos, cómo muchos otros? ¿Y si englobáramos a todos los hombres, sin excepción, por qué admitiremos solo a los hombres, y no a los animales superiores, muchos de los cuales están más desarrollados que los representantes inferiores de la raza humana?

No conocemos a la humanidad como un objeto externo; ignoramos sus límites. La humanidad es una hipocresía; no se la puede amar. Sería muy útil, es verdad, que los hombres pudieran amar a la humanidad tanto cuanto aman a la familia. Sería muy ventajoso substituir, como desean los comunistas, la competencia entre los hombres por un orden común, o la propiedad individual por la propiedad universal, a fin de que cada uno pudiera trabajar para todos y todos para cada uno: sin embargo, no hay razón para hacerlo. Los positivistas, los comunistas y todos los apóstoles de la fraternidad científica predicar la extensión a toda la humanidad del amor que los hombres sienten por sí mismos, por su familia y por el Estado; se olvidan de que el amor que ellos predicar es un amor personal que, creciendo, ha podido comprender a la familia, y también el amor a la patria natural, pero que desaparece por completo en la presencia de un Estado artificial, como Austria, Inglaterra, Turquía, y que no podemos ni siquiera llegar a imaginar cuando se trata de toda la humanidad - concepto absolutamente místico.

"El hombre se ama a sí mismo, a su personalidad animal; ama a su familia, ama también a su patria. ¿Por qué no amaría de igual forma a toda la humanidad? ¡Qué bello sería! De hecho, el cristianismo también lo enseña." Así piensan los seguidores de la fraternidad positivista, comunista y socialista. De hecho, la idea sería muy bonita, pero no puede acontecer porque el amor basado en el concepto personal y social de la vida no puede ir más allá del amor a la patria.

El error de raciocinio consiste en que el concepto social de la vida, sobre el cual se basa el amor por la familia y por la patria, está, él mismo basado en el amor a la personalidad, y que este amor, extendiéndose desde la personalidad hasta la familia, a la raza, a la nación, se debilita cada vez más y alcanza, en el amor al Estado, su límite extremo.

La necesidad de ampliar el dominio del amor es indiscutible pero, a la vez, esta necesidad

32 N. T2: Los términos **güelfos** y **gibelinos** proceden de los términos italianos *guelfi* y *ghibellini*, con los que se denominaban las dos facciones que desde el [siglo XII](#) apoyaron en [Alemania](#), en el contexto del conflicto entre la [Iglesia](#) y el [Sacro Imperio Romano Germánico](#), respectivamente a la [casa de Baviera](#) (los Welfen, pronunciado Güelfen y de ahí la palabra «güelfo») y a la casa de los [Hohenstaufen](#) de [Suabia](#), señores del castillo de Waiblingen (y de ahí la palabra «gibelino»). Información obtenida en Wikipedia.

destruye, de hecho, la posibilidad del amor y prueba la insuficiencia de este amor en el sentido personal humano.

Y es entonces que los apóstoles de las fraternidades positivistas, comunistas y socialistas proponen, para evitar esa suspensión de pagos del amor humano, el amor cristiano, pero solamente en estas consecuencias, pero no en estas causas. Ellos proponen solamente el amor a la humanidad, sin el amor a Dios.

Pero este amor no puede existir; no tiene razón de ser alguna. El amor cristiano resulta únicamente del concepto cristiano de la vida, concepto según el cual el objetivo esencial de la vida es amar y servir a Dios.

Por un procedimiento natural, el concepto social de la vida condujo a los hombres, del amor a sí mismos, a la familia, a la nación, a la patria, hasta la conciencia de la necesidad del amor por la humanidad, que no tiene límites y se confunde con todo lo que vive. Esta necesidad de amar algo que no despierte en el hombre algún sentimiento hizo surgir una contradicción que el concepto social de la vida no puede resolver.

Solamente la doctrina evangélica en todo su significado la resuelve, dando a la vida un nuevo sentido. El cristianismo reconoce, de esta forma, el amor por uno mismo, bien como el amor a la familia, a la nación y a la humanidad, y no solo a la humanidad, sino también a todo lo que vive. Pero el hombre no encuentra el objeto de este amor fuera de sí, en el grupo de personas: familia, raza, patria, humanidad, tampoco en el mundo exterior; él lo encuentra en sí mismo, en su personalidad divina, cuya esencia es este amor.

Lo que distingue la doctrina cristiana de las que la precedieron es que la antigua doctrina social decía: "Vive contrariamente a tu naturaleza (entendiendo por esto solo la naturaleza animal); sométete a la ley externa de la familia, de la sociedad, del Estado." Por su parte, el cristianismo dice: "Vive conforme a tu naturaleza (refiriéndose solo a la naturaleza divina); a nada te sometas, ni a la naturaleza animal, ni a la de los otros, y alcanzarás exactamente aquello que buscas sometiendo a la leyes externas a tu naturaleza externa."

La doctrina cristiana reconduce al hombre a la conciencia primitiva de su yo, no de su yo animal, sino de su yo divino, de la chispa divina, de su yo hijo de Dios, Dios como Padre, pero envuelto en un involucro animal. Y la conciencia de ser hijo de Dios, cuya esencia es el amor, satisface la necesidad de ampliar los dominios del amor, necesidad a la cual fue llevado el hombre del concepto social. Para éste último, la salvación de la personalidad exige en efecto la ampliación cada vez mayor de los dominios del amor; el amor es una necesidad, en relación a determinados objetos: a sí mismo, a la familia, a la sociedad, a la humanidad. Con el concepto cristiano de la vida, el amor no es una necesidad y no se ejerce sobre cosa alguna; es una facultad esencial del alma humana. El hombre ama, no porque haya interés en amar esto o aquello, sino porque el amor es la esencia de su alma, porque él no puede dejar de amar.

La doctrina cristiana enseña al hombre que la escancia de su alma es el amor, que su felicidad no es la de amar tal o tal entidad, sino sí el principio de todo, Dios, que él tiene la conciencia de tenerlo en sí mismo. Por eso él amará a todos y a todo. He ahí la diferencia fundamental entre la doctrina cristiana y la doctrina de los positivistas y de todos los teóricos de la fraternidad universal no cristiana.

Son estos los dos principales malentendidos en relación al cristianismo, de los cuales resulta la mayor parte de los falsos raciocinios de que es objeto. El primero consiste en creer que la doctrina de Cristo da a los hombres, como las doctrinas que la precedieron, reglas a las que estos deban obedecer, y que tales reglas sean impracticables; el segundo, que toda la filosofía del cristianismo se reduce a hacer de la humanidad una sola familia, y que este resultado se puede obtener con el

simple amor a la humanidad desvinculado del amor a Dios.

Finalmente, la opinión errónea de los doctores, que lo sobrenatural es la escancia del cristianismo, y que su doctrina es impracticable, es también una de las causas por las cuales los hombres de nuestro tiempo no comprenden el cristianismo.

Capítulo V

Contradicciones entre nuestra vida y la conciencia cristiana

La incomprensión de la doctrina de Cristo por parte de los hombres tiene causas diversas. Una de ellas es que los hombres creen haberla comprendido cuando, como los fieles de la iglesia, admitieron su revelación sobrenatural, o entonces cuando, como los doctores, se limitaron al estudio de los fenómenos externos a través de los cuales ella se manifestó. Otra de estas causas está en la convicción de que ésta es impracticable y puede sustituirse por la doctrina del amor a la humanidad. Pero la principal de estas causas, la que es la fuente de todos los mal entendidos, consiste en la opinión de que el cristianismo es una doctrina que se puede aceptar o rechazar sin cambiar de vida.

Los hombres, habituados al orden social existente, el cual les afecta y que recelan cambiar, intentan entender la doctrina como un conjunto de revelaciones y reglas, que se puede aceptar sin cambiar de vida. Sin embargo, el cristianismo no es sólo una doctrina que da normas para seguir, sino una explicación nueva del sentido de la vida, una definición de la acción humana absolutamente distinta de la antigua, porque la humanidad entró en un nuevo periodo.

La vida de la humanidad se modifica, como la vida del individuo, pasando por diferentes edades: cada edad tiene, sobre la vida, un concepto correspondiente, que los hombres infaliblemente asimilan. Aquellos que no lo asimilan con la razón lo asimilan inconscientemente. Lo que ocurre por el cambio del modo de afrontar la vida por los individuos, ocurre de la misma forma por el cambio del modo de afrontar la vida por los pueblos y por toda la humanidad. Si el padre de familia continuara actuando según el concepto de vida que él tenía cuando era joven, su vida se haría tan difícil que él buscaría por sí mismo otro concepto y, de bueno grado, aceptaría aquel que correspondiera a su edad.

Esto es lo que hoy ocurre con la humanidad, en el periodo de tiempo que atravesamos, periodo de transición entre el concepto pagano de la vida y el concepto cristiano. El hombre social de nuestro tiempo es llevado por la propia vida a la necesidad de rechazar el concepto pagano de la vida, impropio para la edad actual de la humanidad, y a someterse a la exigencias de la doctrina cristiana, cuyas verdades, por más corruptas y mal interpretadas que sean, son, sin embargo, para él conocidas y las únicas a ofrecerle la solución para las contradicciones que le desconciertan.

Si el hombre que sigue el concepto social considera las exigencias del cristianismo extrañas y también peligrosas, igualmente extrañas, incomprensibles y peligrosas parecían al salvaje de las épocas antiguas las exigencias de la doctrina social, cuando él aún no las entendía y no podía prever sus consecuencias.

"Es una insensatez sacrificar nuestra tranquilidad y nuestra vida por la defensa de algo incomprensible, intangible y convencional: la familia, la raza, la patria, y es sobre todo peligroso ponerse en manos de un poder extranjero" - decía el salvaje.

Pero vino un tiempo en el que el salvaje comprendió, aunque vagamente, el valor de la vida social y de su principal estímulo, la aprobación o la reprobación social: la gloria, y en el cual, por otro lado, las dificultades de su vida personal se hicieron tales que no podía continuar creyendo en el valor de su antiguo concepto de vida y necesitó aceptar la doctrina social y a ella someterse.

Lo mismo se repite hoy con el hombre social.

"Es una insensatez, dice el hombre socializado, sacrificar la propia felicidad, la de nuestra familia y la de nuestra patria para satisfacer las exigencias de algunas leyes, superiores sí, pero incompatibles con el mejor sentimiento, más natural, el amor a uno mismo, a nuestra familia, a nuestra raza, a nuestra patria, y, es sobre todo peligroso abandonar la garantía de la vida que asegura el orden social" - continúa diciendo.

Pero llega el tiempo en que la vaga conciencia de la ley superior del amor a Dios y al prójimo y los sufrimientos resultantes de las contradicciones de la vida fuerzan al hombre a rechazar el concepto social y a aceptar lo que se le propone, que resuelve todas las contradicciones y remedia todos los sufrimientos: el concepto cristiano de la vida. Y este tiempo ya llegó.

Nosotros que soportamos, por miles de años, la transición del concepto animal de la vida al concepto social, creemos que esta transición era entonces necesaria, natural, mientras aquélla en la cual nos encontramos hace 1.800 años nos parece arbitraria, artificial y asustadiza. Pero nos parece así solamente porque la primera transición ya se cumplió y porque las costumbres que hizo nacer se hicieron habituales, mientras la transición presente aún no terminó y debemos conscientemente llevarla adelante.

Largos siglos, miles de años pasaron antes de que el concepto social penetrara en la conciencia de los hombres. Éste pasó por diversas formas y entró hoy en el dominio del inconsciente, por medio de la herencia, de la educación y del hábito. Por eso nos parece natural. Pero, hace cinco mil años, parecía al hombre tan poco natural y tan espantoso como les parece, ahora, la doctrina cristiana, en su verdadero sentido.

Nos parece, hoy, que las exigencias del cristianismo, la fraternidad universal, la supresión de las nacionalidades, la supresión de la propiedad y el tan extraño precepto de la no-resistencia al mal con la violencia son inaceptables. Pero parecían, también, inaceptables, hace miles de años, todas las exigencias de la vida social y lo mismo las de la vida familiar, como la obligación de los padres de nutrir a los hijos y de los jóvenes de nutrir a los viejos, lo mismo la obligación de los esposos de ser fieles el uno al otro. Más extrañas todavía, hasta insensatas, parecían las distintas exigencias sociales, como la obligación de los ciudadanos de someterse al poder, de pagar impuestos, de hacer la guerra en defensa de la patria etc. Todas estas exigencias nos parecen, hoy, simples, comprensibles, naturales y nada vemos en ellas de místico o espantoso. Sin embargo, hace cinco o tres mil años parecían inadmisibles.

La concepción social servía de base a las religiones porque, en la época en que fue propuesto a los hombres, era absolutamente incomprensible, mística y sobrenatural. Hoy, habiendo atravesado esta fase de la vida humana, comprendemos las causas racionales de la agrupación humana en familias, comunidades, Estados; pero, en la antigüedad, la necesidad de tales uniones fue presentada en nombre de lo sobrenatural y por éste confirmada.

Las religiones patriarcales divinizaban la familia, la raza, el pueblo; las religiones sociales divinizaban al rey, a los Estados. Todavía hoy, la mayor parte de los ignorantes - como nuestros campesinos que llaman al zar el Dios terrestre - se someten a las leyes sociales, no según la conciencia razonada de su necesidad, no por tener una idea del Estado, sino por un sentimiento religioso.

De igual modo, hoy, la doctrina de Cristo aparece bajo el aspecto de una religión sobrenatural, mientras, en realidad, nada tiene de misteriosa, mística o sobrenatural. Es simplemente una doctrina de vida, correspondiente al grado de desarrollo de la edad en la que se encuentra la humanidad y que, en consecuencia, debe, por ella, aceptarse.

Vendrá el tiempo - y ya está viniendo - en el cual los principios cristianos de la vida -

fraternidad, igualdad, comunidad de bienes, no-resistencia al mal con la violencia - parecerán tan simples y tan naturales como hoy parecen los principios de la vida familiar y social.

Ni el hombre ni la humanidad pueden volver atrás. Los conceptos familiar y social son fases atravesadas por los hombres; es necesario que ellos progresen y asimilen el concepto subsecuente, superior; y eso ya ocurre actualmente.

Este movimiento se ejecuta de dos modos simultáneos: conscientemente, como resultado de causas materiales; inconscientemente, a secuencia de causas materiales.

Como un individuo aislado no cambia su existencia por razones sólo morales y, en la mayoría de las veces, continúa viviendo como en el pasado, a pesar del nuevo sentido y de la nueva finalidad revelados por la razón, y sólo modifica su vida cuando ésta se hace absolutamente contraria a su conciencia y, por lo tanto, intolerable, así también la humanidad, habiendo aprendido con sus guías religiosos el nuevo sentido de la vida, los nuevos objetivos que debe alcanzar, continúa aún por largo tiempo después de esta iniciación viviendo como en el pasado y no es inducida a aceptar el nuevo concepto sino por la imposibilidad de continuar la antigua vida.

No obstante la obligación de modificar la vida, obligación formulada por los guías religiosos, reconocida por los hombres más inteligentes, y ya parte de la conciencia, la mayoría de los hombres, aun manteniendo un respeto religioso por estos guías, o sea, la fe en su doctrina, continúa siguiendo por el camino más complicado, por los principios de la antigua doctrina, como haría un padre de familia que, sabiendo muy bien cómo es necesario vivir a su edad, continuara, por hábito y por liviandad, viviendo su existencia de niño.

He ahí lo que acontece en el periodo de transición de la humanidad de una edad a otra, que en este momento atravesamos. La humanidad salió de la edad social y entró en una nueva. Sin embargo, conocedora de la doctrina que debe servir de base a esta nueva edad, continúa, por inercia, conservando las antiguas formas de vida. De este antagonismo del nuevo concepto con la práctica de la vida resulta una serie de contradicciones y sufrimientos que envenenan nuestra existencia y exigen su modificación.

Basta, en realidad, comparar sólo la práctica con su teoría, para asustarse frente a la contradicción flagrante de las condiciones de nuestra existencia y de nuestra conciencia.

Toda nuestra vida está en contradicción constante con todo lo que sabemos y que consideramos necesario y obligatorio. Esta contradicción está en todo, en la vida económica, en la vida política y en la vida internacional. Como si hubiéramos olvidado lo que aprendemos y puesto provisionalmente de lado lo que creemos justo, hacemos lo contrario de aquello que piden nuestra razón y nuestro sentido común.

Nos guiamos, en nuestras relaciones económicas, sociales e internacionales, por los principios que eran buenos para los hombres hace tres y cinco mil años, y que están en contradicción directa con nuestra conciencia actual, así como con las condiciones de vida en las que, hoy, nos encontramos.

El hombre de la antigüedad podía vivir tranquilo en medio de una organización social en la que los hombres estaban divididos en amos y en esclavos, puesto que creían que esta división venía de Dios y que no podía ser de otro modo. Pero ¿es posible tal división en nuestra época?

El hombre de la antigüedad podía creer que era su derecho gozar de los bienes de este mundo en detrimento de los otros hombres, haciéndolos sufrir de generación en generación, porque creían que los hombres pertenecían a diversos orígenes, nobles o ruines, estirpe de Jafet o de Cam. No sólo los mayores sabios del mundo, los educadores de la humanidad, Platón, Aristóteles etcétera, justificaban la esclavitud y demostraban su legitimidad, sino que, hace tres siglos, los hombres que describieron la sociedad imaginaria del futuro, *la Utopía*, no conseguían representarla sin esclavos.

Los de la Edad Antigua y también los de la Edad Media creían que los hombres no son iguales, que los verdaderos hombres eran solamente los persas, solamente los griegos, solamente los romanos, solamente los franceses: pero ya no podemos creer en eso, y los que, en nuestros tiempos, se esforzaron tanto para defender la aristocracia y el patriotismo no pueden creer aquello que dicen.

Sabemos todos, y no tenemos como no saberlo, aunque nunca hubiéramos oído o leído cosa alguna a este respeto, aunque nosotros mismos nunca lo hubiéramos experimentado, impregnándonos del sentimiento que actúa en el área cristiana - sabemos con todo nuestro corazón, y no podemos no saberlo, que somos todos hijos de un único Padre, sea cual sea el lugar en el que vivamos, sea cual sea la lengua que hablemos; que somos todos hermanos y todos estamos sujetos al juicio de la ley única del amor, depositada en nuestro corazón por nuestro Padre común.

Cualesquiera que sean las ideas y el grado de instrucción de un hombre de nuestro tiempo, un culto liberal de cualquier grado, un filósofo de cualquier sistema, un doctor, un economista de cualquier escuela, también un creyente de cualquier credo, cada hombre sabe que todos los hombres tienen los mismos derechos a la vida y a los placeres de este mundo, y que todos, no son peores o mejores los unos que los otros, son iguales. Cada uno sabe esto del modo más absoluto y seguro. Sin embargo, no solo cada uno ve a su alrededor la división de los hombres en dos castas, una lastimosa, sufrida, miserable, oprimida, y la otra ociosa, dominadora, viviendo en el lujo y en las fiestas; Y todo el mundo no solo ve esto, voluntariamente o no, cada cual participa de un modo u otro en el mantenimiento de estas divisiones que su conciencia condena, porque no puede no sufrir con esta contradicción y con su contribución a esta organización.

Sea patrón o esclavo, el hombre moderno no puede no experimentar la contradicción constante, aguda, entre su conciencia y la realidad, y no conocer los sufrimientos que de ahí resultan.

La masa trabajadora, la gran mayoría de los hombres, soportando la pena y las privaciones sin fin y sin razón que absorben durante toda la vida, sufren aun más con esta flagrante contradicción entre lo que es y lo que debería ser, según lo que ellos mismos profesan y lo que profesan aquellos que los redujeron a ese estado.

Ellos saben que viven en la esclavitud y condenados a la miseria y a la tinieblas para el placer de la minoría que los esclaviza. Lo saben y lo dicen. Esta conciencia no solo aumenta su sufrimiento, sino que es su principal causa.

El antiguo esclavo sabía que era esclavo por naturaleza, mientras nuestro obrero, sintiéndose esclavo, sabe que no debería serlo y, por eso, sufre el suplicio de Tántalo, siempre deseando y jamás obteniendo, no solo lo que se le podría conceder, sino ni siquiera lo que se le debe. Los sufrimientos de las clases obreras, derivando de la contradicción entre lo que es y lo que debería ser, se decuplican con la envidia y con el odio resultantes de la conciencia de esta situación.

El obrero de nuestro tiempo, aunque su trabajo sea menos penoso que el del antiguo esclavo, aunque obtenga la jornada de ocho horas y el salario de unas pocas monedas por día, no dejaría de sufrir porque, fabricando objetos de los cuales no tiene el placer del uso, trabaja no para sí mismo y voluntariamente, sino por necesidad, para la satisfacción de los ricos y de los ociosos, y para el provecho de un solo capitalista (propietario de la fábrica o establecimiento industrial). Sabe que esto ocurre en un mundo en el que se reconoce la máxima científica de que sólo el trabajo ajeno es una injusticia, un delito castigado por la ley, en un mundo que profesa la doctrina de Cristo, según la cual somos todos hermanos, y que no se reconoce al hombre otro mérito sino el de venir en auxilio del prójimo, en vez de explotarlo.

Él sabe todo eso y no puede no sufrir debido a esta flagrante contradicción entre lo que es y lo que debería ser.

"Según todos los datos y según todo lo que yo sé de lo que ocurre en el mundo yo debería ser libre, amado, igual a todos los otros hombres y, en vez de esto, soy esclavo, humillado, odiado." Se dice a sí mismo el trabajador.

Y él también odia y busca el modo de salir de su situación, de librarse del enemigo que lo oprime y de, por su parte, oprimirlo.

Se dice: "Los obreros están equivocados al desear situarse en el lugar del capitalista, el pobre en el lugar del rico." Es falso. El trabajador y el pobre serían injustos si así lo desearan en un mundo en el que a esclavos y patrones, ricos y pobres se les reconoce como procedentes de Dios; pero ellos así lo desean en un mundo en el cual se profesa la doctrina evangélica, cuyo primer principio es que todos los hombres son hijos de Dios, de donde resultan la fraternidad e igualdad de todos. Y, no obstante todos los esfuerzos de los hombres, no es posible esconder que una de las principales condiciones de la vida cristiana es el amor no a las palabras, sino a los hechos.

El hombre de la clase llamada culta sufre aun más con las contradicciones de su vida. Cada miembro de esta clase, cree en algo, cree, sino en la fraternidad de los hombres, por lo menos en un sentimiento de humanidad o en la justicia, o en la ciencia; y él sabe, sin embargo, que toda su vida está establecida sobre principios directamente opuestos a todo eso, a todos los principios del cristianismo, de la humanidad, de la justicia y de la ciencia.

Él sabe que todos los hábitos en medio de los cuales fue educado, y cuyo abandono le sería penoso, solo pueden ser satisfechos por medio de un trabajo arduo, muchas veces fatal, de los obreros oprimidos, es decir, por la violación más evidente, más grosera, de aquellos mismos principios del cristianismo, de la humanidad, de la justicia y hasta de la ciencia (y omite las exigencias de la economía política) por él profesados. El hombre enseña principios de fraternidad, de humanidad, de justicia, de ciencia, pero no solo vive de modo a verse obligado a recurrir a la opresión del trabajador, la cual reprueba, sino que toda su vida reposa sobre los beneficios de esta opresión, dirigiendo así toda su acción hacia el mantenimiento de este estado de cosas absolutamente contrario a todos los principios que profesa.

Somos todos hermanos, y, sin embargo, cada mañana, este hermano o esta hermana hacen para mí los servicios que no deseo hacer. Somos todos hermanos - y sin embargo necesito cada día un cigarro, azúcar, un espejo y otros objetos en cuya fabricación mis hermanos y mis hermanas, que son mis semejantes, sacrificaron y sacrifican su salud; y me sirvo de estos objetos, y hasta los reclamo como mi derecho. Somos todos hermanos - y sin embargo me gano la vida trabajando en un banco, o en una casa de comercio, en un establecimiento cuyo resultado es hacer más costosas todas las mercancías necesarias a mis hermanos. Somos todos hermanos - y sin embargo vivo y me pagan por interrogar, juzgar y condenar al ladrón y a la prostituta, cuya existencia resulta de toda mi organización de vida y a quién no se debe, como sé, condenar o castigar. Somos todos hermanos - y vivo y me pagan para recaudar impuestos de los trabajadores carentes y emplearlos para el bienestar de los ociosos y de los ricos. Somos todos hermanos - y me pagan para predicar a los hombres una supuesta fe cristiana, en la cual yo aun no creo, y que les impide conocer la verdadera fe; recibo un salario como sacerdote, como obispo, para engañar a los hombres en las cuestiones, para ellos, más esenciales. Somos todos hermanos - pero no suministro al pobre sino por dinero mi trabajo de pedagogo, de médico, de literato. Somos todos hermanos - y yo me instruyo para el asesinato; aprendiendo a asesinar, fabrico armas, pólvora, construyo fortalezas y por eso me pagan.

Toda la vida de nuestras clases superiores es una constante contradicción, tanto más dolorosa para un hombre como su conciencia sea más sensible y más elevada.

El hombre dotado de una conciencia impresionable no puede no sufrir con tal vida. El único medio para librarse de ese sufrimiento es imponer el silencio a la propia conciencia; pero, si algunos consiguen eso, no consiguen imponer el silencio a su miedo.

Los hombres de las clases superiores opresivas, cuya conciencia es poco impresionable o que hayan sabido hacerla callar, si no sufren debido a ella, sufren con el miedo y con el odio y no consiguen dejar de sufrir. Conocen todo el odio que contra ellos alimentan las clases trabajadoras; no ignoran que los obreros están engañados y explotados y que comienzan a organizarse para combatir la opresión y vengarse de los opresores. Las clases superiores ven las asociaciones, las huelgas, el 1º de mayo y sienten el peligro que les amenaza, y este miedo envenena su vida y se transforma en un sentimiento de defensa y de odio. Saben que, debilitándose por un instante en la lucha contra los esclavos oprimidos, perecerán, porque los esclavos están exasperados y porque cada día de opresión aumenta esa exasperación. Los opresores, aunque quisieran, no podrían poner fin a la opresión. Saben que ellos mismos perecerían, no solo apenas dejaran de ser opresores, sino también así que dieran señales de debilitamiento. Por esto no aflojan, a pesar de sus supuestas atenciones por el bienestar del obrero, de las jornadas de ocho horas, de las leyes laborales para los más pequeños y las mujeres, de los fondos de pensiones y de recompensas. Todo eso nada es sino prepotencia o deseo de dejar al esclavo la fuerza de trabajo; pero el esclavo permanece esclavo y el patrón, que no se puede quedar sin él, está menos dispuesto que nunca a liberarlo.

Las clases dirigentes se encuentran, cara a las clases trabajadoras, en la situación de un hombre que ha tirado al suelo a su adversario y no lo suelta, no porque no lo quisiera, sino porque un momento de libertad concedido a su enemigo, irritado y armado con un cuchillo, bastaría para que éste lo degollara.

Por eso, impresionables o no, nuestras clases acomodadas no pueden, como los antiguos que creían en sus derechos, gozar de las ventajas de las cuales despojaron al pobre. Toda su vida y todos sus placeres están perturbados por el remordimiento y por el miedo.

Así es la contradicción económica. Más sorprendente aun es la contradicción política.

Todos los hombres están educados, ante todo, en el hábito de la obediencia a las leyes. Toda la vida en nuestros tiempos se basa en estas leyes. El hombre se casa, se divorcia, cría a los hijos e incluso profesa una creencia (en muchos países) de acuerdo con las leyes. ¿Cuál es entonces esa ley sobre la cual reposa toda nuestra existencia? ¿Creen los hombres en ella? ¿La consideran verdadera? De hecho, ninguna. Además, los hombres de nuestro tiempo no creen en la justicia de esas leyes, las desprecian y por eso no se someten a ellas. Se comprende que los hombres de la antigüedad se hayan sometido a su ley; realmente creían que esa ley (que en general era también religiosa) fuera la única, la verdadera, aquella a la que todos los hombres deben someterse. Pero, ¿y nosotros? Nosotros sabemos y no tenemos duda de que la ley de nuestro Estado no es la única, la eterna ley, sino solamente una ley como las otras, tan numerosas, de los otros Estados, igualmente imperfecta y muchas veces también claramente falsa e injusta. Se comprende que los judíos hayan obedecido a sus leyes, una vez que no dudaban que Dios las hubiera escrito con su dedo, lo mismo se comprende con relación a los romanos, que las creían dictadas por la ninfa Egeria. Se comprende hasta la obediencia a la leyes cuando se creía que los soberanos que las dictaron eran los representantes de Dios en la Tierra, o cuando las asambleas legislativas que las elaboraron fueron animadas por el deseo de hacerlas lo mejor posible y tuvieron la habilidad de conseguirlo. Pero todos sabemos cómo se hacen estas leyes. Estuvimos todos en los bastidores; sabemos que se generan por la codicia, por la astucia, por la lucha entre los partidos; que en ellas no hay y no puede haber justicia real.

Por eso los hombres de nuestro tiempo no pueden creer que la sumisión a las leyes sociales y políticas satisfaga a las exigencias de la razón y de la naturaleza humana. Los hombres desde hace mucho saben que es irracional someterse a una ley cuya verdad es dudosa y, por lo tanto, no pueden no sufrir al someterse a una ley cuyo sentido y cuyo carácter obligatorio ellos no reconocen.

El hombre no puede no sufrir cuando toda su vida está regulada con antelación por leyes a las

cuales él debe obedecer bajo amenaza de castigo, aunque no crea en su sabiduría y justicia y que hasta, muchas veces, haya plena consciencia de su crueldad y de su carácter artificial.

Reconocemos la inutilidad de las aduanas y de las tasas de entrada, pero estamos obligados a pagarlas. Reconocemos la inutilidad de las listas civiles y de muchos otros gastos gubernamentales; consideramos perjudiciales las enseñanzas de la iglesia, y debemos contribuir con el mantenimiento de estas instituciones. Reconocemos como crueles e injustas las condenas pronunciadas por los tribunales y estamos obligados a participar en esta justicia. Reconocemos que es irregular y nefasta la distribución de la propiedad rural, y debemos soportarla. No reconocemos la necesidad del ejército y de la guerra, y debemos pagar terribles impuestos para el mantenimiento de las tropas y para los gastos de la guerra.

Pero esta contradicción no es nada comparada a aquélla que se eleva delante de los hombres en sus relaciones internacionales y que, so pena de pérdida de la razón y de la vida humana, exige una solución: la contradicción entre la conciencia cristiana y la guerra.

Todos nosotros, pueblos cristianos, que participamos en la misma vida espiritual, de tal modo que cada pensamiento generoso, fecundo, que nace en una extremidad de la Tierra, se comunica inmediatamente a toda la humanidad cristiana y provoca en todas partes el mismo sentimiento de alegría y orgullo, a despecho de las nacionalidades; nosotros, que amamos al pensador, al filántropo, al poeta, al sabio extranjero; nosotros, que estamos orgullosos con la hazaña de Damián³³, como si nuestra fuera; nosotros, que sencillamente amamos a los extranjeros, franceses, alemanes, americanos, ingleses; nosotros, que predicamos sus cualidades, que nos alegramos al encontrarlos, que los acogemos con placer, que no solo no podemos considerar como un acto heroico la guerra contra ellos, sino que tampoco podemos pensar sin terror que una desavenencia tan grave pueda estallar entre nosotros y ellos, nosotros estamos todos llamados a participar en la carnicería que inevitablemente debe acontecer sino hoy, mañana.

Se comprende que los judíos, los griegos, los romanos hayan defendido su independencia con el asesinato y que, por el asesinato, otros pueblos los hayan sometido, porque cada uno de ellos creía firmemente ser el único pueblo escogido, bueno y amado por Dios, mientras los otros no eran sino filisteos o bárbaros. Los hombres de la Edad Media, y también aquellos del final del siglo XVIII y de principios de éste, podían todavía tener la misma creencia. Pero nosotros, a pesar de todas nuestras excitaciones, ya no podemos tenerla. Y esta contradicción es tan terrible en nuestros tiempos que ya no podemos vivir sin encontrar una solución.

El conde Komarovsky, profesor de Derecho Internacional, escribe en sus sabias memorias:

Nuestros tiempos son ricos en contradicciones de todo tipo; la prensa de todos los países nos habla, en todos los tonos, de la necesidad de la paz entre los pueblos y la desea ardientemente. Los miembros de los gobiernos lo declaran, así como órganos oficiales y privados; de esto se habla en la cámara de los diputados, en las correspondencias diplomáticas y hasta en los tratados que se concluyen. La paz está en todas las bocas y, sin embargo, los gobiernos cada año aumentan sus armamentos, introducen nuevos impuestos, hacen préstamos y elevan desmedidamente sus débitos, dejando a las generaciones futuras el trabajo de reparar todos los errores de nuestra política insensata. ¡Qué lamentable contraste entre palabras y actos! ¿Y qué hacen los gobiernos para justificar sus armamentos y el déficit de sus balances? ¡Lo cargan absolutamente todo en la cuenta exclusiva de la defensa! Pero he ahí el punto oscuro, lo que ningún hombre imparcial puede o podrá comprender: de qué parte vendrá el ataque si, en su política, todas las grandes potencias son unánimes al objetivar la defensa. Es, sin embargo, evidente que cada una de estas potencias está lista, en todo momento, para atacar a las otras. He ahí lo que causa una desconfianza general, así como los esfuerzos sobrehumanos de cada Estado para superar en fuerzas militares a todos los otros:

33 N. del T: Emprendimiento hecho por Joseph De Veuster, que, en 1863, se trasladó a Oceanía y se consagró a cuidar de leprosos, de los cuales contrajo la enfermedad. Su nombre religioso era Padre Damián.

compiten para presentar en el campo de batalla la multitud más imponente.

Tanta rivalidad es por sí sola el mayor peligro de una guerra; los pueblos no pueden prolongar hasta el infinito este estado de cosas y tarde o temprano deberán preferir la guerra a la tensión en la que ahora viven y a la destrucción que los amenaza. Entonces el más fútil pretexto bastará para encender el fuego de la guerra en toda Europa, de un extremo al otro. Y esperamos vanamente salvarnos, con la crisis, de las calamidades políticas y económicas que nos oprimen. La experiencia de las últimas guerras nos demostró suficientemente que cada una de ellas rindió el más profundo odio entre los pueblos, el peso del militarismo más insoportable y el estado político y económico de Europa más triste y más difícil. Por su parte escribe Enrico Ferri:

La Europa moderna tiene un ejército de nueve millones de hombres, y cerca de quince millones en la reserva, y gasta cuatro billones de francos por año. Armándose cada vez más, agota las fuentes del bienestar social e individual; y podría fácilmente compararse a un hombre que, para conseguir armas, se condena a la anemia, perdiendo las fuerzas que necesita para servirse de las armas que consiguió y bajo cuyo peso acaba por sucumbir.

Lo mismo dice Charles Booth, en su discurso leído en Londres en la Asociación Por la Reforma y Codificación de la Ley de la Nacionalidad, a 26 de julio de 1887. Después de haber mencionado la misma cifra de nueve millones de hombres en el ejército activo y diecisiete millones en la reserva, y los enormes gastos de los gobiernos para el mantenimiento y el armamento de estos ejércitos, él añade:

Estas cifras no representan sino una ínfima parte del gasto real, porque, además de estos gastos conocidos del balance de guerra de las diversas naciones, debemos también considerar las incalculables pérdidas causadas a la sociedad por el reclutamiento de una cantidad tan considerable de hombres que, escogidos entre los más vigorosos, son apartados de la industria y de cualquier otro trabajo, además de los enormes intereses de las cantidades gastadas en preparativos militares que nada rinden. La inevitable consecuencia de estos gastos de guerra y de los preparativos militares es el aumento progresivo de los débitos del Estado. La mayor parte de los débitos de los Estados de Europa fue hecha en previsión de la guerra. Su suma total, cuatro billones de libras esterlinas o cien billones de liras, y estos débitos aumentan cada año.

Lo mismo dice Komarovsky, en otra parte:

Vivimos en tiempos penosos. Se oyen en todos los lugares lamentaciones en torno al estancamiento del comercio y de la industria, y en general en torno a la mala situación económica: están evidenciadas las duras condiciones de vida de las clases obreras y el empobrecimiento de las masas. Se inventan, en todas partes, nuevos impuestos, y la opresión financiera de las naciones no tiene límites.

Si examináramos los balances de los Estados de Europa durante los últimos cien años, lo que ante todo nos llama la atención es su aumento progresivo y rápido. ¿Cómo podemos explicar este extraordinario fenómeno que a la corta o a la larga amenaza a los Estados de una inevitable suspensión de pagos?

Esto ciertamente proviene de los gastos para el mantenimiento de los ejércitos que absorben la tercera parte o incluso la mitad del presupuesto de todos los Estados de Europa. Lo más triste es que no se ve el final de este aumento de los presupuestos y del empobrecimiento de las masas. ¿Qué es el socialismo sino una protesta contra esta situación extremadamente anormal en la cual se encuentra la mayor parte de la población de nuestro continente?

Ya Frédéric Passy³⁴, en el último Congreso Universal de la Paz, en Londres (1890), dice:

Nos arruinamos por tomar parte en las locas masacres del futuro, o para pagar los intereses de los débitos por nosotros dejados para las locas y criminales masacres del pasado. Y, como decía recientemente uno de nuestros poetas del periodismo, 'muramos de hambre para podernos matar'.

34 N. T2: Frédéric Passy (n. París, 20 de mayo de 1822 - † Neuilly-sur-Seine, 12 de junio de 1912). Político y economista francés. Consagró su vida al ideal pacifista. Después de estudiar derecho fue durante un tiempo auditor del Consejo de Estado, antes de emprender una carrera como periodista. Información obtenida en Wikipedia.

Hablando más sobre el modo como esta cuestión está considerada en Francia, añade:

Creemos que, cien años después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, llegó el tiempo de reconocer los derechos de las naciones y de renunciar para siempre a todas estas hazañas de mentira y violencia que, bajo el nombre de conquistas, son verdaderos crímenes contra la humanidad y que, no obstante lo que piensan, la ambición de los soberanos y el orgullo de los pueblos, debilitan hasta a aquellos que triunfan.

Y Sir Wilfrid Lawson dice en el mismo congreso:

La educación religiosa de nuestro país me sorprende. El muchacho va a la escuela dominical y le dicen: "Mi querido muchacho, debes amar a tus enemigos. Si un compañero te golpea, no te debes vengar, sino buscar reconducirlo, pacíficamente, a mejores sentimientos." Muy bien. El muchacho frecuenta la escuela dominical hasta los 14 o 15 años; después sus amigos lo hacen entrar al ejército. ¿Qué acontecerá? Él debe, no amar al enemigo, sino, al contrario, traspasarle con su bayoneta en cuanto lo encuentre. Así es la instrucción religiosa en este país. No creo que sea ésta la mejor manera de obedecer a los mandamientos de la religión. Yo creo que, si es bueno para un muchacho amar a su enemigo, también es bueno para un adulto...

Dice F. Wilson:

Existen en Europa 28 millones de personas armadas para resolver las cuestiones no por el debate, sino por la masacre. Ésta es la forma de discutir, en uso, en las naciones cristianas. Esta forma es, al mismo tiempo, muy costosa, porque, según las estadísticas, por mí consultadas, las naciones de Europa gastaron, desde 1872 hasta hoy, la inacreditable suma de sesenta billones, únicamente para preparar la solución de sus cuestiones por medio de las masacres recíprocas. Me parece entonces que, en este orden de ideas, se debe aceptar uno de los dos fines para este dilema: o el cristianismo no dio en lo correcto (is a failure), o aquellos que asumieron la misión de interpretarlo apenas lo comprendieron. Hasta que nuestros combatientes sean desarmados y nuestros ejércitos disueltos, no tendremos el derecho de llamarnos una nación cristiana.

En una conversación acerca de la obligación, de los pastores cristianos, de la propaganda contra la guerra, G. D. Bartlett, entre otras cosas, dijo:

Si comprendo un poco la Sagrada Escritura, afirmo que los hombres no hacen otra cosa sino fingir su fe en el cristianismo, no teniendo en consideración la guerra. Sin embargo, durante toda mi existencia, oí sólo media docena de veces a nuestros pastores predicar la paz universal. Yo dije, hace veinte años, que la guerra es inconciliable con el cristianismo. Pero me consideraron un fanático insensato. La idea de que se pueda vivir sin guerra fue acogida como una imperdonable debilidad, una locura.

El sacerdote católico Defourny se expresó en el mismo sentido:

Uno de los primeros preceptos de la ley eterna, resplandeciente en la conciencia de los hombres, es el que prohíbe quitar la vida a nuestros iguales, derramar la sangre humana sin causa justa, o sin verse obligado por la necesidad. Es uno de los preceptos más profundamente grabado en el corazón del hombre... Pero, tratándose de la guerra, es decir, del derramamiento de torrentes de sangre humana, los hombres de hoy ya no se preocupan por la causa justa. Los que de ella toman parte no piensan en preguntarse si estas incontables muertes son o no justificables, o sea, si las guerras, o aquello que se entiende por este nombre, sean justas o injustas, legales o ilegales, lícitas o criminales; si, al manejar el fuego que consume los bienes y el arma que destruye las vidas humanas, ellos violan o no la ley primordial que prohíbe el homicidio, la matanza, el saqueo y el incendio sin causa justa. Su conciencia enmudece en cuanto a esto... La guerra dejó de ser, para ellos, un acto que depende de la moral. Ellos no tienen otra alegría, en las fatigas y en los peligros de los campos, además de ser vencidos...

Mucho tiempo transcurrió desde que un genio poderoso os dijo esas palabras que se hicieron proverbiales: "Quitad la justicia, ¿qué son los imperios, además de vastas sociedades de bandidos?" ¿Y las bandas de bandidos no son también estos pequeños imperios? Hasta los bandidos poseen ciertas leyes o convenciones que los rigen. Ellos también se batan por la conquista de los presos o por el punto de honor de la banda... Así, señores, os pido en gran confianza que adoptéis el principio

de la institución propuesta (se trata de la institución de un tribunal de arbitrio internacional) a fin de que las naciones europeas dejen de ser naciones de ladrones, y los ejércitos cuadrillas de bandidos y piratas; debo añadir: de esclavos... Los ejércitos son rebaños de esclavos, esclavos de uno o dos gobernantes, de uno o dos ministros, que de ellos disponen tiránicamente, sin alguna otra garantía que la de una responsabilidad puramente nominal, como bien sabemos... Lo que caracteriza al esclavo es que él está en las manos de su patrón, como una cosa, un utensilio, y no como un hombre. Así acontece con el soldado, con el oficial, con el general, que marchan hacia la sangre y el fuego sin pensamiento de justicia, por la voluntad arbitraria de los ministros en las condiciones expuestas. Así existe la esclavitud militar, y es la peor de las esclavitudes, sobre todo hoy que pone, con el reclutamiento, la cadena en el cuello de todos los hombres libres y fuertes de la nación para de ellos hacer instrumentos de la muerte, homicidas de profesión, carniceros de carne humana, porque este es el único *opus servile* en previsión del cual están encadenados y adiestrados.

Los gobernantes, en número de dos o tres, un poco más o un poco menos, reunidos en un gabinete secreto, deliberando sin registros y sin publicidad, hablando sin responsabilidad posible... ¿podrían tal vez ordenar así masacres si la conciencia no estuviera anulada?

También dice E.G. Moneta:

Las protestas contra los armamentos ruinosos para el pueblo no se originaron en nuestros tiempos. Oí lo que escribió Montesquieu en su época: “Francia (hoy se podría decir Europa) perecerá debido al militarismo. Una nueva enfermedad se dispersó por Europa. Atacó a los reyes y los obliga a mantener incontables ejércitos. Esta enfermedad es infecciosa y, en consecuencia, contagiosa, porque en cuanto un estado aumenta su ejército, los otros hacen el mismo. De modo que no resulta otra cosa que la pérdida de todos. Cada gobierno mantiene tantos soldados como podría mantener si su pueblo fuese amenazado de exterminio; y los hombres llaman paz a este estado de tensión de todos contra todos. Por eso Europa está tan arruinada que, si los desproveídos estuvieran en la situación de los gobiernos de este lado del mundo, los más ricos entre ellos no tendrían de que vivir. ¡Somos pobres, poseyendo las riquezas y el comercio del mundo entero!”

Esto fue escrito hace casi 150 años. El cuadro parece hecho hoy. Solo el régimen gubernamental cambió. Al tiempo que Montesquieu se decía que la causa del mantenimiento de los ejércitos numerosos estaba en el absolutismo de los reyes que guerreaban con la esperanza de aumentar, a través de las conquistas, sus propiedades privadas y su gloria.

Evidentemente la locura de los soberanos tomó cuenta de las clases dirigentes. Ahora ya no se hace la guerra porque un rey fue descortés con la amante de otro, como aconteció en la época de Luis XIV. Sin embargo, exagerando el sentimiento honrado y natural de dignidad nacional y del patriotismo, y exacerbando la opinión pública de una nación contra otra, se llega al punto en que bastó decirse (aunque la noticia fuera inexacta) que el embajador de nuestro país no fue recibido por el jefe de otro Estado, para que explotara la más terrible y más espantosa guerra. Europa mantiene ahora armados más soldados que durante las grandes guerras de Napoleón.

Todos los ciudadanos, salvo raras excepciones, están obligados, en nuestro continente, a pasar incontables años de sus vidas en los cuarteles. Se construyen fortalezas, arsenales, navíos; se fabrican continuamente armas que serán, en poquísimos tiempo, sustituidas por otras, porque la ciencia, que debería tener siempre como objetivo el bien de la humanidad, participa desgraciadamente en la obra de la destrucción e inventa, sin cesar, nuevos medios de matar a grandes cantidades de hombres, en el más breve tiempo posible.

Y, para mantener a tantos soldados y hacer tan grandes preparativos de carnicerías, se gastan cada año centenares de millones, o sea, sumas que bastarían para la educación del pueblo y la realización de los más grandiosos trabajos de utilidad pública y que generarían la posibilidad de resolver pacíficamente la cuestión social.

Europa, así pues, se encuentra, en este aspecto, no obstante todas nuestras conquistas científicas, en la misma situación en que se encontraba en los peores y más bárbaros días de la Edad Media. Todos se quejan de este estado que no es ni la guerra, ni la paz, y de él a todos les gustaría salir. Los

jefes de diversos Estados afirman desear la paz, y compiten por hacer, solemnemente, declaraciones de lo más pacíficas. Pero, el mismo día, o al siguiente, presentan a los parlamentarios proyectos de ley para el aumento de los efectivos, diciendo que se tomen medidas preventivas, precisamente con el fin de garantizar la paz.

Pero ésta no es la paz que preferimos, y las naciones no se engañan. La verdadera paz se basa en la confianza recíproca, mientras estos formidables armamentos revelan entre los Estados sino una hostilidad declarada, al menos una desconfianza oculta. ¿Qué diríamos de un hombre que, queriendo demostrar sus sentimientos amigables a su vecino, lo invitara a examinar las cuestiones que los dividen, con el revólver en la mano?

Y es ésta la flagrante contradicción entre las declaraciones pacíficas y la política militar de los gobiernos que a todos los buenos ciudadanos les gustaría hacer cesar a cualquier precio.

Las personas se sorprenden porque sesenta mil suicidios ocurran cada año en Europa, y esta cifra contiene solamente los casos conocidos y registrados, exceptuadas Rusia y Turquía. Sería necesario antes sorprenderse por darse tan pocos. Cada hombre de nuestro tiempo, si penetráramos en la contradicción entre su conciencia y su vida, se encuentra en la situación más cruel. Sin hablar de otras contradicciones entre la vida real y la consciencia que llenan la existencia del hombre moderno, bastaría ese estado de paz permanente y su religión cristiana, para que el hombre, desesperado, dudara de la razón humana y renunciara a la vida en un mundo tan insensato y bárbaro. Esta contradicción, quinta esencia de las otras, es tan terrible que vivir participando en ella solo es posible si no pensamos, si la olvidamos.

¡Pero cómo! Todos nosotros, cristianos, no solo profesamos el amor al prójimo, sino que también vivimos realmente una vida común, una vida cuyo pulso bate en un solo movimiento; ayudándonos mutuamente, nos aproximamos unos a los otros cada vez más, por la felicidad común, ¡aproximándonos unos a los otros con amor! - y en esta aproximación está el sentido de la vida -, para que mañana algún jefe de Estado, fuera de sí, diga una tontería cualquiera a la que algún otro responderá con alguna otra tontería, ¡e iremos a exponernos a la muerte y a matar a hombres! ¡Qué no solo nada nos hicieron, sino que amamos! - Y ésta no es una probabilidad lejana, sino una inevitable certeza, para la cual todos nos preparamos.

Basta, de modo claro, tener conciencia de esto para enloquecer o suicidarse. Y es esto lo que acontece, sobre todo entre los militares.

Basta volver en sí por un momento para ser reducidos a la necesidad de tal fin.

Solo estas razones pueden explicar la intensidad terrible con la cual el hombre moderno busca embrutecerse con el vino, el tabaco, el opio, el juego, la lectura de los periódicos, con viajes y con toda tipo de placeres y espectáculos. Las personas se abandonan a eso como a una ocupación seria e importante, y de hecho así es. Si no hubiera un medio externo de embrutecimiento, la mitad del género humano se saltaría la tapa de los sesos, porque vivir en contradicción con la propia razón es la situación más intolerable. Y todos los hombres de nuestro tiempo se encuentran en esta situación; todos viven en una contradicción constante y flagrante entre su consciencia y su vida. Estas contradicciones son económicas y políticas, pero la más notable está en la conciencia de la ley cristiana de la fraternidad de los hombres y, a la vez, de la necesidad que a los hombres impone el servicio militar obligatorio, la necesidad de ser instruido para el odio, para la matanza, de ser a la vez cristiano y gladiador.

Capítulo VI

Los hombres de nuestra sociedad y la guerra

La solución de las contradicciones entre la vida y la conciencia es posible de dos maneras. Cambiar la vida o cambiar la conciencia. Y no parece que pueda existir duda en la elección.

El hombre puede no hacer aquello que considere ruin, pero no puede no hallar ruin aquello que es ruin.

De la misma forma, toda la humanidad puede no hacer aquello que halla ruin, pero no puede no solo cambiar, sino ni siquiera detener por un momento el progreso de la conciencia, cada día más lúcida y más difusa, de lo que es ruin y, por lo tanto, no debe existir. Por eso parece inevitable, para la humanidad cristiana de nuestro tiempo, la necesidad de renegar a las formas paganas que condena y de tomar como base de su vida los principios cristianos que reconoce.

Así sería si no existiera la ley de la inercia, inmutable, tanto en la vida de los hombres y de los pueblos, como en los objetos inanimados, y que se expresa en los hombres por la ley psicológica tan bien formulada en las palabras del Evangelio: “Y ellos no caminaron hacia la luz, porque sus acciones eran malas.” Esta ley existe debido a lo siguiente: que la mayor parte de los hombres no piensa con la finalidad de conocer la verdad; sino para persuadirse de que viven en la verdad; para convencerse de que la vida que viven, que hallan agradable y a la cual están habituados es precisamente aquélla que se armoniza con la verdad.

La esclavitud fue contraria a todos los principios morales que predicaban Platón y Aristóteles, sin embargo, ni uno ni otro percibieron que la supresión de la esclavitud habría destruido todas las reglas de la vida a la cual estaban acostumbrados. Y lo mismo acontece en nuestros tiempos.

La división de los hombres en dos castas, como también la violencia política y militar, es contraria a todos los principios morales que nuestra sociedad profesa, sin embargo los hombres cultivados y avanzados de nuestros días no parecen percibirlo.

Los hombres modernos, cultos, sino todos, al menos en su mayoría, se esfuerzan inconscientemente para retener el antiguo concepto social de la vida, que justifica su posición, escondiendo de sí mismos y de los demás la insuficiencia de este concepto y, sobre todo, ocultando la necesidad de adoptar el concepto cristiano que destruye todo el orden social existente. Procuran mantener el régimen basado en el concepto social de vida, en el que ni ellos mismos creen, porque esto es antiguo y no se puede creer.

Toda la literatura filosófica, política y artística de nuestro tiempo se caracteriza, en este punto. ¡Qué riqueza de ideas, de formas, de colores! ¡Qué erudición y qué arte y, a la vez, qué ausencia de tesis serias, qué timidez frente a la expresión de cada pensamiento exacto! De las sutilezas, de las alegorías, de las burlas, el concepto más vasto y nada simple, preciso, que se refiera al asunto tratado, o sea, la cuestión de la vida. Aún más: se escriben y se cuentan futilidades graciosas o francas impudencias, se divulgan embustes, se sostienen las paradojas más refinadas, que vuelven a llevar al hombre a la salvajería primitiva, a los principios de la vida no solo pagana, sino también animal, por la cual pasamos hace cinco mil años.

De hecho, no puede ser de otro modo. Dando la espalda al concepto cristiano de la vida que destruye el orden solo habitual para unos, habitual y ventajoso para otros, los hombres no pueden no volver al concepto pagano y a las doctrinas que de él derivan. En nuestros tiempos se predica no solo el patriotismo y el aristocracismo, como hace dos mil años, sino también el más grosero epicureísmo, la bestialidad, con una sola diferencia: los hombres que en otros tiempos predicaban

así creían, mientras hoy los predicadores no creen en lo que dicen, y no pueden creerlo, porque no tiene sentido. No se puede estar parado en un lugar, cuando el siglo se mueve: si no se va adelante, se vuelve atrás y - ¡cosa extraña y terrible! - los hombres cultos de nuestro tiempo, aquellos que caminan a la vanguardia, con sus raciocinios especiales, arrastran hacia atrás a la sociedad, no hacia el estado pagano, sino hacia el estado de las primitivas barbaries.

No pueden ser mejor reveladas estas tendencias de los hombres cultos de nuestro tiempo que de su actitud en presencia del fenómeno a causa del cual se manifestó la insuficiencia del concepto social de la vida: la guerra, el armamento general y el servicio militar obligatorio.

La falta de claridad - a menos que haya buena fe - en la actitud de los hombres cultos en presencia de este fenómeno es sorprendente. Esta actitud se manifiesta de tres modos: unos consideran este fenómeno como algo ocasional, producto de la situación política de Europa, y susceptible de mejorarse sin cambios en el orden interno de la vida de los pueblos, pero por medio de simples medidas externas, internacionales y diplomáticas; otros ven este fenómeno como algo terrible y atroz, pero inevitable y fatal como la enfermedad o la muerte; otros aun afrontan la guerra con tranquilidad y sangre fría, como un fenómeno necesario, beneficioso y, por lo tanto, deseable.

Los hombres tratan este asunto de distintas formas, pero unos y otros hablan de la guerra como de un acontecimiento que en realidad no depende de la voluntad de los hombres, que, con todo, de ella participan, y, siendo así, no admiten la pregunta que se presenta de forma natural a cualquier persona que conserva el propio sentido común: ¿debo tomar parte en esto? En su opinión, este género de cuestiones no existe y cada hombre, sea cual sea su opinión personal sobre la guerra, debe sutilmente someterse a las exigencias del poder.

La actitud de los primeros, de los que creen en la posibilidad de evitar la guerra con medidas internacionales y diplomáticas, está bien clara en las resoluciones del último Congreso Universal de la Paz, en Londres, en 1892, y en los artículos y cartas escritos sobre la guerra por escritores célebres y reunidos en el número 8 de la *Revue des Revues*³⁵, de 1891. He ahí los resultados del Congreso: habiendo reunido de todos los puntos del globo las opiniones verbales o escritas de los doctores, el Congreso en sus trabajos, iniciados con un servicio religioso en la catedral y concluidos con un banquete seguido de diversos brindes, escuchó durante cinco días incontables discursos y llegó a la siguientes resoluciones:

1. El Congreso afirma que la fraternidad entre los hombres implica, como consecuencia necesaria, una fraternidad entre las naciones, en la cual los verdaderos intereses de cada una sean reconocidos iguales.

El Congreso está convencido de que la verdadera base de una paz duradera consiste en la aplicación de este gran principio por parte de los pueblos, en todas sus relaciones mutuas.

2. El Congreso reconoce la importante influencia que el cristianismo ejerce sobre el progreso moral y político de la humanidad, y recuerda, con insistencia, a los ministros del Evangelio y las otras personas que se ocupan de la educación religiosa la necesidad de difundir estos principios de paz y de buena voluntad, que son la base de las enseñanzas de Jesús Cristo, de los filósofos y de los moralistas; *y el Congreso recomienda que cada año sea escogido el tercer domingo del mes de diciembre para que se haga una especial propagación de estos principios.*
3. El Congreso manifiesta la opinión de que los profesores de Historia deberían llamar la atención de los jóvenes sobre los terribles males infligidos a la humanidad en todas las épocas de guerra y sobre el hecho de que casi todas las guerras fueron provocadas, en general, por razones absolutamente insignificantes.
4. El Congreso protesta contra el uso de los ejercicios militares, dados como ejercicios físicos en las escuelas, y sugiere la formación de brigadas de salvamento, en vez de que posean un

35 N. T2: Revista francesa

carácter casi militar. E insiste sobre la utilidad de inculcar a las comisiones de examinadores encargados de formular las preguntas para los exámenes la necesidad de dirigir la inteligencia de los jóvenes hacia principios de Paz.

5. El Congreso es de la opinión que la doctrina de los derechos imprescriptibles del hombre exige que las razas indígenas y débiles sean defendidas, en sus territorios, en su libertad y en sus propiedades, contra cualquier injusticia y cualquier abuso cuando se pongan en contacto con pueblos civilizados, y que sean protegidos de las adicciones tan predominantes de las naciones llamadas adelantadas. Afirma, además de esto, la convicción de que las naciones deberían actuar de acuerdo para alcanzar este objetivo. El Congreso desea expresar su cordial aprecio por las conclusiones de la Conferencia Antiesclavista, recién realizada en Bruselas, en cuanto a la mejoría del estado de las poblaciones africanas.
6. El Congreso está convencido de que los perjuicios militares y las tradiciones aún profundamente enraizadas en ciertas naciones, como las exageradas declaraciones que hacen, en las asambleas legislativas y en los órganos de prensa, correctos conductores de la opinión pública, son con mucha frecuencia la causa indirecta de las guerras. El Congreso hace, por tanto, votos para que sean eliminados estos errores, publicándose hechos exactos e informaciones que disipen los malentendidos que se infiltran entre las naciones. El Congreso recomienda también a la Conferencia Interparlamentaria que examine atentamente la conveniencia de crear un periódico internacional, destinado a corresponder las necesidades anteriormente expresadas.
7. El Congreso propone a la Conferencia Interparlamentaria que aconseje a sus miembros la defensa, frente a sus respectivos Parlamentos, de los proyectos de unificación de los pesos y medidas, de las monedas, de las diversas tarifas, de las normativas postales y telegráficos, de los medios de transporte etcétera, debiendo esta unificación constituir una verdadera unión comercial, industrial y científica de los pueblos.
8. El Congreso, considerando la enorme influencia moral y social de la mujer, impulsa a cada una, como esposa, madre, hermana, ciudadana, a alentar todo lo que tiende a asegurar la paz, porque, de otra forma, ella incide en gran responsabilidad con la continuación del Estado de guerra y de militarismo, que no solo aflige sino que también corrompe la vida de las naciones. Para concentrar y aplicar esta influencia de forma práctica, el Congreso invita a las mujeres a unirse a las sociedades para la propaganda de la Paz universal.
9. El Congreso expresa la esperanza de que la Asociación por la Reforma Financiera y otras sociedades del género, en Europa y en América, se unan para convocar en un futuro próximo una Conferencia que examine los mejores medios aptos para establecer relaciones comerciales equitativas entre los Estados, con la reducción de las tasas de importación, como un primer paso para el intercambio libre. El Congreso cree poder afirmar que, manteniendo la recíproca confianza, el mundo civilizado desea la Paz, y espera con impaciencia el momento de ver cesar los armamentos que, contruidos a título de defensa, se hacen por su parte un peligro, y son simultáneamente la causa del malestar económico general que impide la discusión, en condiciones satisfactorias, de las cuestiones que deberían ser prioritarias frente a otras, las del trabajo y la miseria.
10. El Congreso, reconociendo que el desarme general sería la mejor garantía de Paz y conduciría a la resolución, desde el punto de vista de los intereses generales, de las cuestiones que ahora dividen a los Estados, emite el voto de que un congreso de representantes de todos los Estados de Europa se reúna lo más pronto posible, para providenciar los medios de efectuar el desarme gradual general, que ya se vislumbra como posible.
11. El Congreso, visto que la timidez de un solo gobierno podría bastar para retardar indefinidamente la convocatoria del congreso arriba mencionado, es del parecer que el gobierno que primero decida mandar de vuelta al hogar a un número considerable de soldados habrá rendido uno de los mayores servicios a Europa y a la humanidad, porque obligará a los otros gobiernos, sensibilizados por la opinión pública, a continuar su ejemplo y, con la fuerza moral de este hecho consumado, habrá aumentado, en vez de disminuir, las condiciones de su defensa nacional.

12. El Congreso, considerando que la cuestión del desarme, como de la Paz en general, depende de la opinión pública, recomienda a la sociedades de la Paz, aquí representadas, y también a todos los amigos de la Paz, que se dediquen a una propaganda activa junto al público, especialmente durante los periodos de elecciones parlamentarias, a fin de que los electores den sus votos a los candidatos que tendrán como parte de su programa la Paz, el Desarme y el Arbitraje.
13. El Congreso se congratula con los amigos de la paz por la resolución adoptada en la Conferencia Americana Internacional (excepto los representantes de México), en Washington, el último mes de abril, en la cual fue recomendado que el arbitraje se haga obligatorio en todas las contestaciones relacionadas con privilegios diplomáticos y consulares, fronteras o límites, territorios, indemnización, derechos de navegación, o concernientes a la validez, a la estipulación y a la ejecución de los tratados y, en todos los otros casos, cualesquiera que sean el origen, la naturaleza y la ocasión, excepto aquellos que, según el parecer de cualquier nación, parte interesada en la controversia, podrían poner en peligro la independencia de esta nación.
14. El Congreso, respetuosamente, recomienda esta resolución a la atención de los hombres de Estado de Europa y de América y expresa el ardiente deseo de que los tratados hechos en términos análogos sean prontamente firmados por las otras naciones del mundo, de modo que prevengan cualquier causa de conflictos futuros entre ellos y, a la vez, para servir como ejemplo a los otros Estados.
15. El Congreso expresa su satisfacción por la adopción, por parte del Senado español, el día 16 de junio pasado, de un proyecto de ley que autoriza al gobierno a concluir tratados generales o especiales de arbitraje, para la reglamentación de cualquier contienda, excepto las que se refieren a la independencia o administración interna de los Estados en litigio. Expresa también su satisfacción por la adopción de resoluciones teniendo como fin el mismo objetivo por parte del Storthing noruego el día 6 de marzo pasado y por parte de la Cámara italiana a 11 de julio corriente.
16. El Congreso pide que se forme un Comité de cinco miembros y redactar, en su nombre, un mensaje o comunicado a las principales instituciones religiosas, políticas, comerciales, del trabajo y de la Paz, de todas las naciones civilizadas, para pedirles que envíen peticiones a los gobiernos de sus respectivos países solicitando que tomen las medidas necesarias para la constitución de tribunales convenientes, llamados a solucionar las cuestiones internacionales, y así eviten recurrir a la guerra.
17. Considerando: 1º que el fin al cual aspiran todas las sociedades de la Paz es la consolidación del orden jurídico entre las naciones; 2ª que la neutralización garantizada en tratados internacionales constituye una preparación para este Estado jurídico y disminuye el número de lugares donde la guerra podrá llevarse a cabo; el Congreso recomienda una extensión siempre mayor del régimen de neutralización; y expresa en primer lugar que todos los tratados, que hoy aseguran a ciertos estados las ventajas de la neutralidad, permanezcan en vigor, o, siendo el caso, sean modificados de modo que garanticen la neutralidad más efectiva, sea extendiendo la neutralización a la totalidad del Estado del cual solo una parte sea neutra, sea ordenando la demolición de fortalezas que constituyen más un peligro que una garantía de neutralidad; en segundo lugar, que nuevos tratados, con tal de que sean conforme a la voluntad de las poblaciones a las cuales se refieren, se concluyan, para establecer la neutralidad de otros Estados.
18. La sesión del Comité propuso:
 - I. Que las posteriores reuniones del Congreso de la Paz sean fijadas antes de la misma reunión de la Conferencia Internacional anual, o inmediatamente después de, y en la misma ciudad;
 - II. Que la cuestión de la elección del emblema internacional de la Paz sea aplazada a una fecha indeterminada.
 - III. Que sean tomadas las siguientes resoluciones:

- a. Expresar nuestra satisfacción a la iglesia presbiteriana de Estados Unidos por su propuesta oficial a los representantes superiores de cada sociedad religiosa de fe cristiana, para que se reúnan a fin de examinar, en común, los medios adecuados para sustituir la guerra por un Arbitraje internacional;
- b. Hacer, en nombre del Congreso, un homenaje a la memoria de Aurelio Saffi, el gran jurista italiano, miembro del comité de la Liga Internacional de la Paz y de la Libertad;
- IV. Que los actos del Congreso, firmados por el presidente, sean transmitidos, en la medida de lo posible, a los jefes de todos los Estados civilizados, por delegaciones autorizadas;
- V. Que el comité de organización sea autorizado a hacer las necesarias correcciones en los documentos y procesos verbales adoptados;
- VI. Que sean tomadas también las siguientes resoluciones:
 - a. Expresar el reconocimiento del Congreso a los presidentes de sus diversas sesiones;
 - b. Al presidente, a los secretarios y a los miembros de su gabinete;
 - c. A los miembros de sus diferentes sesiones;
 - d. Al reverendo Scott Holland, al reverendo doctor Reuen Thomas y al reverendo S. Morgan Gibbon por sus discursos antes de la apertura del Congreso, como también al clero de la catedral de São Paulo, de City Temple y de la iglesia de Stamford Hill, por haber prestado al Congreso este edificio.
 - e. Presentar una carta de reconocimiento a su Majestad, por haber autorizado a los miembros del Congreso la visita al palacio de Windsor;
 - f. De igualmente agradecer al lord mayor y a su esposa, como al señor Passamore Edwards y a las otras personas que concedieron su hospitalidad a los miembros del Congreso.
- 19. El Congreso expresa su reconocimiento a Dios, por el notable acuerdo que no dejó de reinar, durante las sesiones, entre tantos hombres y tantas mujeres de nacionalidades y credos diferentes, reunidos en un esfuerzo común, para el final feliz de los trabajos de los congresistas.

El Congreso expresa su firme y tenaz confianza en el triunfo final de la Paz y en los principios defendidos en sus sesiones.

La idea fundamental del Congreso fue la necesidad: en primer lugar, de propagar entre los hombres, por todos los medios, la convicción de que la guerra es absolutamente contraria a su interés y de que la paz es un gran beneficio; en segundo lugar, actuar sobre los gobiernos para demostrarles las ventajas que ofrecen, en comparación con las guerras, los tribunales de arbitraje y, por lo tanto, el interés y la necesidad del desarme.

Para alcanzar el primer objetivo, el Congreso se dirigió a los profesores de Historia, a las mujeres y al clero, y les aconseja consagrar el tercer domingo del mes de diciembre a la predicación contra los males de la guerra y a favor de los beneficios de la paz. Para alcanzar el segundo objetivo, el Congreso se dirigió a los gobiernos y les propuso el desarme y la sustitución de la guerra por el arbitraje.

¡Predicar a los hombres los males de la guerra y los beneficios de la paz! Pero ellos conocen tan bien estos males y estos beneficios que, desde que existen, el mejor augurio siempre fue: ¡La paz esté con vosotros!

No sólo los cristianos, sino también todos los paganos, desde hace miles de años, conocen los males de la guerra y los beneficios de la paz.

El cristiano no puede dejar de predicarlos cada día de su vida; y si los cristianos y los padres del cristianismo no lo hacen, no es sin razón; y no lo harán hasta que las razones ya expuestas no se alejen. El consejo dado a los gobiernos para prescindir de sus ejércitos y los sustituya por el arbitraje internacional es todavía más útil. Los gobiernos no ignoran las dificultades que presentan el reclutamiento y el mantenimiento de las tropas; si, entonces,

ellos las organizan y las mantienen bajo las armas a costa de inauditos esfuerzos, es porque, evidentemente, no pueden hacerlo de otro modo, y los consejos del Congreso no cambiarán esa situación. Pero los doctores no quieren percibir este hecho y esperan siempre encontrar una combinación que obligue a los gobiernos a reducir por sí mismos su propio poder.

“¿Se puede evitar la guerra?” -- escribe un docto³⁶ en la *Revue des Revues*. Y continúa:

Todos están de acuerdo al reconocer que, si la guerra estalla en Europa, sus consecuencias serán, tal vez, iguales a la de las grandes invasiones. Comprometerá incluso la propia existencia de las naciones y, así pues, será sanguinaria, implacable, atroz.

Así, esta contradicción unida a la de los terribles instrumentos de destrucción de los que dispone la ciencia moderna, tal vez retarde la declaración de guerras y mantenga las cosas en un estado que podría ser llevado a límites indefinidos, si no fuera por los enormes pesos que oprimen a las naciones europeas y amenazan, al prolongarse, con llevar a ruinas y a desastres no menores de los producidos por la propia guerra.

Guiados por estas ideas, personas de todos los países buscaron medios prácticos para detener o, al menos, atenuar los efectos de las espantosas carnicerías cuya amenaza ronda sobre nuestras cabezas.

Tales son las cuestiones, incluidas en el orden del día de la próxima apertura del Congreso Universal de la Paz en Roma, publicación de un reciente opúsculo, *Sur le Désarmement*³⁷.

Desgraciadamente, es también cierto que, con la organización actual de la mayor parte de los Estados modernos, aislados unos de los otros, y guiados por intereses diversos, la supresión absoluta de la guerra es una ilusión en la cual sería peligroso dejarse llevar. Sin embargo, algunas leyes o algunas normativas más sabias impuestas a los conflictos entre las naciones tendrían, al menos, el resultado de circunscribir los errores.

Es, aun, bastante quimérico contar con los proyectos de desarme, cuya ejecución se hace casi imposible considerar bajo un carácter popular, presentes en el espíritu de nuestros lectores. La opinión pública no está preparada para aceptarlos y, por otro lado, las uniones internacionales establecidas entre los diversos pueblos son tales que imposibilitan esta aceptación. Un desarme impuesto por un pueblo a algún otro en condiciones peligrosas para su seguridad equivaldría a una declaración de guerra.

Sin embargo, se puede admitir que un intercambio de ideas entre los pueblos interesados ayudará, en cierto modo, al acuerdo internacional indispensable a esa transacción, y hará posible una sensible reducción de los gastos militares que oprimen a las naciones europeas, con graves daños para las soluciones sociales, cuya necesidad, sin embargo, se impone a cada una de ellas, individualmente, bajo pena de tener, internamente, evitada la guerra en el exterior.

Se puede, al menos, pedir la reducción de los enormes gastos que resultan de la actual organización de la guerra, con el fin de invadir un territorio en 24 horas y detener una batalla decisiva la semana siguiente a su declaración.

Es necesario actuar de tal modo que los Estados no se puedan atacar entre sí y, en 24 horas, apoderarse de tierras extranjeras.

Esta idea práctica fue expresada por Maxime du Camp y forma la conclusión de su artículo.

Las propuestas de Maxime du Camp son las siguientes:

1. Un congreso diplomático, en el que estén representadas las diversas potencias, se reunirá cada año, en fecha y durante un tiempo determinado, para examinar la situación de los pueblos entre sí, para atenuar las dificultades y servir de árbitro en caso de conflicto latente;
2. Ninguna guerra podrá ser declarada antes de dos meses tras el incidente que la habrá provocado. En el intervalo, el deber de los neutros será proponer un arbitraje;

36 N. T2: un sabio o erudito

37 N. T2: Sobre el Desarme

3. Ninguna guerra será declarada antes de ser sometida, por plebiscito, a la aprobación de las naciones que se preparan para ser beligerantes;
4. Las hostilidades no podrán ser abiertas sino un mes después de la declaración oficial de la guerra.

¿Pero quién podría impedir que las hostilidades comenzaran? ¿Quién obligará a los hombres a hacer esto o aquello? ¿Quién forzará a los gobiernos a esperar los periodos fijados? - El resto de los Estados. Pero el resto de los Estados son también potencias, las cuales es necesario moderar y forzar. ¿Y quién las forzaría y cómo? - La opinión pública. Pero, si existe una opinión pública que puede forzar al Estado a esperar los periodos fijados, la misma opinión pública puede forzar al mismo gobierno a no declarar de ninguna manera la guerra.

Pero, se replicará, es posible obtener tal *pondération de forces*³⁸, que impida a los gobiernos a salir de la reserva. ¿Esto ya no fue, tal vez, intentado y no lo es todavía? La Santa Alianza no era sino esto, la Liga de la Paz no es otra cosa etcétera etcétera...

Pero, ¿si todos llegan a un acuerdo? se responde. Si todos llegan a un acuerdo, la guerra ya no existirá y todos los tribunales de arbitraje se hacen inútiles.

“¡El Tribunal de Arbitraje! El arbitraje sustituirá a la guerra. Las cuestiones serán resueltas por el arbitraje. La cuestión de Alabama³⁹ fue resuelta por un tribunal de arbitraje, la de las Islas Carolinas fue sometida al arbitraje del papa. Suiza, Bélgica, Dinamarca, Holanda, todas declararon preferir el arbitraje a la guerra.”

Estoy convencido de que también Mónaco expresó el mismo deseo.

Falta sólo una pequeña cosa, que es esta: que ni Alemania, ni Rusia, ni Austria, ni Francia hicieron hasta ahora la misma declaración.

¡Cómo los hombres se mofan fácilmente de sí mismos cuando tienen intereses!

Los gobiernos consintieron en resolver sus discordias con el arbitraje y a reducir sus ejércitos.

Las diferencias entre Rusia y Polonia, entre Inglaterra e Irlanda, entre Austria y Bohemia, entre Turquía y los Eslavos, entre Francia y Alemania serán suavizadas por medio de la conciliación, amigablemente.

Sería, ni más ni menos, como si se propusiera a los comerciantes y a los banqueros que nada vendieran por encima del precio de compraventa, que se ocuparan sin beneficio de la distribución de riquezas y que suprimieran el dinero, hecho inútil.

Pero, como el comercio y las operaciones bancarias consisten únicamente en la venta más cara que el precio de compra, esta propuesta equivaldría a una invitación de suicidio. Así es para los gobiernos. La propuesta de no emplear la fuerza, sino resolver sus malentendidos con justicia, es un consejo de suicidio. Es poco probable que consientan.

Los científicos se agrupan en sociedades (de éstas existen más de cien), en congresos (tuvieron lugar recientemente en París, en Londres, en Roma); pronuncian discursos, se reúnen en banquetes, hacen brindis, publican revistas y así demuestran por todos los medios que los pueblos, obligados a mantener a millones de hombres en el ejército, no aguantan más y que estos armamentos están en oposición al progreso, a los intereses y a los deseos de las poblaciones; y que, manchando mucho papel, con muchas palabras, se podría poner a todos los hombres de acuerdo y hacer que no tengan más intereses opuestos y, entonces, que no haya más guerras.

38 N. T2: ponderación de fuerzas

39 Litigio entre Estados Unidos y Gran Bretaña, durante la Guerra de Secesión, provocado por el navío pirata Alabama, que fue arbitrado por un tribunal internacional en Ginebra, contra la Gran Bretaña, obligándola a una indemnización de 15.500.000 dólares en favor de Estados Unidos. (N. del T.)

Cuando yo era niño, me hicieron creer que, para capturar un pájaro, bastaba ponerle un grano de sal en la cola. Intenté entonces aproximarme a un pájaro con la sal, pero inmediatamente me convencí de que si yo hubiera podido ponerle sal en la cola, me hubiese sido igualmente fácil cogerlo, y comprendí que me habían engañado.

Los hombres que leen los artículos y libros sobre arbitraje y desarme deben también darse cuenta de que alguien se está mofando de ellos.

Si es posible poner un grano de sal en la cola de un pájaro, es porque no vuela y es fácil capturarlo. Si tiene alas y no quiere ser prendido, no deja que le pongan sal en la cola, porque la cualidad propia del pájaro es volar. De igual forma, la cualidad propia del gobierno es comandar y no obedecer. Siempre tiende a eso y nunca abandonará el poder voluntariamente. Actualmente, ya que el poder le es dado por el ejército, él nunca renunciará al ejército y su razón de ser: la guerra.

De ahí el error: doctores juristas - engañándose y engañando a los demás - afirman en sus libros que el gobierno no es lo que es: una unión de hombres que explotan a los otros, pero, según la ciencia, la representación del conjunto de los ciudadanos. Lo afirmaron por tanto tiempo que acabaron creyéndolo ellos mismos; se persuadieron, así, de que la justicia puede ser obligatoria para los gobiernos. Pero la Historia demuestra que, desde César hasta Napoleón, y de éste a Bismark, el gobierno es siempre, en su esencia, una fuerza que viola la justicia y que no puede ser de otra manera. La justicia no puede ser obligatoria para aquel o aquellos que disponen de hombres engañados y entrenados en la violencia - los soldados - y que, gracias a ellos, dominan a los otros. Por eso los gobiernos no pueden consentir que disminuya el número de esos hombres entrenados y obedientes que constituyen toda su fuerza e influencia.

Este es el punto de vista de una parte de los doctores en cuanto a la contradicción que pesa sobre nuestra sociedad, y tales son sus medios para resolverla. Digan a estos hombres que la solución depende únicamente de la actitud personal de cada hombre en presencia de la cuestión moral y religiosa hoy establecida - es decir: la legitimidad o ilegitimidad del servicio militar obligatorio - estos doctores nada harán además de erguir los hombros y ni siquiera se dignarán a responder.

No ven en esta cuestión sino una ocasión para pronunciar discursos, publicar libros, nombrar presidentes, vicepresidentes, secretarios; una ocasión para reunirse o hablar en esta o en aquella ciudad. Según ellos, toda esta cháchara, escrita o hablada, debe provocar este resultado: los gobiernos dejarán de reclutar soldados, base de su fuerza, y, siguiendo sus consejos, reducirán los ejércitos y quedarán sin defensas, no solo delante de sus vecinos, sino también delante de sus súbditos. Sería como una cuadrilla de bandidos que, teniendo amarrado fuertemente algunos hombres desarmados, para robarles, se dejaran conmovir por discursos sobre el sufrimiento causado a sus víctimas por la cuerda que les amarra, y se apresuraran a cortarla.

Existen, sin embargo, personas que creen en todo esto, que se dedican a los congresos de paz, pronuncian discursos y escriben libros: los gobiernos, se comprende, dan a éstos muchas pruebas de simpatía y fingen animarlos, como fingen proteger la sociedad de represiones, mientras, en su mayoría, viven solo gracias a la embriaguez de los pueblos; como fingen proteger la instrucción⁴⁰, mientras su fuerza tiene por base precisamente la ignorancia; como fingen garantizar la libertad y la constitución, mientras su poder se mantiene gracias a la ausencia de libertad; como fingen cuidar de la mejora de la vida de los trabajadores, mientras su existencia reposa sobre la opresión del obrero; como fingen sostener el cristianismo, mientras el cristianismo destruye cualquier gobierno.

Nuestra sociedad se modera en la represión, pero de modo que esta moderación no pueda disminuir la embriaguez; en la instrucción, pero de modo que, lejos de destruir la ignorancia, no hace sino aumentarla; en la libertad y en la constitución, pero de modo que no se impida el despotismo; en la suerte de los obreros, pero de modo que no sean librados de la esclavitud; en el

40 N. T2: educación

cristianismo, pero en el cristianismo oficial que sostiene los gobiernos, en vez de destruirlos.

Existe ahora una nueva preocupación: la paz.

Los soberanos que hoy tomando consejo de sus ministros deciden, sólo por su voluntad, si la gran masacre comenzará este año, o el próximo año. Saben muy bien que todos los discursos de este mundo no impedirán, cuando así lo decidan, mandar a millones de hombres hacia el matadero. Escuchan con placer semejantes disertaciones pacíficas, las animan y participan en ellas.

Lejos de ser perjudiciales, éstas son, por el contrario, útiles a los gobiernos, porque desvían la atención de los pueblos y los alejan de la cuestión principal, esencial: ¿Se debe o no someterse a la obligatoriedad del servicio militar?

"La Paz estará dentro de poco organizada, gracias a las alianzas, a los congresos, a los libros y a los opúsculos. En este intervalo de tiempo, se ponen sus uniformes y se preparan para, por nosotros, cometer y para sufrir violencias", dicen los gobiernos; y los doctores organizadores de congresos y los autores de memorias por la paz lo aprueban plenamente.

Así actúan y así piensan los científicos de esta primera categoría. Su actitud es la que más provecho trae a los gobiernos y por lo tanto la que más animan.

El punto de vista de una segunda categoría es más trágico. Es el de los hombres a los cuales parece que el amor por la paz y la necesidad de la guerra son una terrible contradicción, pero destino del hombre. Son, en su mayoría, hombres de talento, de naturaleza impresionable, que ven y comprenden todo el horror, toda la imbecilidad y toda la barbarie de la guerra; pero, por una extraña aberración, no ven y no buscan ninguna salida para esta desoladora situación de la humanidad, como si deliberadamente quisieran irritar la llaga.

He ahí un excelente ejemplo, tomado del célebre escritor francés Guy de Maupassant. Observando desde su regata las maniobras y los ejercicios de tiro de los soldados franceses, se le ocurrieron las siguientes reflexiones:

Cuando pienso solamente en esta palabra, la guerra, me asalta un desánimo, como si me hablaran de brujería, de la inquisición, de algo lejano, profundo, abominable, monstruoso, contra la naturaleza.

Cuando se habla de antropófagos, sonreímos con orgullo, proclamando nuestra superioridad sobre aquellos salvajes. ¿Cuáles son los salvajes, los verdaderos salvajes? ¿Aquellos que luchan para comerse a sus vencidos o aquellos que luchan para matar, con la única intención de matar?

Los soldados de infantería que corren a lo lejos están destinados a la muerte, como el rebaño de carneros que un carnicero vislumbra delante de sí en la carretera. Caerán en una llanura, con la cabeza quebrada por un golpe de espada o con el pecho perforado por una bala; y son jóvenes que podrían trabajar, producir, ser útiles. Sus padres son viejos y pobres, y sus madres, que durante veinte años los amaron, adoraron como adoran las madres, sabrán dentro de seis meses, o tal vez de un año, que su hijo, el niño, el niño grande educado con tanto sacrificio, con tanto dinero, con tanto amor, fue abandonado en una fosa, como un cachorro, tras ser destripado por un tiro de cañón y pisoteado, doblegado, machacado por las cargas de caballería. ¿Por qué le mataron a su hijo, su bello hijo, su única esperanza, su orgullo, su vida? Ella no lo sabe. Sí, ¿por qué?

¡La guerra!... ¡luchar!... ¡degollar!... ¡masacrar a los hombres!... y tenemos hoy, en nuestros días, con nuestra civilización, con el desarrollo de la ciencia y con el grado de filosofía al cual el ser humano cree haber llegado, escuelas donde se aprende a matar, y matar a distancia, con perfección, mucha gente al mismo tiempo, a matar a pobres diablos, hombres inocentes, sustentadores de familias y sin antecedentes criminales.

Y lo más asombroso es que el pueblo no se vuelva contra los gobiernos. ¿Qué diferencia hay, entonces, entre las monarquías y las repúblicas? Lo más asombroso es que la sociedad entera no se rebele contra la palabra guerra.

¡Ah! Viviremos siempre bajo el peso de las viejas y odiosas costumbres de los prejuicios criminales, de las ideas feroces de nuestros antepasados bárbaros, porque somos bestias y continuaremos como bestias que el instinto domina y nada cambia. Tal vez ¿no hubiera sido condenado al destierro algún otro que no fuera Víctor Hugo, cuando lanzó aquel grito de liberación y de verdad? Hoy, la fuerza se llama violencia y empieza a ser juzgada; La guerra está en estado de acusación. La civilización, por denuncia del género humano, instruye el proceso y reúne la gran documentación criminal de los conquistadores y de los capitanes. Los pueblos comienzan a comprender que la magnitud criminal de un delito no puede ser su atenuación; que si el acto de matar es un delito, matar mucho no puede ser una circunstancia atenuante; que si el acto de robar es una vergüenza, ¡invadir no puede ser una gloria! ¡Ah! ¡Proclamemos estas verdades absolutas, deshonremos la guerra!

Cóleras vanas, ira de poeta. La guerra es más venerada que nunca.

Un hábil artista en este sector, un aniquilador talentoso, el señor Moltke⁴¹, respondió un día, a los delegados de la paz, con estas extrañas palabras:

"La guerra es santa, la instituyó Dios; es una de las leyes sagradas del mundo; mantiene en los hombres todos los grandes y nobles sentimientos: la honra, el desinterés, la virtud, el coraje, y les impide, en una palabra, caer en el más horrible materialismo."

Así, reunirse en manadas de cuatrocientos mil hombres, marchar día y noche sin reposo, sin pensar en nada, sin estudiar, sin aprender, sin leer, sin ser útil a nadie, dormir sucios en el prado, vivir como brutos en continuo idiotismo, saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos, pelear con otra aglomeración de carne humana, caer sobre ella, hacer lagos de sangre, llanuras de carne masacrada mezclada en la tierra fangosa y enrojecida por pilas de cadáveres; haber arrancado brazos o piernas, despedazado el cerebro sin provecho para nadie, o morir en un campo mientras sus viejos padres, su mujer y sus hijos mueren de hambre: ¡he ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo!

Los hombres de guerra son el flagelo del mundo. Luchamos contra la naturaleza y la ignorancia, contra obstáculos de toda especie, para hacer menos dura nuestra mísera vida. Existen hombres, benefactores, científicos, que consumen su existencia para trabajar, para buscar lo que puede ayudar, lo que puede socorrer, lo que puede servir de alivio a sus hermanos. Continuamente inmersos en su útil tarea, acumulan descubrimientos, amplían los horizontes de la mente humana, enriquecen el patrimonio de la ciencia, dedican a su patria, cada día, bien estar, abundancia, fuerza.

Viene la guerra. En seis meses, los generales destruyeron veinte años de esfuerzos, paciencia y genio.

He ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo.

Nosotros hemos visto la guerra. Hemos visto a los hombres, embrutecidos, fuera de sí, matar por placer, por terror, por fanfarronería, por ostentación. Cuando el derecho ya no existe, cuando la ley está muerta, cuando desaparece cualquier noción de justicia, vimos fusilar inocentes encontrados por la carretera y transformados en sospechosos porque tenían miedo. Vimos matar a perros encadenados delante de las puertas de sus dueños, para experimentar con revólveres nuevos; vimos ametrallar por placer vacas tumbadas en un campo, sin razón alguna, para gastar las balas de los fusiles, así, por hacer una broma.

He ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo.

Entrar en una aldea, matar al hombre que defiende su casa, porque viste una camisa y no lleva en la cabeza un kepi⁴², quemar habitaciones de miserables que no tienen pan, destroz ar muebles, robar a otros, beber el vino que encuentran en las cantinas, violar a las mujeres que encuentran en las carreteras, quemar miles de francos y dejar atrás de sí la miseria y la cólera.

He ahí lo que se llama no caer en el más horrible materialismo.

41 N. T2: **Helmuth Karl Bernhard Graf von Moltke** (26 de octubre de 1800 – 24 de abril de 1891) fue un [mariscal](#) alemán cuyo genio militar ayudó a convertir a [Prusia](#) en el Estado hegemónico en [Alemania](#). Nació en [Parchim](#) ([Mecklemburgo](#)) en 1800 y estudió en la Academia Militar de [Copenhague](#) . Información obtenida en Wikipedia.

42 N. del T2: Gorra militar

¿Qué hicieron para dar pruebas de un poco de inteligencia los hombres de guerra? Nada. ¿Qué inventaron? Cañones y fusiles. He ahí todo.

¿El inventor del carro de mano no hizo más por el hombre con esta simple y práctica idea de aplicar una rueda a dos bastones que el inventor de las modernas fortificaciones?

¿Qué queda de Grecia? Libros, mármoles. ¿Será grande, tal vez, porque conquistó? ¿O porque creó?

¿Fue la invasión de los persas lo que les impidió caer en el más horrible materialismo?

¿Fueron las invasiones de los bárbaros las que salvaron a Roma y la regeneraron?

¿Napoleón I continuó, tal vez, el gran movimiento intelectual iniciado por los filósofos a finales del siglo pasado?

Pues bien, ya que los gobiernos de esta forma se atribuyen el derecho de muerte sobre los pueblos, no es de admirar que los pueblos se atribuyan el derecho de muerte sobre los gobiernos.

Ellos se defienden. Tienen razón. Nadie tiene el derecho absoluto de gobernar a los otros. No se puede hacer sino para el bien de aquellos que dirigen. Cualquier gobierno tiene el deber de evitar la guerra, como un capitán de navío tiene el de evitar el naufragio.

Cuando un capitán pierde su embarcación, es juzgado y condenado, si es juzgado como culpable de negligencia o aun de incapacidad.

¿Por qué no se debería juzgar a un gobierno después de cada guerra declarada? *Si los pueblos comprendieran esto, si juzgaran por sí mismos los poderes asesinos, si no admitieran dejar morir sin razón, si emplearan sus armas contra aquellos de quienes las recibieron para matar, ese día la guerra estaría muerta... Pero ese día nunca llegará*

*Sobre el agua*⁴³.

Guy de Maupassant ve todo el horror de la guerra, ve que está causada por gobiernos que, engañando a los pueblos, los inducen a degollarse recíprocamente sin utilidad alguna; ve, incluso, que los ciudadanos que componen los ejércitos podrían levantarse en armas contra los gobiernos y hacerlos pagar; pero piensa que esto nunca acontecerá y que, en consecuencia, no hay salida posible.

"Pienso que la obra de la guerra es terrible pero inevitable; que la obligatoriedad del servicio militar es inevitable como la muerte y, porque los gobiernos siempre la desearán, la guerra siempre existirá."

Así escribe este escritor de talento, sincero, dotado de la facultad de penetrar en lo vivo del argumento, que constituye la esencia del don poético. Él nos muestra toda la crueldad de la contradicción entre la conciencia de los hombres y sus acciones, pero no intenta resolverla y parece reconocer que esta contradicción debe existir y que contiene en sí la tragedia poética de la vida.

Otro escritor, no menos brillante, Edouard Rod, pinta con colores hasta más vivas las barbaries y la locura de la situación actual, pero también con la única intención de constatar su carácter trágico, y sin proponer alguna salida.

¿Para qué actuar? ¿Para qué emprender lo que quiera que sea? ¡Y cómo amar a los hombres, en esta época conturbada en la cual el mañana no es sino una amenaza!... Todo esto que comenzamos, nuestras ideas que maduran, nuestras obras vislumbradas, aquel poco bien que habríamos podido hacer, ¿no será arrastrado por la tempestad que se prepara?... En todas partes el terreno tiembla bajo nuestros pies, y nuestro horizonte se va cubriendo de nubes que no nos serán beneficiosas.

¡Ah! ¡Si no fuera necesario temer la revolución de la cual se hizo un espectro!... Incapaz de imaginar una sociedad más detestable que la nuestra, tengo, por lo que sucederá, más desconfianza que temor. Si sufriera con la transformación, me consolaría pensando que los verdugos del día son las víctimas de la vigilia y que la expectativa de lo mejor haría soportar lo peor. Pero no es este

43 Sur l'Eau, pp. 71-80.

peligro lejano el que me asombra: veo otro, más cerca y sobre todo más cruel; más cruel porque no tiene disculpa alguna, porque es absurdo, porque no puede resultar en bien alguno: cada día se piensan las probabilidades de la guerra del mañana, y ellas, día a día, se hacen más crueles.

El pensamiento retrocede delante de una catástrofe que aparece en el pináculo del siglo como el término del progreso de nuestra era y con todo, es necesario habituarse: hace veinte años todas las fuerzas del saber se agotaron para inventar instrumentos de destrucción y dentro de poco bastarán algunos tipos de cañón para abatir a un ejército; se ponen en armas, ya no, como antes, miles de pobres diablos que cuya sangre era el pago, sino pueblos enteros que están a punto de estrangularse mutuamente; se roba de ellos el tiempo (obligándolos a servir) para robarles seguramente la vida; a fin de instruirlos para la masacre, se aviva su odio, persuadiéndolos de que son odiados; y hombres pacíficos se dejan engañar, e inmediatamente se verán disparándose unos sobre los otros, con la ferocidad de las bestias, turbas⁴⁴ furibundas de pacíficos ciudadanos a quien una orden inhábil colocará en las manos el fusil, ¿sabe Dios por qué ridículo incidente de frontera o por qué mercantiles intereses coloniales!... Marcharán, como ovejas al matadero, pero, sabiendo a donde van, sabiendo que dejan a sus mujeres, sabiendo que sus hijos sufrirán el hambre, ansiosos y ebrios, por las sonoras y mentirosas palabras proclamadas en sus oídos. *Marcharán sin rebelarse, pasivos y resignados, mientras son la masa y la fuerza, y podrían, si supieran entender, establecer el sentido común y la fraternidad* en lugar de las salvajes prácticas de la diplomacia. Marcharán, tan engañados, tan embaucados, que creerán que es la masacre un deber y pedirán a Dios que bendiga sus deseos sanguinarios. Marcharán, pisoteando las cosechas que sembraron, incendiando las ciudades que construyeron, con cantos de entusiasmo, con gritos de alegría, con músicas de fiesta. ¡Y sus hijos levantarán estatuas a aquellos que mejor hayan masacrado!...

La suerte de toda una generación depende de la hora en la que algún fúnebre hombre político dé la señal, que será seguida. Sabemos que los mejores de nosotros serán forzados y que nuestra obra será destruida. Lo sabemos y temblamos de cólera, y nada podemos. Quedamos prendidos en la red de los gabinetes y del papeleo, cuya destrucción provocaría una agitación violenta. Pertenecemos a las leyes que hicimos para protegernos y que nos oprimen. *Nada somos además de cosas de esa contradictoria abstracción, el Estado, que hace a cada individuo esclavo en nombre de la voluntad de todos, que tomados aisladamente, desearían exactamente lo opuesto de lo que estarán obligados a hacer.*

¡Si la generación que deberá ser sacrificada fuera al menos sólo una! Pero existen otros intereses en juego.

Los oradores asalariados, los ambiciosos embaucadores de las malas inclinaciones a las multitudes y a los pobres de espíritu, a quien la sonoridad de las palabras engaña, tienen hasta tal punto exacerbado los odios nacionales que la guerra del mañana pondrá en peligro la existencia de una raza: uno de los elementos que constituyeron el mundo moderno está amenazado, aquél que será vencido deberá moralmente desaparecer y, sea quien sea éste, se verá una fuerza aniquilada - ¿cómo si, para el bien, hubiera fuerzas de sobra! - se verá formarse una Europa nueva, sobre tales bases, tan injustas, tan brutales, tan sanguinarias, embrutecida por tan monstruosa mancha, que no puede ser aun peor que la de hoy, más inicua, más bárbara y más violenta.

Así, cada cual siente pesar sobre sí mismo un inmenso desánimo. Nos movemos en *un cul de sac*⁴⁵, con fusiles apuntando hacia nosotros desde todos los tejados. Nuestro trabajo parece el de los marineros que ejecutan la última maniobra cuando el navío comienza a hundirse. Nuestros placeres se asemejan a los del condenado a quien se ofrece un manjar de su agrado, quince minutos antes del suplicio. La angustia paraliza nuestro pensamiento, y el más bello esfuerzo que sea capaz de calcular, deletreando los vagos discursos de los ministros, alterando el sentido de las palabras de los soberanos, cambiando las palabras atribuidas a los diplomáticos y que los periódicos divulgan desordenadamente - si será mañana o pasado mañana, este año o el próximo en el que nos degollarán. De modo que vanamente se buscaría en la Historia una época más incierta y más repleta de angustias...

44 N. T2: turba: muchedumbre de gente confusa y desordenada. Diccionario de la lengua española © 2005 Espasa-Calpe S.A., Madrid.

45 N. T2: expresión francesa que significa algo así como *un camino sin salida*.

El Sentido de la Vida, p. 208-213.

De estas líneas se concluye que la fuerza está en las manos de aquellos que se pierden por sí mismos, en las manos de individuos aislados que componen las masas, y que la fuente del mal está en el Estado. Parece evidente que la contradicción entre la conciencia y la vida haya alcanzado límites que no podrían pasarse por alto, y en los cuales la solución se impone. Pero el autor no es de este parecer. Él ve el carácter trágico de la vida humana y, después de haber mostrado todo el horror de la situación, concluye que la vida humana debe transcurrir en este error.

La tercera categoría es la de los hombres que perdieron la conciencia y, por lo tanto, el sentido común y cualquier sentimiento humano.

A esa categoría pertenecía Moltke, cuya opinión fue citada por Maupassant, como también la mayor parte de los militares, educados en esta cruel superstición que los hace vivir y, a menudo, ingenuamente convencidos de que la guerra es una institución no solo inevitable, sino necesaria y útil.

Algunos burgueses, dichos doctores y civiles, tienen la misma opinión.

He ahí lo que escribe, en el número de la *Revue des Revues* en la que están reunidas las cartas sobre la guerra, el célebre académico Camille Doucet:

APRECIADO SEÑOR,

Cuando preguntáis al menos belicoso de los académicos si él es partidario de la guerra, su respuesta es dada por anticipación.

Desventuradamente, señor, vosotros mismos calificáis de sueño el pensamiento en el cual se inspiran hoy vuestros generosos compatriotas.

Desde que estoy en el mundo, siempre oí mucha gente honesta protestar contra el horrible hábito de la masacre internacional que el mundo reconoce como malo y deplora; pero ¿cómo remediarlo?

A menudo fuimos también tentados para suprimir los duelos, y parecía fácil, ¡pero no! Jamás lo que se hizo con este noble fin trajo o traerá algún beneficio.

Todos los congresos de los dos mundos vanamente votarán contra la guerra y contra los duelos; por encima de todos los compromisos, de todas las convenciones, de todas las legislaciones, existirán eternamente:

El honor de los hombres, que siempre quiso el duelo; y el interés de los pueblos, que siempre deseará la guerra.

No deseo menos, y de todo corazón hago votos (para) que el Congreso de la Paz Universal consiga finalmente realizar su honorabilísima tentativa.

Recibid, señor, las protestas etcétera...

CAMILLE DOUCET.

El sentido de esta carta es que la honra de los hombres quiere que ellos se enfrenten entre sí y que el interés de los pueblos exige que se arruinen y se masacren recíprocamente. En cuanto a las tentativas para suprimir la guerra, nada merecen más allá de una sonrisa. De este mismo género es la opinión de otro académico, Jules Claretie:

APRECIADO SEÑOR,

No puede existir sino una única opinión, para un hombre sensato, sobre la cuestión de la paz o de la guerra.

La humanidad esta hecha para vivir, para vivir con libertad de perfeccionar y mejorar su suerte mediante un trabajo pacífico. El acuerdo general difundido por el *The Universal Peace Congress* tal vez sea un bello sueño, pero es a buen seguro el más bello de los sueños. El hombre tiene siempre delante de los ojos la Tierra prometida, y sobre esa tierra del futuro las cosechas deberán madurar sin

miedo de ser trituradas por granadas, ni aplastadas por ruedas de cañones. Sólo que... ¡Ah! Sólo que, como los filósofos y los benefactores de la humanidad no son los dueños, será bueno que nuestros soldados vigilen la frontera y los alrededores de los hogares, y sus armas, bien cargadas y bien manejadas, tal vez sean las más seguras garantías de la paz que todos amamos.

No se da la paz sino a los resueltos y a los fuertes.

Aceptad, apreciado señor, mis más sinceros y distinguidos sentimientos.

JULES CLARETIE.

El sentido de esa carta es que nada impide que se hable de lo que nadie tiene intención ni deber de hacer. Pero, cuando se trata de la práctica, es necesario luchar.

He ahí ahora la opinión recientemente expresada sobre el asunto por el más popular novelista de Europa, Émile Zola:

Considero la guerra como una necesidad fatal que parece inevitable debido a sus íntimas conexiones con la naturaleza humana y con todo el Universo. Me gustaría aplazar la guerra el más largo tiempo posible. Pero llega un momento en el cual estamos obligados a luchar. En este momento me sitúo bajo el punto de vista universal, y en modo alguno hago alusión a nuestra discordia con Alemania, que nada es además de un insignificante incidente en la historia de la humanidad. Digo que la guerra es necesaria y útil, porque aparece como una condición de existencia para la humanidad. Encontramos la guerra en todas partes, no solo entre las diversas razas y los diversos pueblos, sino también en la vida familiar y en la vida privada. Ella es uno de los elementos principales del progreso, y cada paso al frente dado hasta ahora por la humanidad fue dado sobre la sangre.

Se habló y se habla todavía del desarme. El desarme es, sin embargo, algo imposible, y aunque fuera posible, se debería rechazar. Solo un pueblo armado es poderoso y grande. Estoy convencido de que el desarme general tendría como resultado una especie de decadencia moral que se manifestaría por el debilitamiento general y retendría el camino progresivo de la humanidad. Una nación guerrera goza siempre de una salud floreciente. El arte militar trae consigo el desarrollo de las otras artes. La Historia es testigo. Así, en Atenas y en Roma, el comercio, la industria y la literatura jamás alcanzaron un desarrollo tan grande como en la época en que estas ciudades dominaban por la fuerza de las armas el mundo entonces conocido. Para tomar un ejemplo en tiempos más recientes, recordemos el siglo de Luis XIV. Las guerras del gran rey no solo no impedían el progreso de las artes y de las ciencias, sino, por el contrario, parecen haberlas activado y favorecido su desarrollo. La guerra, ¡obra útil!

Pero la opinión más característica en este sentido es la del académico de Vogue, el más dotado entre los escritores de esta tendencia. He ahí lo que él escribe - en un artículo sobre la sección militar de la Exposición de 1889:

En la Explanade des Invalides⁴⁶, en el centro de los campamentos exóticos y coloniales, un edificio más severo domina el pintoresco bazar; todos estos fragmentos del globo vinieron a agregarse al palacio de la guerra, nuestros huéspedes sumisos montan guardia en turnos, enfrente de la casa-madre, sin la cual no estarían aquí. Bello tema de antítesis para la retórica humanitaria; quién no desiste de lamentarse por estas aproximaciones y de afirmar que una "*Ceci tuera celda*"⁴⁷ y que la unión de los pueblos, gracias a la ciencia y al trabajo, vencerá la instinto militar. Dejémosla acariciar la quimera de una edad de oro que llegaría en breve, si se pudiera realizar en una edad de fango. Toda la historia nos enseña que una cosa se crea por la otra, que se necesita sangre para acelerar y cimentar la unión de los pueblos. Las ciencias de la naturaleza tienen ratificado, en nuestros días, la ley misteriosa, revelada a Joseph de Maistre por la intuición de su genio y por la meditación sobre los dogmas primordiales; él veía el mundo rescatarse de sus decadencias hereditarias por medio del sacrificio; las ciencias lo muestran perfeccionándose por la lucha y por la selección violenta; las dos partes dan la constatación del mismo decreto, redactado en diferente terminología. La constatación es desagradable, a buen seguro; pero las leyes del mundo no están hechas para nuestro deleite, están hechas para nuestro perfeccionamiento. Entremos entonces en este inevitable, en este necesario

46 N. T2: Explanada de los Inválidos

47 Una cosa matará la otra; palabras tomadas del romance de Víctor Hugo: Notre-Dame de París.

palacio de la guerra; tendremos ocasión de observar cómo el más tenaz de nuestros instintos, sin jamás perder parte de su vigor, se transforma y se doblga a las diversas exigencias de los momentos históricos.

La necesidad de la guerra está probada por el señor De Vogue, por dos declaraciones de dos grandes pensadores, Joseph de Maistre y Darwin, y estas declaraciones le agradan tanto que él las recuerda nuevamente en su carta al director de la *Revue des Revues*:

Señor,

Vosotros me preguntáis mi opinión en cuanto al posible éxito del Congreso Universal de la Paz. Creo, como Darwin, que la lucha violenta es una ley de la naturaleza que rige a todos los seres; creo, como Joseph de Maistre, que es una ley divina: dos formas distintas de nombrar la misma cosa. Si, por un caso imposible, una fracción de la sociedad humana - tomemos todo el Occidente civil - consiguiera suspender el efecto de esta ley, las razas más instintivas se encargarían de aplicarla contra nosotros: estas razas darían razón a la naturaleza contra la razón humana; y tendrían éxito, porque la certeza de la paz - no digo la paz, digo la certeza de la paz - generaría, antes de medio siglo, una corrupción y una decadencia más destructivas para el hombre que la peor de las guerras. Evalúo que es necesario hacer por la guerra, ley criminal de la humanidad, lo que debemos hacer por todas nuestras leyes criminales, mitigarlas, hacer su aplicación lo más rara posible, emplear todas nuestras fuerzas para que se hagan inútiles. Pero toda la experiencia de la historia nos enseña que no podremos suprimirlas mientras existan en la Tierra dos hombres, el pan, el dinero y una mujer entre ellos.

Quedaría muy agradecido si el Congreso me desmintiera. Dudo que él desmienta a la Historia, a la Naturaleza, a Dios.

Dignaos aceptar, señor, las protestas de mi distinguida consideración.

M. DE VOGUÉ.

El sentido de esta carta es que la Historia, la naturaleza del hombre y Dios nos muestran que la guerra subsistirá mientras existan dos hombres y entre ellos el pan, el dinero y la mujer. Esto significa que ningún progreso inducirá a los hombres a abandonar el salvaje concepto de la vida que no admite, sin lucha, la división del pan, del dinero (¿qué está haciendo aquí el dinero?) y de la mujer.

Son realmente extraños estos hombres que se reúnen en congresos, pronuncian discursos para enseñar cómo se captura un pájaro colocándole un grano de sal en la cola, aun sabiendo que esto es imposible. Son extraños también aquellos que, como Maupassant, Rod y otros, ven claramente todo el horror de la guerra, toda la contradicción de este resultante: que los hombres no hacen lo que es necesario hacer y que les sería provechoso, que lamentan las trágicas fatalidades de la vida y no ven que estas fatalidades cesarán en cuanto los hombres, renunciando a razonar sobre asuntos inútiles, se decidiesen ya a no hacer lo que les parece penoso y repugnante.

Estos hombres son sorprendentes; pero aquellos que, como De Vogue y otros, adoptando la ley de la evolución que considera la guerra no solo inevitable sino que también útil y, por lo tanto, deseable, estos hombres son terribles, pavorosos en sus aberraciones morales. Los primeros dicen, al menos, que odian el mal y aman el bien, mientras estos últimos declaran abiertamente que no existe el bien o el mal. Todas las disertaciones sobre la posibilidad de establecer la paz en lugar de la guerra eterna no es sino sentimentalismo perjudicial de habladores. Existe una ley de la evolución de la cual resulta que debo vivir y apenas actuar; ¿qué hacer? Soy un hombre culto, conozco la ley de la evolución y, en consecuencia, actuaré mal. “*¡Entrons au palais de la guerre!*”⁴⁸ Existe una ley de la evolución y, en consecuencia, no hay bien o mal, y no es necesario vivir sino para el propio interés personal, dejando el resto a la ley de la evolución. Todo esto es la última expresión de la cultura refinada, el conjunto del oscurecimiento de la conciencia que distingue a las clases

48 N. T2: Entremos en el palacio de la guerra

iluminadas de nuestro tiempo.

El deseo de las clases iluminadas de conservar por todos los medios sus ideas predilectas y la existencia que les es consecuente alcanza el paroxismo. Estos hombres mienten, se engañan a sí mismos y a los otros, de la forma más refinada, para conseguir solo obscurecer y ofuscar la conciencia.

En vez de cambiar su modo de vivir, según las indicaciones de su conciencia, ellos intentan, por todos los medios, sofocarles la voz. Pero la luz brilla en la oscuridad, y es así que la verdad comienza a resplandecer entre las tinieblas de nuestros tiempos.

Capítulo VII

Significado del servicio militar obligatorio

Los hombres cultos de las clases superiores intentan ocultar la necesidad, cada vez más evidente, de un cambio en el orden social existente, pero la vida, que continúa desarrollándose y complicándose sin cambiar su dirección, aumenta las contradicciones y los sufrimientos de los hombres y los lleva al límite extremo, que no puede sobrepasarse. Este último límite de la contradicción es el servicio militar obligatorio para todos.

Se cree, en general, que el servicio militar obligatorio y el aumento de los armamentos de él resultante, como también el aumento de los impuestos y de débitos del Estado en todos los pueblos, son un fenómeno pasajero, producido por una determinada situación política de Europa, y que determinadas convenciones internacionales podrían hacer desaparecer, sin que sea para eso necesario modificar el orden de vida interior.

Esto es absolutamente incorrecto. El servicio militar obligatorio es una contradicción interna que penetró por completo en el concepto social de la vida, y que no se hizo evidente a no ser porque alcanza los límites extremos en un momento de desenvolvimiento material bastante grande.

El concepto social de la vida consiste, como se sabe, en que el sentido de la vida fue transferido del individuo hacia el grupo, en sus diversos grados: familia, tribu, raza, Estado.

Según este concepto, es evidente que, como el sentido de la vida reside en la agrupación de los individuos, estos individuos sacrifican voluntariamente sus intereses a los del grupo. Esto de hecho ocurrió y todavía ocurre en determinados tipos de agrupación, en la familia y en la tribu, en la raza y también en el Estado patriarcal como consecuencia de las costumbres transmitidas por la educación y confirmados por la sugerencia religiosa, los individuos subordinaban sus intereses a los del grupo y los sacrificaban a la comunidad sin que a esto estén obligados.

Sin embargo, si más las sociedades se hacían grandes, más crecía el número de nuevos miembros para la conquista, y más se afirmaba la tendencia de los individuos a perseguir su interés personal en perjuicio del interés general; y más aun debía el poder recurrir a la violencia para dominar estos individuos insubordinados. Los defensores del concepto social intentan, en general, confundir la noción del poder, o sea, la violencia, con la noción de la influencia moral, pero esta confusión es totalmente imposible.

La influencia moral actúa sobre los propios deseos del hombre y los modifica en el sentido de lo que le es solicitado. El hombre que sufre la influencia moral actúa de acuerdo con sus deseos. Sin embargo, el significado usual de la palabra es un medio para forzar al hombre a actuar contrariamente a sus deseos. El hombre sumiso al poder actúa no como quiere, sino como se le obliga; y es solamente a través de la violencia física, es decir, de la prisión, de la tortura, de la mutilación, o de la amenaza de estos castigos, que se puede forzar al hombre a hacer aquello que no quiere. En esto consiste y siempre consistió el poder.

A pesar de los continuos esfuerzos de los gobiernos para ocultarlo y para dar al poder otro significado, estos son para el hombre una cuerda, una corriente, con la cual será amarrado y arrastrado, el knut con el cual será flagelado, el cuchillo o el hacha que le cortará los brazos, las piernas, la nariz, las orejas, la cabeza; esto acontecía en la época de Nerón y Gengis Kan; y esto acontece aún hoy, en el gobierno más liberal, en el de la república americana y en el de la república francesa. El pago de los impuestos, el cumplimiento de los deberes sociales, la sumisión a los castigos, todo esto que parece voluntario lleva siempre, en el fondo, el temor de una violencia.

La base del poder es la violencia física; y la posibilidad de someter a los hombres a una violencia física se debe sobre todo a individuos mal organizados, de modo que actúan de acuerdo, aunque sometiéndose a una sola voluntad. Y, unidos, individuos armados que obedecen a una única voluntad forman el ejército. El poder se encuentra siempre en las manos de los que comandan el ejército, y siempre todos los poseedores del poder - desde los césares romanos hasta los emperadores rusos y alemanes - se preocupan del ejército más que de cualquier otra cosa, y solamente a él halaga, sabiendo que, si él está de su lado, su poder está asegurado.

Esta composición y esta fuerza del ejército, necesarias para la garantía del poder, son justamente las que introdujeron en el concepto social de la vida el germen corruptor.

El objetivo del poder y su razón de ser están en la limitación de la libertad de los hombres que les gustaría situar sus intereses personales por encima de los intereses de la sociedad. Pero, que el poder sea adquirido por el ejército, por herencia o por elección, los hombres que lo poseen en nada se diferencian de los otros hombres y, como ellos, están inclinados a no subordinar el propio interés al interés general; todo lo contrario. Cualesquiera que sean los medios adoptados, no ha sido posible, hasta hoy, realizar el ideal de sólo confiar el poder a hombres infalibles, o de al menos eliminar de aquellos que lo poseen la posibilidad de subordinar sus intereses a los intereses de la sociedad.

Todos los procedimientos conocidos, el derecho divino, la elección, la herencia, producen los mismos resultados negativos.

Todos saben que ninguno de estos procedimientos es capaz de asegurar la transmisión del poder a los infalibles, o aun de impedir el abuso del poder. Todos saben que, al contrario, los que lo poseen - sean soberanos, ministros, alcaldes o guardias municipales - están siempre, por tener el poder, más inclinados a la inmundicia, o sea, a subordinar los intereses generales a los intereses propios, que aquellos que no tienen el poder. De hecho, no puede ser de otro modo.

El concepto social sólo podía justificarse mientras los hombres sacrificaban voluntariamente el interés propio a los intereses generales; pero en cuanto surgieron algunos que no sacrificaban voluntariamente el interés propio, se sintió la necesidad del poder, es decir, de la violencia, para limitarle la libertad y, entonces, entró en el concepto social y en la organización que de él resulta el germen desmoralizador del poder, es decir, la violencia de unos sobre otros.

Para que el dominio de unos sobre otros alcanzara su objetivo, para que pudiera limitar la libertad de aquellos que anteponen sus intereses personales ante los de la sociedad, el poder debería encontrarse en las manos de infalibles, como suponen los chinos⁴⁹, o como se creía en la Edad Media, y como creen hoy aquellos que tienen fe en la gracia de la unción. Solamente en estas condiciones el orden social puede comprenderse.

Pero como éste no es el caso, puesto que, al contrario, los hombres que tienen el poder están lejos de la santidad, precisamente por tener el poder, ya no se puede justificar la organización social con base en la autoridad.

Si existió, sin embargo, un tiempo en el que, después del descenso del nivel moral y de la disposición de los hombres a la violencia, la existencia del poder ofreció alguna ventaja, la violencia de la autoridad siendo menor que la personal, es un hecho evidente que esta ventaja no podría ser eterna. Mientras más disminuía la tendencia de los individuos a la violencia, más las costumbres se civilizaban, más el poder se corrompía a consecuencia de su libertad de acción, más desaparecía esta ventaja.

Este cambio de la relación entre el desarrollo moral de las masas y la desmoralización de los gobiernos es toda la historia de los últimos dos mil años.

49 N. T2: En 1984 China estaba bajo la dinastía Ming

He ahí, simplemente, cómo ocurrió todo:

Los hombres vivían en familia, en tribus, en razas, provocándose, violentándose, robándose, matándose recíprocamente. Estas violencias se cometían a gran y pequeña escala: individuo contra individuo, familia contra familia, tribu contra tribu, raza contra raza, pueblo contra pueblo. El grupo más numeroso, más fuerte, se apoderaba del más débil y, si más este se fortalecía, más disminuían las violencias internas, y más parecían aseguradas la duración y la vida del grupo.

Los miembros de la familia o de la tribu, reunidos en un solo grupo, son menos hostiles unos a los otros, y la familia, o la tribu, no muere como el individuo aislado. Entre los miembros de un Estado, sometidos a una sola autoridad, la lucha entre los individuos parece también más débil, y la duración del Estado más indudable.

Estas uniones en grupos siempre mayores ocurrieron no porque los hombres tuvieran conciencia de obtener de ello alguna ventaja, como se narra en la leyenda rusa, del caso de los varegos⁵⁰, sino debido al aumento de las poblaciones y, por lo tanto, de las luchas y conquistas.

Tras la conquista, de hecho, el poder del conquistador hace desaparecer las discordias internas y el concepto social de la vida recibe su justificación. Pero esta justificación es temporal. Las discordias internas, reprimidas por el poder, renacen del propio poder. Este se encuentra en las manos de hombres que, como todos los otros, están inclinados a sacrificar el bien general a su bien personal, con la diferencia de que los violentados no les pueden resistir y sufren la influencia corruptora del poder. Por eso el mal de la violencia, pasando por el poder, no cesa de aumentar y se hace mayor que aquello para lo cual el poder fue un remedio. Y eso acontece mientras, entre los miembros de la sociedad, las tendencias a la violencia disminuyen cada vez más, y mientras la violencia del poder, en consecuencia, se hace cada vez menos necesaria.

El poder gubernamental, aunque haga desaparecer las violencias internas, siempre introduce en la vida de los hombres nuevas violencias, cada vez mayores en razón de su duración y de su fuerza. De modo que, si la violencia del poder es menos evidente que la de los particulares, porque se manifiesta no por la lucha, sino por la opresión, ésta, no obstante, existe, y con mayor frecuencia en un grado más elevado.

Y no puede ser de otra manera, porque además del hecho de que el poder corrompe a los hombres, los cálculos o la tendencia constante de aquellos que lo detentan tendrán siempre por objetivo el máximo debilitamiento posible de los violentados ya que, cuanto más débiles estos están, menos esfuerzos son necesarios para dominarlos.

Por eso la violencia aumenta siempre hasta el límite extremo que puede alcanzar, sin matar la gallina de los huevos de oro. Y si esta gallina no pone más huevos, como los indios de América, como los habitantes de la Tierra del Fuego, como los negros de África, se mata la gallina, a pesar de las sinceras protestas de los filántropos.

La mejor confirmación de todo esto es la situación de los obreros de nuestro tiempo, que, a decir verdad, nada son además de siervos.

A pesar de todos los supuestos esfuerzos de las clases superiores para mejorar la suerte de los trabajadores, estos son sometidos a una inmutable ley de hierro, que les da sólo lo absolutamente necesario, a fin de que estén siempre obligados al trabajo, aunque conservando la fuerza suficiente para trabajar en provecho de sus patrones, cuyo dominio recuerda al de los antiguos conquistadores.

Siempre fue así. Siempre, a medida del aumento y de la duración del poder, las ventajas para aquellos que le eran sumisos disminuían, y los inconvenientes aumentaban.

50 N. T2: Los varegos o varengos (del ruso Варяги, variagi) eran una tribu perteneciente al grupo escandinavo procedente del territorio que actualmente corresponde a Suecia y Dinamarca

Esto aconteció y acontece, independientemente de las formas de gobierno bajo las cuales viven los pueblos; con una sola diferencia: que, en la forma autocrática, el poder está concentrado en las manos de un pequeño número de violentos, y la forma de las violencias es más sensible, mientras en las monarquías constitucionales y en las repúblicas, como en Francia y en América, el poder está dividido entre un número mayor de violentos, y la forma en la que se traduce la violencia es menos sensible; pero su resultado - las desventajas del gobierno mayores que las ventajas - y su modo de actuar - debilitamiento de los oprimidos - son siempre los mismos.

Así fue y es la situación de los oprimidos, pero hasta ahora estos ignoraban y, en su mayoría, creían ingenuamente que el gobierno existe para su beneficio; que sin gobierno estarían perdidos; que no se puede, sin sacrilegio, expresar la idea de vivir sin gobierno; que sería una terrible doctrina - por alguna razón terrible - de anarquía y que se presenta acompañada por todo tipo de errores asociados.

Se creía, como algo absolutamente probado, que, ya que hasta ahora todos los pueblos se desarrollaron bajo la forma de Estados, esta forma permanece para siempre como la condición esencial del desarrollo de la humanidad.

Todo esto así continuó por cientos y miles de años, y los gobiernos siempre se esforzaron y se esforzarán todavía por mantener a los pueblos en este error.

Así era en la época de los emperadores romanos, y así es en nuestros días, aunque la idea de la inutilidad y de los inconvenientes del poder penetre cada vez más en la conciencia de las masas; y así sería eternamente, si los gobiernos no se hallaran en la obligación de aumentar continuamente sus ejércitos para mantener su autoridad.

Se cree, en general, que los gobiernos aumentan los ejércitos únicamente para la defensa externa del país, mientras, en realidad, los ejércitos les son necesarios, principalmente, para su propia defensa contra los súbditos oprimidos y reducidos a la esclavitud.

Esto siempre fue y se hace cada vez más necesario a medida que se propaga la instrucción, a medida que las relaciones entre los pueblos y los habitantes de un mismo país se hagan más fáciles, y sobre todo debido al movimiento comunista, socialista, anarquista y el obrero. Los gobiernos lo comprenden y aumentan la fuerza de sus ejércitos⁵¹.

Recientemente, en el Reichstag alemán, respondiendo a la interpelación que preguntaba por qué eran necesarios capitales para aumentar los salarios de los suboficiales, el canciller declaró francamente que necesitaba tener suboficiales seguros, para luchar contra el socialismo. El señor De Caprivi nada hizo que no sea decir en voz alta aquello que todos saben en el mundo político, pero que cuidadosamente se esconde del pueblo. Por el mismo motivo se formaban guardias suizas y escocesas para el rey de Francia y para los papas y aun hoy, en Rusia, se mezclan con tanto cuidado los reclutas de modo que los regimientos destinados a la guarniciones del centro se compongan por soldados que pertenecen a las provincias de frontera y viceversa.

El sentido del discurso del señor De Caprivi, traducido en lengua vulgar, es que el dinero es necesario no contra el enemigo externo, sino para *comprar suboficiales*, listos para marchar contra los trabajadores oprimidos.

Caprivi dijo, involuntariamente, aquello que todos saben bien o que sienten aquellos que no lo saben, o sea: que el orden actual es tal, no porque deba ser naturalmente así, no porque el pueblo

⁵¹El hecho de que los abusos del poder existen en América, a pesar del reducido número de soldados, no solo no contradice este dato, sino que hasta lo confirma. Existen menos soldados en Estados Unidos que en otras naciones. Por eso no existe en lugar alguno una opresión más pequeña de las clases trabajadoras y no se prevé en lugar alguno una tan próxima desaparición de los abusos gubernamentales y del propio gobierno. Estos últimos tiempos, a medida que los trabajadores más se unen, voces cada vez más frecuentes piden el aumento del ejército, aunque ninguna agresión externa amenace la República.

Las clases dirigentes saben que, dentro de poco, cincuenta mil soldados ya no serán suficientes y, ya no contando más con el ejército de Pinkerton, comprenden que la garantía de sus privilegios reside solo en un aumento de fuerzas militares.

quiere que así sea, sino porque el gobierno lo mantiene así por la violencia, apoyado en el ejército con sus *suboficiales* y sus generales *comprados*.

Si el trabajador no tiene tierra, si él está privado del derecho más natural, de extraer del suelo su sustento y el de su familia, no es porque el pueblo así lo quiera, sino porque determinada clase, los propietarios de la tierras, tiene el derecho de contratar o no al trabajador. Y este orden de organización contra la naturaleza se mantiene por el ejército. Si las inmensas riquezas acumuladas por el trabajo se considera que pertenecen no a todos, sino a algunos; si el pago de impuestos y su uso se abandona al capricho de algunos individuos; si las huelgas de los obreros se reprimen, y las de los capitalistas se protegen; si determinados hombres pueden escoger las formas de educación (religiosa o laica) de los jóvenes; si ciertos hombres tienen el privilegio de hacer leyes a las cuales todos los otros se deben someter, y de así disponer de los bienes y de la vida de cada uno; todo esto acontece no porque el pueblo quiera y porque debe acontecer naturalmente, sino porque los gobiernos y las clases dirigentes así lo quieren para su provecho y lo imponen por medio de una violencia física.

Todos saben esto, o, si no lo saben, lo sabrán a la primera tentativa de insubordinación o revolución en este orden existente.

Pero no existe un solo gobierno. Junto a él existen otros que dominan igualmente por la violencia y están siempre dispuestos a quitarle al vecino el producto de sus súbditos ya reducidos a la esclavitud. Por eso cada uno de ellos necesita de un ejército, no solo para mantenerse internamente, sino también para defender su presa de los ladrones vecinos. Los Estados son entonces llevados a competir en el aumento de sus ejércitos y este aumento es contagioso, como observó Montesquieu hace 150 años.

Cada aumento de efectivos, dirigido por un Estado contra sus súbditos, se hace inquietante para el estado vecino y lo obliga, por su parte, a reforzar su propio ejército.

Si los ejércitos hoy día ascienden a millones de hombres, no es solamente porque cada Estado sintió la amenaza de sus vecinos, sino sobre todo porque tuvo que reprimir tentativas de revueltas internas. Uno es resultado del otro; el despotismo de los gobiernos aumenta con su fuerza y su éxito externo, y su agresividad aumenta con el despotismo interno.

Esta rivalidad en los armamentos condujo a los gobiernos europeos a la necesidad de establecer el servicio militar obligatorio, que busca el mayor número de soldados con los menores gastos posibles.

Alemania fue la primera en tener esta idea y las otras naciones la imitaron. Y, entonces, todos los ciudadanos fueron llamados a la armas para mantener las injusticias que entre ellos se cometían, de modo que los ciudadanos se hicieron sus propios tiranos.

En el servicio militar obligatorio esta contradicción se hizo evidente. De hecho, el sentido del concepto social consiste en que el hombre, teniendo conciencia de la barbarie de la lucha entre individuos y de la falta de seguridad, llevó el sentido de su vida hacia la asociación de los individuos. Con el servicio militar obligatorio, los hombres, habiendo hecho todos los sacrificios posibles para evitar las crueldades de la lucha y la inestabilidad de la vida, están vergonzosamente llamados a correr todos los peligros que creían evitar y que, además, la asociación - Estado - por el que sacrificaron sus intereses personales corre los mismos peligros de muerte que amenazaban al individuo aislado.

Los gobiernos intentan ahorrar a los hombres la lucha entre individuos, dándoles la certeza de la inviolabilidad del régimen adoptado; sin embargo, exponen al individuo a los mismos peligros, con la diferencia de que, evitando la lucha entre individuos del mismo grupo, los preparan para una lucha entre grupos.

La creación del servicio militar obligatorio hace pensar en un hombre que, para que su casa no se derrumbe, la llena de escoras, puntales, vigas, tablas, de tal forma que sólo consigue mantenerla de pie haciéndola completamente inhabitable.

De igual forma el servicio militar obligatorio hace nulas todas las ventajas de la vida social que es llamado a defender.

Las ventajas de la vida social consisten en la seguridad de la propiedad y del trabajo, y en la posibilidad de una mejora general de las condiciones de vida. Pero, el servicio militar destruye todo esto.

Los impuestos recaudados para los gastos militares absorben la mayor parte del producto del trabajo que el ejército debe defender.

La incorporación de todos los hombres válidos al ejército compromete la propia posibilidad de trabajo. Las amenazas de guerra, siempre listas a estallar, hacen inútiles y vanas todas las mejoras de las condiciones de la vida social.

Si en otros tiempos se dijera a un hombre que sin el Estado él estaría expuesto a la agresiones de los delincuentes, de los enemigos internos o externos, que debería defenderse solo contra todos, que su vida sería amenazada, que, en consecuencia, sería ventajoso para él someterse a algunas privaciones para evitar estos males, el hombre habría podido creerlo, ya que el sacrificio que hacía para Estado le daba la esperanza de una vida tranquila y un orden social que no podía desaparecer. Pero hoy, que sus sacrificios desaparecieron, es natural que cada uno se pregunte así mismo si aún la sumisión al Estado no es completamente inútil.

Pero no reside en este hecho el fatal significado de este servicio militar, como manifestación de la contradicción que encierra el concepto social. La principal manifestación de esta contradicción consiste en que, con el servicio militar obligatorio, cada ciudadano se transforma en el sostén del orden social y participa en todos los actos del Estado, sin reconocerle la legitimidad.

Los gobiernos afirman que los ejércitos son necesarios, en todas partes, para la defensa externa. Es falso. Son principalmente necesarios contra los propios ciudadanos, y cada soldado participa a pesar de las violencias del Estado sobre los ciudadanos.

Para convencerse de esta verdad basta recordar lo que se comete en cada Estado, en nombre del orden y de la tranquilidad del pueblo, sirviéndose siempre del ejército como instrumento. Todas las peleas internas de dinastías o de partidos, todas las ejecuciones capitales que acompañan a estas agitaciones, todas las represiones de revueltas, todas las intervenciones de la fuerza armada para disipar los grupos o para impedir huelgas, todas las extorsiones de impuestos, todos los obstáculos a la libertad del trabajo, todo esto se hace, o directamente con la ayuda del ejército, o de la policía, apoyada por el ejército. Cada hombre que cumple el servicio militar participa en todas estas presiones que, a veces, le parecen ambiguas, pero, en la mayor parte del tiempo, totalmente contrarias a su conciencia.

Así, algunos hombres se niegan a abandonar la tierra que se cultiva de padre a hijo desde hace muchas generaciones, otros no quieren dispersarse como pretende la autoridad, otros no quieren pagar los impuestos, otros no quieren reconocer como obligatorias ciertas leyes que no hicieron, otros no quieren perder su nacionalidad y yo, que estoy cumpliendo las obligaciones del servicio militar, ¿estoy obligado a atacar a aquella gente? Yo no puedo, tomando parte en estas represiones, dejar de preguntarme a mí mismo si aun son justas o injustas y si debo contribuir con su ejecución.

El servicio militar obligatorio es el último grado de violencia necesario para mantener la organización social, es el límite extremo que puede alcanzar la sumisión de todos, es la clave cuya caída determinará la de todo el edificio.

Con los crecientes abusos de los gobiernos y con su antagonismo, se llegó a pretender de los gobernados no solo sacrificios materiales, sino también tales sacrificios morales, que cada uno se pregunte así mismo: ¿Puedo obedecer? ¿En nombre de quién debo hacer sacrificios? Y estos sacrificios se piden en nombre del Estado. En nombre del Estado me piden que sacrifique todo lo que puede apreciar el hombre: la felicidad, la familia, la seguridad, la dignidad humana. Pero ¿qué es entonces este Estado que pretende sacrificios tan terribles? ¿Por qué nos es, entonces, tan necesario?

El Estado, nos dicen, es necesario, en primer lugar, porque, sin el Estado, usted y yo, todos nosotros nos quedaremos sin defensa contra la violencia de los malvados; después, porque sin el Estado permaneceríamos como salvajes y no habríamos tenido ni religión, ni instrucción, ni educación, ni industria, ni comercio, ni medios de comunicación, ni otras instituciones sociales y, finalmente, porque sin el Estado habríamos corrido el riesgo de ser conquistados por pueblos vecinos.

“Sin el Estado, nos dicen, habríamos corrido el peligro de sufrir las violencias de los malvados en nuestra propia patria”

¿Pero quiénes son estos malvados de cuya maldad y de cuya violencia nos preservan nuestro Estado y nuestro ejército? Hace tres o cuatro siglos, cuando nos enorgullecíamos de nuestra habilidad militar y de nuestras armas, cuando matar era una acción gloriosa, existieron hombres de este tipo, pero hoy ya no existen, y los hombres de nuestro tiempo no llevan más armas, y cada uno predica leyes de humanidad, de piedad por el prójimo y desea aquello que deseamos nosotros, es decir, la posibilidad de una vida tranquila y estable que significa que no existan más delincuentes de los cuales el Estado nos deba proteger. Y, si el Estado nos debe defender de los hombres considerados criminales, sabemos que no son hombres de otra naturaleza, como las bestias feroces entre las ovejas, sino hombres como todos nosotros, que no encuentran, más que nosotros, satisfacción en cometer delitos. Sabemos, hoy, que las amenazas y los castigos no pueden hacer disminuir el número de estos hombres, y que éste no disminuirá sino por el cambio de ambiente y de la influencia moral. De modo que la protección del Estado contra los violentos, si era necesaria hace tres o cuatro siglos, no lo es hoy. Ahora, lo cierto es más bien lo contrario: la acción del gobierno con sus crueles métodos de coerción, atrasados para el estado de nuestra civilización, como las prisiones, la horca, la guillotina, participa mucho más a la barbarie de las costumbres que a su atenuación y, en consecuencia, crece, más de lo que disminuye, el número de los violentos.

“¡Sin Estado, nos dicen, no tendremos religión, educación, industria, comercio, medios de comunicación, u otras instituciones sociales!”

Sin el Estado, no habríamos podido organizar las instituciones que son necesarias para todos. Pero este asunto habría podido tener algún valor hace algunos siglos. Hubo un tiempo en que los hombres se comunicaban tan poco y en que los medios de aproximación y de cambio de ideas eran tan precarios, que no era posible tener acuerdos comerciales, industriales y económicos, sin un centro de Estado. Estos obstáculos, hoy, desaparecieron. Los medios de comunicación tan ampliamente desarrollados y el intercambio de ideas hicieron que, para la formación de las sociedades, corporaciones, congresos, instituciones económicas y políticas, los hombres de nuestro tiempo no solo puedan prescindir de los gobiernos sino, también, en la mayoría de las veces, sean cohibidos por el Estado que, en lugar de ayudarlos, los contraría en la ejecución de sus proyectos.

Al inicio del final del siglo pasado, casi todos los pasos de la humanidad, en lugar de ser promovidos fueron contrarios a los de los gobiernos. Así sucedió para la supresión de las penas corporales, de la tortura, de la esclavitud, para la instauración de la libertad de prensa y de la libertad de reunión. No sólo el gobierno no ayuda, sino que hasta se opone a cada movimiento, que daría lugar a nuevas formas de vida. La solución de las cuestiones obreras, agrarias, políticas,

religiosas, lejos de estar apoyadas, es contaría a la de la autoridad gubernamental.

“¡Sin el Estado y sin el gobierno, el pueblo habría sido conquistado por pueblos vecinos!”

Es inútil responder a este argumento; él se responde por sí solo. Nos dicen que el gobierno y su ejército nos son necesarios para defendernos de los pueblos vecinos, que nos podrían subyugar: pero lo que se dice de todos los gobiernos y en todas las naciones, y que, por lo tanto, sabemos muy bien, es que todos los pueblos de Europa exaltan los principios de libertad y de fraternidad. No deberían, entonces, defenderse unos a los otros. Pero, al hablarse de los bárbaros, la milésima parte de las tropas que en este momento componen el ejército bastaría para mantenerlos a distancia. Vemos, por lo tanto, precisamente lo contrario de aquello que nos dicen. No sólo la exageración de las fuerzas militares no nos preserva de las agresiones de nuestros vecinos, sino que, al contrario, podría ser el motivo de esta agresión.

A consecuencia de esto, cada hombre, inducido por el servicio militar obligatorio reflexiona sobre el gobierno en cuyo nombre se le pide el sacrificio del propio descanso, de la propia seguridad y de la vida, queda claro que nada justifica, hoy, este sacrificio.

No sólo es evidente que los sacrificios pedidos por el gobierno no tienen, en teoría, ninguna razón de ser, sino también en la práctica, es decir, en la presencia de las penosas condiciones en que el hombre se encuentre por culpa del Estado, cada uno ve necesariamente que satisfacer las exigencias del gobierno y someterse al reclutamiento militar es, a veces, más desventajoso que la rebelión.

Si la mayoría prefiere someterse, no es por la madura reflexión sobre el bien y el mal que de esto puede resultar, sino porque está, por así decirlo, hipnotizada. Obedeciendo, los hombres se someten simplemente a las órdenes que les son dadas, sin reflexionar y sin hacer un esfuerzo de voluntad. Para no obedecer, es necesario reflexionar con independencia, y esto se constituye en un esfuerzo del que no todos son capaces. Pero, si fuera apartado el significado moral de la sumisión o de la rebelión y consideradas sólo las ventajas materiales, se vería que la rebelión es, en general, más provechosa que la sumisión.

Quienquiera que yo sea, pertenezca yo a la clase acomodada y opresora o a la clase obrera y oprimida, en ambos casos las ventajas de la rebelión serán mayores que las de la obediencia.

Si pertenezco a la clase opresora, la menos numerosa, mi rechazo a obedecer al gobierno tendrá el inconveniente de hacerme procesar como rebelde, y lo mejor que me puede pasar es que me absuelvan, o sea, como se hace entre nosotros con los menonitas, que me obliguen a hacer mi tiempo de servicio, en trabajos civiles. Pero me pueden condenar a la deportación o a la prisión por dos o tres años (hablo de los casos que pasaron en Rusia) o tal vez por un periodo más largo. Me pueden hasta condenar a muerte, aunque tal condena sea improbable. He ahí los inconvenientes del rechazo a la obediencia.

Los inconvenientes de la sumisión son los siguientes: en el caso más favorable, no me mandarían a matar hombres, no me harían correr el riesgo de ser mutilado o muerto, pero me someterán a la esclavitud militar. Seré vestido con un uniforme de bufón, cada uno de aquellos que tenga un puesto me dará órdenes, desde el soldado raso hasta el mariscal de campo, cada uno me obligará a retorcer mi cuerpo a su placer y, tras haberme hecho servir de uno a cinco años, me dejarán todavía durante diez años en la condición de ser en cualquier instante llamado para ejecutar las órdenes que toda aquella gente me dará. En el caso menos favorable acontecerá que, además de esta esclavitud, me enviarán a la guerra, donde seré obligado a matar hombres de países extranjeros que nada me hicieron, donde se me puede mutilar o matar, o mandado hacia una muerte segura como en Sebastopol o, lo que es aun más cruel, puedo ser llevado a actuar contra mis propios compatriotas y ser obligado a matar a mis hermanos, por intereses dinásticos o gubernamentales, que me son del

todo extraños. Tales son los respectivos inconvenientes.

En cuanto a la ventajas de la obediencia o de la rebelión, son las siguientes: aquel que no rechazó el servicio militar, pasó por todas estas humillaciones y ejecutó toda esta crueldad puede, si no estuviera muerto, recibir en su vestido de bufón ornamentos rojos o dorados; puede, en el caso más afortunado, dar órdenes a centenares de miles de hombres embrutecidos como él y ser llamado mariscal de campo, y ganar mucho dinero.

El recalcitrante tendrá las ventajas de conservar su dignidad de hombre, de ser estimado por gente honrada y, sobre todo, de tener conciencia de realizar una obra de Dios, o sea, una obra útil a los hombres.

Tales son las ventajas y los inconvenientes, en los dos casos, para un hombre de la clase acomodada y opresora. En cuanto al hombre de la clase obrera, pobre, las ventajas y los inconvenientes serán los mismos, pero con un notable aumento de los inconvenientes; además de eso, participando en el servicio militar, consolida, con su apoyo, la opresión a la cual está sometido.

Pero la cuestión de la necesidad de un gobierno no se puede resolver con reflexiones sobre la mayor o más pequeña utilidad del Estado al cual los hombres prestan apoyo, participando en el servicio militar, y mucho menos con reflexiones sobre las ventajas o los daños de la sumisión o de la revuelta.

Esta cuestión sólo puede resolverse de modo definitivo, apelando a la conciencia de cada hombre a quién se le presenta, sin que él lo desee: el servicio militar obligatorio.

Capítulo VIII

Aceptación inevitable para hombres de nuestra sociedad de la doctrina de la no-resistencia al mal

A menudo se dice que, si el cristianismo fuera una verdad, debería haber sido aceptado por todos los hombres desde su aparición e instantáneamente cambiar las condiciones de la vida, haciéndola mejor. Sería como si se dijese que la semilla, a partir del momento en que puede germinar, debe dar simultáneamente el tallo, la flor y el fruto.

La doctrina de Cristo no es una jurisprudencia que, siendo impuesta por la violencia, puede cambiar de inmediato la vida de los hombres. Es un nuevo concepto de vida, más alto que el anterior, y un nuevo concepto de vida no puede ser prescrito, necesita ser libremente asimilado. Y solo puede ser libremente asimilado de dos maneras: una interna, espiritual, y la otra externa, experimental.

Algunos - la minoría - con una especie de instinto profético, adivinan inmediatamente la verdad de la doctrina y la siguen. Otros - la mayoría - no llegan a la verdad de la doctrina y a la necesidad de seguirla sino por una larga senda de errores, experiencias y sufrimientos.

La mayoría de la humanidad cristiana llegó hoy a esta necesidad de asimilación por la vía experimental externa.

A veces nos preguntamos si la corrupción del cristianismo, que es, todavía hoy, el principal obstáculo a su aceptación en su verdadero significado, podría ser necesaria. Y, sin embargo, los hombres llegaron, a través de esta corrupción del cristianismo, a la situación en la que hoy se encuentran y que era precisamente la condición necesaria para que la mayoría lo pudiera aceptar, en su verdadero significado.

Si el cristianismo puro hubiera sido propuesto desde el inicio, no habría sido aceptado por la mayoría, que le habría permanecido indiferente, como hoy le son indiferentes los pueblos de Asia. Habiéndolo aceptado en su forma pervertida, los hombres fueron sometidos a su influencia, segura, aunque lenta, y, por la larga senda de errores y sufrimientos, llegaron hoy a la necesidad de asimilarlo en su verdadero significado.

La corrupción del cristianismo y su aceptación bajo tal forma eran necesarias, como es necesario que la semilla sembrada en la tierra ahí permanezca durante cierto tiempo.

El cristianismo es una doctrina de verdad y, a la vez, una profecía. Hace 18 siglos, Cristo reveló la verdadera vida y simultáneamente predijo en lo que se convertiría la existencia de los hombres si, no se avienen a esta enseñanza, seguían viviendo según los antiguos principios.

Enseñando, en el Sermón de la Montaña, la doctrina que debe guiar a los hombres, Cristo dijo:

Así, todo aquel que oye éstas mis palabras y las pone en práctica será comparado a un hombre sensato que construyó su casa sobre la roca.

Cayó la lluvia, vinieron las inundaciones, soplaron los vientos y dieron contra la casa pero ella no cayó, porque estaba cimentada en la roca. Por otro lado, todo aquel que oye éstas mis palabras pero no las practica será comparado a un insensato que construyó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia, vinieron las inundaciones, soplaron los vientos y dieron contra la casa, y ella cayó. Y fue grande su ruina (Mateo 7, 24-27).

Y he ahí que, 18 siglos más tarde, se confirmó la profecía. No habiendo seguido la doctrina de Cristo, no habiéndose conformado a su precepto de la no-resistencia al mal, los hombres llegaron,

para su desagrado, a la inminencia de la ruina por Él prevista.

Los hombres, frecuentemente, creen que la cuestión de la no-resistencia al mal con la violencia sea una cuestión secundaria y que se puede olvidar. Pero, la vida misma la sitúa frente a cada hombre que piensa y reclama una solución. Desde que la doctrina de Cristo fue enseñada, esta cuestión es, en la vida social, tan importante como es para el viajero saber, al punto en que la carretera se bifurca, cuál de los dos caminos que se le presentan es el que debe seguir. Es necesario ir hacia adelante y no se puede decir: “No pensaré en esto y continuaré caminando como hice hasta ahora.” Había una carretera, ahora son dos: es necesario escoger.

Así, no se puede decir, después de que la doctrina de Cristo se hizo conocida a los hombres: “Viviré como antes, sin escoger entre la cuestión de la resistencia o de la no-resistencia al mal con la violencia.” Es absolutamente necesario, en cada nueva lucha, decidir si debimos o no oponernos, con violencia, a aquello que consideraremos como mal.

La cuestión de la resistencia o de la no-resistencia al mal nació cuando tuvo lugar la primera lucha entre los hombres, porque cada lucha no es sino la oposición, con violencia, a aquello que cada combatiente considera como un mal. Pero, antes de Cristo, los hombres no percibían que la resistencia, con la violencia, a aquello que cada uno considera como un mal únicamente porque su juicio es diferente al de su adversario es sólo uno de los métodos de terminar la lucha y que existe otro: aquel que consiste en no oponerse al mal con la violencia.

Antes de Cristo, los hombres sólo consideraban el primer método y actuaban de acuerdo, esforzándose para convencerse y convencer a los otros de que aquello que consideraban un mal era, a buen seguro, un mal. Y para tal, desde los más remotos tiempos, los hombres inventaron varias definiciones del mal, que eran obligatorias para todos; y estas definiciones fueron impuestas, unas veces como leyes recibidas por vía sobrenatural, otras veces como órdenes de hombres o de asambleas a las cuales se atribuía la infalibilidad.

Algunos hombres empleaban la violencia contra algún otro y se persuadían a sí mismos y a los demás de que empleaban esta violencia contra un mal reconocido como tal por todos.

Este método, cuya prepotencia no fue, durante largo tiempo, percibida por los hombres, fue utilizado desde las épocas más remotas, especialmente por aquellos que se apoderaron del poder. Sin embargo, con el progreso, mientras más se multiplicaron las relaciones, más se hacía claro que la oposición con la violencia a aquello que cada uno, por su lado, considera un mal era irracional; que la lucha no disminuía y que ninguna definición humana puede hacer con lo que algunos consideran un mal sea como tal aceptado por otros.

Ya en el tiempo del origen del cristianismo, en el lugar en que por primera vez apareció, en el imperio romano, era para la mayoría de los hombres evidente que aquello que Nerón y Calígula consideraban un mal no podría considerarse así por el resto. Ya en aquella época se comenzaba a comprender que las leyes que se hicieron pasar por divinas fueron escritas por los hombres, que los hombres no son infalibles, sea cual sea la autoridad externa de la cual estén investidos, y que los hombres falibles no se pueden hacer infalibles debido únicamente al hecho de reunirse en una asamblea a la cual llaman senado o algo semejante. Y Cristo enseñaba, entonces, su doctrina, que consiste no solo en el hecho de que no es necesario oponerse al mal con la violencia, sino también en un nuevo concepto de vida, cuya aplicación en la vida social tendría como resultado hacer desaparecer la lucha entre los hombres, no sometiendo una parte de ellos a algunas autoridades, sino prohibiendo que los hombres, sobre todo los que están en el poder, empleen la violencia contra cualquiera, en cualquier caso.

Esta doctrina no fue, entonces, aceptada, sino por un número bastante limitado de discípulos. La mayoría de los hombres, y sobre todo los que estaban en el poder, aun después de la aceptación

nominal del cristianismo, continuó resistiendo a la violencia que consideraban un mal. Todo permaneció de igual modo en la época de los emperadores romanos y bizantinos, e incluso más adelante.

La insuficiencia de la definición oficial del mal y de la resistencia con la violencia, ya evidente en los primeros siglos del cristianismo, se hace aun más clara después de la división del imperio romano en varios Estados de igual fuerza y en la época de las luchas entre estos y de sus luchas internas.

Pero los hombres no estaban preparados para aceptar la solución de Cristo y continuaban adaptando el antiguo modelo de la definición del mal al cual es necesario resistir con leyes obligatorias para todos e impuestas por la fuerza.

Unas veces el papa, otras el emperador, otras el rey, otras un cuerpo electivo, otras el pueblo decidían qué se debía considerar un mal y rechazar con la violencia. Pero, en el interior y en el exterior del Estado, siempre había hombres que no reconocían como obligatorios ni los decretos que se hacían pasar por la expresión de la voluntad divina, ni las leyes humanas a las cuales se daba un carácter sacro, ni las instituciones que deberían representar la voluntad del pueblo; hombres que consideraban un bien aquello que las autoridades existentes consideraban un mal, y que luchaban contra el poder.

Los hombres investidos de autoridad religiosa consideraban un mal aquello que algunos hombres y algunas instituciones, investidos del poder civil, consideraban un bien, y viceversa; y la lucha se hacía cada vez más acérrima. Y contra más los hombres empleaban la violencia, más se hacía evidente que este método es ineficaz, porque no existe y no puede existir una definición autorizada del mal, que pueda ser reconocida por todos.

La situación continuó igual durante 18 siglos y, hoy, el mundo llegó a la constatación cabal de que no puede existir una definición externa del mal, obligatoria para todos. El mundo pasó a no creer en la posibilidad de encontrar esta definición, pero ni siquiera en su utilidad, y los hombres que están en el poder ya no intentan demostrar que aquello que consideran un mal realmente lo sea. Lo que ellos consideraban un mal es lo que no les agrada. Y los hombres sumisos al poder aceptan esta definición, no porque la crean justa, sino porque no pueden obrar de otro modo. No porque sea un bien necesario y útil a los hombres, y porque lo contrario sería un mal, sino porque aquellos que están en el poder así lo desean. Ocurre que Niza se anexiona a Francia, Alsacia-Lorena a Alemania, Bohemia a Austria, Polonia es desmembrada, Irlanda y las indias son sometidas a Inglaterra, se declara la guerra a China, se matan a africanos, los americanos persiguen a los chinos, los rusos oprimen a los judíos, los propietarios rurales se apropian de la tierra que no cultivan, y los capitalistas, del producto del trabajo ajeno. Se llega entonces al hecho de que unos cometen violencias ya no en nombre de la resistencia al mal, sino en nombre de su interés y de su capricho, y que otros sufren la violencia no por que en ella vean, como antes, un medio para defenderlos del mal, sino porque no pueden evitarla.

Si el romano, si el hombre de la Edad Media, o nuestros rusos, como los conocí hace cincuenta años, estaban absolutamente convencidos de que la violencia del poder era necesaria para defenderlos del mal, que los impuestos, los diezmos, la esclavitud, la prisión, el knut, la deportación, las ejecuciones capitales, los soldados y las guerras eran una necesidad absoluta, es raro encontrar hoy un hombre que crea que todas las violencias cometidas defiendan a cualquiera del mal, que no perciba que la mayor parte de las violencias a las que es sometido o de las cuales participa es, por sí misma, una gran e inútil calamidad.

No existe hoy un hombre que no vea cómo es de inútil e injusto recaudar impuestos del pueblo trabajador para enriquecer operarios ociosos; cómo es de estúpido infligir un castigo a hombres corruptos y débiles y deportarlos de un lugar a otro, o encarcelando, una vez que, habiendo

asegurado su existencia y continuando desocupados, nada hacen que no sea corromperse y debilitarse cada vez más; como es de no solo estúpido e inútil sino también verdaderamente insensato y cruel arruinar al pueblo con armamento militar y diezmarlos con guerras que no pueden tener explicación alguna, ni justificación alguna. Y, sin embargo, estas violencias continúan y son incitadas por los mismos que perciben su inutilidad, su estupidez, su crueldad, y que con ellas sufren.

Los gobiernos de nuestro tiempo, tanto los más déspotas como los más liberales, volvieron a lo que Herzen también denominó “Gengis Khan con un telégrafo”⁵², es decir, una organización de violencia que tiene por principio el arbitrio más grosero y que se aprovecha, para la dominación y la opresión, de todos los perfeccionamientos creados por la ciencia para la vida social pacífica de hombres libres e iguales.

Los gobiernos y las clases dirigentes se apoyan hoy no sobre el derecho y tampoco sobre una apariencia de justicia, sino sobre una organización tan engañosa, gracias al progreso de la ciencia, que todos los hombres están presos en un círculo de violencia del cual no tienen posibilidad alguna de salir. Este círculo está compuesto de cuatro métodos de acciones sobre los hombres. Y estos métodos están unidos entre sí como los eslabones de una cadena.

El primer método, el más antiguo, es la intimidación. Ésta consiste en representar al régimen actual (cualquiera, la república más liberal o la más déspota monarquía) como algo sagrado e inmutable. Como consecuencia, se castigan con las penas más crueles cualquier tentativa de cambio. Este método fue empleado antiguamente y se emplea hoy, donde quiera que exista un gobierno: en Rusia contra los que son llamados nihilistas, en América contra los anarquistas, en Francia contra los imperialistas, los monarquistas, los comunistas y los anarquistas.

Las vías férreas, el telégrafo, los teléfonos, la fotografía, los métodos perfeccionados para hacer desaparecer a los hombres sin el asesinato, recluyéndolos perpetuamente en celdas aisladas, donde, ocultos de todos, mueren olvidados, y una cantidad de otras invenciones modernas de las que se sirven los gobiernos les dan una fuerza tal que, una vez que cae el poder en determinadas manos, con la policía oficial o secreta, con la administración y todo el ejército de inútiles, de carceleros y verdugos llenos de celo, no hay otra posibilidad de derrocarlos, por locos y crueles que sean.

El segundo método es la corrupción. Ésta consiste en tomar del pueblo sus riquezas por medio de los impuestos y distribuirlos a las autoridades que, en cambio, se encargan de mantener y aumentar la opresión. Estas autoridades compradas, desde los ministros a los escribientes, forman una invencible red de hombres unidos por el mismo interés: vivir en detrimento del pueblo. Estos se enriquecen tanto más cuanto mayor es la sumisión con que ejecutan las órdenes del gobierno, siempre y en todas partes, no reculando frente a cualquier obstáculo, en todos los ramos de la actividad, defendiendo con la palabra y con la acción la violencia gubernamental sobre la cual está basado su bienestar.

El tercer método es aquel que no puedo llamar de otro modo sino el del hipnotismo del pueblo. Consiste en detener el desarrollo moral de los hombres y, con diversas sugerencias, mantenerlos en el arcaico concepto de vida sobre el cual se basa el poder del gobierno. Este hipnotismo está, hoy, organizado de la forma más compleja, y su influencia va desde la infancia hasta la muerte. Este hipnotismo comienza en la escuela obligatoria, creada con este objetivo, donde se inculcan en los niños nociones que eran las de sus antecesores y que están en contradicción con la conciencia moderna de la humanidad. En los países que existe una religión de Estado, se enseñan a los niños catecismos estúpidos y blasfematorios, donde se plantea como deber la sumisión a las autoridades; en los países republicanos, se les enseña la salvaje superstición del patriotismo y la misma supuesta obligación de obedecer a los poderes. En una edad más avanzada, este hipnotismo prosigue con el

⁵² N. T2: frase que escribió el autor ruso Alexander Herzen, en su periódico Kolokol: “A lo que más temo es a Genghis Khan con un telégrafo”.

enaltecimiento de las supersticiones religiosas y patrióticas. La superstición religiosa se enaltece por la creación, con el dinero tomado del pueblo, de templos, procesiones, monumentos, fiestas, todo esto con la ayuda de la pintura, de la arquitectura, de la música, del incienso que embriaga y, sobre todo, con el mantenimiento del clero, cuya misión es embrutecer⁵³ a los hombres y mantenerlos constantemente en ese estado con la ayuda de la enseñanza, de la solemnidad de las ceremonias, de los sermones, y también con su intervención en la vida privada, en el nacimiento, en el matrimonio, hasta en la muerte. La superstición patriótica se enaltece con la creación de fiestas nacionales, espectáculos, monumentos y solemnidades que predisponen a los hombres a no reconocer otro valor que no sean los de su pueblo, otra grandeza que no sea la de su Estado y la de sus gobernantes, provocando, así, la hostilidad e incluso el odio contra otros pueblos. Además de esto, los gobiernos despóticos prohíben los libros y los discursos que iluminan al pueblo, y todos los hombres que pueden despertar de su sopor son deportados o encerrados en prisiones. Es más, todos los gobiernos, sin excepción, esconden del pueblo aquello que puede liberarlo y enaltecen lo que puede corromperlo, como la literatura que mantiene al pueblo en la barbarie de las supersticiones religiosas y patrióticas, o los placeres sensuales: espectáculos, circos, teatros, así como los medios materiales de embrutecimiento, como el tabaco y el alcohol, que son la principal fuente de recaudación del Estado. Hasta la prostitución se enaltece, porque no solo se reconoce, sino que también está organizada por la mayoría de los gobiernos.

El cuarto método consiste en escoger, entre todos los hombres unidos y embrutecidos con la ayuda de los tres métodos precedentes, un cierto número de individuos, para hacerlos instrumentos pasivos de todas las crueldades necesarias al gobierno. Se llega al punto de embrutecerlos aun más y de hacerlos salvajes, escogiéndolos entre los adolescentes, cuando aún no pudieron formar un concepto claro de moralidad y aislándolos de todas las condiciones naturales de la vida - la casa paterna, la familia, la ciudad natal, el trabajo útil -, los encierran en cuarteles, los visten con trajes militares, los obligan con gritos, tambores, música, objetos brillantes a hacer diariamente ejercicios físicos, inventados expresamente. Y ellos caen, con estos medios, en un estado de hipnosis tal que dejan de ser hombres y se hacen máquinas sin raciocinio, dóciles a la voluntad del hipnotizador. Son estos jóvenes y fuertes (actualmente todos los jóvenes, gracias al servicio militar obligatorio) que, hipnotizados, armados y listos para el asesinato a la primera orden del gobierno, constituyen el cuarto y principal método de opresión.

Con este método se cierra el círculo de la violencia.

La intimidación, la corrupción, el hipnotismo crean soldados, los soldados dan el poder, el poder da el dinero con el que se compran las autoridades y se reclutan a los soldados.

Es un círculo en el cual todo se encadena estrechamente y de donde es imposible salir por medio de la violencia.

Aquellos que creen posible liberarse por medio de la violencia, o solamente mejorar esta situación derribando un gobierno para sustituirlo por otro bajo el cual la opresión ya no será necesaria, se engañan, y sus esfuerzos en este sentido, en vez de mejorar la situación, la empeoran. Sus tentativas proporcionan al gobierno un pretexto para aumentar su poder y su despotismo.

Aun admitiendo que, a consecuencia de circunstancias especialmente desfavorables al gobierno, éste fuera derribado por la fuerza, como ocurrió en Francia en 1870, y que el poder pasara a otras manos, este poder no podría ser menos opresor porque, teniendo que defenderse de todos sus enemigos desposeídos y exasperados, sería forzado a ser hasta más déspota y más cruel que el anterior, como ocurrió durante todos los periodos revolucionarios.

53 N. T2: embrutecer: Volver torpe o mermar considerablemente la capacidad de raciocinio: ese trabajo te embrutece. Definición tomada de Wordreference.

Si los socialistas y comunistas consideran un mal la organización individualista y capitalista de la sociedad, si los anarquistas consideran un mal cualquier organización gubernativa, existen monárquicos, conservadores y capitalistas que consideran un mal la organización socialista, o comunista, y la anarquía, y cada uno de estos partidos no tiene otro medio que no sea la violencia para fundar un régimen al cual todos sean sometidos. Cualquier partido que triunfe, éste necesita, para instituir un nuevo orden y para conservar el poder, no solo utilizar los medios de violencia consagrados sino también inventar nuevos. Los oprimidos ya no serán los mismos; la opresión tomará nuevas formas y, lejos de desaparecer, se hará más cruel, porque la lucha habrá aumentado el odio entre los hombres.

La situación de los cristianos, y sobre todo su ideal, lo prueban con sorprendente evidencia.

Sólo queda, hoy, un sector de dominio no ejercido por el poder: el dominio de la familia y de la economía doméstica, el campo de la vida privada y del trabajo. Pero, gracias al movimiento comunista y socialista, éste está, poco a poco, invadiéndolo el gobierno, de modo que el trabajo y el descanso, el domicilio, el vestuario, el alimento, si se realizara el deseo de los reformadores, no tardarían en estar sujetos a normativas⁵⁴.

Todo el largo camino de la vida de las naciones cristianas, durante 18 siglos, destaca necesariamente la obligación de resolver la cuestión que habían evitado, de la aceptación o de la no-aceptación de la doctrina de Cristo y lo que de ella resulta, la resistencia o la no-resistencia al mal con la violencia, pero con la diferencia de que, antes, los hombres podían aceptarla o rechazarla, mientras hoy esta solución es inevitable, por ser la única que los puede liberar de la esclavitud en que, por sí mismos, se enmarañan, como en una red.

Pero no es solo esta cruel situación lo que obliga a los hombres a reconocer la doctrina de Cristo. La verdad de esta doctrina se hizo evidente, a medida que se hizo también evidente la falsedad de la organización pagana.

No vanamente, durante 18 siglos, los mejores hombres de la humanidad cristiana, comprendiendo la verdad de la doctrina, la predicaron, a pesar de todas las amenazas, todas las privaciones, todos los sufrimientos. Ellos esculpían, con su martirio, la verdad de la doctrina en el corazón de los otros hombres.

El cristianismo penetraba en la conciencia no solo a través del camino negativo de la demostración de la imposibilidad de la vida pagana, sino también a través de su simplificación, por su claridad, por la liberación de las supersticiones a las cuales estaba mezclado y por su difusión en todas las clases.

No transcurrieron 18 siglos de cristianismo sin tener una influencia sobre los hombres que lo aceptaron también de forma externa. Estos 18 siglos hicieron que, aun continuando a vivir la vida pagana que ya no corresponde a la edad de la humanidad, los hombres percibieran nítidamente toda la miseria de la situación y creyeran, en el fondo del alma (solo viven porque creen), que la salvación está sólo en la observancia de la doctrina cristiana en todo su significado. ¿Cuándo y cómo se obtendrá la salvación? Las opiniones son varias, conforme al desarrollo intelectual y los prejuicios de cada ambiente. Pero cada hombre de nuestra sociedad culta reconoce que nuestra salvación está en la doctrina cristiana.

Algunos, entre los fieles que admiten el carácter divino de la doctrina, piensan que la salvación vendrá cuando todos crean en Cristo, cuya segunda venida está próxima; otros, que reconocen igualmente la divinidad de la doctrina de Cristo, creen que la salvación vendrá de la iglesia, que ella someterá a todos los hombres, les inculcará las virtudes cristianas y transformará sus vidas; otros, que no reconocen a Cristo como Dios, aún creen que la salvación será una consecuencia del

54 N. de T2: de hecho hoy día ya lo están

progreso lento y gradual que poco a poco sustituirá los principios de la vida pagana, por la igualdad, por la libertad y por la fraternidad, o sea, por los principios cristianos; otros, finalmente, que tienen fe en la reorganización social, creen que la salvación vendrá cuando, después de una revolución, los hombres estén obligados a vivir bajo el régimen de la comunión de bienes, bajo la ausencia de cualquier gobierno, y del trabajo colectivo y no individual, es decir, cuando se haya realizado uno de los aspectos de la doctrina cristiana. De un modo o de otro, todos los hombres de nuestro tiempo no solo reconocen en el fondo de su conciencia la insuficiencia del orden actual que llega a su fin, sino que también reconocen, muchas veces sin sospecharlo e incluso considerándose adversarios del cristianismo, que la salvación está en la aplicación, en la vida, de la doctrina cristiana o de una parte de la doctrina en su verdadero significado.

El cristianismo, como dijo su Fundador, no tuvo la posibilidad de llevarse a cabo de una sola vez para la mayoría, sino que necesitó crecer lentamente, como un gran árbol, salido de una pequeña semilla. Y así creció y se desarrolló hasta hoy, sino en la realidad externa, al menos en la conciencia de los hombres.

Hoy, ya no es solo la minoría, la que siempre comprendió la doctrina, la que reconoce su verdadero significado, sino que también la gran mayoría, aparentemente tan distante del cristianismo por su vida social.

Observe las costumbres de los individuos aislados, escuche su evaluación de los hechos, su juicio de unos y otros, escuche hasta los sermones y los discursos públicos, las enseñanzas que padres y educadores dan a la juventud, y verán que, por más distantes que estén los hombres, debido a su vida social basada en la violencia, de la realización de la verdad cristiana, en la vida privada lo que todos consideran como bueno es el conjunto de las virtudes cristianas, y como ruin cada vicio anticristiano. Aquellos que se dedican con abnegación al servicio de la humanidad están considerados los mejores. Los egoístas, los que se aprovechan de la desventura ajena, están considerados los peores. Ciertos ideales no-cristianos, como la fuerza, el coraje, la riqueza, existen aún, pero ya están desfasados y ya no son aceptados por todos. Al contrario, los que son universalmente reconocidos y obligatorios para todos son nada más los ideales cristianos.

La situación de nuestra humanidad cristiana, si fuera posible observarla desde fuera, con la crueldad y con todo el servilismo de los hombres, nos parecería realmente terrible. Pero, si fuera observada con los ojos de la conciencia, el espectáculo sería completamente distinto.

Todo el mal de nuestra vida parece existir sólo porque existe hace mucho tiempo y porque los hombres que lo cometen aún no pudieron aprender a no volver a hacerlo, pues en realidad no lo quieren hacer.

Todo este mal parece tener una causa independiente de la conciencia de los hombres. Por extraño y contradictorio que pueda parecer, no es menos verdad que todos los hombres de nuestro tiempo detestan el régimen que, sin embargo, sostienen.

Creo que es Max Muller quien cuenta la sorpresa de un indio convertido al cristianismo, el cual había asimilado su esencia, y que, viniendo a Europa, vio como vivían los cristianos. Quedó perplejo delante de la realidad tan absolutamente opuesta a lo que hubo imaginado encontrar entre los pueblos cristianos. Nosotros no nos asombramos con la contradicción que existe entre nuestras creencias y las instituciones y costumbres, porque las influencias que ocultan esta contradicción actúan también sobre nosotros. Si solo observáramos nuestra vida desde el punto de vista de aquel indio que había comprendido el cristianismo en su verdadero significado, si miráramos de frente esa barbarie salvaje de la que nuestra vida está repleta, regularíamos aterrados delante de las contradicciones en medio de las cuales vivimos sin percibir.

Basta recordar las previsiones de la guerra, las granadas, las balas plateadas, las minas... y la cruz

roja; las prisiones celulares, las experiencias de electro-ejecución... y la preocupación del bienestar de los prisioneros; la actividad filantrópica de los ricos... y su vida que produce los pobres a los cuales prestan socorro. Y estas contradicciones no vienen, como se podría creer, del hecho de que los hombres fingen ser cristianos, mientras, al contrario, son paganos, sino del hecho de que los hombres sienten que les falta algo, o que existe una fuerza que les impide ser aquello que deberían y les gustaría ser. Los hombres de nuestro tiempo no demuestran odiar la opresión, la desigualdad, la desunión y todas las crueldades contra los hombres y hasta contra los animales; no, ellos realmente detestan todo eso, pero no saben como hacerlo desaparecer, y no se deciden a abandonar lo que mantiene todo eso y que les parece necesario.

De hecho, pregunte a cada individuo, por separado, si él considera loable y digno de un hombre de nuestro tiempo tener una ocupación que le procura un sueldo desproporcionado a su trabajo; exigir del pueblo - muchas veces miserable - tasas destinadas a pagar cañones, navíos de guerra, instrumentos de muerte para combatir a hombres con los cuales queremos vivir en paz y que tienen el mismo deseo; o dedicar toda la vida, por un salario, a organizar la guerra o a instruirse e instruir a los demás para la masacre. Pregúntele también si es loable y digno, o aun conveniente, a un cristiano tener por ocupación remunerada la de arrestar a pobres marginales, muchas veces analfabetos, borrachos, con el pretexto de que se apropiaron de los bienes ajenos, en proporciones mucho más pequeñas de las nuestras, o por matar de un modo diferente de aquel que nos es habitual; ¿encarcelarlos, torturarlos, matarlos por esto? ¿Es loable, es digno del hombre y del cristiano, siempre por dinero, enseñar al pueblo, en vez del cristianismo, flagrantes supersticiones, groseras y peligrosas? ¿Es loable y digno del hombre tomar por placer aquello que es indispensable a las necesidades primarias del prójimo, como hacen los grandes propietarios de tierras? ¿U obligarlo a un trabajo superior a sus fuerzas, como hacen los propietarios de fábricas o fabricantes para aumentar sus posesiones? ¿O aprovecharse de las necesidades de los hombres para aumentar la propia riqueza, como hacen los comerciantes? Y cada uno de ellos, aisladamente, sobre todo al hablar de algún otro que no sea él, responderá que no. Y, con todo, el mismo hombre que ve toda la ignominia de estos actos, a los cuales no es forzado por nadie, a menudo sin provecho material de un salario, por una simple vanidad pueril, por una baratija de esmalte, por un pedazo de cinta, por un galón que se le permitirá llevar, se alistará voluntariamente en el servicio militar; se hará juez instructor o juez de paz, ministro, comisario, arzobispo o sacristán, funciones que lo obligarán a cometer actos de los cuales no puede ignorar la deshonra y la ignominia.

Sé que muchos de estos hombres intentarán probar con desenvoltura que todo esto es no solo legítimo, sino también necesario. Dirán, en su defensa, que la autoridad viene de Dios, que las funciones del Estado son necesarias para la felicidad de la humanidad, que la riqueza no es contraria al cristianismo, que se dijo al joven rico que no dé sus propios bienes a no ser que deseara alcanzar la perfección, que la distribución de las riquezas y el comercio deben existir tal como son y que benefician a todos; pero, a pesar de todos los esfuerzos para engañarse y engañar a los demás, todos estos hombres saben que lo que hacen es contrario a aquello en cuyo nombre viven y, en el fondo de sus corazones, cuando se quedan a solas con su conciencia, se avergüenzan y sufren con los recuerdos de sus acciones, sobre todo cuando otros les demuestran sus villanías. Crean o no en la divinidad de Cristo, el hombre de nuestro tiempo no puede ignorar que participar, sea como soberano, sea como ministro, alcalde o guardia rural, en la venta de la última vaca de una pobre familia para satisfacer al fisco, y emplear este dinero en la compraventa de cañones o en salarios y pensiones de funcionarios ociosos e inútiles, que viven en el lujo; o participar en la encarcelación de un padre de familia, que nosotros mismos corrompemos, y reducir a su familia a la mendicidad; o participar en saqueos y masacres de guerras; o participar en enseñanza de supersticiones bárbaras, iconólatras, en lugar de la Ley de Cristo; o apoderarse de la vaca que entró en nuestra propiedad y cuyo dueño no posee tierra; en hacer a un pobre pagar por un objeto el doble de su valor por el único hecho de que él es pobre: ningún hombre puede ignorar que todas esas acciones son malas,

vergonzosas.

Todos saben que aquello que hacen es malo, y por nada en el mundo lo harían, si pudieran reaccionar contra las fuerzas que, cerrando sus ojos hacia la criminalidad de estas acciones, los llevan a cometerlas.

Nada como el servicio militar obligatorio hace más evidente la contradicción que sufren los hombres de nuestro tiempo; es la última expresión de la violencia.

Si no percibimos esta contradicción no es porque este estado de armamento mundial vino progresivamente, insensiblemente, y porque los gobiernos disponen para mantenerlo de todos los medios de intimidación, de corrupción, de insensibilización y de violencia. Esta contradicción se hizo, para nosotros, tan habitual que no vemos toda la estupidez y la terrible inmoralidad de las acciones de los hombres que escogen libremente la profesión de asesinos como algo honrado, o de aquellos desgraciados que consienten en servir en el ejército, o hasta de aquellos que, en países donde no existe el servicio militar obligatorio, abandonan su trabajo por el reclutamiento de soldados y por los preparativos de la masacre.

Son todos cristianos, u hombres que profesan la humanidad o el liberalismo, y saben que, cometiendo esas acciones, participan en los asesinatos más insensatos, más inútiles, más crueles.

Más aún, en Alemania, la cuna del servicio militar obligatorio, Caprivi expresó lo que se ocultaba cuidadosamente, que los hombres que sea necesario matar no serán solo extranjeros, sino nacionales: los mismos obreros que proporcionan el mayor número de soldados. ¡Y esta confesión no abrió los ojos de los hombres, no los aterró! Y después, como antes, marchan como ovejas y se someten a todo lo que de ellos se espera.

Y esto no es todo: el emperador de Alemania explicó recientemente, con mayor precisión, la misión del soldado, agradeciendo y recompensando a un soldado que había matado un prisionero, que indefenso, intentaba huir. Recompensando una acción siempre considerada como vil e infame, incluso por hombres del más bajo grado de moralidad, Guillermo II mostró que el deber principal y más apreciado del soldado es ser un verdugo, y no como un verdugo profesional que sólo mata a los criminales condenados, sino un verdugo de todos los inocentes que el jefe le ordena matar.

Pero aún no está todo. En 1892, el mismo Guillermo, el *enfant terrible* del poder, que dice en voz alta lo que otros se contentan en pensar, dijo públicamente lo que sigue, reproducido el día siguiente por un sin número de periódicos.

¡Reclutas! ¡Delante del altar y del siervo de Dios, vosotros me habéis jurado lealtad! Sois aún demasiado jóvenes para comprender toda la importancia de lo que aquí se ha dicho, pero mirad, ante todo, de obedecer a las órdenes y a las instrucciones que os serán dadas. Vosotros me habéis jurado fidelidad, jóvenes de mi guardia; *ahora sois por lo tanto mis soldados, a mí pertenecéis, pues, en cuerpo y alma*. Para vosotros, hoy, no existe sino un enemigo, aquel que es *mi enemigo*. *En estos días de sedición socialista, podría ocurrir que yo os ordenara disparar a vuestros parientes, a vuestros hermanos, también a vuestros padres, a vuestras madres (¡que Dios lo impida!); aun así deberéis obedecer mis órdenes sin hesitar*⁵⁵.

Este hombre expresa todo aquello que los gobernantes inteligentes piensan, pero cuidadosamente ocultan. Dice abiertamente que aquellos que sirven en el ejército están a su servicio y deben estar preparados, para su beneficio, a matar a sus hermanos y a sus padres.

Con las palabras más brutales, expresa francamente el horror del delito para el cual se instruyen los hombres que sirven al ejército, todo el abismo de humillación en el cual se precipitaron, prometiendo obediencia.

Como un hipnotizador audaz, él experimenta el grado de insensibilidad del hipnotizado. Le

55 N. T2 :hesitar : dudar

aplica sobre la piel un hierro ardiente; la piel humeante, arrugada, pero el adormecido no despierta.

Guillermo II, un enfermo, miserable, ebrio de poder, ofende con estas palabras todo lo que puede haber de sagrado para el hombre moderno, y los cristianos, los librepensadores, los hombres cultos, todos, lejos de indignarse con esta ofensa, ni siquiera la tienen en consideración. La última, la extrema prueba se propone a los hombres, en su forma más grosera. Ellos ni siquiera perciben que se trata de una prueba, que tienen una elección que hacer; saben que nada tienen que hacer además de someterse pacíficamente. Se podría pensar que estas palabras insensatas que ofenden todo lo que el hombre tiene por sagrado debieran indignarles; pero no. A todos los jóvenes de toda Europa se les somete a esta prueba y, salvo raras excepciones, reniegan a todo lo que existe de sagrado y aceptan de buen grado la perspectiva de abrir fuego sobre sus hermanos y padres, para obedecer a la orden del primero loco que aparecer, ridículamente vestido con un uniforme con galones rojos y dorados.

Un salvaje cualquiera tiene siempre algo sagrado por lo cual está dispuesto a sufrir. ¿Dónde está entonces ese algo sagrado para el hombre moderno? Le dicen: "Serás mi siervo, y esta servidumbre te obligará a matar también a tu propio hermano" - y él, a veces muy instruido, entrega tranquilamente su cuello al yugo. Le visten con un traje grotesco, le ordenan que salte, haga gestos, reverencie, mate, y todo lo hace pacíficamente. Y, cuando lo licencian, él vuelve, como si nada hubiera pasado, a la antigua vida ¡y continúa hablando de la dignidad del hombre, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad!

"Pero ¿qué hacer?" - pregunta alguien, algunas veces, con sincera perplejidad. "Si todos se negaran a hacer el servicio militar, comprendería, pero yo solo difícilmente sufriré sin alguna utilidad para alguien".

Y es verdad; el hombre que sigue el concepto social de la vida no puede negarse. El objetivo de su vida es la felicidad. Para él, personalmente, es mejor someterse, y se somete.

Se haga lo que se haga, cualquier sufrimiento, cualquier humillación por la que deba pasar, se someterá, porque solo nada puede, pues no tiene un principio en nombre del cual podría oponerse, solo, a la violencia. Y unirse, ellos no pueden; les impiden hacerlo aquellos que los dirigen.

Se dice muchas veces que la invención de terribles armas de guerra acabará por hacer la guerra imposible. Es falso. Así como se pueden aumentar los medios de exterminio, se pueden aumentar los medios para someter a los hombres a un concepto social. Matadlos a miles, a millones, hacedlos pedazos, ellos irán de la misma forma hacia la masacre como un rebaño estúpido. Hacerlos caminar siendo azotados por unos y autorizados por otros a emplear pedazos de cintas y galones.

Y es con una sociedad así, compuesta de hombres embrutecidos dispuestos a prometer matar a sus propios parientes, que ciertos hombres públicos - conservadores, liberales, socialistas, anarquistas - desearían construir una sociedad racional y moral. Como con vigas contorsionadas y podridas no es posible construir una casa, así con hombres de esta especie no es posible organizar una sociedad moral y racional. Estos pueden constituir solo una manada dirigida con gritos y el látigo del pastor. Y es lo que acontece.

Y he ahí, de un lado, a los hombres que se llaman cristianos, que defienden la libertad, la igualdad, la fraternidad, aquí están ellos preparados, en nombre de la libertad, para una sumisión de las más humillantes, de las más serviles; en nombre de la igualdad, dividir a los hombres, solamente por los indicios externos e ilusorios, en clases superiores e inferiores, en aliados y enemigos, y en nombre de la fraternidad matar a sus hermanos⁵⁶. La contradicción entre la conciencia y la vida y, por lo tanto, el desdoblamiento de nuestra existencia, alcanzó su límite extremo. La organización de

⁵⁶ El hecho de que, entre ciertos pueblos, como los ingleses y los americanos, no exista servicio militar obligatorio (aunque ya algunas voces se levantan para exigirlo) en nada cambia la situación servil de los ciudadanos para con los gobiernos. En nuestro país, cada cuál debe ir a matar personalmente o hacerse matar; en el país de ellos, cada uno debe dar su trabajo para el reclutamiento y para la instrucción de los asesinos.

la sociedad basada en la violencia, que tenía el objetivo de asegurar la vida familiar y social, condujo a los hombres a la perfecta negación y al aniquilamiento de estas ventajas.

La primera parte de la profecía se confirmó con una serie de generaciones que no aceptaron la doctrina evangélica, y sus descendientes llegaron hoy a la absoluta necesidad de experimentar la exactitud de la segunda parte.

CAPÍTULO IX

La aceptación del concepto cristiano de la vida preserva a los hombres de los males de nuestra vida pagana

La situación de las naciones cristianas en nuestra época es tan penosa como en la era pagana. Bajo muchos aspectos y en especial bajo el punto de vista de la opresión, es aun más cruel.

Pero, entre la situación de los hombres de la Edad Antigua y la de los hombres de hoy, existe la misma diferencia que entre las plantas de los últimos días de otoño y de los primeros días de la primavera. En la naturaleza otoñal, la decrepitud aparente corresponde a la real decadencia interna; pero, en la primavera, se encuentra en sensible contradicción con el estado de animación interna, por cuanto está de pasada para una nueva expresión de vida.

Lo mismo ocurre con la similitud externa entre la vida pagana y la de hoy: el estado moral de los hombres es totalmente distinto. En aquel entonces, el régimen de esclavitud y crueldad estaba en perfecto acuerdo con la conciencia de los hombres, y cada paso al frente ampliaba este acuerdo; ahora, el régimen actual está en absoluta contradicción con la conciencia cristiana, y cada paso al frente amplía esta contradicción.

Resultan de ahí sufrimientos inútiles. Parece un parto difícil: todo está preparado para una nueva vida, pero ésta tarda en aparecer.

La situación parece no tener salida; y así sería en realidad, si el hombre no fuera capaz, por un concepto más alto de vida, de librarse de esos lazos que parecen atarlo fuertemente.

Y este concepto más alto es el del cristianismo, enunciado hace 18 siglos.

Bastaría que el hombre asimilara este concepto para ver caer por sí solas las cadenas que le parecen tan fuertes y sentirse, de pronto, enteramente libre, como un pájaro que alza el vuelo por primera vez.

Se habla de liberar a la iglesia de la tutela del Estado, de dar libertad a los cristianos. Hay en esto un malentendido. La libertad no puede concederse ni robarse a los cristianos: es su propiedad inalienable; y al hablar de darla o retomarla, se trata evidentemente no de los verdaderos cristianos, sino de aquellos que solo usan este nombre. ¡El cristiano no puede dejar de ser libre, porque nada y nadie puede detener o hasta retardar su camino hacia el objetivo por él preestablecido! Para sentirse libre de cualquier poder humano, bastaría que el hombre concibiera su vida según la doctrina de Cristo, o sea, comprendiera que su vida no pertenece ni a él mismo, ni a su familia, ni a su patria, sino solamente a Aquel que la concedió, y que, por lo tanto, debe observar no la ley de su personalidad, de su familia o de su patria, sino la ley que nada limita, la ley de Aquel del cual proviene. Le bastaría comprender que el objetivo de toda vida es observar la ley de Dios porque, delante de esta ley que da origen a todas las otras, todas las leyes humanas asumirían su carácter obligatorio.

El cristiano se libera, así, de cualquier poder humano por el hecho de que considera la ley del amor, innata en cada uno de nosotros y hecha consciente por Cristo, como la única norma de vida. El cristianismo puede alcanzarse por la violencia, privado de su libertad material, dominado por las pasiones (aquel que comete pecado es esclavo del pecado), pero no puede dejar de ser libre, no se le puede obligar, por algún peligro o por alguna amenaza, a cometer una acción contraria a su conciencia. No puede ser obligado porque las privaciones y el sufrimiento que son tan fuertes contra los hombres del concepto social de la vida, no actúan sobre él. Las privaciones y sufrimientos, que quitan a los hombres, por medio del concepto social, la felicidad para la cual viven, lejos de

comprometer la del cristiano, que reside en el cumplimiento de la voluntad de Dios, la hacen al contrario más intensa, porque él sufre por Dios.

Por eso el cristiano no puede cumplir los mandamientos de la ley externa, cuando no están de acuerdo con la ley divina del amor, como ocurre con las exigencias de los gobiernos, y no puede ni siquiera someterse a nadie ni a nada sea lo que sea, ni reconocer sumisión alguna.

La promesa de sumisión a cualquier gobierno - este acto considerado como la base de la vida social - es la negación absoluta del cristianismo, porque prometer con antelación ser sumiso a las leyes elaboradas por los hombres significa traicionar al cristianismo, el cual no reconoce, para todas las circunstancias de la vida, sino la única ley divina del amor.

En la época del antiguo concepto, era posible prometer cumplir la voluntad del poder sin infringir la de Dios que consistía en la circuncisión, en la observancia del día de sábado, en la abstención de ciertos alimentos. Una cosa no contradecía la otra. He ahí, exactamente, lo que distingue la religión cristiana de aquellas que la precedieron. Ésta no reclama del hombre determinados actos negativos externos, pero lo sitúa, en relación a sus semejantes, en una posición, de la cual pueden resultar actos muy diferentes que no se podrían definir con antelación. Por eso el cristiano no puede prometer cumplir una voluntad ajena sin saber en qué consiste ésta, ni obedecer a las leyes humanas variables, ni prometer hacer o no hacer algo en un determinado tiempo, porque él ignora en qué momento la ley cristiana del amor, para la cual vive, le pedirá algo y qué le pedirá. Con tal promesa, el cristiano declararía que la ley de Dios ya no es la única ley de su vida.

El cristiano que prometiera obedecer a las leyes humanas sería como un obrero que, comenzando a servir a un patrón, prometiera al mismo tiempo obedecer las órdenes de un extraño. No es posible servir a dos patrones al mismo tiempo.

El cristiano se libera del poder humano por el hecho de que reconoce solamente la voluntad de Dios. Y esta liberación acontece sin luchas, no por la destrucción de las formas actuales de vida, sino por la modificación del concepto de vida. Esta liberación acontece porque el cristiano, sometido a la ley del amor a él revelada por el Maestro, considera cualquier violencia inútil y condenable, y también porque las privaciones y los sufrimientos que dominan al hombre social son para él sólo condiciones ineludibles de la existencia y porque soporta pacientemente, sin rebelarse, las enfermedades, la carestía y las otras calamidades.

El cristiano actúa según la profecía que aplicó su Maestro: "Él no discutirá ni clamará; ni su voz en las calles se oirá. Él no quebrará caña rota ni apagará la mecha que aún humea, *hasta que lleve a la Victoria a Juicio*" (Mateo 12,19-20).

El cristiano no discute con otro, no ataca al prójimo, no usa la violencia con nadie. Al contrario, soporta la violencia con resignación y, así, se libera y libera al mundo de cualquier poder externo.

"Conoceréis la verdad y la verdad os salvará." Si hubiera dudas de que el cristianismo es una verdad, la libertad perfecta, experimentada sin restricciones por el hombre tan inmediatamente éste asimile el concepto cristiano de la vida, sería una prueba indiscutible de su verdad.

Los hombres, en su actual estado, se asemejan a un enjambre que cuelga de una rama. Su situación es provisional y debe, a cualquier precio, cambiar. Es necesario que él vuele y busque otra vivienda. Cada una de las abejas sabe esto y desea cambiar esta situación, pero están presas unas a las otras y no pueden volar todas juntas, y el enjambre permanece en suspensión. Parece que no habría salida ni para las abejas, ni para los hombres presos en la red del concepto social, si cada uno no estuviese dotado de la facultad de asimilar el concepto cristiano.

Si ninguna abeja levantara el vuelo sin esperar a las otras, el enjambre nunca cambiaría de lugar, y si el hombre que asimiló el concepto cristiano no viviera según este concepto, la humanidad nunca cambiaría su situación. Pero, como basta que una abeja abra las alas y vuele, para que una

segunda, una tercera, una décima, una centésima, la sigan, y, así, todo el enjambre levantará el vuelo libremente; de igual forma bastaría que un solo hombre viviera según las enseñanzas de Cristo para que un segundo, un tercero, un centésimo siguieran su ejemplo, haciendo desaparecer el círculo vicioso de la vida social, del cual no parece haber salida.

Pero los hombres encuentran ese método muy largo y buscan algún otro que los pueda liberar a todos de una sola vez. Sería como si las abejas encontraran muy lento desprenderse una a una y quisieran que todo el enjambre levantara el vuelo de una sola vez. Pero esto es imposible, y mientras que la primera, la segunda, la tercera, la centésima no abran las alas y vuelen, todo el enjambre permanecerá inmóvil. Mientras cada cristiano no viva aisladamente según su doctrina, las nuevas formas de vida no se establecerán.

Uno de los más extraños fenómenos de nuestro tiempo es que la propaganda de la esclavitud, hecha por los gobiernos que de ella necesitan, está hecha también por partidarios de las teorías sociales que se consideran los apóstoles de la libertad.

Estos hombres anuncian que la mejora de las condiciones de vida, el acuerdo entre la realidad y la conciencia, ocurrirá no en consecuencia de esfuerzos personales de individuos aislados, sino con una violenta reorganización de la sociedad, que se producirá por sí sola, no se sabe cómo. Dicen que no debemos caminar hacia el objetivo con nuestras propias piernas, sino que es necesario esperar que se introduzca bajo nuestros pies una especie de suelo móvil que nos llevará hacia donde debemos ir. Por eso debemos permanecer quietos y dirigir todos nuestros esfuerzos hacia la creación de ese suelo imaginario.

Desde el punto de vista económico, se sostiene una teoría que se puede formular así: “Cuanto peor, mejor.” Se dice que cuanto mayor la concentración del capital y, en consecuencia, mayor opresión de los trabajadores, tanto más próxima estará la liberación. Cualquier esfuerzo personal para liberarse de la opresión del capital es, por lo tanto, inútil. Desde el punto de vista político, se predica que cuanto mayor el poder del Estado que se debe apoderar del dominio todavía libre de la vida familiar, tanto mejor irán las cosas; por eso es necesario pedir la intervención del gobierno en la vida familiar. Desde el punto de vista de la política internacional, se afirma que el aumento de los medios de destrucción conducirá a la necesidad del desarme a través de congresos, tribunales, arbitrajes etc. Y, ¡curioso!, la inercia de los hombres es tal que aceptan estas teorías, aunque todo el curso de la vida, cada paso al frente, prueba su falsedad.

Los hombres sufren con la opresión y se les aconseja buscar, para mejorar su situación, métodos generales que serán aplicados por el poder al cual deben continuar sometidos. Es cada vez más evidente, sin embargo, que de esta forma nada se haría, pues, además de aumentar la fuerza del poder y la intensidad de la opresión, ningún otro error de los hombres los aleja más del objetivo al que aspiran. Hacen todo tipo de tentativas e inventan toda tipo de métodos complicados para cambiar la situación, pero no hacen lo que sería necesario, no usan el método más simple que consiste en no hacer aquello que crea esta situación.

Me contaron la historia de un audaz comisario de policía que, llegando a un aldea donde los campesinos se habían rebelado y hacia donde habían sido enviadas tropas, tuvo la idea de reprimir solo la oposición a Nicolás I, únicamente con su influencia personal. Ordenó que se trajeran algunos carros con varas y, encerrándose en un granero con los campesinos, los aterró hasta tal punto con sus blasfemias que los obligó a que se azotasen unos a los otros. Esta ejecución continuó hasta el momento en que un joven abobado se negó a proseguir y aconsejó a los demás a resistir. Solamente entonces cesó el suplicio y el comisario necesitó huir.

Pero, los hombres no consiguen seguir los consejos de un abobado. Continúan hostigándose unos a los otros y declaran que en esto consiste la última palabra de la sabiduría humana.

¿La docilidad con la que los hombres de nuestro tiempo se someten a las funciones que los reducen a la esclavitud y, en especial, al servicio militar obligatorio, no será tal vez el más sorprendente ejemplo de ejecución voluntaria? Los hombres se someten por sí mismos: sufren, pero creen que así debe ser y que esto no impedirá la liberación de la humanidad, que en algún lugar se prepara, no se sabe cómo, y el despecho de la opresión siempre creciente.

De hecho, el hombre moderno, cualquiera (no hablo del verdadero cristiano), instruido o ignorante, creyente o ateo, rico o pobre, casado o soltero, vive ocupado con sus quehaceres o con sus placeres, consumiendo el fruto de su trabajo o del trabajo ajeno, temiendo la pobreza y las privaciones, el odio y los sufrimientos. Así vive, tranquilamente. De pronto, algunos individuos entran en su casa y dicen: 1º - Promete y jura que nos obedecerás servilmente en todo aquello que te ordenáramos, y que considerarás como verdades indiscutibles todo lo que imaginemos y que decidamos y que llamaremos leyes; 2º - Nos das una parte del producto de tu trabajo, a fin de que, con este dinero, nosotros te mantengamos en la servidumbre y te impidamos resistir a nuestras órdenes con la violencia; 3º - Escoge, elige o hazte elegir como hipotético participante del gobierno, sin embargo sabiendo muy bien que la administración se realizará independientemente de los discursos idiotas que pronunciarás en las asambleas de hombres, tus iguales, pues lo mismo se hará según la voluntad de aquellos que tienen en las manos las fuerzas armadas; 4º - Ve en determinadas fechas al tribunal y participa en todas las insensatas crueldades que cometemos contra hombres, por nosotros mismos desencaminados o corrompidos, bajo la forma de prisión, reclusión y ejecución; 5º- Finalmente, y sobre todo por muy buenas que sean tus relaciones con los hombres de otras naciones, tan pronto como lo ordenemos, los considerarás como tus enemigos y participarás personalmente o como un mercenario en arruinarlos, hacerlos prisioneros y matarlos, hombres, mujeres, niños, viejos, tal vez hasta a tus compatriotas y hasta parientes, si es el caso.

¿Qué podría responder, a eso, cualquier hombre con sentido común?

Pero ¿por qué lo haría? Debería decir: porque prometeré obedecer hoy a Salisbury, mañana a Gladstone; hoy a Boulanger, mañana a una cámara compuesta por hombres iguales a Boulanger; hoy a Pedro III, mañana a Catalina II, pasado mañana, al impostor Pugatscev; hoy al loco rey de Baviera, ¿mañana a Guillermo? ¿Por qué prometeré obedecer a hombres notoriamente malos y livianos, o que me son absolutamente desconocidos? ¿Por qué, bajo forma de imposición, les iba a entregar el fruto de mi trabajo, sabiendo que este dinero sirve para comprar autoridades, fabricar prisiones e iglesias, mantener al ejército y otras cosas ruines destinadas a oprimirme? ¿Por qué iría, por voluntad propia, a luchar con lanzas? ¿Por qué, perdiendo mi tiempo y atribuyendo a los violentos una aparente legitimidad, participaría en elecciones, o me imaginaría participando en el gobierno, cuando sé, sin lugar a dudas, que la administración del Estado está en manos de aquellos que disponen del ejército? ¿Por qué participaría en el castigo de hombres marginales sabiendo, si soy cristiano, que la ley de la venganza se sustituye por la ley del amor y, si soy un hombre culto, que el castigo no mejora a los hombres, sino que únicamente los hace peores? ¿Por qué iría personalmente o por medio de un sustituto a matar y robar, exponiéndome personalmente al peligro de la lucha, simplemente porque las llaves del templo de Jerusalén andan con este o aquel arzobispo, o porque tal alemán, y no algún otro, debe ser el príncipe de Bulgaria, o porque las focas las capturan los pescadores ingleses y no los pescadores americanos? ¿Y, sobre todo, por qué iría yo mismo, o con una fuerza armada pagada por mí, a ayudar en la opresión y el asesinato de mis hermanos o de mi padre? Todo esto me es inútil, perjudicial, y todo esto es la consecuencia de un principio inmoral y vil.

Si se me dice que sin todo esto deberé sufrir violencias, me parece correcto, ante todo, que nada es más cruel que aquello que sufro obedeciendo, y es evidente que no habría nadie para azotarles si no lo hiciéramos nosotros mismos. Pues el gobierno está formado por soberanos, ministros, funcionarios, que, armados con bolígrafos, no pueden ellos solos obligarme a nada, como aquel

comisario a los rebeldes campesinos; no son ellos los que me arrastrarán a la fuerza, delante de un tribunal, a la prisión, al patíbulo, y sí hombres iguales a mí, de la misma condición, y a los cuales les disgusta tanto como a mí que les azoten. Es, por lo tanto, probable que, si les abro los ojos sobre nuestra posición, no solo no cometerán contra mí violencia alguna sino que, al contrario, seguirán mi ejemplo. Pero, suponiendo que yo deba sufrir por este motivo, aun así sería para mí más ventajoso que me deportaran o encarcelaran, defendiendo el sentido común y el bien, en vez de sufrir por la imbecilidad y por el mal que deben desaparecer mañana, si no hoy.

Parece razonable suponer que, a falta del sentimiento religioso o moral, el simple raciocinio y el cálculo deberían llevar a cualquier hombre a actuar así. Pues bien, no. Los hombres que defienden el concepto social consideran inútil y hasta perjudicial actuar así para liberarse de la esclavitud y que, como los campesinos de hace poco, debemos continuar castigándonos los unos a los otros, consolándonos con el hecho de que parloteamos en las asambleas y en las reuniones, de que formamos sociedades obreras, de que festejamos el 1º de Mayo, de que nos conjuramos y de que, en secreto, hacemos gestos indecorosos al gobierno que nos azota.

Nada se opone tanto a la liberación de los hombres que este desvío inconcebible. En vez de inducir a cada hombre a liberarse por sí mismo, cambiando el propio concepto de vida, se busca un modo general externo y nada se hace además de encadenarlos más fuertemente. Sería como si, para hacer fuego, intentáramos colocar los pedazos de carbón de modo que se enciendan todos de una sola vez.

Se hace, sin embargo, cada vez más evidente que la liberación de los hombres ocurrirá precisamente con la liberación de cada individuo. Esta liberación de individuos aislados, en nombre del concepto cristiano, fenómeno muy raro y que pasaba desapercibido en otros tiempos, se hizo mucho más frecuente estos últimos años y bastante más peligroso para el poder.

Si pasaba, en la Edad Antigua, en la época romana, que un cristiano se negara a tomar parte en los sacrificios o a arrodillarse delante de los emperadores o de los ídolos, o, en la Edad Media, a postrarse delante de los iconos o a reconocer el poder del papa, estos casos eran excepcionales: el hombre podía ser presionado a confesar su fe, pero podía también terminar su vida sin haber sido confrontado una sola vez con esta obligación.

Hoy, a todos los hombres, sin excepción se les somete a estas pruebas de fe.

Deben participar en las crueldades de la vida pagana, o negarse a ellas. Además de esto, en la Edad Antigua, al rechazar postrarse delante de los dioses, de los iconos o del papa no tenía una importancia considerable para el Estado, pues el número de los fieles o de los incrédulos no podía influir sobre su potencia. Hoy, al contrario, al rechazar satisfacer las exigencias anticristianas de los gobiernos amenaza al poder en su propio principio, pues éste está basado en estas exigencias.

El curso de la vida llevó a los gobiernos a una situación tal que, para mantenerse, deben pedir a los hombres actos que están en desacuerdo con la verdadera doctrina cristiana. Por eso cada verdadero cristiano compromete la existencia de la organización social actual y debe infaliblemente apresurar la liberación de todos.

¿Qué importancia puede atribuirse al rechazo de algunas docenas de locos, como los llaman, a prestar juramento al gobierno, a pagar impuestos, a participar en la justicia del Estado y a servir en el ejército? A esta gente se les castiga y se les envía de por vida a la prisión, y la vida continúa su curso, como antes. Sin embargo, son estos hechos, más que cualquier otro, los que comprometen al poder y preparan la liberación de los hombres. Son las abejas aisladas, que primero se desprendieron del enjambre, que revolotean a su alrededor, esperando lo que no puede tardar: que todo el enjambre poco a poco se desprenda. Y los gobiernos lo saben y temen estos ejemplos más que a todos los socialistas, comunistas y anarquistas con sus conspiraciones y su dinamita.

Un nuevo reinado comienza: es una norma que todos los súbditos presten juramento al nuevo soberano. Con tal propósito, se les reúne a todos en las iglesias. Y he ahí que un hombre en Perma, algún otro en Tula, un tercero en Moscú, un cuarto en Kalunga declaran su rechazo a prestar juramento, y los cuatro, sin haberse puesto de acuerdo previamente, explican de igual forma sus rechazos, es decir, que según la ley cristiana está prohibido jurar y que, aunque el juramento fuera lícito, no podrían, según el espíritu de esta ley, prometer cumplir las malas acciones que les pide la fórmula del juramento, como: denunciar a cualquiera que comprometa los intereses del gobierno, defenderlo con armas y atacar a sus enemigos. Los llevan delante de los comisarios, de los sacerdotes, de los gobernadores; intentan hacerles escuchar la "voz de la razón", imploran, amenazan, los castigan, pero ellos permanecen inamovibles y no prestan juramento. Así, en medio de millones de hombres que prestaron juramento, viven algunos hombres que no lo hicieron. Y se les pregunta:

- “¿Cómo? ¿No prestaron juramento?
- No, no prestamos juramento.
- ¿Y nada les ocurrió?
- Nada.”

A todos los súbditos se les obliga a pagar impuestos y todos los pagan. Pero un hombre en Karcov, algún otro en Tver, un tercero en Samara, todos se negaron, por el mismo motivo. Uno dice que no pagará sino cuando se le diga para que se destina el dinero que le piden. Si se trata de buenas obras, lo dará por voluntad propia y más de lo que le piden. Si se trata de obras ruines, nada dará voluntariamente porque, según la ley de Cristo, que él profesa, no puede colaborar para hacer el mal. En otros términos, los otros dicen lo mismo. A aquellos que algo poseen se les obliga a pagar por la fuerza; A aquellos que nada poseen se les deja en paz.

- “Entonces, ¿no pagaron los impuestos?
- No.
- ¿Y nada les ocurrió?
- Nada.”

Han establecido los pasaportes. Todos aquellos que dejan su lugar de residencia están obligados a procurar uno y a pagar una tasa para este fin. De pronto, en diversos lugares, aparecen hombres que se niegan a servirse de los pasaportes y a pagar la tasa, afirmando que éstos son inútiles y que no se debe depender de un gobierno basado sólo en la violencia. También en este caso las autoridades son impotentes. Encierran a estos hombres en la prisión, pero después los liberan, y ellos viven sin pasaportes.

Todos los campesinos están obligados a ejecutar ciertas funciones de policía: centurión, decurión etc. Pero en Karcov, un campesino se negó a ejecutar esta función, dando como motivo que la ley cristiana, que él sigue, prohíbe prender, encarcelar o aun llevar de un lugar a otro bajo custodia, a cualquier persona. El mismo hecho se repitió en Tver, en Tambov. Estos campesinos fueron maltratados, golpeados, encarcelados, pero continuaron firmes y no renegaron de su fe. Finalmente se dejó de utilizarlos para tales funciones y, nuevamente, "nada" ocurrió.

Todos los ciudadanos deben participar en la justicia como jurados. Y he ahí personas pertenecientes a las más diversas clases: mecánicos, profesores, mercaderes, campesinos, nobles, que rechazan tales funciones basándose, como si les fuera dada la palabra por una orden, no sobre motivos reconocidos por la ley, sino sobre el hecho de que el mismo tribunal, según sus creencias,

es ilegítimo, anticristiano y no debe existir. Las autoridades los someten a multas, buscando no dejarlos expresar públicamente las razones del rechazo y los sustituyen por otros que, por la misma razón, se niegan a ser testigos. También aquí, "nada".

Todos los jóvenes de 21 años están sujetos al reclutamiento militar. Súbitamente, un joven en Moscú, otro en Tver, un tercero en Karcov, un cuarto en Kiev, como si de antemano lo hubieran acordado, se presentan en el local del reclutamiento y declaran que no quieren prestar juramento, ni servir, porque son cristianos.

He ahí uno de los primeros casos que conozco personalmente de estos rechazos que se hicieron cada vez más frecuentes⁵⁷. Un joven de cultura media se niega a hacer el servicio militar, en el municipio de Moscú. Sus palabras no se toman en consideración y se le pide, como a los otros, que pronuncie el juramento. Él se niega, indicando el lugar exacto del Evangelio que prohíbe jurar. Ni aun esta vez lo que dice se toma en consideración, pues se pretende que se ajuste a las reglas, pero él vuelve a negarse. Lo consideran, entonces, como a un sectario que apenas comprende el cristianismo, o sea, divergiendo del modo como lo comprenden los sacerdotes pagados por el Estado. Lo envían, entonces, a los sacerdotes. Estos lo catequizan, pero sus exhortaciones a renegar de Cristo en nombre de Cristo permanecen sin efecto sobre el joven; y lo incorporan al ejército rotulándolo de incorregible. Él sigue sin prestar juramento y niega abiertamente el cumplimiento de los deberes militares.

Un caso que no está previsto en la ley. No es posible tolerar que alguien no se someta a las órdenes de las autoridades, pero tampoco es posible situar este caso entre las insubordinaciones ordinarias. Después de una deliberación, las autoridades militares, para deshacerse de este joven incomodo, deciden reconocerlo como revolucionario y lo mandan, secretamente, bajo escolta a la prisión. Los policías y los guardias lo interrogan, pero nada de lo que dice puede incluirse en alguna categoría de delitos que consten en sus atribuciones, y no es posible acusarlo de algún acto revolucionario, pues declara que nada quiere destruir y que también condena cualquier violencia. Por otro lado, no esconde sus opiniones y, aun, busca ocasiones para formularlas abiertamente. Y los guardias, aunque en realidad no se preocupen por la legalidad, no encontrando motivo alguno de acusación, lo devuelven, como el clero, a las autoridades militares. Los oficiales se consultan nuevamente y deciden inscribir e incorporar al joven al ejército, aunque no haya prestado juramento. Lo visten y encaminan, nuevamente bajo escolta, hacia el lugar donde se encuentra el destacamento al cual se le destina. El oficial del destacamento le pide, por su parte, el cumplimiento de los deberes militares y una vez más el joven se niega y, en presencia de los demás soldados, declara que no puede, como cristiano, instruirse para el asesinato, ya prohibido por la ley de Moisés.

Este incidente ocurrió en una ciudad de provincia. Y despierta interés y simpatía no solo en personas ajenas al ejército, sino también en los oficiales; así los oficiales titubean en adoptar las medidas disciplinarias usualmente aplicadas contra la insubordinación.

Pero, por formalidad, al joven se le encierra en prisión y se escribe a la administración militar superior solicitando instrucciones. Desde el punto de vista oficial, el rechazo a servir al ejército, al cual pertenece el propio Zar, y que está bendecido por la iglesia, es una locura. Desde Petersburgo se escribe entonces que al joven, según todos los indicios, habiendo probablemente perdido la razón, es necesario, sin recurrir a medidas rigurosas, mantenerlo en observación y bajo cuidados en un manicomio. Hacia allá lo envían, con la esperanza de que allí permanezca largo tiempo, como ocurrió hace diez años en Tver con otro joven que se había negado a hacer el servicio militar y a quien torturaron, en el manicomio, mientras no se sometió. Pero este método no siempre da buenos resultados. Los médicos examinan al joven, se interesan por su caso y, finalmente, no encontrando algún síntoma de alienación mental, lo devuelven a las autoridades militares. Lo incorporan, fingiendo que no se acuerdan ni de su desobediencia, ni de los motivos que alegó. Lo envían

⁵⁷ Todos los pormenores de este hecho, como los que lo precedieron, son auténticos.

nuevamente a los ejercicios y, otra vez, delante de los demás soldados, éste se niega a someterse, invocando las mismas razones.

El caso atrae, cada vez más, la atención de los soldados y de los habitantes de la ciudad. Se escribe de nuevo a Petersburgo y, esta vez, se recibe la orden de mandar al recalcitrante al ejército que ocupa las regiones de la frontera con Asia, ejército en pie de guerra, donde es posible fusilar por negar obediencia y donde casos de este tipo pasan desapercibidos porque en aquellas regiones lejanas existen poquísimos rusos y cristianos, pero muchos mahometanos e idólatras. Y así se hace. Se manda al joven hacia el ejército de la región transcaucasiana, en compañía de delincuentes y bajo el mando de un oficial famoso por su severidad.

Durante todas esas peregrinaciones el infeliz es tratado duramente, le hacen pasar frío, hambre, suciedad: en una palabra, le hacen sufrir un martirio. Pero todos estos sufrimientos no quebrantan su resolución.

Desde el otro lado del Cáucaso, cuando lo mandan como centinela, una vez más se niega a obedecer. No se niega a ir a su puesto, pero se niega a coger el fusil, declarando que en ningún caso cometerá violencia contra alguien. Como todo esto ocurre delante de los otros soldados, no es posible dejar impune esta desobediencia.

Al joven se le procesa por insubordinación y se le condena a dos años de prisión militar. Nuevamente lo mandan, por *étape*⁵⁸, en compañía de delincuentes vulgares, hacia el Cáucaso, donde se le encierra en prisión y se le deja bajo los cuidados del carcelero. Lo martirizan durante 18 meses, pero él permanece inmutable en su resolución de no llevar armas y revela sus razones a todos los que le ordenan. A finales del segundo año, lo liberan y, para deshacerse de él lo más pronto posible, le dan la baja antes del plazo, contando, contrariamente a las leyes, como tiempo de servicio, los años pasados en la prisión.

Los mismos hechos ocurrieron en diversas partes de Rusia y siempre la acción del gobierno fue así: tímida, titubeante y secreta. A algunos de estos insubordinados se les manda al manicomio; a otros se les destina a las oficinas militares; a otros se les manda al servicio en Siberia; a otros se les incorpora a las guardias forestales; a otros se les recluye en prisiones o se les condena con una multa. En este momento, muchos de ellos están aún en la prisión, no por haber negado el derecho del gobierno, sino por no haber obedecido a las órdenes de sus jefes militares. Así, recientemente, un oficial de la reserva - cuyo lugar de residencia no fue indicado - declaró no desear servir más en el ejército y fue condenado, por desobediencia a las autoridades, a una multa de treinta rublos que, de hecho, se negó a pagar de buena voluntad. Recientemente, diversos reclutas y soldados, que se negaron a tomar parte en los ejercicios y a armarse, fueron llevados a la sala de castigo por insubordinación.

Estos casos de desobediencia al cumplimiento de las órdenes del gobierno contrarias al cristianismo ocurren, en los últimos tiempos, no solo en Rusia, sino también en otros países. Así, sé que, en Serbia, los miembros de la secta llamada Nazir rehusaban constantemente a que se les someta al servicio militar, y el gobierno, hace varios años, lucha contra ellos vanamente, encarcelándolos. En 1885, hubo 130 repulsas de este tipo. Sé que, desde 1890, en Suiza fueron apresados en el fuerte de Chillon, porque se habían negado a la sumisión del servicio militar, muchos hombres que, aun así, permanecieron firmes en sus resoluciones. El mismo rechazo se verificó en Suecia y los culpables fueron también encarcelados, y el gobierno ocultó cuidadosamente al pueblo estos casos. Hubo también casos semejantes en Prusia. Sé que un suboficial de la guardia declaró, en Berlín, en 1891, que, como cristiano, no podía seguir sirviendo; y a pesar de las exhortaciones, amenazas y castigos, perseveró en su resolución. En Francia, en el Midi, surgió en los últimos tiempos una comunidad que lleva el nombre de Hinschis⁵⁹ (estas

58 N. T2: etapas

59 N. del T.: Movimiento religioso y místico, de origen protestante alemán, iniciado por Marguerite Hinsch en el sur de Francia en 1833.

informaciones fueron tomadas del *Peace Herald*, julio de 1891), cuyos miembros rechazan el servicio militar, basándose en los principios cristianos. Antes, los incorporaban en el servicio de ambulancias, pero hoy, a medida que el caso se hace más frecuente, se les castiga por insubordinación y, aun así, continúan negándose a llevar armas.

Los socialistas, los comunistas, los anarquistas, con sus bombas, sus rebeliones, sus revoluciones, están lejos de ser tan peligrosos para los gobiernos como estos hombres aislados que proclaman en cualquier lugar su rechazo, basado en la misma doctrina conocida por todos.

Cada gobierno sabe cómo y con qué medios defenderse de los revolucionarios; Por lo tanto, no teme a sus enemigos externos. Pero ¿qué podrán hacer contra los hombres que demuestran la inutilidad, es decir, el mal de toda la autoridad, que no combaten al gobierno, sino que simplemente lo ignoran, que pueden vivir sin él y, en consecuencia, se niegan a participar en él?

Los revolucionarios dicen: "El actual orden social peca en este y en aquel punto que debería ser suprimido y sustituido por este otro." El cristiano dice: "No me preocupo del orden social, ignoro si es bueno o malo; pero por el mismo motivo, no quiero tampoco apoyarlo - y no solo no quiero, sino que no puedo - porque aquello que me piden es contrario mi a conciencia.

Ahora, todas las obligaciones del ciudadano son contrarias a la conciencia del cristiano: el juramento, los impuestos, la justicia del Estado y el ejército; y es sobre estas obligaciones en lo que se basa todo el poder del Estado.

Los enemigos revolucionarios luchan externamente contra el gobierno, mientras los cristianos, sin lucha, destruyen internamente todos los principios sobre los cuales se basa el Estado.

En el pueblo ruso, en medio del mal, sobre todo desde Pedro I, la protesta del cristianismo contra el Estado nunca cesó; el pueblo ruso, cuyo orden social es tal que los hombres, comunidades enteras, van a Turquía, a China, a regiones deshabitadas, lejos de sentir la necesidad de un gobierno, considerándolo siempre como un peso inútil apenas soportable, sea ruso, turco o chino; en el pueblo ruso, la liberación cristiana de la sumisión al gobierno se manifiesta en estos últimos tiempos, en casos aislados cada vez más frecuentes. Estas manifestaciones son más peligrosas para el gobierno en la medida que los manifestantes pertenecen, muchas veces, a las clases media y alta y explican su rechazo, no ya con una religión mística y sectaria como antes, acompañándola de prácticas supersticiosas y fanáticas, como hacen los "suicidas del fuego" o bien los peregrinos, sino que lo motivan apoyándose en verdades más simples, comprendidas y reconocidas por todos.

De este modo se rechaza el pago de impuestos porque se emplean en actos de violencia. Se niega el juramento, porque prometer obedecer a las autoridades, es decir, a hombres que usan la violencia, es contrario al sentido de la doctrina cristiana, y porque, de cualquier forma, esto está prohibido por el Evangelio. Se rechazan las funciones de policía, porque está prohibido al cristiano utilizar la violencia contra sus hermanos. Rechazan la participación en la justicia, porque ésta obedece a la ley de la venganza, inconciliable con la ley del perdón y del amor cristiano. Se rechaza el sometimiento al servicio militar, porque el cristiano no debe matar.

Todos estos motivos de desobediencia son tan justos que, por más autoritarios que sean los gobiernos, no pueden castigar abiertamente a quienes los alega, porque, para hacerlo, es necesario negar por completo la razón y el bien. Y los gobiernos, que afirman que su poder se basa exactamente en la razón y en el bien, hacen lo contrario.

Pero ¿qué pueden realmente hacer los gobiernos contra estos insubordinados?

De hecho, pueden condenar a muerte, encarcelar y deportar para siempre a todos aquellos que desean derrocarlos por la fuerza; pueden cubrir de oro y comprar a los individuos que necesitan; pueden someter a su poder a millones de hombres armados, preparados para matar a sus enemigos. ¿Y qué pueden contra hombres que, no queriendo destruir nada o crear nada, que no tienen sino un

único deseo, no hacer nada que sea contrario a la ley de Cristo y que se niegan, por este motivo, a cumplir las obligaciones más elementales y, en consecuencia, más necesarias a los gobiernos?

Si fueran revolucionarios predicadores y practicantes de la violencia y del asesinato, la represión sería fácil: una parte podría comprarse, a otra engañarla, a alguna otra aterrarla y, a aquellos con los cuales ninguno de estos medios se obtuviera éxito se les haría pasar por delincuentes, enemigos de la sociedad; serían encarcelados, condenados a muerte, y la multitud lo aprobaría. Si fueran fanáticos, pertenecientes a alguna secta especial, sería fácil, gracias a las supersticiones mezcladas a aquella doctrina, refutar al mismo tiempo la verdad que ella contiene. ¿Pero qué hacer con hombres que no predicán ni la revolución, ni ningún dogma religioso, pero que rechazan simplemente hacer daño a alguien, a jurar, a pagar impuestos, a participar en la justicia y en el servicio militar, obligaciones que son la base del Estado actual? ¿Qué se les puede hacer? Comprarlos es imposible: el propio riesgo al que se exponen voluntariamente demuestra su desinterés. Engañarlos, afirmando que Dios ordenó aquello que se les pidió, es igualmente imposible, porque su desobediencia se basa en la ley de Dios, clara e indiscutible, profesada igualmente por aquellos que quieren obligar a estos hombres a actuar contrariamente a su espíritu. Amedrentarlos por medio de amenazas es aun menos posible, porque las privaciones y los sufrimientos que soportarán no harán sino aumentar su deseo de seguir la ley divina que enseña a obedecer a Dios y no a los hombres, y a no temer a aquellos que pueden matar el cuerpo, sino a temer Aquel que puede matar el alma. Prisión perpetua o pena de muerte es también imposible: estos hombres tienen un pasado, amigos; su modo de pensar y actuar es conocido, todos saben que son buenos y pacíficos y no se les puede hacer pasar por delincuentes a fin de poderlos suprimir del interés de la sociedad. La ejecución de hombres reconocidos por todos como buenos daría origen a defensores, a críticos de la insubordinación. Y bastaría que las causas de la insubordinación fueran explicadas para que se hiciera evidente para todos que semejantes causas son justas y que todos deben seguir su ejemplo.

Delante de la insubordinación de los cristianos, los gobiernos están desarmados. Ven que la profecía del cristianismo se confirma, que se caen los grilletes de los encadenados, los esclavos se libran del yugo, y esta liberación debe ser, infaliblemente, la ruina de los opresores; ven y saben que sus días están contados y nada pueden hacer. Sólo existe algo que pueden hacer para su salvación: retardar el momento de su ruina. No dejan de hacerlo; pero su situación es, sin embargo, desesperada. Es semejante a la de un conquistador que quisiera conservar una ciudad incendiada por los habitantes. El fuego, apagado a su orden, en un local, se incendia inmediatamente después, en otros dos.

Los focos son todavía raros, pero se unen todos en un incendio que, nacido de una centella, no terminará sino cuando todo se haya consumido.

La situación de los gobiernos delante de los hombres que profesan el cristianismo es tan precaria que poco falta para la caída de su poder, erguido hace tantos siglos, tan sólido en apariencia. Y no obstante, el hombre social viene a predicar que es inútil, además de perjudicial e inmoral, liberarse aisladamente.

Algunos individuos desean desviar un río. Trabajaron por largo tiempo para excavar un nuevo lecho, pero finalmente nada les queda por hacer además de darle una desembocadura. Aún unos pocos golpes de azada y el agua, brotando con fuerza, deshaciéndose de los últimos obstáculos. Pero en este punto llegan otros hombres que hallan ruin el modo de proceder y declaran que es mejor construir sobre el río una máquina a través de la cual se pueda hacer subir el agua y pasarla de un lado al otro.

Pero los trabajos están muy avanzados.

Los gobiernos ya sienten su impotencia y su fragilidad, y ya los hombres cristianos se despiertan de su sopor y comienzan a sentir su fuerza.

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

“¡Yo vine a traer fuego a la tierra y cómo anhelo por el momento de verlo arder!” - dijo Cristo.
Tal fuego comienza arder.

CAPÍTULO X

Inutilidad de la violencia gubernamental para suprimir el mal - El adelanto moral de la humanidad se realiza no sólo con el conocimiento de la verdad, sino que también con la formación de la opinión pública

El cristianismo, en su verdadero significado, destruye el Estado. Esto se comprendió así desde el principio y por eso Cristo fue crucificado. Se comprendió así siempre por hombres no atrapados a la necesidad de justificar el Estado cristiano. Solamente cuando los jefes de Estado aceptaron el cristianismo nominal externo, comenzaron a ser inventadas las inútiles teorías según las cuales el cristianismo se puede conciliar con el Estado.

Pero, para cualquier hombre sincero de nuestro tiempo, es evidente que el verdadero cristianismo - la doctrina de la resignación, del perdón, del amor - no se puede conciliar con el Estado, con su despotismo, su violencia, su justicia cruel y sus guerras. No sólo el verdadero cristianismo no permite reconocer el Estado, sino que también destruye sus principios.

Pero, si es así, si es verdad que el cristianismo es inconciliable con el Estado, una pregunta nace de forma natural: ¿qué es más necesario para el bien de la humanidad, lo que le asegura la mayor suma de felicidad? ¿La organización gubernamental o el cristianismo? Dicen algunos que el Estado es muy necesario; que la destrucción del régimen gubernamental ocasionaría el fin de todo lo que la humanidad consiguió hasta ahora; que el Estado fue siempre, y continúa siendo la única forma bajo la cual la humanidad puede desarrollarse y que todos los abusos pueden corregirse sin la destrucción de un orden del cual son independientes y que permite al hombre progresar y alcanzar el grado más alto de bienestar. Y aquellos que así piensan apoyan su opinión en argumentos filosóficos, históricos y hasta religiosos, que les parecen irrefutables.

Existen, sin embargo, hombres que creen en el contrario, o sea, puesto que hubo un tiempo en que la humanidad vivió sin gobierno, ese régimen es temporal, y que vendrá un tiempo en que los hombres necesitarán un orden nuevo y que este tiempo ha llegado. Y aquellos que así piensan apoyan su opinión en argumentos filosóficos, históricos o religiosos que les parecen irrefutables.

Pueden escribirse volúmenes enteros, en favor de la primera tesis (se escribieron y se continúan escribiendo, pero es también posible escribir mucho en contra (lo que, más recientemente, se ha hecho, y de forma magistral).

No se puede probar, sin embargo, cómo intentan hacer los defensores del Estado, que la destrucción del orden actual conduciría a un caos social: el vandalismo, el asesinato, la ruina de todas las instituciones y el retorno de la humanidad a la barbarie.

No se puede tampoco probar, como intentan hacer los adversarios del Estado, que los hombres son ya suficientemente sabios y lo bastante buenos, que no roban y no matan, que prefieren las relaciones pacíficas al odio; que por sí mismos, sin ayuda del Estado, crearán todo aquello que necesitarán, y que, en consecuencia, el Estado, lejos de ayudarles, con el pretexto de procurar a los hombres seguridad, ejerce sobre ellos una influencia perjudicial y desmoralizadora. No se puede probar, con un raciocinio abstracto, cualquiera de estas tesis. Menos aun se puede demostrarlas a través de la experiencia, porque se trata, ante todo, de saber si es preciso intentarlas o no.

La cuestión de saber si el tiempo de la destrucción del Estado llegó, o no, no tendría solución, si no existiera otro medio para resolverla con certeza.

¿Los pollitos están lo bastante desarrollados para que la gallina se aleje y para que deje que

salgan del huevo, o es aún muy pronto? Decidirán ellos mismos la cuestión cuando, ya no pudiendo continuar dentro de la cáscara, la romperán con el pico para salir.

¿De la misma forma, el tiempo de destruir la forma gubernamental y de sustituirla por una nueva llegó o no para los hombres? Si el hombre, en consecuencia de la conciencia superior que en él nació, ya no puede ejecutar las exigencias del Estado, si ya no puede cerrarse en sí mismo y si, por otro lado, ya no necesita la protección del Estado, la cuestión se resuelve por los mismos hombres que ya excedieron la forma del Estado y de ella salieron, como el pollito salió del huevo en el cual ninguna fuerza humana podría volverle a encerrar.

El hombre que asimiló el concepto cristiano de vida dice:

Es muy posible que el Estado fuera necesario y que aun hoy lo sea, por todas las ventajas que en él reconocéis.

Sólo sé que yo, por una parte, ya no necesito del Estado, y, en segundo lugar, no puedo cometer las acciones necesarias a su existencia. Organizaos como mejor os parezca; yo no puedo demostrar la necesidad o la inutilidad del Estado, pero sé lo que necesito y lo que me es inútil, lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer. No necesito aislarme de los hombres de otras naciones y, por eso, no puedo reconocer que pertenezco exclusivamente a nación alguna y me niego a cualquier sumisión; sé que no necesito todas las actuales instituciones gubernamentales, y he ahí que no puedo, privando a los hombres que necesitan mi trabajo, darlo bajo forma de impuestos para beneficio de esas instituciones; sé que yo no necesito administración o tribunales basados en la violencia y, por eso, no puedo participar en la administración o en la justicia; sé que yo no necesito atacar a los hombres de otras naciones, matarlos, o ni siquiera defenderme de ellos con armas en mano, y por lo tanto no puedo participar en la guerra ni para ella instruirme. Es muy posible que existan hombres que consideran todo esto necesario, no puedo decir lo contrario; sólo sé, y estoy seguro, que yo no lo necesito. Y no lo necesito no porque yo, o sea, mi personalidad, así lo desee, sino porque no lo quiere Aquel que me dio la vida y una ley indiscutible para guiarme en ella.

Por muchos argumentos que se invoquen en favor del poder del Estado, cuya supresión podría causar desgracias, los hombres que han salido de la forma gubernamental ya no pueden volver a ella, como los pollitos, nuevamente, no pueden ser encerrados en la cáscara del huevo del cual salieron.

Pero también en este caso, dicen los defensores del orden actual:

La supresión de la violencia gubernamental solamente sería posible y deseable en caso de que todos los hombres se hicieran cristianos; hasta que esto no acontezca, mientras que existan hombres, que se llamen cristianos y no lo sean, crueles, preparados para la satisfacción de sus pasiones, para maltratar a los otros, para suprimir al gobierno, esta supresión, lejos de ser un bien para el resto de los hombres, solo haría aumentarles la miseria. La supresión de la forma gubernamental no será deseable, no solo mientras hubiera una minoría de verdaderos cristianos, sino ni siquiera cuando todos lo fueran y mientras entre ellos, o a su alrededor, en otras naciones, existan aún no-cristianos, porque estos últimos robarían, violentarían, matarían impunemente a los cristianos y les llevarían a una vida miserable. Los malos dominarían impunemente a los buenos. Por eso el Estado no debe ser suprimido hasta el día en que todos los hombres malos y ladrones hayan desaparecido. Y como esto no puede acontecer, sino nunca, al menos aún en mucho tiempo, el poder gubernamental, no obstante las tentativas aisladas de liberación, debe ser mantenido por la mayoría de los hombres.

Así, entonces, según los defensores del Estado, sin el poder gubernamental los malos violentarían a los buenos y los dominarían; mientras hoy el Estado permite que los buenos dominen a los malos.

Pero, al afirmar esto, los defensores del orden actual deciden con antelación la indiscutibilidad del principio que desean probar. Al decir que sin el poder gubernamental los malos dominarían a los buenos, ellos consideran probado que los buenos son aquellos que están hoy en el poder, y los

malos aquellos que se someten. Exactamente esto es lo que se necesitaría probar. Esto sería cierto si en nuestra sociedad las cosas acontecieran como acontece, o mejor dicho, como se supone que acontece en China, es decir, que sean siempre los buenos los que alcanzan el poder y que sean derrocados tan inmediatamente dejen de ser los mejores.

Se supone que así acontece en China, pero la realidad es otra. De hecho, no puede acontecer porque, para derrocar el poder del opresor, no basta tener este derecho, es preciso contar también con la fuerza. De modo que se trata de una simple suposición en relación a China y, en nuestro mundo cristiano, no hay siquiera lugar para suposiciones. Aquellos que se apoderan del poder, y no son los mejores, lo conservan para sí mismos y sus herederos. Para conquistar el poder y conservarlo es preciso amar el poder. Y la ambición no se armoniza con la bondad sino, al contrario, con el orgullo, la astucia y la crueldad.

Sin la exaltación de sí mismo y la humillación ajena, sin la hipocresía y la experiencia, sin las prisiones, las fortalezas, las ejecuciones capitales, los asesinatos, poder alguno puede nacer o conservarse.

“Si se suprimiera el gobierno, el malo dominaría al bueno”, dicen los defensores del Estado. Los egipcios vencieron a los hebreos; los persas, a los egipcios; los macedonios, a los persas; los romanos, a los griegos; los bárbaros, a los romanos. ¿Valdrían, realmente, los vencedores más que los vencidos? De igual modo, visto que el poder se transmite de un individuo a otro, en un Estado, ¿lo heredaría siempre el mejor? Cuando Luís XVI fue derrocado y el poder pasó a Robespierre, después a Napoleón: ¿quién estaba en el poder, el mejor o el peor? ¿Quién eran los mejores, los versalleses o los comunales? ¿Carlos I o Cromwell? Y cuando el zar Pedro III murió y Catalina fue emperatriz de una parte de Rusia, y Pugatscev soberano de la otra, quién de ellos era el malo? ¿Quién era el bueno? Dominar significa violentar, violentar significa hacer aquello que no desea aquel con el cual se comete la violencia y, ciertamente, aquello que no le gustaría sufrir a aquel que la comete; en consecuencia, estar en el poder significa hacer a otros lo que no deseamos que se nos haga: el mal.

Someterse significa preferir la paciencia a la violencia y preferir la paciencia a la violencia significa ser bueno o menos malo que aquellos que hacen a los otros lo que no les gustaría que se les hiciera.

Consecuentemente, según todas las probabilidades, no son los mejores, y sí los peores los que siempre estuvieron en el poder y aún están. Pueden existir personas malas entre aquellos que se someten al poder, pero es imposible que los mejores dominen a los peores.

Esta suposición era posible en la época de la definición inexacta del bien que hicieron los paganos, pero bajo el imperio de la definición exacta y clara del bien y del mal hecha por los cristianos, ya no se puede creer en esto. Si los más o menos buenos, o los más o menos malos, pueden no distinguirse en el mundo pagano, el concepto cristiano tan bien y claramente definió la naturaleza que reconoce los buenos y los malos, que es imposible confundirlos. Según la doctrina de Cristo, los buenos son aquellos que se someten, que se resignan, que no resisten al mal con la violencia, que perdonan las ofensas, que aman a sus enemigos; los malos son aquellos que son orgullosos, dominadores, que luchan y violentan a los hombres. Por eso, según la doctrina de Cristo, no puede haber duda en cuanto al lugar de los buenos: ¿ellos están entre los dominadores o entre los sumisos? Sería hasta ridículo hablar de cristianos en el poder.

Los no-cristianos, o sea, aquellos que ven el objetivo de vida en la felicidad terrestre, siempre dominarán a los cristianos, a los que desprecian tal felicidad.

Y así fue siempre, y se hizo más evidente a medida que se fue difundiendo la verdadera comprensión de la doctrina cristiana.

“La supresión de la violencia gubernamental, si todos los hombres no son verdaderos cristianos, no haría sino llevar a los malos al poder y les permitiría oprimir a los buenos”, dicen los defensores del actual régimen.

Nada distinto se dio o podría darse. *Los malos siempre dominan a los buenos y siempre los violentan.* Caín violentó a Abel, el astuto Jacob dominó al confiado Esaú, Labón engañó a Jacob, Caifás y Pilatos persiguieron a Cristo; los emperadores romanos dominaron a los Sénecas, a los Epictetos y a los romanos virtuosos; Iván IV con su guardia feroz, al borracho sifilítico Pedro con sus payasos, la impúdica Catalina con sus amantes dominaban a los laboriosos y religiosos rusos de su tiempo y los violentaban. Guillermo domina a los alemanes; Stambulov, a los búlgaros; las autoridades rusas, al pueblo ruso. Los alemanes dominaban a los italianos, ahora dominan a los húngaros y a los eslavos; los turcos dominaban a los griegos y dominan a los eslavos; los ingleses dominan a los hindúes; los mongoles, a los chinos.

Por lo tanto, se suprima o no la violencia gubernamental, la situación de los buenos oprimidos por los malos no cambiará. Amedrentar a los hombres con el hecho de que los malos dominarán a los buenos es imposible, porque esto siempre aconteció, acontece, ¡y no puede cesar de acontecer!

La historia de la época pagana demuestra que los malos siempre se apoderaron del poder con crueldad y perversidad y lo conservaban con el pretexto de asegurar la justicia y defender a los buenos. Afirmando que, si el poder no existiera, los malos oprimirían a los buenos, los gobernantes solo manifiestan su deseo de no ceder el poder a otros opresores que de él les gustaría apoderarse. Pero su afirmación solo los denuncia. Dicen que su poder, o sea, la violencia, es necesario para defender a los hombres de no se sabe qué malos, presentes o futuros⁶⁰.

El peligro del uso de la violencia es, precisamente, este: que todos los argumentos que hacen valer en su favor a los opresores les pueden ser opuestos con mayor fundamento de razón. Hablan de la violencia pasada y, con mayor frecuencia, de la que dicen prever para el futuro pero, en realidad, ellos mismos no dejan de usar de violencia.

Entonces deberían decir los oprimidos a los opresores:

Dicen que los hombres saquearon y asesinaron en el pasado, y temen que hagan lo mismo hoy, si su poder desaparece. Esto puede acontecer, o puede no acontecer. Pero el hecho de que pierdan a miles de hombres en las prisiones, en las galeras, en las fortalezas; de que arruinen a miles de familias y sacrifiquen al materialismo, física y moralmente, a millones de hombres, este hecho es una violencia no supuesta, pero real, contra la cual, según mi raciocinio, es preciso también luchar con violencia. Por eso los malos, contra los cuales, para seguir sus consejos, es necesario, a buen seguro, usar la violencia, sois vosotros mismos.

De hecho, los no-cristianos piensan, hablan y actúan de esta forma. Cuando, entre los oprimidos, existen individuos peores que los opresores, estos los atacan e intentan suprimirlos, y, en circunstancias favorables, lo consiguen, o si no, lo que ocurre en la mayoría de las ocasiones, entran en las filas de los opresores y toman parte en sus violencias.

Así, esta presupuesta violencia, de la cual los defensores del Estado se sirven como de un espantajo, es una realidad que nunca dejó de existir. Por eso la supresión de la violencia del Estado no puede, en caso alguno, ser la causa del aumento de la violencia de los malos contra los buenos.

Si la violencia gubernamental desapareciera, tal vez se reprodujeran los casos de violencia, pero la cantidad de violencia nunca podría aumentar por el hecho de que el poder pasaría de las manos de unos hacia las de otros.

⁶⁰ Bastante cómica es la afirmación de las autoridades rusas que oprimen a otros pueblos: los polacos, los alemanes de las provincias bálticas, los judíos. El gobierno ruso oprime a sus súbditos hace siglos y no cuida de los pequeños-rusos de Polonia, ni de los letones de la provincia báltica, ni de los mujiks rusos explotados por todos. Pero de repentinamente se convierte en el defensor de los oprimidos contra los opresores, pero de aquellos mismos oprimidos que ellos propios oprimen.

“La violencia gubernamental no podrá desaparecer, a no ser que desaparezcan los malos”, dicen los defensores del actual régimen, sobreentendiendo que, ya que los malos siempre existieron, la violencia nunca tendrá fin. Esto sería verdad, pero solamente si fuera seguro que los opresores son mejores y que el único medio de proteger a los hombres contra el mal es la violencia. En este caso, de hecho, la violencia nunca podría tener fin. Pero como, por el contrario, ella nunca hizo desaparecer el mal y como existe otro medio para aniquilarla, la afirmación de que la violencia siempre existirá es falsa. Ella disminuye cada vez más y tiende evidentemente a desaparecer, pero no como suponen ciertos defensores de orden actual, con la progresiva mejora de los oprimidos bajo la influencia de la acción del gobierno (de hecho, ellos se vuelven peores), sino porque todos los hombres volviéndose, por sí mismos, mejores, los malos que están en el poder se vuelven por su lado cada vez menos malos y así suficientemente buenos para que sean incapaces de emplear la violencia.

El progreso de la humanidad acontece no porque los opresores se vuelven mejores, sino porque los hombres asimilan, cada día más, el concepto cristiano de vida. Ocurre a los hombres algo similar al fenómeno de la ebullición. Los hombres defensores del concepto social tienden siempre hacia el poder y luchan por conquistarlo. En esta lucha, los elementos más crueles, más groseros y menos cristianos de la sociedad, violentando a los más pacíficos, los más encaminados hacia el bien, los más cristianos, suben, a causa de su violencia, a las capas superiores de esta misma sociedad. Y entonces se cumple la profecía de Cristo: “¡Ay de vosotros, los ricos, los hartos, los glorificados!” Estos hombres del poder y de la riqueza, alcanzado los objetivos que se propusieron, reconocen su vanidad y vuelven a la situación de la que salieron. Carlos V, Iván el Terrible, Alejandro I, habiendo reconocido la vanidad y la crueldad del poder, lo abandonaron porque se sintieron incapaces de disfrutar aun más de la violencia.

Pero no solo hombres como Carlos V y Alejandro I alcanzaron este disgusto del poder; cada hombre que conquistó el poderío al que aspiraba, cada ministro, cada general, cada millonario o aun cada jefe de oficina que vivamente ansió por su cargo durante años, cada mujik enriquecido sienten la misma desilusión y por esto se hacen mejores.

No sólo los individuos aislados, también grupos de hombres, pueblos enteros experimentan la misma evolución.

Las ventajas del poder y de todo cuanto procura, las ventajas de la riqueza, de las honras, del lujo son los objetivos de la actividad humana hasta que se logran, pero una vez alcanzadas, el hombre muestra su vanidad. Estas ventajas pierden poco a poco la seducción, como las nubes, que no tienen forma y esplendor, excepto si se ven de lejos.

Los hombres que conquistaron el poder y la riqueza, a veces ellos mismos, pero con más frecuencia sus herederos, dejan de estar tan ávidos de poder y ya no adoptan métodos tan crueles.

Habiendo conocido, a través de la vanidad, los frutos de la violencia, los hombres pierden, a veces después de una generación, a veces después de muchas, los vicios adquiridos por la pasión, por el poder y por la riqueza y, y ya menos crueles, no son capaces de defender su situación y se les aleja del poder por otros hombres menos cristianos, más crueles, y vuelven a la práctica inferior del punto de vista material, pero moralmente superior, elevando así el nivel medio de conciencia cristiana de todos los hombres. Pero inmediatamente después, los peores elementos, más rudos y menos cristianos de la sociedad ascienden y pasan por el mismo proceso y, de nuevo, después de una o varias generaciones, habiendo reconocido la vanidad de los frutos de la violencia y habiendo sido impregnados por el cristianismo, vuelven al lugar de los oprimidos, sustituidos por nuevos opresores, siempre menos rudos que los precedentes. De modo que, aunque el poder permanezca igual en su forma externa, cada cambio de hombres que lo ocupan, el número de aquellos que la experiencia lleva a reconocer la necesidad del concepto cristiano aumenta cada vez más, y hombres

cada vez menos rudos y crueles sustituyen a los otros en el poder.

El poder escoge y atrae a los peores elementos de la sociedad, los transforma, los mejora, los suaviza y los devuelve a la sociedad.

Tal es el *processus* a través del cual el cristianismo se propaga cada vez más. El cristianismo penetra en la conciencia de los hombres, a pesar de la violencia del poder y, también, gracias a esta violencia.

Por eso la afirmación de los defensores del Estado de que, al suprimirse la violencia gubernamental los malos dominarían a los buenos, no solo prueba que se deba temer el dominio de los malos, pues que estos ya existen, sino que prueba lo contrario, que el poder en manos de los malos es exactamente el mal que se debe suprimir y que se suprime gradualmente por la fuerza de la conciencia.

Y preguntan los defensores del orden actual:

Pero, si fuera verdad que la violencia gubernamental desaparecerá cuando los gobernantes se vuelvan lo bastante cristianos para abandonar voluntariamente el poder y ya no se encontrara nadie para sustituirlos, ¿qué acontecería? Si, a pesar de los dieciocho siglos ya transcurridos, se encuentran aún tantos amantes del poder y tan pocos resignados a la sumisión, no existe probabilidad alguna de que esto ocurra, no ya dentro de poco, sino nunca.

Si también existen hombres que abandonaron el poder, la reserva de aquellos que prefieren la dominación a la sumisión es tan grande que se hace difícil imaginar una época en que ésta se agotara.

Para que se produzca la cristianización de todos los hombres, para que estos abandonen voluntariamente el poder y la riqueza y nadie se quiera aprovechar de esto, es necesario que se conviertan todos aquellos que son groseros, semi-bárbaros, absolutamente incapaces de asimilar el cristianismo, y estos son siempre muy numerosos en cada nación cristiana. Es más, todos los pueblos salvajes y en general no-cristianos, aún tan numerosos, deberían igualmente convertirse en cristianos. Si, por lo tanto, se admitiera que esta cristianización de todos los hombres se pudiera completar algún día, a juzgar por el avance de esta obra durante dieciocho siglos, eso no ocurriría sino en ese mismo tiempo varias veces repetido: es, por lo tanto, imposible e inútil pensar en suprimir ahora el poder; es preciso sólo buscar confiarlo en manos de los mejores.

Este raciocinio sería correctísimo si el paso de un concepto de vida a algún otro solo aconteciera con la ayuda de la evolución de cada hombre aisladamente y, por su parte, reconociendo cada uno la vanidad del poder y alcanzando la verdad cristiana por una vía interna.

De hecho esta evolución se realiza, pero los hombres no se convierten en cristianos sólo por esa vía interna, sino también por un medio externo que suprime la lentitud de este paso.

Este paso no se lleva a cabo como la arena en el reloj de arena, grano a grano, sino como el del agua que entra en un florero sumergido, que primero al dejar que se llene de lado, lentamente, entonces, en consecuencia del peso adquirido, se hunde rápidamente y casi de inmediato está lleno.

Esto también ocurre con las sociedades que están pasando de un concepto a otro y, por lo tanto, de una organización a otra. Al principio, los hombres entraban lentamente, uno a uno, en la nueva verdad; pero cuando esta verdad ya está suficientemente propagada, todos la asimilan inmediata y casi inconscientemente.

Por eso los defensores del Estado se engañan cuando dicen que si, durante 18 siglos, una mínima parte de los hombres se convirtió al cristianismo, pasaran todavía otros varios 18 siglos antes que toda la humanidad se convierta al cristianismo.

Los hombres asimilan una verdad no solo porque la adivinan por intuición profética o por las experiencias de su vida, sino porque, cuando esta verdad adquiere un cierto grado de extensión, los

hombres de cultura inferior la aceptan de inmediato únicamente por la confianza que tienen en aquellos que la aceptaron antes que ellos y que la aplican a la vida.

Toda nueva verdad, que cambia las costumbres y hace progresar a la humanidad, no se acepta inmediatamente sino por un estricto número de hombres que tienen conciencia de su exactitud. Los que por confianza aceptan la verdad alineada con el régimen vigente, se oponen siempre a la difusión de la nueva verdad.

Pero como al principio los hombres siempre progresan y se aproximan cada vez más a la verdad y conformando a ella su vida, y como enseguida se hallan, según su edad, educación, raza, más o menos capaces de comprender las nuevas verdades, aquellos que están cerca de estos hombres que la comprendieron por la vía interna pasan, al principio lentamente, después más deprisa, a la nueva verdad, y esta verdad se vuelve siempre más comprensible.

Y cuantos más hombres entran en la nueva verdad, mas esta verdad es asimilable y mayor confianza inspira a los hombres de cultura inferior. De esta manera el movimiento acelera, aumenta de volumen como una bola de nieve, hasta el momento en que todos pasan de una sola vez hacia la nueva verdad y se establece un nuevo régimen. Los hombres que alcanzan la nueva verdad lo hacen siempre masivamente, de una sola vez, como el lastre de una embarcación que se carga rápidamente para mantenerla en equilibrio. Si no tuviera lastre, el navío no estaría lo suficientemente inmerso y cambiaría de posición cada instante. Este lastre, que al principio parece inútil, es la condición necesaria para su movimiento regular y para su estabilidad.

El mismo hecho ocurre con la multitud de hombres que, no uno a uno, sino siempre todos juntos, bajo la influencia de la nueva opinión social, pasan de un orden de vida a otro. Esta multitud, con su inercia, impide siempre el paso rápido, frecuente, no verificado por la sabiduría, de un orden a otro, y retiene por largo tiempo la verdad confirmada por una larga experiencia de luchas y que penetró en la conciencia de la humanidad.

Por eso aquellos que dicen que, una vez que 18 siglos transcurrieron para que una ínfima minoría de la humanidad asimilara la verdad cristiana, transcurrirán incontables veces 18 siglos para que toda la humanidad entren en ella, y que esta circunstancia nos empuja hacia una época tan lejana que no podemos siquiera imaginar, ciertamente se engañan.

Se engañan porque los hombres de cultura inferior, los pueblos que los defensores del actual régimen muestran como obstáculo a la realización del régimen cristiano, son precisamente aquellos que pasan siempre masivamente y de una sola vez hacia la verdad aceptada por las clases cultas.

Por eso el cambio en la existencia de la humanidad, a causa del cual los poderosos abandonarán el poder sin que encuentren a alguien para sustituirlos, no acontecerá sino cuando el concepto cristiano, fácilmente asimilable, penetre en los hombres, no ya uno después del otro, sino de una sola vez sobre toda la masa inerte.

Y dirán los defensores del actual régimen:

Pero, aunque fuera verdad que la opinión pública puede convertir la masa inerte de pueblos no-cristianos, y a los hombres corruptos y groseros que viven en medio de los cristianos, ¿cómo reconoceremos que los hábitos cristianos han nacido y que la violencia se ha hecho inútil? Renunciando a la violencia que mantiene el orden actual para confiar en la fuerza impalpable y fugaz de la opinión, ¿no se corre el riesgo de ver a los salvajes del interior o de fuera violentar impunemente a los cristianos? Si, teniendo el poder, nos defendemos con dificultad de los elementos no-cristianos de la sociedad, siempre prontos a invadirnos y a destruir los adelantos de la civilización, ¿cómo podría la opinión pública suplir la fuerza y darnos seguridad? Confiar en una sola ley sería tan loco como poner en libertad a los feroces animales de una jaula, con el pretexto de que parecen inofensivos en su prisión, detrás de barras de hierro candentes.

Por eso los hombres que están en el poder y dado por Dios o por el destino no tienen el derecho

de renunciar a la violencia y de poner en riesgo a la civilización, simplemente por probar, por saber si la opinión pública puede o no sustituir las garantías dadas por el poder.

El escritor francés, hoy olvidado, Alphonse Karr dijo en algún lugar, queriendo probar la imposibilidad de la supresión de la pena de muerte: “Que los señores asesinos comiencen por dar ejemplo.” Muchas veces oí repetir esta sutileza por hombres que pensaban expresar con estas palabras un argumento convincente y perspicaz contra la supresión de la pena de muerte. Sin embargo, no se puede encontrar mejor argumento contra la violencia de los gobiernos.

“Que los señores asesinos comiencen por dar ejemplo”, dicen los defensores de la violencia gubernamental. Pero los asesinos dicen lo mismo, y con más razón. Ellos dicen: “Aquellos que aceptaron la misión de instruirnos, de guiarnos, muestren el ejemplo, aboliendo el asesinato legal, y nosotros les seguiremos.” Y dicen esto con gran seriedad, pues tal es la verdadera situación.

“No podemos dejar de recurrir a la violencia porque estamos rodeados por los violentos.” Nada, que no sea este falso raciocinio, impide el progreso de la humanidad y el advenimiento del régimen que corresponde a su desarrollo moral actual.

Los que poseen el poder están convencidos de que solo la violencia guía a los hombres; por eso la emplean para el mantenimiento del orden vigente. Pero, este orden se mantiene no en virtud de la violencia, sino en virtud de la opinión pública, cuya acción está comprometida por la violencia. Por eso la acción de la violencia debilita exactamente aquello que se quiere mantener.

En el mejor de los casos, la violencia, si no tiene en mira el único objetivo personal de los hombres que se encuentran en el poder, condena con la única forma inmóvil de la ley aquello que desde hace mucho y muchas veces condenó la opinión pública, pero con la diferencia que, mientras la opinión pública reprueba todas las acciones contrarias a la ley moral, la ley, mantenida por la violencia, no reprueba y no condena sino una categoría muy limitada de acciones, pareciendo así justificar todas las acciones del mismo orden no englobados en su fórmula. Ya desde los tiempos de Moisés, la opinión pública considera la codicia, la deshonestidad y la crueldad como culpables y las reprueba. Reprueba también cualquier género de manifestaciones de codicia, no sólo la apropiación de los bienes ajenos por la violencia o por la astucia, sino también el gozo cruel de las riquezas; reprueba toda tipo de depravación, se cometa con la amante, con la esclava, con una mujer divorciada o con la propia esposa; reprueba cualquier crueldad, golpes, malos tratos, matanzas, no sólo de hombres, sino también de animales. Al contrario, la ley basada en la violencia condena solamente algunos casos de codicia, como el hurto, el fraude y ciertos casos de deshonestidad y crueldad, como la traición conyugal, el asesinato y los maltratos, y parece incluso autorizar todos los casos de codicia, deshonestidad y crueldad que no entran en su limitada definición. Pero, además de corromper a la opinión pública, la violencia hace nacer en los hombres la nefasta convicción de que progresan, no bajo el impulso de la fuerza espiritual que los empuja hacia el conocimiento de la verdad y su realización en la vida, sino por medio de la violencia, es decir, por medio de aquello que, en vez de aproximarlos a la verdad, los aleja. Este error es nefasto por el hecho de que lleva los hombres a despreciar el principal factor de su vida - la acción espiritual - y fija toda su atención y toda su energía sobre la acción violenta externa, generalmente perjudicial.

Este error es semejante a aquel que cometerían los hombres que, para mover una locomotora, giraran las ruedas con la fuerza de los brazos, sin sospechar que la causa fundamental de su movimiento es la dilatación del vapor y no el movimiento de las ruedas. Los hombres que quisieran girar las ruedas por la fuerza de los brazos o de palancas no producirían sino un aparente movimiento, estropeando inclusive las ruedas e impidiendo, así, la posibilidad del verdadero movimiento.

Se dice que la vida cristiana no se puede establecer sin violencia, porque existen pueblos salvajes en África, en Asia (algunos muestran también a los chinos como una amenaza para nuestra

civilización), y porque existen en la sociedad, según la nueva teoría de la herencia, delincuentes natos, salvajes y corruptos.

Pero estos salvajes, que están dentro y fuera de las sociedades cristianas, nunca fueron sometidos a la violencia y ni lo están hoy. Los pueblos nunca sometieron a los demás pueblos únicamente por la violencia. Si el pueblo que somete a otro fuera menos civilizado, no introduciría por la violencia su orden social sino que, al contrario, se sometería él mismo al orden del pueblo conquistado.

Cuando pueblos enteros se sometían a una nueva religión, se hacían cristianos o mahometanos, esta transformación se realizaba no porque se hubiese hecho obligatoria por los hombres que tenían el poder (la violencia actuaba muchas veces en un sentido completamente opuesto), sino porque ésta era la consecuencia de la opinión pública; pues, al contrario, los pueblos que fueron forzados a abrazar la religión de los vencedores se les volvían refractarios.

El mismo hecho se produce con los elementos salvajes que viven entre nosotros: ni el aumento ni la disminución de las severidades penales, ni las modificaciones introducidas en la prisión, ni el refuerzo de la policía disminuyen o aumentan el número de delitos; éste sólo decrece como consecuencia de la evolución de las costumbres. Ninguna severidad hizo desaparecer los duelos y las venganzas. A pesar del gran número de cosacos condenados a muerte por hurto, estos continuaban robando para vanagloriarse, porque ninguna joven desposaría a un cosaco que no hubiera dado pruebas de audacia robando un caballo o al menos un carnero. Si los hombres de nuestra sociedad dejan de hacer duelos y los cosacos de robar, no es por temor al castigo, sino porque las costumbres han cambiado. Lo mismo se puede decir del resto de los delitos. La violencia nunca podrá hacer desaparecer lo que forma parte de las costumbres. Por el contrario, bastaría que la opinión pública se opusiera francamente a la violencia para hacerla imposible. ¿Qué acontecería si la violencia no se empleara contra los enemigos externos y contra los elementos criminales de la sociedad? No lo sabemos. Pero sabemos, por una larga experiencia, que el uso de la violencia no sirvió para domar a unos a los otros. ¿Cómo, en efecto, someter por la fuerza a los pueblos cuya educación, tradiciones, la propia religión conducen a ver la virtud más alta en la lucha contra los opresores y en el amor a la libertad? ¿Y cómo suprimir por la violencia, en nuestra sociedad, actos considerados como delitos por los gobiernos y como actos loables por la opinión pública? La única fuerza que todo dirige y a la cual obedecen los individuos y los pueblos fue siempre la de la opinión pública, esa potencia incomprensible, que es el resultado de todas las fuerzas morales de un pueblo o de toda la humanidad.

La violencia sólo debilita esa potencia, la disminuye, la desvirtúa y la sustituye por otra, absolutamente perjudicial al progreso de la humanidad.

Para someter al cristianismo a los salvajes del mundo no-cristiano - todos los zulúes, los manchúes, los chinos, que muchos consideran salvajes - y los salvajes que viven entre nosotros, *solo existe un método*: la propagación, entre estos y aquellos, de las costumbres cristianas que no pueden ser difundidos a no ser por el ejemplo. Ahora, para que el cristianismo se imponga a aquellos que le son rebeldes, los hombres de nuestro tiempo hacen exactamente lo contrario de lo que deberían.

Para convertir al cristianismo a los pueblos salvajes que nos atacan y que no tenemos motivo alguno para oprimir, debemos, ante todo, dejarlos tranquilos y no actuar sobre ellos sino con el ejemplo de las virtudes cristianas: la paciencia, la paz, la abstinencia, la pureza, la fraternidad, el amor. En vez de esto, nos apresuramos a establecer en su territorio nuevos mercados para nuestro comercio; los espoliamos, apoderándonos de sus tierras; los corrompemos, vendiéndoles alcohol, tabaco y opio, y exportamos a su medio nuestras costumbres, enseñándoles la violencia y nuevos medios de destrucción. En una palabra, les enseñamos solamente la ley de la lucha animal, por debajo del cual el hombre no puede descender, y cuidamos de ocultar a sus ojos todo lo que puede

haber de cristiano en nosotros. Después, les mandamos dos docenas de misioneros, que les van a decir idioteces hipócritas, y damos, como prueba irrefutable de la imposibilidad de adaptar las verdades cristianas a la vida práctica estas experiencias de conversión.

Lo mismo acontece en relación a aquellos que llamamos delincuentes y que viven entre nosotros. Para que el cristianismo se imponga a estos hombres, *un solo medio*: la extensión de la opinión pública cristiana, que no se puede propagar entre ellos sino con la única doctrina verdadera confirmada por el ejemplo. Y, para predicar esta doctrina cristiana y afirmarla por medio de un ejemplo cristiano, tenemos las prisiones, las guillotinas, las horcas, los suplicios; degradamos el pueblo con religiones idólatras; lo embrutecemos con la venta gubernamental del veneno - alcohol, tabaco, opio; organizamos hasta la prostitución; damos tierra a los que de ella no necesitan; ostentamos un lujo insensato en medio de la más cruel miseria; haciendo así imposible cualquier apariencia de costumbres cristianas, nos dedicamos con celo a destruir las ideas cristianas ya establecidas, entonces, cuando hubiéramos corrompido a los hombres, los encerramos como animales feroces en locales de los cuales no podrán huir y donde se harán más salvajes, o los matamos. Y nos servimos de ellos como ejemplos para probar que no se puede actuar sobre los hombres sino con la violencia brutal.

De la misma forma los médicos ignorantes, después de haber llevado al enfermo al estado más contrario a la hiegiene, o haberle administrado remedios que lo matan, afirman que murió debido a la enfermedad, mientras que se habría curado si lo hubieran dejado en paz.

La violencia, que nos es mostrada como sostén de la organización de la vida cristiana, impide, por el contrario, que el orden social sea el que debería o podría ser. Es lo que vemos no gracias a la violencia, sino a pesar de la violencia.

Por eso los defensores del orden actual se engañan al decir que, si la violencia es suficiente para preservarlos de los malos elementos y de los no-cristianos de la humanidad, su sustitución por la influencia moral de la opinión pública nos dejaría sin defensa contra sus ataques.

Esto no es exacto, porque la violencia no protege a la humanidad, por el contrario, la priva de la única protección posible: la difusión del principio cristiano.

Pero ¿cómo suprimir la protección visible del guardia armado, para confiar en algo impalpable: la opinión pública? ¿Acaso ella existe? Y el orden actual nos es conocido; bueno o malo, conocemos sus defectos y estamos habituados a ellos. Sabemos cómo comportarnos y lo que debemos hacer en las circunstancias actuales; pero, ¿qué acontecerá cuando renunciáramos a este orden y nos entreguemos a algo totalmente desconocido? Los hombres temen este desconocimiento en el cual entrarían si renunciaran al actual orden de vida conocido. A buen seguro, es bueno temer lo desconocido, cuando nuestra situación conocida es buena y segura; pero este no es el caso y sabemos, sin la menor duda, que estamos al borde del abismo.

Si es preciso tener miedo, tengamos miedo de aquello que es verdaderamente temible y no de aquello que sospechamos lo sea.

Temiendo hacer esfuerzos por salir de un orden que nos es perjudicial - únicamente porque el futuro nos parece dudoso - nos parecemos a los pasajeros de un navío a punto de hundirse que tuvieron miedo de descender al barco de salvamento y se encerraron en sus cabinas, no queriendo salir de ellas; o a un rebaño de carneros que, atemorizados por el incendio en el establo, se amontonan en un a esquina y se niegan a salir por la puerta abierta.

¿Podemos, tal vez, a las vísperas de la guerra social asombrosa y letal, en comparación con la cual, como dicen los que la están preparando, los horrores de la guerra de 1893⁶¹ serán bromas infantiles, hablar del peligro que nos amenaza por parte de los dahomeyanos, de los zulúes etcétera,

61 N. del T.:Tolstói se refiere a la Guerra Franco-tailandesa.

tan distantes de nosotros y que siquiera piensan en atacarnos, o de lo que representan para la sociedad algunos miles de hombres por nosotros mismos corrompidos, malhechores, ladrones, asesinos, que nuestros tribunales, nuestras prisiones y nuestros suplicios no harán menos numerosos?

Además, el miedo de suprimir la defensa visible del policía es un miedo propio de los habitantes de las ciudades, o sea, de gente que vive en condiciones anormales y artificiales. Aquel que vive en condiciones normales, no en las ciudades, sino en medio de la naturaleza, y que con ella lucha, no necesitan esta protección y saben lo poco que la violencia nos protege contra los peligros reales que nos rodean. Existe, en este temor, algo mórbido que proviene, sobre todo, de las condiciones artificiales en las cuales vive y crece la mayoría de nosotros.

Un médico alienista contaba que, un día de verano, saliendo del hospicio, los locos lo acompañaron hasta la puerta de la calle. Entonces, les dijo: “¡Vengan a la ciudad conmigo!” Los enfermos consintieron y una pequeña comitiva lo siguió. Sin embargo, mientras más avanzaban, en medio del libre movimiento de los hombres sanos, más se intimidaban y se agrupaban alrededor del médico. Finalmente, pidieron todos volver al hospicio, a su modo de vivir insensato, pero habitual, a su vigilia, a las palizas, a la camisa de fuerza, a las celdas.

De la misma forma, se agrupan y desean volver a su antiguo modo de vida, a sus fábricas, a los tribunales, a las prisiones, a los suplicios, a las guerras los hombres que el cristianismo llama a la libertad, a la vida del porvenir, libre y racional.

Se pregunta: ¿cuál será la garantía de nuestra seguridad cuando el orden social vigente haya desaparecido? ¿Por qué nuevo orden será éste sustituido? Mientras no lo sepamos, no seguiremos adelante.

Esto es comparable a la declaración de un explorador de un país desconocido, solicitando una descripción pormenorizada de la región a explorar.

Si el futuro de un individuo aislado, en el momento de su paso de una edad hacia otra, le fuera perfectamente conocido, ya no tendría razón para vivir; así es para la humanidad: si tuviera un programa de vida que la espera en su entrada a una nueva era sería el más seguro indicio de que no vive, no se mueve, pero se agita siempre en el mismo lugar.

Las condiciones del nuevo orden no pueden ser conocidas, porque deben ser, exactamente, creadas por nosotros mismos. La vida reside, precisamente, en la búsqueda de lo desconocido y en la subordinación de la acción a los conocimientos recientemente adquiridos.

Ésta es la vida de cada individuo, y la vida de toda la humanidad.

CAPÍTULO XI

El concepto cristiano de la vida nace en nuestra sociedad e infaliblemente destruye el orden de nuestra vida basado en la violencia

La situación de la humanidad cristiana, con sus prisiones, trabajos forzados, patíbulos, talleres, concentración de las riquezas, impuestos, iglesias, tabernas, casas públicas, armamentos siempre crecientes y los millones de hombres embrutecidos, listos, como perros, para lanzarse sobre aquellos contra los cuales el patrón los incita, sería terrible si fuera sólo producto de la violencia; pero esta situación es, también, y sobre todo, producto de la opinión pública. Pero, aquello que se estableció por la opinión pública puede ser por ella destruido.

Dinero derrochado por centenares de miles de ciudadanos, decenas de millones de tropas disciplinadas, armas de destrucción de una fuerza inaudita, una organización llevada al más alto grado de perfección, una legión de hombres encargados de engañar e hipnotizar al pueblo, y todo esto sujeto, gracias a la electricidad que suprime la distancia, a hombres que consideran esta organización ventajosa para ellos y saben que, sin ella, desaparecerían: ¡qué fuerza invencible parece! Bastaría, sin embargo, ver hacia dónde, fatalmente, vamos, bastaría que los hombres sintieran vergüenza al participar en la violencia y aprovecharse de ella, como sienten vergüenza de los fraudes, del hurto, de la mendicidad, de la cobardía, para que, de pronto, por sí solo, sin lucha alguna, desapareciera este orden que parece tan complicado y poderoso. Y, por esto, es inútil que algo nuevo penetre en la conciencia humana, solo es necesario que se disperse la niebla que oculta a los hombres el verdadero significado de ciertos actos de violencia; la opinión pública y las costumbres cristianas que se desarrollan, absorben las costumbres paganas que permitían y justificaban la violencia, pero cuyo tiempo llega a su fin. Y este progreso se hace lentamente. Pero nosotros no lo vemos, como no vemos el movimiento cuando giramos, y con nosotros, todo lo que nos rodea.

Es verdad que el orden social, en sus aspectos principales, todavía tiene el mismo carácter de violencia que tenía hace mil años y hasta peor, bajo ciertos aspectos, como los armamentos y las guerras, pero la opinión pública cristiana, expandiéndose, ya comienza su acción. El árbol seco parece sólido como antes, de hecho parece aun más sólido porque se endureció, pero su tronco se hace hueco y su caída está próxima. Así ocurre con el actual orden social, basado en la violencia. El aspecto externo permanece igual - los mismos opresores, los mismos oprimidos - pero cambiaron sus puntos de vista sobre sus respectivas situaciones.

Los hombres que oprimen, aquellos que participan en la administración, y los hombres que se aprovechan de la opresión, es decir, los ricos, ya no constituyen la flor de la sociedad y ya no ofrecen el ideal de felicidad y grandeza con el cual antes se inclinaban todos los oprimidos.

Hoy, son los opresores los que, muchas veces, abandonan voluntariamente las ventajas de su situación por la de los oprimidos e intentan igualarlos en cuanto a la simplicidad de su vida.

Sin hablar de las profesiones ya despreciadas como la de espía, agente secreto de policía, usurero, tabernero, hay aun un gran número de ellas, que antes se tenían en consideración, como las de policías, de cortesanos, de jueces, de funcionarios administrativos, clérigos o militares, de especuladores, y banqueros, que están hoy consideradas como poco envidiables y hasta reprobadas por las personas más respetables. Existen hombres que abandonan voluntariamente estas funciones antes envidiadas, por puestos menos lucrativos, pero no asociados a la violencia.

No son solo las autoridades las que renuncian a sus privilegios, sino también las no-autoridades ricas. Se ven algunas que, ya obedeciendo a la influencia de la opinión pública que nace y no, como antes, a un sentimiento religioso, abandonan los bienes obtenidos como herencia, considerando justos solo los obtenidos con el trabajo.

Los jóvenes más dotados, con la edad en que, aun no habiendo sido corrompidos por la vida, escogen una carrera, prefieren las trabajosas profesiones de médico, ingeniero, profesor, artista, escritor o hasta, simplemente, la de propietario rural que vive de su propio trabajo, a las posiciones de juez, administrador, sacerdote, militar, pagadas por el gobierno, o a las de los hombres que viven de la renta. La mayoría de los monumentos están hoy erigidos no ya a hombres de Estado, a generales y mucho menos a hombres ricos, sino a artistas, sabios, inventores, hombres que, lejos de tener algo en común con el gobierno, muchas veces lucharon contra él. La poesía y las artes glorifican sobre todo a estos últimos.

Así, la clase de los hombres de gobierno, y de los ricos, se hace cada día menos numerosa y de nivel moral muy bajo. De tal modo que, a juzgar por la inteligencia, por la instrucción y sobre todo por la moralidad, ya no son, como antaño, la flor de la sociedad, sino todo lo contrario.

En Rusia y en Turquía, como en América y en Francia, a pesar de los frecuentes cambios de autoridades, la mayor parte de éstas es egoísta, corrupta, y tan poco recomendable desde el punto de vista moral, que no satisface a las más elementales exigencias de honestidad exigidas por el pueblo. Así, se oyen varias veces los ingenuos lamentos de los gobiernos que se maravillan al ver a los mejores de entre nosotros, por razones que les parecen extrañas, siempre en el campo de la oposición. Sería como lamentar que, por extrañas razones, la profesión de verdugo no se acepte por la gente civil y buena.

Tampoco, entre los ricos, se encuentra hoy la mayoría de los hombres superiores de la sociedad.

Los ricos no son sino groseros especuladores de dinero, que no tienen otra preocupación además de aumentar sus propias riquezas, en general por medios impuros, o los herederos degenerados de estos especuladores que, lejos de representar un papel importante en la sociedad, inspiran el desprecio general.

Muchas situaciones perdieron su antigua importancia. Reyes y emperadores únicamente dirigen; estos casi nunca se deciden a introducir modificaciones internas o a cambiar la política externa. Además, dejan la solución de estas cuestiones a alguna institución gubernamental y a la opinión pública. Todos sus deberes se reducen a ser los representantes de la unidad y de su potencia. Y cumplen este deber siempre de una forma peor que la de antes. La mayoría de los jefes de Estado no solo no conserva su antigua majestuosidad inaccesible, sino que hasta se democratiza cada vez más y también se envilece, destruyendo su último prestigio, o sea, exactamente lo que se espera que mantengan.

Lo mismo acontece con los militares. El alto funcionario militar, en vez de animar, entre los soldados, la rudeza y la ferocidad necesarias a su obra, propaga él mismo la instrucción en el ejército, predica la humanidad y, frecuentemente, participando en las convicciones socialistas de las masas, niega la utilidad de la guerra. En la última conspiración contra el gobierno ruso, muchos de los que participaron eran militares.

Acontece con frecuencia (aconteció recientemente) que el ejército, llamado a restablecer el orden, se niega a abrir fuego contra la población. Los hábitos del cuartel están francamente reprobados por los mismos militares, que muchas veces de ellos hacen objeto de mofa.

Lo mismo ocurre con los jueces: obligados a juzgar y condenar a los delincuentes, hacen los debates de modo que los hagan parecer inocentes hasta donde sea posible, de modo que el gobierno ruso, para obtener la condena de aquellos que desea castigar, confía siempre estos casos no a los

tribunales ordinarios, sino a la corte marcial, que no es más que una parodia de la justicia. Incluso los fiscales renuncian, muchas veces, a pedir una condena y, esquivando la ley, a menudo defienden a aquellos a quien tienen el deber de mostrar como culpables.

Doctos juristas⁶², cuya misión es justificar la violencia del poder, niegan cada vez más el derecho a castigar y, en su lugar, ponen las teorías de la irresponsabilidad. En vez del castigo, propugnan la recuperación de los supuestos delincuentes, mediante una cura médica o moral.

Los carceleros y verdugos se hacen frecuentemente defensores de aquellos que, por su misión, deberían torturar y, muchas veces, los policías ayudan a escapar a aquellos que deben arrestar.

El clero predica la tolerancia, y a veces hasta la negación de la violencia, y los más cultos de entre sus miembros intentan evitar en sus sermones la mentira, que es la propia base de su situación y que están llamados a sostener.

Los verdugos se niegan a cumplir su deber, de modo que, a menudo, en Rusia, las sentencias de muerte no pueden ejecutarse y, a pesar de todas las ventajas que se dan a los convictos, entre los cuales se reclutan a los verdugos, se hace cada vez más raro que acepten estas funciones.

Los gobernadores, los comisarios, los recaudadores de impuestos tienen piedad del pueblo y buscan toda tipo de pretextos para prescindir de los impuestos de los pobres diablos.

Los ricos ya no osan disfrutar solos de sus riquezas, sino que sacrifican una parte en obras de caridad.

Los terratenientes construyen en sus tierras hospitales, escuelas y algunos llegan a entregar sus propiedades a los agricultores o establecen en ellas colonias agrícolas. Los propietarios de industrias y fábricas crean, también, hospitales, escuelas, fondos de pensiones, espectáculos para sus obreros. Algunos crean asociaciones, de las cuales forman parte con el mismo título y con los mismos derechos que los otros miembros.

Los capitalistas entregan una parte de sus capitales a instituciones públicas de instrucción, arte o filantropía. No teniendo fuerza para separarse de sus riquezas en vida, muchos de entre ellos las dejan como herencia para institutos públicos.

Todos estos fenómenos podrían parecer casos excepcionales si no se adivinara su causa única, así como, en abril, podrían sorprender los primeros brotes si no se conociera la causa general, la primavera; de modo que, viendo algunos ramos entumecerse y hacerse verdes, se puede decir con certeza que los otros harán lo mismo.

Lo mismo se puede decir en relación a las manifestaciones de la opinión pública cristiana. Si esta opinión pública ya actúa sobre varias personas, sobre las más impresionables, y las fuerza a cada una en su ambiente a abandonar las ventajas que les concede la violencia, ésta continuará actuando y su acción se prolongará hasta el momento en que cambiará todo el orden actual y lo pondrá de acuerdo con el pensamiento cristiano que ya penetró en la conciencia de los hombres que están a la vanguardia.

Si se encuentran ya gobernantes que nada deciden bajo su autoridad, que intentan parecerse al máximo no a soberanos, sino a simples mortales, y que están preparados para abandonar sus prerrogativas y a que se hagan los primeros ciudadanos de una república; si ya se encuentran militares que comprenden toda la barbarie de la guerra y desean no tener que abrir fuego contra los extranjeros ni contra sus conciudadanos; si ya hay jueces y procuradores que no desean oprimir y condenar a los delincuentes, sacerdotes que evitan predicar la mentira, recaudadores de impuestos que buscan reducir al máximo posible el rigor de sus funciones - y ricos que abandonan sus riquezas - lo mismo acontecerá, inevitablemente, con otros gobernantes, otros militares, jueces, sacerdotes,

62 N. T2: Expertos en ley civil.

recaudadores y ricos. Y, cuando ya no existan hombres que quieran ocupar estas posiciones, estas mismas posiciones, basadas en la violencia, desaparecerán.

Pero no es este el único camino por el cual la opinión pública lleva a los hombres a la supresión del orden actual y su sustitución por un nuevo orden. A medida que las posiciones basadas en la violencia se hacen menos seductoras y menos codiciadas, su inutilidad se hace cada vez más evidente.

Vemos siempre, en el mundo cristiano, los mismos gobernantes y los mismos gobiernos, los mismos ejércitos, los mismos tribunales, los mismos impuestos, el mismo clero, los mismos ricos terratenientes, industriales, capitalistas, pero la situación de unos en relación a los otros ya no es la misma. Los mismos jefes de Estado mantienen los mismos diálogos, los mismos encuentros, las mismas fiestas, la misma pomposidad; los mismos diplomáticos tienen las mismas conversaciones sobre alianzas y sobre guerras; los mismos parlamentos discuten las mismas cuestiones de Oriente y de África y los casos de guerra, el Home Rule⁶³ y la jornada de ocho horas; siempre los mismos cambios de ministerios, los mismos discursos, los mismos incidentes, pero para aquellos que perciben como un artículo de periódico cambia, a veces, la situación, más que lo hacen decenas de conferencias de monarcas y de sesiones parlamentarias, parece cada vez más claro que no son aquellas conferencias y discusiones parlamentarias las que dirigen los asuntos, sino algo independiente de todo esto y que no reside en lugar alguno.

Los mismos generales, oficiales y soldados, los mismos cañones, fortalezas, revistas⁶⁴ y maniobras; pero la guerra no se declara. Un año, diez años, veinte años pasan. Sin embargo, se tiene cada vez menos confianza en el ejército para reprimir las rebeliones y se hace cada vez más evidente que los generales, los oficiales y los soldados son simplemente figuras de procesiones solemnes, objetos de divertimento para los gobiernos, algo así como cuerpos de baile que cuestan demasiado caros.

Los mismos procuradores y jueces, los mismos tribunales, pero es cada vez más evidente que los tribunales civiles pronuncian sus sentencias sin que se preocupen por la justicia, y que los tribunales penales no tienen ningún sentido, porque los castigos no alcanzan el objetivo al que aspiran los propios jueces. Estas instituciones no sirven, por tanto, sino para nutrir a hombres incapaces de actitudes más útiles.

Los mismos sacerdotes, arzobispos; pero es cada vez más evidente que estos mismos hombres ya no creen en aquello que enseñan y, por lo tanto, ya no pueden dar a nadie una fe que no poseen.

Los mismos recaudadores de impuestos; pero cada vez más incapaces de tomar a la fuerza los bienes de los contribuyentes; y así es cada vez más evidente que, sin los recaudadores de impuestos, los hombres pueden, con una subscripción voluntaria, proveer todas las necesidades sociales.

Los mismos ricos; pero es cada vez más evidente que ellos no pueden ser útiles, sino dejando de ser administradores personales de sus bienes y entregándolos a la sociedad, íntegramente, o, al menos, en parte.

Y cuando todo esto se haga evidente, será natural que los hombres se pregunten: “¿Cuál es la utilidad de mantener todos estos reyes, emperadores, presidentes y miembros de toda tipo de cámaras y ministerios si, de todas sus reuniones y de todos sus discursos, nada resulta? ¿No sería mejor, como dijo un espirituoso, hacer una reina de goma?”

¿Y de qué sirve el ejército con sus generales, músicos, caballos, tambores? ¿En qué consiste su utilidad, ya que no hay guerras, ya que nadie quiere conquistar a nadie y ya que, aun cuando

63 N. T2: La **Home Rule** de [Irlanda](#) fue el [estatuto](#) que dotaba a Irlanda de cierta autonomía, dentro del [Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda](#). Información obtenida en Wikipedia.

64 N. T2: en el sentido militar

estallara la guerra, los demás pueblos no permitirían que de ella se saque provecho, mientras el ejército se niega a abrir fuego contra sus compatriotas?

¿Y de qué sirven los jueces y procuradores que, en las causas civiles, no juzgan según la justicia y, en las causas penales, reconocen la inutilidad del castigo?

¿De qué sirven los recaudadores de impuestos que cumplen con tristeza su deber, ya que sin ellos es posible reunir las sumas necesarias?

¿De qué sirve el clero que desde hace mucho ya no cree en aquello que predica?

¿De qué sirven los capitales concentrados en las manos de unos pocos, ya que no pueden ser útiles sino haciéndose propiedad de todos?

Y, una vez planteadas estas cuestiones, los hombres no pueden no llegar a la resolución de parar de mantener todas estas instituciones que se hacen inútiles.

Más aún, los hombres que ocupan estas posiciones privilegiadas reconocerán un día la necesidad de abandonarlas.

La opinión pública condena cada vez más la violencia y, por eso, estas posiciones basadas en la violencia se buscan cada vez menos.

Un día, en Moscú, asistí a una de las discusiones religiosas que se realizan regularmente el domingo de Pascua, cerca de la iglesia, en el Okhotnyi Ryad. Unos veinte hombres estaban reunidos en la acera y conversaban con mucha seriedad sobre religión.

Simultáneamente, se realizaba un concierto, en el edificio del círculo de la nobleza, y el oficial de policía que hacía de centinela en el local, habiendo percibido este grupo, mandó un guardia a caballo con la orden de disolverlo. A decir verdad, el oficial no tenía la mínima necesidad de dispersar a aquel grupo si a nadie incomodaba, pero él había estado allí durante toda la mañana, y era necesario dar un sentido a eso. El policía, joven garboso, llevando el puño a su cadera y haciendo temblar su espada, se aproximó a nosotros y ordenó en tono severo:

“¡Dispersaos! ¿Qué es esta reunión?” Todos se volvieron hacia él y uno de nosotros, hombre modesto, respondió con aire tranquilo y afable: 'Hablamos de cosas serias, ¿por qué dispersarnos? Sería mejor, joven, que bajaras del caballo y vinieras a escucharnos; será útil para ti también.' Se volvió, entonces, nuevamente hacia nosotros y continuó la conversación. El policía dio media vuelta y se alejó sin decir una palabra.

Lo mismo debe acontecer en todos los actos de violencia. Aquel pobre oficial se aburrió; el infeliz se situó en una posición que lo obliga a cometer actos de autoridad; él vive una vida a parte; puede sólo vigilar y dar órdenes, dar órdenes y vigilar, aunque su vigilancia y sus órdenes no tengan utilidad alguna. En la misma condición ya se encuentran en parte, y dentro de poco se encontrarán enteramente, los infelices jefes de Estado, miembros de los parlamentos, gobernadores, generales, oficiales, arzobispos, sacerdotes y, también, los ricos. Estos nada tienen que hacer además de dar órdenes y así lo hacen, mandan a sus subordinados, como el oficial manda al soldado, para incomodar a las personas. Y, como las personas que incomodan les piden que no se les incomode, ellos imaginan que son muy necesarios.

Pero vendrá un tiempo, ya viene, en que todos comprenderán claramente que estas autoridades son del todo inútiles y solo incomodan, en que las personas a quienes incomodamos les dirán, con la misma amabilidad y la misma tranquilidad: "No nos incomoden, por favor." Y todos estos que mandan con sus órdenes estarán obligados a seguir este buen consejo, o sea, parar de rondar entre los hombres con el puño en la cadera y dejar de incomodarlos; mas, bajando de sus bellos caballos y retirando todos sus herrajes, vendrán a escuchar aquello que se dice y, uniéndose a los otros, reingresarán en la verdadera vida.

Llega el tiempo en que todas las instituciones basadas en la violencia desaparecerán a consecuencia de su inutilidad, de su estupidez y, sobre todo, de su evidente inconveniencia.

Este tiempo habrá llegado cuando acontezca a los hombres de nuestra sociedad, que ocupan posiciones creadas por la violencia, lo que aconteció al rey, en el cuento de Andersen titulado *La ropa nueva del rey* - cuando el niño, habiendo visto al rey completamente desnudo gritó ingenuamente: "¡Miren, está desnudo!" Entonces, todos aquellos que lo veían de la misma forma, pero nada decían, no pudieron no admitirlo.

El cuento, trata de un rey, gran amante de las nuevas ropas, al cual algunos sastres prometen un traje extraordinario, cuyo tejido tiene la cualidad especial de permanecer invisible para quien no estuviera a la altura del cargo que ocupa. Los cortesanos que vienen para asistir al trabajo de los sastres nada ven, porque los sastres mueven sus agujas en el aire. Pero, acordándose de la cualidad propia de aquel tejido, todos dicen verlo y se extasían con su belleza. El rey hace lo mismo. Llega el momento de la procesión, en la cual, debe aparecer con su nuevo traje. Él se desnuda y viste el traje imaginario, es decir, permanece desnudo y así pasea por la calle. Pero, acordándose de la calidad del tejido, nadie se atreve a decir que no lleva ropa hasta el momento en que un niño grita: "¡Miren, está desnudo!" El mismo caso debe acontecer con todos aquellos que ocupan por inercia posiciones desde hace mucho convertidas en inútiles, tan pronto como el primero grite ingenuamente: "¡Desde hace mucho estos hombres para nada sirven!"

La situación de la humanidad cristiana, con sus fortalezas, con sus cañones, con la dinamita, los fusiles, los torpedos, las prisiones, los patíbulos, las iglesias, las fábricas, las aduanas, los palacios, es realmente terrible; pero ni los torpedos, ni los cañones, ni los fusiles disparan solos; las prisiones no encierran a alguien solas, los patíbulos no ahorcan, las iglesias a nadie engañan solas, las aduanas no detienen, los palacios, las fortalezas y las fábricas no se construyen solos. Todo esto se hace con hombres. Y, cuando los hombres comprendan que no se debe hacer, todo esto ya no existirá.

Y ellos ya comenzaron a comprender. Sino todos, al menos los hombres de vanguardia, aquellos a los que seguirán todos los demás. Y no comprender aquello que una vez fue comprendido es imposible; y aquello que comprendieron los hombres de vanguardia los otros pueden y deben comprenderlo.

De modo que, en el tiempo previsto por el profeta, en que todos los hombres estarán instruidos por Dios, aprenderán a no hacer la guerra y transformarán las espadas en arados y las lanzas en hoces; lo cual, traducido a nuestra lengua, las prisiones, las fortalezas, los cuarteles, los palacios y las iglesias se quedarán vacíos, y los patíbulos, los fusiles y los cañones quedarán en desuso. Ya no es una utopía, sino una nueva forma de vida hacia la cual la humanidad camina con una rapidez cada vez mayor.

¿Pero cuándo acontecerá todo esto? Hace 1.800 años, Cristo respondió a esta pregunta: el fin del siglo actual, es decir, de la organización pagana, llegará cuando las calamidades humanas estén multiplicadas y la feliz novedad de la venida del reino de Dios, o sea, la posibilidad de una nueva organización de vida, no alienada sobre la violencia, será predicada por toda la tierra (Mateo 24,3-28).

"De aquel día y de la hora, nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre", dice Cristo (Mateo 21,36). Porque Él puede siempre venir en cualquier momento y cuando menos lo esperamos.

¿Cuándo llegará esta hora? Cristo dice que no podemos saberlo. Debemos, entonces, estar siempre preparados a su llegada, como debe velar aquel que guarda su propia casa de los ladrones, como deben velar las vírgenes que con sus linternas esperan al esposo, y más allá, debemos trabajar

con todas nuestras fuerzas para anticipar esta hora, como deben trabajar los siervos para hacer rendir los talentos que recibieron (Mateo 24,42-44; 25,13).

Y no puede haber otra respuesta. Los hombres no pueden saber cuando vendrá el reino de Dios, porque esa hora únicamente depende de los propios hombres.

La respuesta es como la de aquel sabio a quien un viajero preguntó si faltaba mucho para llegar a la ciudad: “¡Camina!” ¿Cómo podemos saber si aún está lejos el objetivo hacia el cuál se dirige la humanidad, ya que no sabemos cómo caminará ella, pues de ella depende caminar o parar, disminuir o acelerar el paso? Todo lo que podemos saber es aquello que nosotros, que formamos parte de la humanidad, debemos o no hacer para que venga el reino de Dios, y esto lo sabemos. Basta que cada uno comience a hacer lo que debe hacer y deje de hacer lo que no debe hacer; basta que pongamos en nuestros actos toda la luz que hay en nosotros, para que pronto se establezca el reino de Dios, prometido, y para el cual tiende el alma de cada hombre.

CAPÍTULO XII

Conclusión

*Haced penitencia, porque el reino de Dios está próximo, en el umbral de nuestra puerta*⁶⁵

Terminaba yo finalmente esta obra, en la cual trabajaba hace dos años, cuando, atravesando en tren los territorios de Tula y Riazan, ya, entonces, atormentados como hoy por la carestía, el tren que me llevaba cruzó, en una estación, con un tren de soldados que acompañaban al propio gobernador de la región. Estos soldados tenían fusiles, cartuchos y varas para azotar y asesinar a aquellos infelices hambrientos.

Los golpes con varas para hacer respetar las decisiones de las autoridades, aunque las penas corporales ya hayan sido abolidas hace treinta años, se hacen cada vez más frecuentes.

Ya había oído hablar de cosas semejantes; también había leído en los periódicos sobre la terrible flagelación que se habían infligido en Tchernigov, en Tambov, en Saratov, en Astracán y en Oryol, y de aquellas que se vanaglorió el gobernador de Nijni-Novgorod, Baranov. Nunca, sin embargo, me había pasado, como aquel día, ver a los hombres llevar a cabo estos castigos.

Así, vi rusos buenos y compenetrados de espíritu cristiano armados de fusiles, cartuchos y varas, ¡qué iban a azotar a sus hermanos hambrientos!

El motivo por el cual viajaban era el siguiente:

En una de las más bellas propiedades de la región, los campesinos cultivaban un bosque en una tierra común a todos ellos y uno de los más ricos propietarios de la región, se atribuyó todo el bosque y comenzó a talarlo. Los campesinos, que desde hace mucho disfrutaban de este bosque que consideraban suyo, al menos una propiedad común, presentaron una queja. En primera instancia, los jueces pronunciaron una sentencia injusta. (Digo injusta de acuerdo con el gobernador y el fiscal, que así lo declararon). El juez dio la razón al propietario.

Todas las otras sentencias que le siguieron, inclusive la del senado, aunque todos vieran claramente que la primera sentencia había sido injusta, la confirmaron, y todo el bosque fue entregado al propietario.

El propietario continuó talándolo, pero los campesinos, no pudiendo creer que tan flagrante injusticia pudiera cometerse por los poderes supremos, no se sometieron. Expulsaron a los obreros traídos para talar, declarando que el bosque les pertenecía, que irían hasta el Zar, pero que no dejarían que se tocara el bosque.

Se informó del hecho en Petersburgo, desde donde fue transmitida una orden al gobernador para ejecutar la sentencia, y éste pidió tropas, y ahí estaban, los soldados con su provisión de fusiles, montones de varas y cartuchos expresamente preparados para la ocasión, todo esto a granel, en el vagón, ahí van enviados a hacer que se ejecute la decisión suprema.

La ejecución de la decisión de las autoridades superiores se traduce en homicidio, en suplicio y en amenazas de unos u otros, según las personas se resistan o se sometan.

⁶⁵ N. T2: El subtítulo de este último capítulo en la traducción en inglés es el siguiente: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos está al alcance de la mano" en todos los casos (traducción italiana, inglesa y portuguesa) viene a ser una frase hecha, que en castellano vulgarmente se diría algo así como a la vuelta de la esquina.

En el primer caso, es decir, si el campesino se revela, todo pasa en Rusia (como en todos los países en los cuales existe el derecho de propiedad) y todo pasa del siguiente modo: el gobernador pronuncia un discurso en el que pide que se someta. La multitud, muy excitada y ordinariamente embaucada por los más exaltados, nada comprende del lenguaje pomposo del funcionario; el gobernador pide, entonces, la sumisión de la multitud y ordena su dispersión, de lo contrario se verá obligado a recurrir a la fuerza.

Si la multitud no se somete y no se dispersa, el gobernador ordena que se dispare al aire. Si la multitud, aun así, todavía no cumple lo ordenado, el gobernador ordena que se dispare sobre el pueblo, no importa sobre quién; el soldado dispara, muertos y heridos caen en las calles. La multitud, entonces, se dispersa, y los soldados, por orden del gobernador, atrapan, en medio de la misma, a aquellos que juzgan son los más peligrosos y se los llevan bajo escolta; después, se recogen los moribundos ensangrentados, los mutilados, los muertos, los hombres heridos, algunas veces mujeres y niños. Los muertos se entierran, los mutilados se mandan a los hospitales.

Los que se consideran los líderes más exaltados se llevan a la ciudad y los juzga un consejo de guerra. Cuando se prueba que su rebelión llegó a la violencia, se les condena a la horca. Entonces, se prueba la horca. Se ahorcan víctimas sin defensa, como a menudo sucede en Rusia y como no puede dejar de pasar en todos los lugares donde el orden social se basa en la fuerza. He ahí lo que ocurre en caso de rebelión.

En el segundo caso, es decir, en el caso en que el campesino se somete, ocurre algo especial, totalmente ruso. He ahí lo que sucede: el gobernador llega al local designado, pronuncia un discurso en el cual reprueba al pueblo por su insubordinación y, o hace ocupar por el ejército las casas de la aldea donde, algunas veces durante un mes, los soldados agotan los medios de subsistencia del campesino, o, habiéndose limitado a las amenazas, aunque sin llegar a malos tratos, o, lo que acontece en la mayoría de las ocasiones, declara que los líderes deben ser castigados. Se escogen al azar, sin criterio alguno, algunos individuos, reconocidos como líderes, a los que, delante de él, se les azota.

Para dar una idea de cómo se procede, quiero describir una ejecución de este género y que recibió la aprobación de las autoridades superiores. He ahí lo que aconteció en Oryol:

Como en el gobierno de Tula, el propietario tuvo la idea de apropiarse de los bienes de los campesinos e igualmente, como allí, los campesinos se opusieron a sus pretensiones. El motivo del litigio era el siguiente: el propietario quería desviar, en favor de su molino, una cascada de agua que regaba los campos de los campesinos. Éstos se rebelaron. El propietario recurrió al comisario rural que, injustamente (como, de hecho, fue después reconocido por la justicia), dio la razón al propietario. Le permitió desviar el agua. El propietario mandó que los obreros excavaran los canales a través de los cuales debería llegar el agua hasta él. Los campesinos, exasperados por esta sentencia inicua, mandaron que sus mujeres impidiesen que los obreros del propietario excavaran los canales: en los diques, ellas volcaron los carros y expulsaron a los obreros.

El propietario recurrió contra las mujeres. El comisario rural ordenó que encerraran en la prisión a una mujer de cada familia.

La orden no era de fácil ejecución, pues en cada casa había varias mujeres y no era posible saber a cuál de ellas se debía detener; y así la sentencia no se cumplió. El propietario se lamentó de la negligencia de la policía con el gobernador que, sin profundizar en la cuestión, simplemente ordenó la ejecución de la sentencia del comisario rural.

El comisario del distrito llegó a la aldea y ordenó severamente a sus agentes que prendieran en cada casa una mujer cualquiera: pero, como yo había dicho, habiendo en cada casa varias mujeres, surgieron discusiones; el comisario del distrito ordenó que no se tuviese esto en cuenta, que prendieran la primera mujer que encontraran y que la llevaran a la prisión.

Los campesinos defendieron a sus mujeres y a sus madres; impidieron que la policía cumpliera su misión; golpearon a los agentes y al comisario del distrito. Un nuevo delito se sumó, por lo tanto,

al primero, la rebelión a las leyes; noticias sobre este nuevo hecho llegaron a la ciudad; y he ahí que aparece, como en Smolensk, el gobernador del lugar, al frente de un batallón de soldados, armados con fusiles y varas, los grandes refuerzos del telégrafo y del teléfono, viajando en tren expreso, acompañado por un médico encargado de inspeccionar que las palizas se apliquen higiénicamente; y he ahí que el gobernador, encarnando el Gengis Khan moderno previsto por Herzen, llega al lugar de la ejecución.

En el municipio del cantón se encontraban la tropa, un regimiento de guardias con revólveres que colgaban de sus cinturones rojos, los principales campesinos del lugar y, finalmente, los culpables. Alrededor, se agrupaba una multitud de más de mil personas.

El gobernador, llegando en carroza, descendió, pronunció el discurso de costumbre y pidió que trajeran a los culpables y un banco. Al principio, su demanda no fue comprendida, pero un guardia, que el gobernador llevaba junto a él hacia todos los lugares y que se ocupaba especialmente de organizar tales ejecuciones, repetidas e incontables veces en aquel gobierno, explicó que el banco serviría para el flagelo.

Se trajo el banco, así como las varas, y fueron llamados los verdugos. Los verdugos se preparan con antelación, se escogen entre los ladrones de caballos de la propia aldea, porque los soldados rechazan totalmente este género de funciones.

Cuando todo estaba preparado, el gobernador ordenó que fuera retirado de la fila el primero de los 12 hombres indicados por el propietario como los más culpables. Se trataba de un padre de familia honrado, estimado por todos, un hombre de cuarenta años que defendía enérgicamente los intereses de su clase y que, por esto, gozaba de mucha consideración entre los habitantes. Lo llevaron al banco, lo desnudaron, lo extendieron sobre el mismo.

El campesino comenzó a suplicar pero, viendo que sería inútil, hizo una gran señal de la cruz y se acostó. Dos soldados se precipitaron para cogerlo.

El médico estaba cerca, para el caso en que su ayuda y su alta ciencia médica fueran necesarias. Los verdugos se escupieron en las manos, levantaron las varas y comenzaron a golpearlo. Acaece que el banco no era lo suficientemente ancho y era difícil mantener en él a la víctima que se retorció. El gobernador ordenó que trajeran otro banco y que se colocara en él una tabla. Los soldados, haciendo el saludo militar y repitiendo: "Muy bien, excelencia", se prepararon para ejecutar la orden, mientras semidesnudo, pálido, el hombre torturado aguardaba, frunciendo las cejas, mirando hacia el suelo, los dientes castañeando. Cuando se ensanchó el banco, recolocaron en él a la víctima y, de nuevo, los ladrones de caballos comenzaron a golpearle. Los hombros y los riñones del hombre se cubrían cada vez más de estrías marmóreas, y, en cada golpe, se oían los gemidos sordidos que el torturado no conseguía reprimir.

En la multitud que los rodeaba, se oían los gritos de la mujer, de la madre, de los hijos, de los parientes del torturado, y de todos aquellos que habían sido llamados para asistir al suplicio.

El desgraciado gobernador, ebrio de poder, contaba con los dedos cada golpe, doblándolos un después del otro, sin parar de fumar el puro que varias personas serviles se apresuraban a encender, ofreciéndole velas encendidas.

Cuando los golpes pasaron de los cincuenta, el campesino paró de gritar y de agitarse, y el médico, que había hecho sus estudios en una institución del Estado para poder después poner su alta ciencia a servicio de su soberano y de su patria, se acercó al torturado, le tomó el pulso, le oscultó el corazón y declaró al gobernador que el hombre castigado había perdido la consciencia y que, según los datos de la Ciencia, podría ser peligroso para la vida del paciente continuar con la ejecución. Pero el desgraciado gobernador, ya ebrio con la visión de la sangre, ordenó que continuaran y la ejecución prosiguió hasta el septuagésimo golpe, límite que él había fijado, no se sabe por qué. Sólo entonces el gobernador dijo: "¡Basta! El próximo." Y llevaron fuera al torturado, con los hombros ensangrentados y sin sentido; y trajeron, entonces, a otro. Los sollozos de la multitud aumentaban, pero el representante de la autoridad hizo continuar la ejecución.

Así se hizo hasta el duodécimo, y cada uno de ellos recibió setenta golpes. Todos imploraban perdón, gritaban y gemían. Los sollozos de la multitud y, sobre todo, los de las mujeres, se hacían suplicantes. Los rostros de los hombres cada vez más serios. Pero la tropa los rodeaba y la ejecución

no paró sino cuando le pareció suficiente a aquel desgraciado medio ebrio y desvariado que se llamaba gobernador. Los funcionarios, los oficiales, los soldados no solo asistían a aquella ejecución, sino que participaban en ella, ya que, con su presencia, hacían imposible cualquier resistencia de la multitud.

Cuando pregunté a uno de esos gobernadores el motivo de la ejecución de personas ya sometidas, con la importancia de un hombre que conoce toda la delicadeza de la sabiduría gubernamental, me respondió que por experiencia está probado que, si los campesinos no fueran castigados, se revelarían nuevamente y que la ejecución de algunos atestigua para siempre la autoridad del poder.

Por eso el gobernador de Tula, con sus funcionarios, oficiales y soldados, iba por su parte a cumplir una ejecución semejante.

También allí el homicidio y el suplicio deberían ratificar la decisión de la autoridad superior. Se trataba de dar la posibilidad a un joven terrateniente, que ya poseía cien mil rublos de renta, de recibir otros tres mil con la madera que él robaba de toda una comunidad de campesinos hambrientos, para poder gastar ese dinero, en dos o tres semanas, en los restaurantes de Moscú, Petersburgo o París. He ahí la obra que iban a realizar las personas que encontré.

Como si se hubiese hecho a propósito, quiso el azar, después de dos años de meditación sobre el mismo tema, hacerme testigo, por primera vez en mi vida, de un hecho cuya realidad brutal me mostraba, con total evidencia, lo que yo, desde hace mucho, veía con claridad absoluta en la teoría, que nuestro orden social está instituido no como quieren hacer entender los hombres interesados en el orden actual, sobre bases jurídicas, sino en la más ruda violencia, sobre el asesinato y el suplicio.

Los hombres que poseen grandes cantidades de tierras y capital, o que reciben altos salarios procedentes de la clase más miserable, la clase obrera y aun aquellos, como los comerciantes, los médicos, los artistas, los empleados, los científicos, los cocheros, los cocineros, los escritores, los camareros, los abogados, que se sostienen junto a esos hombres ricos, les gusta creer que los privilegios de los que disfrutan resultan no de la violencia, sino de un cambio de servicios absolutamente regular y libre. Prefieren creer que los privilegios de que disfrutan existen por sí solos y son el resultado de una libre convención entre los hombres, y que las violencias, existiendo también por sí mismas, resultan de no sé cuáles leyes generales. Ellos se esfuerzan en no ver que sus privilegios son siempre la consecuencia de la misma causa, de aquella que obliga a los campesinos, bajo pena de que sean azotados o matados, a entregar su madera a un propietario que no la necesita y que no ha tomado parte del cultivo del bosque.

Pero, si es verdad que, gracias a las amenazas, al apaleamiento y al homicidio, aumentó la renta del molino de Oryol y que los bosques cultivados por los campesinos fueron dados al propietario ocioso, es igualmente verdad que todos los excepcionales privilegios de los que gozan los ricos, privando a los pobres de lo necesario, están basados en las mismas causas.

Si aquellos que necesitan tierra para alimentar a su familia no pueden cultivar la que rodea sus casas y, si un único hombre, sea que quién sea, ruso, inglés, austriaco, o no importa qué gran propietario que no cultiva y posee una extensión capaz de alimentar mil familias, si el rico comerciante, aprovechándose de la miseria del agricultor, puede comprar el grano por un tercio de su valor y, sin incurrir en castigo, conservarlo en sus almacenes, entre gente hambrienta a quien él lo revende tres veces más caro de lo que vale, está claro que todo esto proviene de la misma causa.

Y si no se pueden comprar ciertos productos, debido a una línea divisoria que se llama frontera, sin pagar impuestos a aquellos que no tomaron parte alguna en la producción de esas mercancías, si los campesinos deben vender su última vaca para pagar los impuestos que el gobierno distribuye a sus funcionarios o destina a nutrir a los soldados encargados, por su parte, de matar estos mismos espoliados, tendría que ser evidente que todo esto no es la consecuencia de cualquier principio

abstracto, sino que tiene la misma causa común, con lo que acaece en Oryol, con lo que habría podido acaecer en Tula que se da, bajo una u otra forma periódicamente, en el mundo entero, dondequiera que haya gobierno y donde hay ricos y pobres.

Los hombres que disfrutan de los privilegios de las clases dirigentes se convencen y convencen a los otros, solamente porque existen casos de violencia sin suplicios y sin homicidios, que las ventajas de las que gozan no son consecuencia de torturas y ejecuciones y, sí, consecuencia de algunas causas generales y misteriosas. Sin embargo, si los hombres que ven la injusticia de todo esto (como los obreros, hoy) entregan, aun así, la mayor parte del producto de su trabajo a los capitalistas, a los terratenientes, y pagan los impuestos, sabiendo el mal uso al que se destinan, es evidente que lo hacen no por obedecer a ciertas leyes abstractas, de las que no tienen idea alguna, de las que nunca oyeron hablar, sino porque saben que serán azotados y asesinados, si se niegan.

Y, si no se está obligado a encarcelar, a matar, a juzgar, cada vez que el propietario exige su arrendamiento, cada vez que aquellos que necesitan pan deben pagar tres veces más su valor, cada vez que el obrero es forzado a contentarse con un salario insuficiente, mientras el patrón gana el doble, cada vez que el pobre es sometido a dar sus últimos rublos para pagar tasas e impuestos, eso resulta de la siguiente constatación: de un modo u otro, los hombres ya tanto se mataron por sus antiguas tentativas de independencia que por siempre de ellas se acordarán. Como un tigre domado que, en su jaula, no come la carne que le ponen delante y que salta un bastión cuando así se le ordena, actúa de este modo porque se acuerda de la barra de hierro que arde en las brasas, o por el ayuno con el cual fue castigado por su desobediencia, de la misma forma los hombres, que se someten a lo que es contrario a sus intereses y a lo que consideran injusto, se acuerdan de lo que sufrieron cuando intentaron resistir.

En cuanto a los hombres que se aprovechan de las ventajas resultantes de las violencias anteriores, estos con frecuencia olvidan, y les gusta olvidar, de cómo fueron adquiridas estas ventajas. Pero, basta releer la historia, no de las proezas de los diversos soberanos, sino la verdadera historia, la de las opresiones de la mayoría por la minoría, para percibir que todos los privilegios de los ricos se basan en los azotes, en las prisiones, en los calabozos, en las ejecuciones capitales.

Se pueden citar casos de opresión, raros, es verdad, que no tienen el objetivo de granjear ventajas a las clases dirigentes, pero puédase decir, sin hesitación, que en nuestra sociedad, para cada hombre que vive en la abundancia, existen diez consumidos por el trabajo, envidiosos, ávidos y muchas veces sufriendo cruelmente con sus familias. Todos los privilegios de los ricos, todo su lujo y toda su superfluidad no son adquiridos y mantenidos sino con malos tratos, con encarcelamientos, con ejecuciones capitales.

El tren expreso que encontré el día 9 de septiembre estaba formado por un vagón de primera clase para el gobernador, los funcionarios y los oficiales, y de algunos vagones de mercancía, repletos de soldados. Aquellas autoridades y aquellos soldados se dirigían a Tula para cometer una injusticia flagrante. Este hecho prueba, claramente, cómo los hombres pueden cometer actos absolutamente contrarios a sus convicciones y a su conciencia, sin percibirlo.

Los soldados, bravos jóvenes, en sus uniformes nuevos y limpios, estaban agrupados de pie o sentados con las piernas pendientes de la gran apertura de los vagones. Unos fumaban, otros se daban con los codos, jugueteaban, reían, mostrando todos los dientes; otros, comiendo semillas de girasol, escupían las cascarras con aire de importancia. Algunos corrían para beber en el barril de agua que había en la plataforma y, encontrando algunos oficiales, disminuían el paso, hacían su gesto idiota, llevando la mano a la frente con aire serio, como si hicieran algo muy importante, seguían adelante y después volvían a correr aun más alegremente, golpeando las planchas de la plataforma, riendo y conversando como es natural en jóvenes de buena salud y en buenos muchachos que viajan en alegre compañía. Iban a matar a sus padres y abuelos hambrientos como si fuera una diversión.

Los funcionarios, en uniforme de gala, y los oficiales, repartidos por la plataforma y por la sala de primera clase, daban la misma impresión. Frente a una mesa repleta de botellas estaba sentado, con traje semi-militar, el gobernador, jefe de toda la expedición. Comía y conversaba tranquilamente sobre el tiempo con algunos conocidos que había encontrado; como si el objetivo de su viaje fuera tan simple y vulgar que no podría perturbar su tranquilidad y el interés que demostraba por el cambio del tiempo.

Un poco distante de la mesa se sentaba el general de policía, con aire impenetrable, pero aburrido, como si todas aquellas formalidades lo cansaran enormemente. Por todas partes, oficiales, en sus uniformes con galones de oro, iban y venían alborotadamente. Algunos, en la mesa, terminaban su botella de cerveza, algunos, de pie junto al banco, se comían un dulce, sacudiendo las sémolas caídas en el uniforme y se jugaban el dinero con gesto soberbio; algunos, paseando al lado de nuestro tren, miraban las mujeres agraciadas.

Todos ellos, yendo a asesinar o a torturar personas hambrientas e inofensivas que los alimentaban, tenían el aire de quien sabe muy bien lo que hace y hasta se vanagloriaban.

¿Qué significa todo esto?

Todos se encontraban a media hora del local donde irían a cometer los actos más terribles que se puedan imaginar ¡y se aproximaban tranquilamente!

Decir que todos aquellos funcionarios, oficiales y soldados no sabían lo que se iba a hacer es imposible, porque para esto se instruyeron. El gobernador tuvo que dar órdenes relativas a los azotes, los funcionarios necesitaron debatir el precio, compararlo e inscribirlo en el libro de gastos; los militares dieron o recibieron órdenes relativas a los cartuchos. Sabían todos de la tortura de sus hermanos hambrientos por la carestía que, también, comenzarían su obra de aquí a una hora tal vez.

Decir, como en general se dice y ellos mismos repiten, que actúan por la convicción de la necesidad de mantener el orden gubernamental, sería injusto, en primer lugar, porque es dudoso que todos aquellos hombres estén preocupados por el orden gubernamental y de su necesidad; después, porque no pueden estar convencidos de que el acto del cual participan servirá al mantenimiento y no a la destrucción del Estado, y, finalmente, porque en realidad la mayoría de ellos, sino todos, no solo nunca sacrificarán su tranquilidad y su alegría para mantener al Estado, sino que nunca dejarán pasar la ocasión de aprovechar, en detrimento de éste, todo lo que pueda aumentar su tranquilidad y su bienestar. Por lo tanto, no se guían por principio alguno.

¿Qué significa todo eso?

Sin embargo, conozco a todos aquellos hombres. Si no los conozco personalmente, conozco más o menos su carácter, sus pasados, sus puntos de vista. Todos tienen madre, algunos tienen mujer e hijos. La mayoría son buenos hijos, generosos, pacíficos, a veces sensibles, que detestan cualquier crueldad; sin hablar del asesinato, muchos no pueden matar o torturar a un animal y, la mayoría, son cristianos y consideran cualquier violencia contra gente inofensiva como una acción vil y vergonzosa. En la vida normal, ninguno de estos hombres es capaz de hacer, para su menor provecho, la centésima parte de lo que hizo el gobernador de Oryol, de hecho, hasta se ofenden de que se les considere capaces. Y, sin embargo, ahí están a una hora de distancia del lugar en el que pueden, necesariamente, ser inducidos a hacerlo.

¿Qué significa todo eso?

No solo aquellos hombres que aquel tren lleva están preparados para el asesinato y la violencia, sino que también los otros que son la causa de toda esta cuestión: el propietario, el gerente, el juez y aquellos que, desde Petersburgo, dieron las órdenes. ¿Cómo pudieron, aquellos hombres, también buenos, también cristianos, emprender y ordenar semejante acto? ¿Cómo los mismos simples espectadores que de él no participan, que se indignan con cualquier acto de violencia en su vida

privada, aunque se trate de un caballo torturado, cómo pueden dejar que se haga algo tan terrible? Por qué no se indignan, por qué no bloquean la carretera y gritan: “¡No, nosotros no permitiremos que se golpee y se maten a hambrientos solo porque no ceden los últimos escasos bienes que les quieren quitar indebidamente!” Al contrario, estos hombres y también aquellos que fueron la causa del hecho, el propietario, el gerente, el juez y aquellos que dieron las órdenes, como el gobernador, el ministro, tienen la conciencia totalmente tranquila. Todos aquellos que iban a cometer aquel delito parecían también tranquilos. Los espectadores, que aparentemente no podían tener algún interés personal en el hecho, miraban más con simpatía que con repulsa a toda aquella gente que se preparaba para cometer una acción tan atroz. En el mismo vagón que yo, viajaba un comerciante de madera, antiguo campesino. Él expresaba francamente y en voz alta su aprobación.

"No se debe desobedecer a la autoridad. Ésta existe para obedecerla. Esperad un poco, seréis bien castigados. Ya no haréis más rebeliones. ¡Así se hará!", decía.

¿Qué significa todo eso?

No se puede decir que todos ellos, provocadores, participantes, indiferentes, estuvieran hasta tal punto degradados que actuaran contrariamente a sus convicciones, unos por lo ordenado, otros por miedo a un castigo. En algunos casos, saben defender sus convicciones. Ninguno de estos funcionarios robará una bolsa, leerá una carta que no se dirija a él, soportará una ofensa sin exigir un desagravio; ninguno de estos oficiales estafará en el juego, denunciará a un compañero, huirá del campo de batalla o abandonará la bandera; ninguno de estos soldados consentiría escupir en la hostia, ni en comer carne el viernes santo. Todos están preparados para soportar todo tipo de privaciones y sufrimientos antes de consentir que se haga lo que consideran una mala acción. Tienen, por lo tanto, la fuerza de la resistencia, cuando se trata de sus convicciones.

Decir que todos ellos son animales, a los cuales no repugna cometer estas crueldades, es todavía menos posible. Basta hablarles para ver que todos, el terrateniente, el juez, el ministro, el soberano, el gobernador, los oficiales y los soldados, no solo en su corazón no aprueban esta acción, sino que incluso sufren por que sean obligados a participar en ellas, cuando les es recordada su iniquidad. Buscan solo no pensar en esto.

Bastaría hablarles para que percibamos que tienen conciencia de esta iniquidad, que habrían preferido no participar en ella y que sufren con esto.

Una señora que profesaba opiniones liberales y viajaba en nuestro tren, habiendo visto al gobernador y los oficiales en la sala de primera clase, y tomando conocimiento de la finalidad del viaje, alzando con ostentación la voz, se puso a criticar violentamente las costumbres de nuestro tiempo y a atacar a los hombres que eran los instrumentos de aquella perversidad. Todos se sintieron abochornados, no sabían hacia dónde mirar. Pero nadie la contradijo. Se fingió no dar importancia alguna a sus palabras, pero el comportamiento incómodo de los pasajeros comprobaba que sentían vergüenza. Noté el mismo incomodo en los soldados. También ellos sabían que la acción que iban a cometer era indigna, pero no querían pensar.

Cuando el comerciante de madera - sin sinceridad, supongo, pero sólo para mostrar que ya no era un campesino - se puso a decir cuantas medidas semejantes eran necesarias, los soldados que lo escucharon le dieron la espalda, frunciendo las cejas y aparentando no haberlo oído.

Todos aquellos que participaban en la ejecución de aquella represión, como los pasajeros de nuestro tren que, sin formar parte de ella, solamente asistían a los preparativos, todos sentían vergüenza.

¿Por qué, entonces, lo hacían y lo toleraban?

Pregunte a cada uno de ellos. Responderán que esto acontece para asegurar el orden necesario para el bien del país, indispensable al progreso de toda sociedad constituida.

Los que obedecen, los que deben llevar a cabo el acto de violencia con sus propias manos, los campesinos, los soldados responderán que todo fue ordenado por la autoridad superior y que la autoridad sabe lo que hace. Y, en cuanto a saber si la autoridad debe estar en las manos de los hombres que la tienen, para ellos es algo indiscutible. Aunque pudieran admitir la posibilidad de un error, no podrían comprenderlo sino en un funcionario inferior; en cuanto a la autoridad superior, ésta es, para ellos, siempre infalible.

Aunque expliquen su conducta por diversos motivos, los jefes y los subordinados están de acuerdo al decir que actúan así porque el orden vigente es necesario y porque cada uno tiene el sagrado deber de contribuir a su mantenimiento. Se basan en la necesidad y en la inmutabilidad de este orden para justificar su participación en la violencia del gobierno. Ya que esta organización es inmutable, dicen, el rechazo a la obediencia por parte de un individuo aislado no podría traer el menor cambio. "Solo acontecería que la misión, de la cual este insubordinado no se quisiera encargar, sería confiada a algún otro que la cumpliría de un modo tal vez más riguroso y más cruel." Es este argumento el que permite a hombres, honestos y buenos en su vida privada, que participen, con la conciencia más o menos tranquila, en actos como aquellos que ocurrieron en Oryol y como aquellos para los cuales se preparaban los que iban en tren a Tula.

Pero ¿en qué se basa esta afirmación?

Se comprende fácilmente que, para un terrateniente, es placentero y deseable creer en la necesidad y en la inmutabilidad del orden actual, que le asegura la renta de centenares de miles de acres de tierra y le permite vivir su vida habitual, ociosa y lujosa.

Se comprende igualmente que el juez crea de buen grado en la necesidad del orden que le permite recibir cincuenta veces más que el obrero más trabajador. Así es para con todos los otros funcionarios públicos. Solamente gracias a este orden el gobernador, el fiscal, los senadores, los miembros de todos los consejos pueden recibir enormes salarios sin los cuales perecerían inmediatamente con toda su familia, porque toda su inteligencia, todo el saber y todo el trabajo no les darían en otras circunstancias la centésima parte de lo que ganan. En el mismo caso se encuentran los ministros, el jefe de Estado y todas las autoridades superiores, con la única diferencia que, mientras más altas son sus posiciones, más excepcional es su situación y más deben creer que el actual régimen sea el único posible porque no solo no podrían tener, fuera de este, una situación equivalente, sino que hasta caerían más bajo que el resto de los hombres. Un hombre contratado voluntariamente como guardia municipal, con una paga de diez rublos al mes, que fácilmente los podría ganar de cualquiera otra forma, está poco interesado en la conservación del orden actual y, por lo tanto, puede no creer en su necesidad absoluta. Pero un rey o un emperador, que recibe millones, que sabe que a su alrededor se encuentran miles de hombres que envidian su puesto, que sabe que en ninguna posición recibiría las mismas honras y la misma renta y hasta, si lo derrocaran, podrían procesarlo por sus abusos de poder, cada rey o emperador, digo, no puede dejar de creer en el carácter inmutable y sagrado del orden vigente. Mientras más alta es la posición de un hombre, tanto más es inestable; y, mientras más terrible su caída pueda ser, tanto más él tiene fe en la duración ilimitada de la organización existente, que le permite cometer violencias y crueldades con la mayor y más perfecta tranquilidad de espíritu, como si no actuara por interés propio, sino solamente en el interés del régimen. Tal es la situación de todos los funcionarios que ocupan posiciones más lucrativas que las que podrían ocupar en otra organización; desde los más humildes policías hasta la más alta autoridad.

Pero los campesinos, los soldados, los que están situados en grados inferiores de la escala social, que no obtienen beneficio alguno de este orden, que se encuentran en la más ínfima y más humilde posición, ¿por qué, entonces, creen que este orden es exactamente el que debe existir y que, por lo tanto, se debe mantener, hasta por el precio de actos contrarios a la conciencia?

¿Quién los obliga a creer en esta inmutabilidad, ya que es evidente que solo es inmutable porque ellos la mantienen? ¿Quién obliga a estos campesinos, apartados ayer del arado y vestidos con trajes desagradables e inadecuados, de chaleco azul y botones dorados, a que vayan, armados con fusiles y espadas, a asesinar a sus padres y a sus hermanos hambrientos? Estos ya no tienen interés alguno en la conservación del actual régimen y no pueden temer perder su posición, ya que ésta es mucho peor que aquélla de la cual fueron arrancados.

Los oficiales, frecuentemente buenos, humanos, además del provecho que obtienen, son capaces de participar en semejantes actos porque su participación se limita a la instigación, a las decisiones, a las órdenes. Además, ni siquiera ven cómo se cometen todas esas atrocidades por ellos provocadas u ordenadas. Pero los desgraciados de las clases inferiores que, sin el menor provecho - más bien son despreciados - arrancan con sus propias manos a hombres de sus familias, los amarran, los prenden, los deportan, los vigilan, los fusilan, y ¿por qué lo hacen?

Todas las violencias solo pueden cometerse gracias a sus obras. Sin ellas, ninguno de aquellos hombres que suscriben las sentencias de muerte, de prisión y de condena perpetua jamás se hubiese decidido a ahorcar, a prender, a torturar, personalmente, la milésima parte de aquellos que, desde su gabinete, él con tanta tranquilidad hizo ahorcar y torturar, sólo porque no lo ve, porque no lo hace personalmente, sino porque lo manda hacer a distancia, por sus sumisos ejecutores.

Todas estas injusticias y crueldades se hacen habituales solamente porque existen personas siempre preparadas para cometerlas servilmente, pues, si éstas no existieran, aquellos que dan las órdenes nunca hubieran siquiera osado soñar con lo que ordenan con gran frivolidad, y nadie osaría afirmar, como hacen hoy todos los propietarios ociosos, que la tierra que rodea a los campesinos miserables pertenece a un hombre que no la cultiva. Y que las reservas de trigo, trilladas por los agricultores, deben conservarse intactas en medio de una población hambrienta, porque los comerciantes deben ganar más.

Si estos ejecutores no existieran, el propietario nunca habría tenido la idea de robar a los mujiks el bosque que cultivaron, ni los funcionarios públicos a considerar legítimos sus salarios, sustraídos del pueblo hambriento, que ganan oprimiendo al pueblo o persiguiendo a hombres que rechazan la mentira y predicán la verdad.

Todas estas acciones, como las de todos los tiranos, desde Napoleón hasta el último comandante de compañía que abre fuego contra la multitud, no se explican sino porque estos están embriagados por el poder que les confiere el sometimiento de hombres preparados para cumplir todas sus órdenes y con los cuales sienten contar. Toda la fuerza reside, entonces, en los hombres que cometen con sus propias manos los actos de violencia, en los hombres que sirven en la policía, en el ejército, sobre todo en el ejército, porque la policía solo actúa cuando siente el ejército por detrás de sí.

¿Qué llevó, entonces, a estas masas honestas, de las cuales todo depende, a creer en esta sorprendente aberración, que un régimen tan mortífero deba necesariamente existir?

¿Quién, entonces, las hizo caer en un error tan grosero?

Estos hombres, está claro, no se pudieron convencer, por sí mismos, de que deben hacer lo que es contrario a su conciencia, perjudicial y mortífero para ellos y para toda su clase, que representa nueve décimos de la población.

“¿Cómo podré matar a hombres, cuando la ley de Dios dice: 'No matarás'?” Hice esta pregunta más de una vez a diversos soldados. Los dejaba siempre avergonzados recordándoles, con esta pregunta, algo en lo que no querían pensar. Sabían que existe una ley de Dios obligatoria: No matarás, y sabían también que existe un servicio militar obligatorio, pero nunca habían pensado que en esto hubiera una contradicción. El sentido de las tímidas respuestas que obtenía era siempre que

matar en la guerra, o condenar a muerte a un delincuente por orden de la autoridad, no entra en la prohibición general. Pero, cuando yo decía que esta distinción no está escrita en la ley de Dios y recordaba la obligación, para todos, de la doctrina cristiana, de la fraternidad, del perdón a las ofensas, del amor, que en caso alguno puede conciliarse con el homicidio, los hombres del pueblo me daban generalmente la razón, pero por su parte me preguntaban: "¿Cómo es posible entonces que el gobierno (que, en su opinión, no puede errar) envíe al ejército a la guerra y haga que se juzguen a los delincuentes?" Cuando yo respondía que el gobierno actuaba mal dando estas órdenes, mi interlocutor se perturbaba aun más e interrumpía la conversación o se irritaba conmigo.

"Es probable que se haya encontrado una ley para esto, quiero creer que los arzobispos sean tan sabios como usted" - me respondió un soldado. Después, absolutamente seguro de que sus guías espirituales encontraron una ley que autorizaba a sus abuelos, a sus herederos y a millones de hombres, y a él mismo a servir en el ejército, se sintió visiblemente tranquilizado y se convenció de que yo simplemente recurría a una astucia, que lo situaba delante de una especie de acertijo.

Todos los hombres de nuestro mundo cristiano saben, de forma absoluta y por tradición, por la revelación, por la conciencia, que el homicidio es uno de los mayores delitos que puede cometer un hombre, como dice el Evangelio, y que este delito no puede ser limitado, es decir, que matar sea un pecado para unos y no lo sea para otros. Todos saben que es siempre pecado, sea cual sea la víctima. Es un pecado como el adulterio, como el hurto o cualquier otro. Pero, los hombres ven, desde su infancia, que el homicidio no solo se admite, sino que también es bendecido por aquellos que son considerados como sus guías espirituales, designados por el propio Dios, y también ven a los dirigentes laicos llevar, con perfecta tranquilidad y hasta con orgullo, armas mortales y, en nombre de la ley, e incluso de Dios, que exijan de los ciudadanos, su participación en los asesinatos. Los hombres sienten, en todo esto, una contradicción, pero, no pudiendo resolverla, suponen que es aparente y que resulta solo de su ignorancia.

Su convicción se consolida por la misma rudeza y por la evidencia de esta contradicción. No pueden imaginar que aquellos que caminan a la cabeza de la civilización puedan predicar con tanta desenvoltura dos obligaciones que les parecen tan opuestas: la ley cristiana y el homicidio. Un simple niño, incorrupto, adolescente, no puede imaginar que hombres que ocupan tan alta posición en su estima puedan, por un objetivo cualquiera, engañar a todos tan impudicamente.

Sin embargo, esto se hace y no deja de hacerse. Primero, esto se hace porque a todos los trabajadores, que no tienen tiempo para examinar ellos mismos las cuestiones morales y religiosas, se les sugiere, desde la infancia, por el ejemplo y por la enseñanza, que la tortura y el homicidio son conciliables con el cristianismo y que, en determinados casos, no solo pueden sino que incluso deben emplearse; segundo, porque, para algunos de ellos, alistados en el ejército, sea por el servicio obligatorio, sea voluntariamente, se le sugiere que aplicar con sus propias manos la tortura y cometer homicidio es un deber sagrado y también un hecho glorioso, digno de alabanza y recompensa.

Esta mentira universal se difunde en todos los catecismos y en libros que los sustituyen y que sirven, hoy, a la instrucción obligatoria. En ellos se dice que la violencia, la tortura, el encarcelamiento y las ejecuciones capitales, como también el asesinato durante la guerra civil o extranjera, que tienen el objetivo de mantener y defender el orden social existente, sea cual que sea - monarquía absoluta o constitucional, convención, consulado, imperio, república o comunas - son absolutamente legítimas y no contradicen la moral, o el cristianismo.

Y los hombres se persuaden tan bien de todo esto que crecen, viven y mueren en esta convicción, sin dudar nunca un solo instante.

Ésta es la mentira universal, pero existe también la mentira particular, propia para los soldados y vigilantes que cometen las crueldades y los homicidios necesarios al mantenimiento del orden

actual.

En todos los códigos militares se dice, más o menos en los mismos términos, lo que se lee en el código militar ruso:

Artículo 87. Cumplir rigurosamente y sin observaciones las órdenes superiores, quiere decir, las cumplís sin discutir si son buenas o malas o si su ejecución es posible. Solamente el oficial superior es responsable por las consecuencias de su orden.

Artículo 88. El subordinado no debe desobedecer a las órdenes del oficial superior, excepto en el caso en que vea claramente que, obedeciendo, viola... (se espera que se diga, en el caso en que viole la ley de Dios: de ningún modo), cuando ve claramente que viola el juramento de fidelidad al soberano.

En este código se dice que el hombre, cuando es soldado, puede y debe ejecutar, sin excepción, todas las órdenes del oficial superior; ahora, constituyéndose estas órdenes, sobre todo, en homicidios, él debe, por consiguiente, violar todas las leyes divinas y humanas, pero no debe violar su juramento de fidelidad a aquel que, en un momento determinado, se encuentra por casualidad en el poder. Y no puede ser de otra forma, pues todo el poder del Estado reposa sobre esta mentira. He ahí la razón de la extraña creencia de las clases inferiores de que el orden actual, para ellas tan mortífero, es exactamente lo que debe existir, y que se debe mantener con la tortura y con el homicidio.

Los últimos días, fui nuevamente testigo de esta mentira desvergonzada y cínica y, de nuevo, me admiré de que pueda perpetrarse tan descaradamente. A principios del mes de noviembre, pasando por una ciudad del interior, vi otra vez, a las puertas de ésta, la multitud que tan bien conozco y con cuyo revuelo se mezclaban las voces embriagadas de los hombres y los lamentos de las madres y de las mujeres. Era el consejo de revisión. Jamás consigo pasar por delante de este espectáculo sin pararme; éste parece atraerme a disgusto, como por fascinación. Me mezclé entonces con la multitud, mirando, interrogando, y me sorprendí por la libertad con que se comete este gran delito a plena luz del día y en el corazón de una ciudad.

Como todos los años, el 1º de noviembre, en todas las aldeas y en todas las villas de esta Rusia de cien millones de habitantes, los *estaro*tes⁶⁶ reunían a los hombres inscritos en determinadas listas, a veces hasta los propios hijos, y los llevaban la ciudad.

Por la carretera, se bebía, sin que los reclutas fueran impedidos por los ancianos, porque disponerse a ejecutar algo tan insensato, abandonando mujer, hijos, madres y todo lo que les es más querido, simplemente para transformarse en un arma pasiva de destrucción, sería demasiado cruel si no se atolondraran con vino.

Ahí están, pues, deslizándose en trineos, festejando, blasfemando, cantando, dándose empujones y pasando la noche en las tabernas. Por la mañana, se armaron de coraje, vaciando nuevos vasos, y se reunieron delante de los muros del municipio. Allá están, cubiertos de abrigo de piel de carnero nuevos, con bufandas de lana en el cuello, ojos hinchados por la bebida, unos gritando salvajemente para excitarse, otros tranquilos y tristes; se aglomeran junto a la puerta, esperando su turno, rodeados por las madres y mujeres con los ojos llenos de lágrimas. Otros se acumulan en el vestíbulo de la oficina de reclutamiento.

Allí dentro, mientras tanto, el trabajo avanza rápidamente. La puerta se abre y el guardia llama a Petr Sidorov. Este se estremece, hace la señal de la cruz y entra en un pequeño cuarto con una puerta de vidrio, donde se desnudan los reclutados. Un compañero de Petr Sidorov, que a estas alturas había sido declarado apto para el servicio y salió completamente desnudo de la sala del

66 N. T2: jefe de la administración, en la Rusia zarista, de las comunidades rurales.
N T2: en la traducción inglesa el término *estaro*tes se sustituye por *ancianos*.

consejo de revisión, con los dientes trémulos, se viste apresurado. Sidorov ya percibió y de hecho ve, por el rostro de su compañero, que éste fue declarado apto para el servicio.

Quiere interrogarlo, pero lo llaman y le ordenan que se desnude lo más rápido posible. Él se quita el abrigo de piel de carnero, las botas, descalzando un pie con el otro, después el chaleco; se quita la camisa girándola del revés y, con las caderas sobresaliendo, completamente desnudo, todo el cuerpo trémulo y exhalando olor a vino, a tabaco y a sudor, entra en la sala del consejo, no sabiendo dónde colocar sus brazos musculosos.

En la sala, en evidencia, está colgado en la pared, en un marco dorado, el retrato del emperador, en uniforme de gala, con un gran cordón al cuello, y, en un canto, un pequeño retrato de Cristo, sin camisa y coronado de espinas. En medio de la sala hay colocada una mesa cubierta por un paño verde, sobre la cual hay papeles y un bibelot⁶⁷ triangular, dominado por una águila, que llaman el espejo de la justicia.

Alrededor de la mesa están sentados los miembros del consejo, con aire desenvuelto y tranquilo. Uno se fuma un puro, otro consulta documentos.

Tan inmediatamente Sidorov entra, el guardia se le aproxima y le abre los brazos, erguiéndole bruscamente la barbilla y le ajusta los pies. El hombre del puro se aproxima - es el médico - y, sin mirarlo al rostro, palpa con repugnancia el cuerpo del reclutado, lo mide, lo ausculta, le hace abrir la boca por el guardia, le hace respirar, hablar. Alguien escribe algo. Finalmente, sin haberlo mirado a la cara una sola vez, dice: "¡Apto! Que venga otro." Y, con aire cansado, se gira y se sienta.

Nuevamente, el guardia empuja al muchacho, lo apresura. Este se pone rápidamente, como puede, la camisa, apenas encontrando la apertura de las mangas, se abrocha precipitadamente los pantalones, se calza las botas, busca la bufanda, el gorro, se lleva el abrigo bajo el brazo y lo llevan a la sala del consejo, separándolo de los otros por un banco. Allí esperan los reclutados reconocidos aptos para servicio. Un joven, campesino como él, pero de una provincia lejana, ya soldado, armado de un fusil con una bayoneta en la punta, lo vigila, preparado para atravesarlo si se le pasara por la cabeza la idea de huir.

Mientras tanto, la multitud, padres, madres y mujeres, empujada por la guardia municipal, se acumula en la puerta, ansiosa por saber quién es declarado apto y quien se ha salvado.

Sale uno de los rechazados que declara que Petr está retenido y, en el mismo instante, se oye un grito de la joven esposa de éste, para quien la palabra "retenido" significa separación por cuatro o cinco años y una vida de mujer de soldado, como sierva, con frecuencia como prostituta.

Pero he ahí que en aquel momento llega en coche un hombre de cabellos largos y vestido con un traje que lo distingue de los demás; se aproxima a la puerta de la sede del municipio. La guardia municipal le abre un pasillo en medio de la multitud. Es el "sacerdote" que viene a hacer prestar juramento. Y entonces este "sacerdote", a quién se hizo creer que es el servidor particular, exclusivo, de Cristo, y que la mayor parte del tiempo no ve, él mismo, la mentira por la cual está rodeado, entra en la sala del consejo donde lo esperan los reclutados. Él viste sobre el hábito, a guisa de vestido, una tela de brocado⁶⁸, se suelta sus largos cabellos, abre aquel mismo Evangelio donde está prohibido el juramento, coge la cruz, la misma cruz en la que fue crucificado Cristo por no haber querido hacer lo que ordena este supuesto⁶⁹ servidor, los coloca en el estante, y todos aquellos jóvenes infelices, sin defensa y engañados, repiten después de él la mentira que pronuncia en tono firme y habitual. Lee y los otros repiten: "Prometo y juro por Dios omnipotente y delante de su santo Evangelio etc." defender (es decir, con el homicidio) todo aquello que me sea indicado y hacer todo lo que me ordenarán mis superiores (hombres que no conozco y que necesitan de mí para

67 N. T2. Palabra francesa que significa: objeto decorativo

68 N. T2: tela tejida con hilos de oro o plata.

69 N. T2: en inglés: falso servidor

oprimir a mis hermanos y cometer los delitos que les mantienen en sus posiciones).

Todos los reclutados repiten de forma estúpida estas palabras salvajes. Después este presunto "sacerdote" se va, persuadido de haber conscienciosa y correctamente cumplido su deber, mientras aquellos jóvenes engañados están convencidos de que las palabras necias, ininteligibles que pronunciaron, los dispensan, por todo el tiempo de su servicio, de cualquier obligación humana, y les crean otras, nuevas y más rigurosas: las obligaciones del soldado.

Y este acto se comete públicamente y nadie grita a los tramposos y a los engañados: "¡Reflexionen! Es una mentira, la más vil y más pérfida mentira que pierde no solo a vuestros cuerpos, sino que también a vuestras almas." Nadie lo hace.

De hecho, concluida la operación, como para mofarse de los reclutados, el coronel entra con aire solemne en la sala donde están encerrados y les grita militarmente: "¡Buenos días, jóvenes! Les felicito por verlos entrar al servicio del zar." Y los desventurados (alguien ya les enseñó) balbucean con la lengua inhábil y aún pesada por los excesos de la víspera algunas palabras que parecen querer manifestar alegría.

Fuera, la multitud de parientes continúa esperando en la puerta. Las mujeres, con los ojos rojos por las lágrimas, tienen la mirada fija en la puerta. Ésta finalmente se abre y los reclutados reconocidos como aptos al servicio salen tambaleantes, pero aparentando coraje. Evitan mirar hacia sus parientes. De pronto, irrumpen los gritos y gemidos de las madres y mujeres. Algunos se tiran en sus brazos y lloran, otros consiguen contenerse, otros les dan consuelo. Las madres, las mujeres, sabiendo que ahora quedarán abandonadas, sin sostén, por tres, cuatro o cinco años, gritan y se lamentan en voz alta. Los padres hablan poco. Chascan la lengua con tristeza y suspiran. Cada uno de ellos sabe que ya no verá al compañero, al ayudante criado y formado con tanto sacrificio; cada uno de ellos sabe que, la mayoría de las veces, estos jóvenes ya no volverán como son ahora, agricultores, pacíficos y trabajadores, y sí disolutos y bellacos deshabitados de la vida simple.

Finalmente, la multitud sube nuevamente en los trineos y sigue la carretera en dirección a las tascas y tabernas y más y más alto aún resuenan confusamente los cantos, el llanto, los gritos borrachos, los lamentos de las madres y de las mujeres, los sonidos de los órganos y las blasfemias. Van a gastar su dinero en las tabernas y en los emporios, cuyo comercio constituye una de las rentas del gobierno. Y ya comienza la fiesta que en ellos sofoca el sentimiento de injusticia del cual son víctimas.

Permanecen dos o tres semanas en casa, donde se emborrachan casi constantemente.

Entonces, el día indicado, se les reúne como a un rebaño y comienzan a enseñarles los ejercicios militares.

Los instructores son hombres iguales a ellos, pero que fueron engañados y embrutecidos uno, dos o tres años antes. Los métodos para instruirlos son la mentira, el embrutecimiento, las palizas y el aguardiente. En menos de un año, aquellos jóvenes, que son de cuerpo y alma, inteligentes, buenos, se le hace que sean salvajes como sus instructores.

- ¡Muy bien! Y si tu padre, preso, quisiera huir, ¿qué harías? - pregunté a un joven soldado.

- Lo traspasaría con mi bayoneta - me respondió él con voz estúpida, propia de los soldados - y, si él "escapa", yo deberé abrir fuego contra él - añadió, visiblemente orgulloso por saber lo que debería hacer caso de que su padre escapara.

Entonces, cuando el buen muchacho cae más bajo que las fieras, se convierte en aquello que se necesita para los que trabajan como un instrumento de la violencia. Él está preparado: el hombre está perdido y el nuevo instrumento de violencia ha sido fabricado. Y todo esto se lleva a cabo cada otoño, por todas partes, en toda Rusia, a la luz del día, en medio de la ciudad, delante y con el

conocimiento de todos, y el engaño es tan hábil que, aun conociendo en el fondo del alma toda su infamia, todos lo temen y no se pueden liberar de él.

Cuando los ojos se abren para esta terrible mentira, nos quedamos estupefactos al ver a los predicadores de la religión cristiana, de la moral, los maestros de la juventud o simplemente los buenos padres inteligentes, que siempre se encuentran en cualquier sociedad, predicar no importa qué doctrina moral en esta sociedad en que se reconoce abiertamente que la tortura y el homicidio constituyen la condición indispensable de la existencia de los hombres, y que de entre nosotros se deben siempre encontrar seres especiales, preparados para matar a sus hermanos, y a los cuales cada uno de nosotros puede convertirse en alguien semejante.

¿Cómo, entonces, enseñar a los niños, a los adolescentes, a todos en general, sin siquiera hablar de la instrucción cristiana, de alguna doctrina moral, doctrina social que predica que el asesinato es necesario para mantener el bienestar general y que, por esto todavía, legítimamente, existen hombres (entre los cuales podremos estar también nosotros) a los que se les obliga a atentar y matar a sus semejantes, por voluntad de aquellos que detentan el poder? Si tal doctrina es posible, no hay y no puede haber alguna doctrina moral, no hay sino el derecho del más fuerte. En realidad, esa doctrina, justificada por algunos como teoría de la lucha por la existencia, es la dominante en nuestra sociedad.

De hecho, ¿cómo puede una doctrina moral admitir la necesidad del homicidio por un objetivo cualquiera? Es tan inadmisibile, como una teoría matemática que admitiera que dos es igual a tres. Reconocer como sagrada la vida de cada hombre es la primera y la única base de cualquier moral.

La doctrina del ojo por ojo, diente por diente y vida por vida precisamente anulada por el cristianismo porque no es más que la justificación de la inmoralidad y una apariencia de equidad sin sentido alguno. La vida es un valor que no tiene peso ni medida y no puede compararse a cualquier otra y, por lo tanto, la destrucción de la vida por la vida no tiene sentido alguno. Además, toda ley social tiene como objetivo la mejora de la existencia. ¿Cómo entonces, la destrucción de la vida de algunos hombres podría mejorar la de los demás en general? La destrucción de una vida no es un acto de mejora, sino un suicidio.

Este acto es semejante al que cometería un hombre que, deseando remediar la desgracia que le ha pasado perdiendo un brazo, para ser justo se cortara también el otro.

Sin hablar de la mentira que permite considerar el crimen más terrible como una obligación; sin hablar del espantoso abuso que se hace del nombre y de la autoridad de Cristo para legitimar una acción que él condenó; sin hablar de la tentación con la que se mata no solo el cuerpo, sino también el alma "de los pequeños"; ¿cómo pueden los hombres tolerar, aun por su propia seguridad, esa fuerza estúpida, cruel y mortífera que representa todo gobierno organizado que se apoya en el ejército? La banda de los más feroces delincuentes ofrece un orden menos terrible. El poder de todo jefe de delincuentes está, por sí mismo, limitado por el hecho que aquellos que forman la banda gozan al menos de algo de libertad y pueden oponerse al cumplimiento de los actos contrarios a su conciencia. Al contrario, gracias al apoyo del ejército, ningún obstáculo incomoda a los hombres que forman parte de un gobierno organizado. No hay delito que los hombres pertenecientes al gobierno y al ejército no estén preparados para llevarlo a cabo, a una orden de aquel que el azar puso al mando. A menudo, cuando se asiste al reclutamiento de soldados, a los ejercicios militares, a las maniobras, o cuando se ve a policías con revólveres cargados, centinelas con fusiles provistos de bayonetas, cuando se oye por días enteros (como oigo en Khamovniki, donde vivo) el silbido de las balas y el estrépito de éstas en el blanco, y cuando, en el centro de la ciudad, donde cualquier tentativa de violencia personal, de venta de munición, de comercio ilícito de medicamentos, de ejercicio de la medicina sin diploma etc. está prohibida, se ven miles de hombres disciplinados, sometidos a un único hombre, que se entrenan para el homicidio, les debemos preguntar: ¿cómo

pueden los hombres que aprecian su seguridad admitir y soportar todo eso con tranquilidad? Porque, sin hablar de la inmoralidad, nada es más peligroso. ¿Qué hacen entonces todos aquellos - no digo cristianos, pastores cristianos, filántropos, moralistas - sino simplemente aquellos que aprecian su vida, su seguridad, su bienestar? Esta organización social funcionará de igual modo en las manos de un jefe de Estado moderado; pero mañana ésta puede pasar a manos de un Biron, de una Elisabeth, o una Catarina, de un Pugatscev, de un Napoleón I o de un Napoleón III.

Y hasta el jefe moderado que hoy detenta en sus manos el poder puede, mañana, transformarse en una fiera, o puede tener como heredero un loco o un extravagante, como el rey de Baviera o Pablo I.

Y no solo el jefe de Estado, sino que todos los pequeños déspotas que están dispersos por todas partes, los gobernadores, los jefes de policía, hasta los comisarios, los jefes de las compañías pueden cometer los más graves delitos antes que se tenga tiempo de sustituirlos. ¡Y esto realmente acontece! Nos preguntamos, entonces, a disgusto, ¿cómo pueden los hombres tolerar todo esto, aun apreciando su propia seguridad? Se puede responder que esto no lo toleran todos los hombres (la mayoría, engañada y sometida, nada tiene que tolerar o que prohibir). Esto se tolera únicamente por aquellos que, en tal organización, ocupan una posición ventajosa. Estos lo toleran porque las desventajas que les advendrían de la presencia de un loco al frente del gobierno y del ejército son siempre menores que las que para ellos resultarían de la desaparición de la misma organización.

Un juez, un comisario de policía, un gobernador, un oficial ocuparán indiferentemente su posición en una monarquía o en una república; pero ciertamente la perderían si desapareciera el orden que los asegura. Por eso todos estos individuos no temen ver a cualquiera que esté al frente de la organización de la violencia: se harán acoger bien por todos. Por eso sostienen siempre al gobierno y, muchas veces, inconscientemente.

Debe causar asombro ver a hombres libres, que no se les obligará de modo alguno – los que se llaman la élite de la sociedad - que se hagan militares en Rusia, en Inglaterra, en Alemania, en Austria e incluso en Francia, y que deseen ocasiones de masacres. ¿Por qué los padres, personas honestas, llevan a sus hijos a escuelas militares? ¿Por qué las madres les compran, como juguetes preferidos, cascos, fusiles, espadas? (Es necesario decir que los hijos de los campesinos nunca juegan con soldados.) ¿Por qué hombres buenos y hasta mujeres que nada tienen que ver con el militarismo, con los hechos de Skobelev⁷⁰ y otros, no paran de hablar cuando comienzan a alabarlos? ¿Por qué hombres que no están en modo alguno obligados, que no reciben por necesidad orden alguna, como por ejemplo los mariscales de la nobleza en Rusia, dedican meses enteros a un trabajo físicamente penoso y moralmente doloroso, para el reclutamiento? ¿Por qué todos los emperadores y reyes usan un traje militar? ¿Por qué se hacen maniobras, revistas, distribuyen recompensas a los militares y levantan monumentos a los generales y a los conquistadores? ¿Por qué hombres libres, ricos, consideran una honra las funciones de lacayo junto a los soberanos, humillándose delante de ellos, adulándolos y fingiendo creer en su superioridad particular? ¿Por qué hombres que desde hace mucho no creen en supersticiones religiosas de la Edad Media fingen creer seriamente en la cruel institución de la iglesia y la sostienen? ¿Por qué no solo los gobiernos, sino también las clases superiores, intentan tan celosamente mantener a los hombres en la ignorancia? ¿Por qué los historiadores, los novelistas, los poetas, que nada pueden obtener en pago de sus adulaciones, muestran como héroes ciertos emperadores, reyes, jefes militares muertos desde hace mucho? ¿Por qué hombres que se dicen inteligentes dedican vidas enteras a la creación de teorías según las cuales la violencia que se comete contra el pueblo por el poder es una violencia legítima, un derecho?

Causa asombro ver a una señora de clase alta, o a un artista, que no parecen interesarse por las cuestiones sociales o militares, que condenen las huelgas de los obreros, que prediquen la guerra y

70 N. del T.: General ruso que en 1877 comandó la conquista, para su país, del Turquestán.

siempre, sin hesitación, que ataquen a unos y que defiendan a otros.

Pero no causa asombro hasta en el momento en que se comprende que esto acontece solo porque todos los miembros de las clases dirigentes sienten instintivamente lo que mantiene y lo que destruye la organización gracias a la cual pueden disfrutar de privilegios.

La señora de clase alta ni siquiera pensó que, si no existieran capitalistas o ejércitos para defenderlos, su marido no tendría dinero y ella no tendría un salón y vestidos caros; y ni el pintor pensó en los capitalistas defendidos por el ejército, que le son necesarios para la venta de sus cuadros; pero el instinto, que en este caso sustituye el raciocinio, es el guía más seguro. Y es el mismo instinto que guía, salvo raras excepciones, a todos los hombres que sostienen las instituciones políticas, religiosas, económicas, para que éstas les sean útiles.

Pero ¿pueden, tal vez, los hombres de las clases superiores realmente sostener esta organización solamente porque estén interesados en ella? Ellos no pueden no ver que esta organización es irracional, que ya no corresponde al grado de desarrollo moral de los hombres, de la opinión pública, y que está llena de peligros. Los hombres de las clases dirigentes, honestos, buenos, inteligentes, no pueden no sufrir con estas contradicciones y no ver los peligros que los amenazan. ¿Pueden, tal vez, los millones de hombres de las clases inferiores cometer, sin cargo de conciencia, todos los actos evidentemente malos que cometen solo por temor al castigo? En verdad, esto no podría acontecer, y ni unos ni otros podrían no ver la demencia de sus actos, si los articuladores de la organización social no la ocultaran de sus ojos.

Tanto instigadores e indiferentes como cómplices colaboran con cada uno de estos actos por los que nadie se considera moralmente responsable.

Los asesinos obligan a todos los testigos de los asesinatos a herir a la víctima ya muerta, con el objetivo de dividir la responsabilidad entre el mayor número posible de personas. Lo mismo acontece en el orden social⁷¹ cuando se cometen todos los delitos sin los cuales el mismo no podría existir. Los gobernantes intentan siempre englobar el mayor número de ciudadanos en la realización de todos los actos criminales que tienen interés en cometer.

En estos últimos tiempos, este hecho se ha manifestado de un modo muy evidente, con la convocatoria de ciudadanos a los tribunales en calidad de jurados, al ejército en calidad de soldados y a la administración comunal o legisladora en calidad de electores o electos.

Gracias a la organización gubernamental, como en un cesto de mimbre donde las puntas están tan bien escondidas que se hace difícil encontrarlas, las responsabilidades están tan bien disimuladas que los hombres, sin darse cuenta en cuáles incurren, cometen los actos más terribles.

Antiguamente, se acusaban a los tiranos de los delitos cometidos, mientras hoy se cometen atrocidades, imposibles en la época de Nerón, sin que se pueda acusar a alguien.

Unos pidieron, otros propusieron, otros aun relataron y así, sucesivamente, los demás decidieron, confirmaron, ordenaron y finalmente ejecutaron. Se ahorcan, se azotan hasta la muerte a mujeres, viejos, inocentes, como recientemente entre nosotros, en Rusia, en la fábrica de Iusov - o, como se hace en todas partes por Europa y por América, en la lucha contra los anarquistas y otros revolucionarios: se fusilan, se matan a centenares, miles de hombres; o como se hace en las guerras: se masacran a millones de hombres, o como se hace siempre: rompen los corazones de hombres con confinamientos solitarios y arruinan sus almas en la corrupción de una vida de soldado, y nadie es responsable.

En el grado más bajo de la escala social, los soldados, armados de fusiles, pistolas, espadas, violentan, matan y, con estas violencias y asesinatos, obligan a los hombres a entrar en el servicio

71 N. T2: En la traducción en inglés: "orden social" por "organización gubernamental"

militar, y están totalmente seguros de que la responsabilidad por estos actos incumbe únicamente a los superiores que les comandan.

En el grado más alto, los reyes, los presidentes, los ministros, los parlamentarios, ordenan las violencias, las muertes y el reclutamiento, y están totalmente seguros de que, habiendo sido situados en el poder por la gracia de Dios, o por la sociedad que gobiernan y que les pide exactamente aquello que ordenan, no pueden ser responsables.

Entre unos y otros se encuentra una clase intermedia que inspecciona la ejecución de las violencias y está totalmente convencida de que su responsabilidad se anula, en parte por las órdenes de los superiores, en parte por el hecho de que estas órdenes las solicitan todos aquellos que están en el grado inferior de la escala.

La autoridad que manda y la autoridad que ejecuta, situadas en los dos extremos del orden gubernamental, se unen como las dos puntas de un eslabón: dependen una de la otra y se mantienen recíprocamente.

Sin la convicción de que una o más personas asumen la responsabilidad por los actos cometidos, soldado alguno osaría levantar el brazo para cometer una violencia. Sin la convicción de que esto lo pide todo el pueblo, ningún emperador, rey, presidente, ninguna asamblea osarían ordenar semejantes violencias. Sin la convicción de que son los superiores los que asumen la responsabilidad por tales actos e inferiores los que los piden por su bien, ningún hombre de la clase intermedia osaría cooperar con la ejecución de los actos que se le encargan.

La organización gubernamental es tal que, en cualquier grado de la escala social que se encuentre, la responsabilidad de cada hombre es siempre la misma. Mientras más alto está situado en la escala, más sufre la influencia de las exigencias de abajo y menos está sometido a la influencia de las órdenes de arriba.

Pero, además de que los hombres unidos por el orden gubernamental, se atribuyen mutuamente la responsabilidad de los actos cometidos - el campesino, alistado como soldado, a las órdenes de nobles y a las órdenes de comerciantes que salen de las escuelas como oficiales; el oficial, a las órdenes del noble que ocupa el cargo de gobernador; el gobernador, a las órdenes del ministro; el ministro, a las órdenes del soberano; el soberano, por su parte, a las órdenes de todos: funcionarios, nobles, comerciantes, campesinos. Pierden todos la conciencia de su responsabilidad, también por el hecho de que, formándose en una organización gubernamental, se persuaden mutuamente y persuaden a los demás, por tanto tiempo y de forma tan constante, de que no son iguales entre sí, que acaban ellos mismos creyendo sinceramente en eso. Así, se garantiza a unos que son hombres especiales, que deben ser especialmente honrados; a otros se les sugiere por todos los medios posibles que están por debajo del resto de los hombres y que, por lo tanto, se deben someter, sin protestar, a las órdenes de los superiores.

Sobre esta desigualdad, sobre la elevación de unos y humillación de otros, se basa, sobre todo, la facultad de los hombres de no percibir la locura de la vida actual, de su crueldad y de las mentiras que cometen unos y de quienes son víctimas los otros.

Unos - aquellos a quién fue sugerido que están investidos de una grandeza e importancia especiales - están hasta tal punto embriagados con esa grandeza imaginaria que no ven su responsabilidad en los actos que cometen; otros - aquellos a quien, al contrario, se hace creer que son seres inferiores que deben someterse a todo y en consecuencia sufren una humillación constante - caen en un extraño estado de servilismo embrutecido y, bajo la influencia de este embrutecimiento, ni siquiera ven la importancia de sus actos y pierden la conciencia de la responsabilidad. La clase intermediaria, en parte sometida a los superiores, en parte considerándose ella misma superior, está simultáneamente embriagada por el poder y por el servilismo y, en

consecuencia, pierde la conciencia de su responsabilidad.

Basta una ojeada, durante una revista, al comandante superior, muy orgulloso de su importancia, acompañado de su séquito en caballos magníficos y adornados, todos los oficiales en espléndidos uniformes, ornamentados con condecoraciones, cuando, al sonido de las trompetas armoniosas y solemnes, este comandante pasa frente a las tropas que, petrificadas de servilismo, le presentan armas, basta ver todo esto para comprender que, en aquel momento, encontrándose en aquel estado de embriaguez máxima, el comandante, los oficiales y los soldados pueden cometer actos tales que jamás habrían osado en otras circunstancias.

La embriaguez que experimentan los hombres bajo la influencia de estas excitantes revistas, paseos militares, solemnidades religiosas, coronaciones, es un estado agudo y provisional, pero existen otros estados de embriaguez crónica: la de los hombres que detentan una partícula cualquiera del poder, desde el soberano hasta el más humilde policía, y el de los hombres que se someten al poder y que están tan embrutecidos por el servilismo que, para justificar ese estado, atribuyen siempre, como todos los esclavos, la mayor importancia y de más alta dignidad a aquellos a quienes obedecen.

Reposa principalmente sobre esta mentira, de la desigualdad entre los hombres, y sobre la embriaguez del poder y del servilismo que de ella resulta, la capacidad de los hombres, constituidos en organización social, de que cometan sin remordimiento actos contrarios a su conciencia.

Bajo la influencia de esta embriaguez, los hombres se creen que son especiales - nobles, comerciantes, gobernadores, jueces, oficiales, soberanos, ministros, soldados - que ya no tienen deberes humanos ordinarios sino ante todo, los deberes de la clase a la cual pertenecen.

Así, aquel terrateniente, que abrió el proceso relativo al bosque, actuó porque ya no se creía un hombre común como los campesinos, sus vecinos, con los mismos derechos de vivir, sino un gran propietario, un miembro de la nobleza y, entonces, bajo la influencia de la embriaguez del poder, se sentía ofendido con la resistencia de los campesinos. Fue únicamente por este motivo que, no obstante las posibles consecuencias, presentó la demanda de reintegración de sus supuestos derechos. Así, también, los jueces, que atribuyeron injustamente la propiedad del bosque al terrateniente, lo hicieron solo porque no se consideran hombres como los otros, que se deben dejar guiar únicamente por la verdad, sino que, bajo la influencia de la embriaguez del poder, se creen representantes de una justicia a la que no se puede engañar y, simultáneamente, bajo la influencia del servilismo, se sienten obligados a aplicar determinados textos de un cierto libro llamado Código. Así, también, las personas restantes que participaron en este caso, desde los representantes de las autoridades superiores hasta el último soldado dispuesto a disparar contra sus hermanos, también ellos se consideran personajes convencionales. Ninguno de ellos se pregunta si se debe o no participar en un acto que su conciencia reprueba, sino que cada uno se cree investido de una misión especial; uno, zar, ungido por el Señor, ser excepcional llamado a velar por la felicidad de cien millones de hombres; otro, representante de la nobleza; otro, sacerdote, que recibió la gracia por la ordenación; otro, soldado, obligado por el juramento a hacer sin razonar todo que lo se le ordena.

Las posiciones convencionales, establecidas hace centenares de años, reconocidas hace siglos, distinguidos por nombres y trajes especiales y confirmadas por diferentes solemnidades, se imponen hasta tal punto a los hombres que estos, olvidando las condiciones normales de vida, no juzgan sus acciones y las de los demás sino desde el punto de vista convencional.

De este modo, un hombre totalmente noble⁷² de espíritu y ya viejo, por el único hecho de que le cuelgan algunos colgantes o le hacen vestir un traje ridículo, en el cual colocan dentro llaves, o sobre el pecho un cordón azul, como convendría solamente a una moza presumida, y le dicen que es general, dignatario de la corte, caballero de San Andrés, u otra tontería semejante, se vuelve

72 N. T2: en el texto portugués "sano de espíritu"

súbitamente orgulloso, arrogante e incluso se alegra; y al contrario, si pierde o no obtiene el colgante o la designación esperada, se vuelve melancólico e infeliz, hasta al punto de enfermar. O, todavía más sorprendente, un joven de mente sana, libre y totalmente a salvo de las necesidades, por el simple hecho de que lo nombraron juez instructor, encarcela a una pobre viuda, la separa de sus hijos que quedan abandonados - ¿y por qué? - Porque aquella infeliz vendía vino a escondidas y frustraba así al Tesoro de una renta de 25 rublos; y él no siente remordimiento alguno. O, lo que es aun asombroso, un hombre honesto y pacífico en otras situaciones, por el único hecho de estar vestido con un uniforme, o porque lleva en el pecho una medalla, o porque le dijeron que es guardia de campo o guardia aduanero, se pone a disparar contra personas; y aquellos que lo rodean no solo no lo responsabilizan, sino que hasta lo considerarían culpable si no disparara. Y todo esto sin hablar de los jueces y de los jurados que condenan a muerte, y de los militares que matan a miles de hombres sin el menor remordimiento, solo porque se les sugirió que ya no son simplemente hombres, sino jurados, jueces, generales, soldados. Este estado anormal y extraño se expresa con las siguientes palabras: "Como hombre, él me causa piedad; como guarda de campo, juez, general, gobernador, soberano, soldado, debo matarlo o torturarlo."

Así, por ejemplo, en el caso actual, ciertos hombres, que van a cometer actos de violencia y a matar a los hambrientos, reconocen que, en el conflicto entre los campesinos y el terrateniente, son los primeros los que tienen razón (todos las autoridades así me lo confirmaron). Ellos saben que los campesinos son infelices, pobres, hambrientos y que el propietario es rico y no inspira la menor simpatía. Y todos aquellos hombres vanos, aun así, matan a los campesinos para asegurar al terrateniente la posesión de tres mil rublos, solo porque aquellos hombres se creían, en aquel momento, ya no hombres, sino gobernadores, funcionarios, generales de policía, oficiales, soldados; y porque consideran su deber obedecer, no a las exigencias eternas de la conciencia, sino a solicitudes temporales, ocasionales, de su posición.

Por más extraño que pueda parecer, la única explicación para estos sorprendentes fenómenos es que esos hombres se encuentran en el mismo estado de aquellos que se les hipnotiza y que creen estar en la posición sugerida por el hipnotizador. Como, por ejemplo, si se le sugiriera al hipnotizado que es cojo y él empezara a cojear, que es invidente y ya no vea más, que es una fiera y comenzara a morder, en la misma posición están todos aquellos que cumplen antes sus deberes sociales y gubernamentales y en detrimento de los deberes humanos.

La diferencia entre los hipnotizados usuales y aquellos que se encuentran bajo la influencia del hipnotismo gubernamental está en que, de pronto, a los primeros se les sugiere una posición imaginaria, por una sola persona y por poquísimos tiempo, y que, en consecuencia, esta posición se nos presenta de una forma que nos sorprende por su brusca rapidez, mientras que el hipnotismo gubernamental se desarrolla poco a poco, insensiblemente, desde la infancia, y algunas veces no solo durante años, sino durante varias generaciones, y no por medio de una sola persona, sino por medio de todos aquellos que nos rodean.

"Pero, se objetará, siempre, en todas las sociedades, que la mayoría de los hombres, todos los jóvenes, todas las mujeres, absortas en los deberes y en los cuidados de la maternidad, toda la gran masa de trabajadores, absortos en su trabajo, todos los seres de mente débil, anormales, todos los debilitados e intoxicados por la nicotina, por el alcohol, por el opio y por otras causas se encuentran, todos, en la condición de no poder pensar con independencia y se someten a aquellos que ocupan un grado intelectual más alto, o, continuando bajo la influencia de las tradiciones familiares y sociales, se someten a lo que se llama opinión pública, y nada existe de anormal y de contradictorio en esta sumisión."

Y, de hecho, nada hay de anormal en esto: la tendencia de los hombres, que razonan poco, a someterse a las indicaciones de aquellos con un grado más alto de conciencia es un fenómeno constante y necesario a la vida en sociedad. Unos, la minoría, se someten constantemente a los

principios racionales, siempre los mismos, a consecuencia de su concordancia con la razón; otros, la mayoría, se someten a los mismos principios, inconscientemente, solo porque la opinión pública lo exige.

Tal sumisión a la opinión pública, por parte de hombres que poco razonan, no ofrece ningún carácter anormal, mientras la opinión pública no se divida en dos. Pero llega un momento en que la conciencia de una verdad más alta, después de haber sido revelada a algunas personas, se impone gradualmente a un número tan grande de hombres que la antigua opinión pública comienza a vacilar para dar lugar a la nueva, ya preparada para establecerse. Llega un momento en que los hombres comienzan a ponderar sus actos, según los nuevos principios, mientras, en la vida general, por inercia, por tradición, continúan aplicando los principios que antiguamente formaban el grado superior de la conciencia racional, pero que, hoy, ya se encuentran en evidente contradicción con ella.

De ahí resulta una situación anormal para todos, pertenezcan a las clases superiores privilegiadas o a las clases inferiores sometidas a todas las órdenes.

Los hombres de las clases dirigentes, no teniendo ya una explicación razonable para sus privilegios, están obligados, para conservarlos, a sofocar dentro de ellos los sentimientos superiores de amor y a reconocer la necesidad de sus condiciones excepcionales, puesto que las clases trabajadoras, oprimidas por el trabajo y embrutecidos a propósito, permanecen bajo la constante influencia de las clases superiores.

Solo así se explica el sorprendente fenómeno del cual fui testigo aquel día 9 de septiembre: hombres honestos y pacíficos, viajando en perfecta paz de espíritu, iban a cometer el delito más atroz, más estúpido, más vil.

Esto no significa que en ellos haya la ausencia total de conciencia que les prohíba hacer el mal que se preparan a cometer; no, la conciencia existe, pero está solamente adormecida en los altos cargos⁷³, por aquello que los psicólogos llaman auto-sugerencia, y en los ejecutores y en los soldados, por el hipnotismo de las clases superiores.

Por más adormecida que esté, la conciencia se manifiesta también a través de la auto-sugerencia, y la sugerencia comienza a hablar y dentro en poco, se despertará.

Todos esos hombres se encuentran en la situación de un hipnotizado al cual se le ordena un acto contrario a sus nociones del bien y de justicia - por ejemplo, matar a su madre o su a hijo; sintiéndose vinculado a la sugerencia, le parece que no puede parar, pero, por otro lado, cuanto más se aproxima el momento y el lugar de la ejecución, más la voz de la conciencia sofocada en él despierta y más busca reaccionar, despertarse. Y no se puede decir con antelación si cometerá o no el acto sugerido; no se puede saber si vencerá la conciencia racional o la sugerencia irracional: todo depende de la fuerza relativa de una y de otra.

Hubo un tiempo en que los hombres, partiendo con el objetivo de la violencia y de la muerte, por dar un ejemplo, no volvían sino después de haber cumplido esta misión, sin remordimientos o dudas, sino tranquilamente; y, después de haber golpeado a hombres hasta morir, volvían con sus familias, acariciaban a los niños, bromeaban, reían, se abandonaban a todas las puras alegrías del hogar familiar. Por aquel entonces, los hombres que se beneficiaban de tales violencias, los propietarios de tierras y los capitalistas, ni siquiera sospechaban que sus intereses tuvieran una conexión directa con estas crueldades. Hoy, los hombres ya saben, o están cerca de saber lo que hacen y con qué finalidad. Pueden cerrar los ojos y hacer callar a la conciencia, pero una vez abiertos los ojos y libre la conciencia, ya no pueden, ni aquellos que dan las órdenes, no ver la importancia de los actos que han cometido. Acontece que los hombres no comprenden la

73 N. T2: jefes en italiano y portugués

importancia de lo que hicieron sino después de haberlo hecho; puede también acontecer que lo comprendan inmediatamente antes de hacerlo. Así, los hombres que ordenaron los actos violentos de Nijni-Novgorod, de Saratov, de Oryol, de la fábrica de Iusov no comprendieron el significado de sus actos sino después de haberlos cometido, y actualmente se avergüenzan de ellos, delante de la opinión pública y delante de su conciencia, tanto los hombres que dieron como los que ejecutaron las órdenes. Hablé sobre esto con algunos soldados, que se precipitaban a cambiar de tema o solo hablaban al respecto con repugnancia.

Pero hay casos en que los hombres recuperan la noción exacta de los hechos, inmediatamente antes de cometer el acto. Conozco el caso de un sargento que había sido apaleado por dos mujiks durante la represión de los desórdenes y que había hecho un informe; pero, a la mañana siguiente, cuando vio cómo eran maltratados otros campesinos, suplicó al jefe de su compañía que rompiera el informe y pusiera en libertad a los mujiks que lo habían apaleado. Conozco un caso en que algunos soldados, designados para una ejecución militar, se negaron a obedecer, y conozco muchos casos de oficiales que se negaron a comandar ejecuciones.

Los hombres que viajaban en el tren, el 9 de septiembre, iban a matar y a cometer actos violentos con sus hermanos, pero nadie sabía si lo harían o no. Por más oculta que estuviera en cada uno su cota de responsabilidad en este hecho, por más fuertes que fueran sus convicciones de que no eran hombres, sino funcionarios o soldados, y que, como tales, podían violar todas las obligaciones humanas, cuanto más se aproximaban al lugar de la ejecución, más deben haber dudado.

El gobernador podría detenerse en el momento de dar la orden decisiva. Sabía que la actitud del gobernador de Oryol había provocado la indignación de los hombres más honrados y, hasta él mismo, bajo la influencia de la opinión pública, había expresado más de una vez su desaprobación a dicho propósito. Sabía que el fiscal que tenía que haber ido también se había negado a tal propósito porque consideraba esta acción vergonzosa; sabía aun que, en las esferas gubernamentales, pueden ocurrir cambios y que aquellos que podían hacerlo progresar ayer se podía volver mañana causa de desgracia; sabía que existe una prensa, sino en Rusia, por lo menos en el extranjero, que podría hablar de ese caso y deshonrarlo de por vida. Ya presentía un cambio en la opinión pública condenando lo que antes era glorificado. Además, él no podía estar completamente seguro de la obediencia, en el último momento de sus subordinados. Dudaba y no le era posible saber cómo actuaría.

Todos los funcionarios u oficiales que lo acompañaban experimentaban más o menos los mismos sentimientos; sabían todos, en sus corazones, que el acto que iban a cometer era vergonzoso, degradante a los ojos de ciertos hombres cuya opinión respetaban; sabían que sentirían vergüenza al presentarse ante su propia prometida o ante su amada mujer, después de haber cometido un homicidio o violentado a hombres sin defensa; finalmente, como el gobernador, dudaban de la total obediencia de los soldados. ¡Cómo difiere todo esto de la naturalidad con la que paseaban todas las autoridades por la explanada y las salas de la estación! En el fondo, ellos no solo sufrían, sino que dudaban. Mientras tanto, asumían un tono desenvuelto y seguro para calmar su hesitación interna. Y este sentimiento aumentaba a medida que se aproximaban al lugar de la acción.

Y por imperceptible que fuera, por extraño que parezca, todos aquellos jóvenes soldados, que parecían tan sumisos, se encontraban en la misma disposición de ánimo.

Ya no son los antiguos soldados que habían abandonado la vida natural del trabajo, para dedicar sus existencias a la orgía, a la rapiña, al homicidio, como los legionarios romanos o los combatientes de la Guerra de los Treinta Años, o los mismos soldados que más recientemente debían cumplir 25 años de servicio. Los de hoy son, en su mayoría, hombres arrebatados a sus familias hace poco, aún llenos de recuerdos de la vida buena, natural y racional, de la cual fueron apartados. Todos aquellos jóvenes, en su mayoría campesinos, saben lo que van a hacer; saben que

los propietarios de las tierras explotan siempre a sus hermanos campesinos y que, también esta vez, el mismo hecho sea probable. Además, la mayoría de ellos ya sabe leer y los libros que leen no siempre hacen elogios al militarismo; algunos, de hecho, demuestran toda su inmoralidad. Entre ellos se encuentran con frecuencia camaradas librepensadores, alistados voluntarios y jóvenes oficiales liberales, y la semilla de la duda en cuanto a la absoluta legitimidad y al mérito de lo que irán a hacer ya está sembrada en su conciencia.

Es verdad que todos pasaron por una hábil educación, terrible, elaborada durante siglos, que mata cualquier iniciativa, y que ellos están habituados a tal punto a la obediencia mecánica que, a la orden de: “¡Fuego sobre toda la línea!... ¡Fuego!...”, sus fusiles se levantan solos y se hacen los gestos habituales. Pero este “fuego” ya no significará tirar contra los padres, contra los hermanos agotados, explotados, que ellos ven en la multitud, junto con mujeres, y niños, gritando no se sabe qué, gesticulando. Ahí están ellos, con el caftán⁷⁴ muy remendado, laptos⁷⁵ en los pies, escasa barba, son el retrato del padre que dejaron en la villa, del gobierno de Kazan o Riazan; otros, con los hombros curvados, apoyados en un largo bastión, la barba completamente blanca, son el retrato del abuelo; el joven de botas y camisa roja es el retrato de lo que él mismo era hace un año, el soldado que ahora debe disparar contra ellos. He ahí también la mujer de laptos y paneva⁷⁶, es el retrato de la madre...

¡Y Se debe disparar contra ellos!

Y Dios sabe lo qué hará cada soldado en aquel momento supremo. Una sola palabra, una alusión bastaría para detenerlo.

En el momento de actuar, todos aquellos hombres se encuentran en la misma situación del hipnotizado a quién se sugiere partir por la mitad una trabe⁷⁷ y que, ya habiéndose aproximado al objeto que le fue indicado como trabe y habiendo ya levantado el hacha, percibiera que no es una trabe, sino su hermano adormecido. Él puede cometer el acto que se le ordenó, pero puede despertarse en el momento de hacerlo. Del mismo modo, todos aquellos hombres pueden recuperar los sentidos o llegar hasta el final. Si llegaran hasta el final, el acto terrible se realizará, como en Oryol, y entonces la sugerencia que lleva al sometimiento estará más fuerte que nunca en el resto de los hombres; si paran, no solo no se ejecutará este acto terrible, sino que también muchos de aquellos que tuvieran conciencia se liberarían de la sugerencia bajo cuya influencia se encuentran o, al menos, pensarán en liberarse.

Si solamente algunos se detienen y expresan audazmente a los demás lo que hay de criminal en aquella acción, la influencia de estos pocos hombres puede llevar a los otros a que despierten de la sugerencia bajo cuya influencia actúan, y el acto criminal no se cometerá.

Todavía mejor, imaginemos que algunos hombres, incluso entre los que no colaboran con este acto, pero que son simples testigos de los preparativos, o que, teniendo conocimiento de hechos similares, no permanecen indiferentes y expresan franca y audazmente toda la aversión que sienten por aquellos que en ello participaron; esto ejercerá una influencia saludable.

Fue lo que aconteció en Tula. Bastó que algunas personas expresaran su repugnancia en participar en el acto, bastó que una pasajera y otras personas manifestaran, en la estación, su indignación, bastó que uno de los comandantes a los cuales habían sido pedidas tropas para reprimir el desorden dijera que los militares no son verdugos, para que, gracias a estos pequeños hechos y al resto de influencias que parecen de poca importancia, el caso tomara otro rumbo y las tropas, reunidas en su puesto, no cometieran actos de violencia y se limitaran a cortar la madera y entregarla al propietario.

⁷⁴ Vestimenta de los campesinos.

⁷⁵ Calzado de hilo trenzado.

⁷⁶ Falda de campesina.

⁷⁷ N. T2: Viga, madero largo y grueso para techar y sostener los edificios.

Si la conciencia de lo que es ruin no existiera en ciertos hombres, y si, en consecuencia, no hubiese, en este sentido, la influencia de unos sobre los otros, lo que aconteció en Oryol podría haber ocurrido de nuevo. Si esta conciencia hubiera sido aun más fuerte, es muy probable que el gobernador y las tropas no hubieran siquiera tomado la decisión de cortar la madera y entregarla al propietario, o que el gobernador no se hubiera siquiera dirigido al escenario de los acontecimientos, y que el ministro no hubiera tomado tal decisión, y que el soberano no la hubiera confirmado.

Todo, por lo tanto, depende del grado de conciencia de la verdad cristiana.

La acción de todos los hombres de nuestro tiempo, que afirman desear el bienestar humano, debería, por lo tanto, estar dirigida hacia el desarrollo de esta conciencia.

Pero, ¡qué extraño! Precisamente los hombres que hablan más que los otros sobre las mejoras de las condiciones de vida, y que son considerados como los líderes de la opinión pública⁷⁸, afirman que no es necesario hacer precisamente esto, y que no existen otros medios más eficaces para mejorar la condición de los hombres. Afirman que la mejora de las condiciones de la vida humana no es el resultado de esfuerzos morales aislados, ni de la propagación de la verdad, sino de progresivas modificaciones de las condiciones generales y materiales de la vida y que, por lo tanto, los esfuerzos de cada individuo aislado deben dirigirse en este sentido, mientras cada confesión individual de la verdad contraria al orden actual vigente, lejos de ser útil, es perjudicial, porque provoca por parte del poder una oposición que impide que el individuo aislado continúe su acción útil a la sociedad. Según esta tesis, todas las modificaciones de la vida humana se producen por medio de las mismas leyes que rigen la vida de los animales.

De esta teoría, resultaría que todos los fundadores de religiones, como Moisés y los profetas, Confucio, Lao Tsé, Buda, Cristo y otros, predicaron sus doctrinas y que sus partidarios las aceptaron no porque amaran la verdad, sino porque las condiciones políticas, sociales y, sobre todo, económicas de los pueblos en medio de los cuales estas doctrinas florecieron eran favorables a su manifestación y a su desarrollo.

La acción del hombre que desea servir a la sociedad y mejorar las condiciones de vida no debe, por tanto, según esta tesis, estar dirigida hacia el esclarecimiento y la observancia de la verdad, sino hacia la mejora de las condiciones externas, políticas, sociales y, sobre todo, económicas. Y la modificación de estas condiciones se hace, en parte, sirviendo al gobierno e introduciendo en la administración principios de liberalismo y progreso, en parte, favoreciendo el desarrollo de la industria y propagando las ideas socialistas y, principalmente, colaborando en la propagación de la ciencia.

Lo que importa, según esta doctrina, no es profesar la verdad revelada y, en consecuencia, aplicarla a la vida o, al menos, no cometer actos que le sean contrarios: servir al gobierno, apoyar el poder si fuera nocivo, aprovecharse del sistema capitalista cuando sea ruin, demostrar veneración en relación a determinadas ceremonias si se consideraran supersticiosas, sentarse en los tribunales si sus leyes fueran falsas, servir al ejército, jurar, mentir, humillarse en general; sino que lo que importa es, sin cambiar las formas actuales de vida y a ellas sometiéndose contrariamente a las propias convicciones, introducir el liberalismo en las instituciones existentes. Según esta teoría, es posible, permaneciendo como propietario, comerciante, dueño de una fábrica, juez, funcionario público, oficial, soldado, ser, al mismo tiempo, no solo humano, sino también socialista y revolucionario.

La hipocresía que, antes, era solo religiosa, con la doctrina del pecado original, de la redención y de la iglesia, se transformó, a través de esta nueva doctrina científica y atrapó, en sus redes, a todos los hombres cuyo desarrollo intelectual ya no permite que se apoyen en la hipocresía religiosa. Como antaño, el hombre que profesaba la doctrina religiosa oficial podía, aun creyéndose exento de

78 N. T2: en el texto portugués e italiano se lee “exploradores de la opinión pública” en inglés “líderes de la opinión pública”

cualquier pecado, participar en todos los delitos del Estado y beneficiarse de ellos, con tal de que cumpliera las prácticas externas de su religión, los hombres que, actualmente, no creen en el cristianismo oficial encuentran en la ciencia las mismas razones para considerarse puros y hasta de elevado grado moral, a pesar de su participación en los delitos gubernamentales y de las ventajas que de él obtienen.

Un rico terrateniente, ya sea ruso, francés, inglés, alemán o americano, vive por los tributos, diezmos que obtienen de los hombres que viven en su tierra, la mayoría miserables y de quienes él toma todo lo que puede. Su derecho de propiedad está asegurado por el hecho de que, en cada tentativa de los oprimidos de disfrutar, sin su consentimiento, de las tierras que creen suyas, llegan las tropas y los someten a todo tipo de violencia. Tendría que ser evidente que el hombre que así vive es un ser cruel, egoísta y, en modo alguno, se le puede considerar cristiano o liberal. Debería ser evidente que la primera cosa a hacer en caso que se desee, de alguna manera, adecuarse al espíritu del cristianismo y del liberalismo, sería parar de espoliar y arruinar a los hombres con la ayuda de las violencias gubernamentales que aseguran el derecho sobre la tierra. Esto, de hecho, ocurriría si no existiera una metafísica hipócrita, que afirma que, desde el punto de vista de la religión, la posesión o no-posesión de la tierra es indiferente para la salvación y, desde el punto de vista científico, que el abandono de la tierra sería un sacrificio individual inútil, puesto que la mejoría del bienestar de los hombres no se realiza de este modo, sino por las modificaciones progresivas de las formas exteriores de la vida. Y, por lo tanto, este hombre, sin la menor inquietud y la menor duda, organizando una exposición agrícola, fundando una sociedad comedida, o enviando, a través de su mujer e hijos, franela y sopa a tres ancianas, predica audazmente en familia, en los salones, en los comités y en la prensa el amor evangélico o humanitario al prójimo en general, y, en particular, a los trabajadores agrícolas, que no paran de ser explotados y oprimidos. Y los hombres que ocupan la misma posición creen en él, lo alaban y examinan seriamente, con él, otros métodos de mejora del destino del pueblo trabajador, métodos de librarlo de la explotación, inventando para este fin diferentes formas de proceder, salvo ésta, la única, sin la cual cualquier mejoría de las condiciones del pueblo es imposible, o sea: parar de arrebatarse la tierra necesaria para su existencia.

Como notable ejemplo de esta hipocresía, pueden citarse las atenciones de los terratenientes rusos durante el último año de escasez, la lucha contra esta escasez creada por ellos mismos, y de la cual se aprovecharon vendiendo a los campesinos no solo el pan a un precio más elevado, sino también las hojas de las patatas a razón de cinco rublos por cerca de una hectárea, como combustible.

Un comerciante, cuyo comercio, como de hecho cualquier comercio, se basa por completo en una serie de engaños, se aprovecha de la ignorancia o de la necesidad: él compra las mercancías por debajo de su valor y las revende a un precio más alto que el de su coste. Sería natural que el hombre, cuya actividad está completamente basada en lo que él mismo llama engaño, debiera avergonzarse de su posición y ya no pudiera, continuando su comercio, llamarse cristiano o liberal.

Pero la metafísica de la hipocresía le dice que él puede pasar por un hombre virtuoso y continuar su acción perniciosa: el hombre religioso debe solamente creer, el liberal debe solamente ayudar al cambio de las condiciones externas, al progreso de la industria. Y, por lo tanto, aquel comerciante (que, además, vende mercancía adulterada, engaña en cuanto al peso, en cuanto a la medida, o vende productos que perjudican la salud, como el alcohol, el opio) se considera y está por los demás considerado, con tal de que no engañe a sus compañeros, como un modelo de honestidad e integridad. Y se gasta sólo la milésima parte del dinero robado en alguna institución pública - un hospital, un museo, una escuela - siendo considerado como un benefactor del pueblo que explota, y de donde extrae toda su riqueza; y, si da una pequeña parte del dinero robado a las iglesias y a los pobres, entonces él es un cristiano ejemplar.

El dueño de una fábrica es un hombre cuya renta está totalmente compuesta del salario extorsionado de los obreros y cuya acción está enteramente fundamentada en el trabajo forzado y anormal que consume a generaciones enteras. Sería natural que, si profesa principios cristianos o liberales, debiera, ante todo, parar de arruinar, en su beneficio, vidas humanas; pero, según la teoría vigente, él colabora con el progreso de la industria, y no debe dejar de actuar de esta forma, porque esto sería perjudicial para la sociedad. Y, entonces, este hombre, este grosero poseedor de esclavos, después de haber construido para los obreros mutilados, en su fábrica, casitas con jardines de dos metros, un fondo de pensiones y un hospital, está absolutamente seguro de haber pagado, con estos sacrificios, por un valor más alto que el real, las vidas humanas que arruinó física y moralmente, y continúa viviendo tranquilo, orgulloso de su obra.

Un funcionario, civil, religioso o militar, que sirve al Estado para satisfacer su ambición o, como acontece con mayor frecuencia, por un salario obtenido del producto del trabajo del pueblo, o aun, lo que no es muy raro, que roba también, directamente, el dinero del Tesoro, se considera y está considerado por sus semejantes el miembro más útil y más virtuoso de la sociedad.

Un juez, un fiscal, que sabe que, por su decisión o solicitud, centenares y miles de infelices, arrancados a sus familias, son encerrados en prisiones, calabozos y enloquecen, o se matan con pedazos de vidrio, o se dejan morir de hambre; que sabe que ellos tienen, también, madres, mujeres, hijos desolados por la separación, deshonorados, solicitando inútilmente el perdón o también una mejor suerte para sus padres, hijos, maridos, hermanos; este juez, este fiscal, está tan embriagado de hipocresía que él mismo y sus semejantes, sus mujeres y sus amigos están absolutamente seguros que pueden ser, a pesar de todo, muy buenas personas y sensibles. Según la metafísica de la hipocresía, ellos cumplen una misión social muy útil. Y estos hombres, causa de la pérdida de miles de otros, con la creencia en el bien y con la fe en Dios, van a la iglesia con aire radiante, escuchan el Evangelio, pronuncian discursos humanitarios, acarician a sus hijos, les predicán principios morales y están movidos por sufrimientos imaginarios.

Todos estos hombres y aquéllos que viven a su alrededor, sus mujeres, sus hijos, profesores, cocineros, actores, se nutren de la sangre que, de este o otro modo, como algún otro tipo de sanguijuela, chupan de las venas del trabajador, y cada uno de sus días de placer cuesta miles de días de trabajo. Ven las privaciones y sufrimientos de estos obreros, de sus hijos, de sus mujeres, de sus ancianos, de sus enfermos; saben a qué castigos se exponen aquellos que quieren resistir a esta expoliación organizada, y no solo no disminuyen sus lujos, no solo no los disimulan, sino que los ostentan indecorosamente delante de los obreros oprimidos, por los cuales son odiados, como si fuera a excitarlos deliberadamente. Y, por otro lado, continúan creyendo y haciendo creer que se interesan mucho por el bienestar del pueblo que continúan pisoteando y, los domingos, vestidos con trajes caros, se dirigen, en carrozas lujosas, a la casa de Cristo, erguida por la hipocresía, y allí escuchan a los hombres, instruidos para esta mentira, que predicán el amor que todos reniegan con toda su existencia. Y estos hombres desempeñan tan bien sus papeles que acaban creyendo, ellos mismos, en la sinceridad de sus actitudes.

La hipocresía general penetró hasta tal punto en el cuerpo y en el alma de todas las clases de la sociedad actual, que nada a nadie puede indignar más. No es sin ton ni son que la hipocresía, en su sentido propio, significa representar un papel: y representar un papel, sea cual sea, es siempre posible. Hechos como estos: ver a los representantes de Cristo bendecir a los asesinos que se ponen en fila, armados contra sus hermanos, presentando *los fusiles para bendecirlos*; ver los padres de todos los credos cristianos que participen, necesariamente, como verdugos, en las ejecuciones capitales, que reconozcan, con su presencia, que el homicidio es conciliable con el cristianismo (un pastor asistió a la experiencia de la ejecución por electricidad en América), sin embargo tales hechos no causan sorpresa alguna en nadie.

Una exposición internacional penitenciaria tuvo lugar, recientemente, en Petersburgo. Estaban

allí expuestos los instrumentos de tortura, las corrientes, los modelos de prisiones celulares, o sea, instrumentos de tortura todavía peores que el knut y las varas, y señoras y señores sensibles iban a ver todo aquello y se divertían.

Nadie se sorprende ni siquiera con el hecho de que la ciencia liberal, aun reconociendo la igualdad, la fraternidad y la libertad, demuestra la necesidad del ejército, de las ejecuciones capitales, de las aduanas, de la censura, de la prostitución, de la expulsión de los obreros extranjeros que abaratan los salarios, de la prohibición de la emigración, de la colonización basada en el envenenamiento, del saqueo, del exterminio de razas enteras de hombres llamados salvajes etc.

Se habla de lo que acontecerá cuando todos los hombres que profesen lo que llaman cristianismo (o sea, diferentes creencias, hostiles, unas a las otras) y cuando todos se puedan vestir y comer hasta la saciedad, cuando todos los habitantes de la Tierra estén unidos entre sí por medio del telégrafo, del teléfono y sea posible viajar con globos, cuando todos los obreros que estén inspirados en las teorías socialistas y las sociedades obreras reúnan millones de adeptos y que posean millones de rublos, cuando todos estén instruidos, lean los periódicos y conozcan todas las ciencias.

Pero, ¿qué puede resultar de bueno y útil de todos estos perfeccionamientos, si los hombres no dicen y no hacen lo que consideran la verdad?

La desventura de los hombres proviene de la desunión, y la desunión proviene del hecho de que ellos no siguen la verdad, que es única, y sí la mentira, que es múltiple.

El único medio de unión es, por lo tanto, unirse en la verdad. Por eso, mientras los hombres buscan más sinceramente la verdad, más se aproximan a la unión.

¿Pero, cómo se pueden unir los hombres en la verdad o aproximarse a ella, cuando no solo no expresan la verdad que conocen, sino que la consideran inútil y fingen reconocer como verdad lo que saben que es una mentira?

Así, ninguna mejora será posible en la condición de los hombres mientras que estos oculten de sí mismos la verdad, mientras que no reconozcan que su unión y, así pues, la felicidad, no es posible sin la verdad, y mientras no sitúen por encima de todo el reconocimiento y la práctica de la verdad que les es revelada.

Todos los perfeccionamientos externos con que puedan soñar los hombres religiosos o los hombres de ciencia se realizaran entonces; todos los hombres se convertirán al cristianismo y todas las mejorías deseadas por Bellamy y por Richet se confirmaran además de sus deseos: si subsiste la hipocresía que hoy reina, si los hombres no profesan la verdad que conocen, sino que continúan simulando la creencia en lo que no creen, la estima en lo que no estiman, su condición no solo permanecerá igual, sino que será peor. Mientras los hombres tengan más cubiertas las necesidades, más aumentarán los telégrafos, los teléfonos, los libros, los periódicos, las revistas; más crecerán los medios de propagación de las mentiras e hipocresías contradictorias, y más infelices, por lo tanto, serán los hombres, como acontece en el presente.

Ocurrirán entonces todas estas modificaciones materiales y la situación de la humanidad no se mejorará con esto. Que todo hombre, en la medida de sus fuerzas, siga personalmente la verdad que conoce o, al menos, no defienda la mentira, y ya ahora, este mismo año de 1893, acontecerán cambios con los que no osamos soñar en cien años: la liberación de los hombres y el establecimiento de la verdad sobre la tierra.

No sin razón la única palabra dura y amenazadora de Cristo fue dirigida a los hipócritas. No es el hurto, el saqueo, el homicidio, el adulterio, la falsedad, sino la mentira, la especial mentira de la hipocresía, la que anula en la conciencia de los hombres la distinción entre el bien y el mal, los corrompe, los hace malos y semejantes a las fieras, les impide huir del mal y buscar el bien, les quita lo que constituye el sentido de la verdadera vida humana y, por lo tanto, les bloquea el camino

de la perfección. Los hombres que ignoran la verdad y hacen el mal provocan en los demás la piedad hacia sus víctimas y la repugnancia hacia ellos mismos; hacen el mal únicamente a aquellos a quien atacan; pero los hombres que conocen la verdad y hacen el mal bajo el velo de la hipocresía se lo hacen a sí mismos y a sus víctimas, y a otros miles y miles de hombres, tentados por la mentira que oculta este mal.

Los ladrones, los asesinos, los tramposos, que cometen actos considerados como malos por ellos mismos y por el resto de los hombres, son el ejemplo de lo que no se debe hacer y disuaden a otros de crímenes similares. Al contrario, aquellos que cometen los mismos hurtos, violencias, homicidios, disimulándolos con justificaciones religiosas o científicas, como hacen todos los propietarios, comerciantes, dueños de fábricas y funcionarios, provocan la imitación y hacen daño no solamente a aquellos que sufren directamente, sino también a miles y millones de hombres que se pervierten y se pierden, haciendo desaparecer cualquier distinción entre el bien y el mal.

Un único patrimonio conquistado con el comercio de productos necesarios al pueblo o de productos que lo corrompen, o conquistado con operaciones de bolsa, o con la compraventa, a precio abaratado, de la tierra que aumenta de valor debido a las necesidades del pueblo, o con una industria que arruina la salud y compromete la vida, o con el servicio civil o militar al Estado, o con alguna ocupación que anime los malos instintos - un patrimonio así conquistado, no solo con la autorización, sino también con la aprobación de los gobernantes, y enmascarado por una filantropía ostensiva - pervierte a los hombres incomparablemente más que millones de hurtos, engaños, saqueos cometidos contra las leyes establecidas y contra los cuales se procede criminalmente.

Una única ejecución capital, cometida por hombres cultos con el pretexto de la necesidad y no bajo el impulso de la pasión, con la aprobación y la participación de los sacerdotes cristianos, y llevada adelante como algo necesario y hasta justo, pervierte y barbariza a los hombres, más que pueden hacerlo centenares y miles de homicidios cometidos por ignorantes y muchas veces bajo el ímpetu de la pasión. La ejecución capital como la que propuso adoptar Jukovski⁷⁹, gracias a la cual los hombres experimentarían incluso una conmoción religiosa, sería el acto más corruptivo que se pueda imaginar (ver el volumen IV de las *Obras Completas de Jukovski*).

Cualquier guerra, la más benigna, con todas sus consecuencias ordinarias, la destrucción de las masas, los hurtos, los raptos, la deshonestidad, el homicidio, con las justificaciones de su necesidad y de su legitimidad, con la exaltación de los comportamientos militares, el amor a la bandera, a la patria, con la falsa atención a los heridos, etcétera, pervierte, en un solo año, a más personas que miles de asaltos, incendios y homicidios cometidos durante un siglo por individuos aislados, bajo la influencia de la pasión.

Una única existencia lujosa, hasta los límites usuales, de una familia que se llame honesta y virtuosa, que gasta para sus necesidades el producto de un trabajo que sería suficiente para alimentar a miles de hombres a su alrededor, debilitados por la miseria, pervierte a más personas que innumerables orgías de rudos mercaderes, oficiales y obreros entregados a la embriaguez y al libertinaje, que rompen, por simple diversión, espejos, vajillas, etcétera.

Una única procesión solemne, un oficio o, desde lo alto del púlpito de la mentira, un sermón en el cual el propio predicador no cree, producen, sin comparación posible, más mal que miles de falsificaciones de productos alimenticios, etcétera.

Se habla de la hipocresía de los fariseos. Pero la hipocresía de los hombres de nuestro tiempo supera en mucho a aquélla, relativamente inocua, de los fariseos. Estos, al menos, poseían una ley religiosa externa, cuya observancia impedía que vieran sus verdaderas obligaciones hacia sus semejantes. Por otro lado, las obligaciones no estaban, entonces, claramente definidas. Hoy semejante ley no existe (no hablo de la gente ruda y estúpida que todavía cree que los sacramentos o

79 Jukovski, Vassili Andreivitch; célebre poeta ruso. (N. Del E.)

las dispensas del papa la absuelven de todo pecado). Al contrario, la ley evangélica que profesamos, de una forma o de otra, prescribe directamente nuestras obligaciones; además, estas mismas obligaciones, que estaban antes expresadas solo por algunos profetas en términos libres, están hoy formuladas tan claramente, se hicieron hasta tal punto axiomas, que se repiten hasta por jóvenes que salen de los colegios y por periodistas. Así, los hombres de nuestro tiempo no deberían fingir ignorarlas.

El hombre moderno, que se aprovecha del orden actual, fundado en la violencia y, al mismo tiempo, afirma amar a sus semejantes, no percibiendo que toda su existencia es perjudicial para el prójimo, se asemeja al delincuente que, al sorprenderse con el cuchillo enhiesto sobre la víctima que grita desesperadamente pidiendo socorro, afirma no saber qué hacía disgustar a aquel a quien robaba y a quien estaba dispuesto a degollar. Así como el delincuente no podría negar un hecho tan evidente, de la misma forma el hombre moderno, que vive en detrimento de los oprimidos, no podría, al parecer, convencerse y convencer a los demás de que desea el bien de aquellos a quien roba sin cesar y que ignoraba cómo se conquistó el patrimonio del cual disfruta.

Ya no podemos persuadirnos de que ignoramos la existencia de los cien mil hombres que, en Rusia, son encarcelados en las prisiones o en los calabozos con el objetivo de garantizar nuestra propiedad y nuestra tranquilidad; ni que ignoramos la existencia de los tribunales, de los cuales nosotros mismos formamos parte, y que, a nuestra petición, condenan a los que dañaron nuestra propiedad o nuestra seguridad a prisión, a la deportación, a trabajos forzados, donde hombres, que no son peores que aquellos que los juzgan, se pierden y se corrompen; ni que ignoramos que todo lo que tenemos lo poseemos solo porque fue conquistado y defendido con el homicidio y con la violencia. No podemos fingir que no percibimos la presencia de policías que, armados con revólveres, andan de un lado a otro, bajo nuestras ventanas, para preservar nuestra seguridad, mientras comemos nuestras jugosas exquisiteces o asistimos a una nueva obra teatral; o de la existencia de soldados que aparecerían armados de fusiles y cartuchos tan pronto se verificara alguna agresión a nuestra propiedad.

Sabemos muy bien que, si terminamos en paz nuestra comida, o vemos el final de la nueva obra teatral, o acabamos de divertirnos en el baile, en la fiesta de Navidad, en el paseo, en las carreras o en las cacerías, es solo gracias a la bala del revólver del policía, o gracias al fusil del soldado que perforará el vientre hambriento del desventurado que, de lejos, se le agua la boca, observa nuestros placeres y los interrumpiría si el policía o los soldados no estuvieran allí para socorrernos a nuestra primera llamada.

Por eso, así como un delincuente sorprendido en plena luz del día, en flagrante delito, no puede afirmar que no alzó el cuchillo para apoderarse de la bolsa de su víctima, no podemos, al mismo tiempo, afirmar que los soldados y los policías no nos rodean para protegernos contra los desventurados y sí para defendernos contra el enemigo externo, para garantizar el orden, para las festividades y las revistas; no podemos afirmar que ignoramos que a los hombres no les gusta morir de hambre, no teniendo el derecho de ganar su pan con la tierra donde viven, que no se divierten trabajando bajo la tierra, en el agua, a una temperatura opresiva, de diez a catorce horas por día, también de noche, para fabricar los objetos de nuestros placeres. Negar esta evidencia parece imposible. Y, sin embargo, se niega.

Se hallan, sin embargo, entre los ricos, sobre todo entre los jóvenes y entre las mujeres, personas que felizmente encuentro cada vez más frecuentemente, que cuando se les muestra con qué y cómo son comprados sus placeres, no buscan esconder la verdad y, con las manos sobre la cabeza, dicen: “¡Ah! no me hable de esto. Si es así, la vida es imposible.” Pero, si existen personas sinceras que perciben su culpa y que no pueden renunciar, la gran mayoría de los hombres de nuestro tiempo está hasta tal punto sumergida en su lado hipócrita que, audazmente, niegan lo que salta a la vista de todos aquellos que lo perciben.

Todo eso es injusto. Dicen:

Nadie obliga al pueblo a trabajar para el propietario de tierras o para el dueño de la fábrica. Es cuestión de libre albedrío. La gran propiedad y los capitales son necesarios porque organizan el trabajo para la clase obrera. Además, el trabajo en las fábricas e industrias no es tan terrible como dicen. Si existen, sin embargo, ciertos abusos, el gobierno y la sociedad tomarán medidas para remediarlos y hacer el trabajo del obrero más fácil y hasta agradable. La clase trabajadora está habituada a los trabajos físicos y es incapaz, por el momento, de hacer otra cosa.

En cuanto a la pobreza del pueblo, ésta no es el resultado del gran latifundio ni de la concentración de los capitales, sino de otras causas: de la ignorancia, del desorden, de la embriaguez. Y nosotros, hombres de gobierno, que reaccionamos contra este empobrecimiento con una sabia administración, nosotros capitalistas, que reaccionamos con la ampliación de las invenciones útiles, nosotros, sacerdotes, con la instrucción religiosa, nosotros, liberales⁸⁰, con la formación de sociedades obreras, con la difusión de la cultura, aumentamos con estos medios, sin cambiar nuestra posición, el bienestar del pueblo. No deseamos que todos sean tan pobres como el pobre, deseamos que todos sean tan ricos como el rico. En cuanto a la afirmación de que cometen actos violentos y matan a hombres para obligarlos a trabajar en beneficio de los ricos, esto no es sino un sofisma. No se manda al ejército contra el pueblo excepto cuando, sin comprender su interés, éste se subleva y compromete la tranquilidad necesaria al bienestar general. De la misma forma, es necesario tener en consideración a los criminales, para los cuales tenemos las prisiones, los patíbulos y los calabozos. Nosotros mismos deseamos suprimirlos y trabajamos en ese sentido.

La hipocresía se mantiene, en nuestros tiempos, por dos aspectos: la falsa religión y la falsa ciencia⁸¹, y alcanzó tales proporciones que, si no viviéramos en este ambiente, no podríamos creer que los hombres puedan llegar a semejante grado de aberración. Los hombres llegaron a un estado tan sorprendente, su corazón se endureció hasta tal punto, que ellos “miran y no ven, escuchan y no oyen y no comprenden”.

Los hombres viven, ya desde hace mucho, contrariamente a su conciencia. Si no hubiera hipocresía, no podrían vivir así. Esta organización social, contraria a su conciencia, solo continúa existiendo porque está oculta por la hipocresía.

Y cuanto más aumenta la distancia entre la realidad y la conciencia de los hombres, más crece la hipocresía; pero hasta ésta tiene un límite. Y me parece que ya lo alcanzamos hoy.

Todo hombre de nuestro tiempo, con la moral cristiana asimilada involuntariamente, se haya, por completo, en la posición de un hombre adormecido que, en sueños, se ve forzado a hacer algo que, aun en sus sueños, él sabe que no se debe hacer. Lo sabe, lo siente en su interior y sin embargo le parece no poder cambiar su posición y dejar de actuar contrariamente a su conciencia.

Y, como acontece en los sueños, haciéndose su situación cada vez más dolorosa, él llega a dudar de la realidad de aquello que ve y hace un esfuerzo moral para librarse de la obsesión que lo domina.

En la misma situación se encuentra el hombre común de nuestro mundo cristiano. Este siente que todo lo que se hace a su alrededor es absurdo, infame, intolerable y contrario a su conciencia; él siente que esta situación se hace cada vez más dolorosa y que alcanzó el paroxismo.

Es imposible que nosotros, hombres modernos, con la conciencia cristiana de la dignidad humana y de la igualdad que ya nos penetró el cuerpo y el alma, con nuestra necesidad de comunión pacífica, de unión entre los pueblos, podamos vivir de modo que cada una de nuestras alegrías o de nuestras satisfacciones se compre al precio del sufrimiento y de la vida de nuestros hermanos, que, además, estemos siempre, como fieras, a punto de iniciar una batalla enfurecida, hombre contra hombre, pueblo contra pueblo, destruyendo sin piedad la vida de los hombres y sus pertenencias,

80 N. T2: el término “liberal” en Rusia no se entiende como en el resto de Europa que se le asigna a la derecha que surgió de la revolución francesa, sino que se aplica a lo que nosotros llamamos ideología de izquierdas.

81 N. T2: en la traducción del texto portugués: casi religión y casi ciencia.

simplemente porque un diplomático desatinado o el jefe de Estado dirá o escribirá alguna tontería a algún otro diplomático o jefe de Estado.

Es imposible. Y sin embargo todos los hombres de nuestro tiempo asisten a este espectáculo y prevén esta catástrofe.

Y la situación se hace cada vez más dolorosa.

Y, así, el hombre que sueña no cree que aquello que ve sea la realidad y quiere despertarse para volver a la verdadera vida, de esta forma el hombre medio de nuestro tiempo no puede creer, en el fondo, que la situación terrible en la que se haya y que empeora cada vez más sea real, y quiere despertarse para volver a la verdadera vida.

Y, así, como basta al hombre adormecido hacer un esfuerzo de inteligencia⁸² y preguntarse: "¿No es esto un sueño?" para que la situación que le parecía tan desesperada desaparezca instantáneamente y él despierte en la realidad tranquila y feliz, así también el hombre de nuestro tiempo necesita sólo dudar de qué, su propia hipocresía y la hipocresía general le presentan como realidad y preguntarse: "¿No es ésta una ilusión?" para sentirse de inmediato como el hombre adormecido, transportado desde el mundo imaginario y preocupante hacia la verdadera realidad, tranquila y feliz.

Y, para esto, el hombre no necesita acciones gloriosas, ni heroísmo, necesita solamente un simple esfuerzo moral. ¿Pero puede hacer ese esfuerzo el hombre? Según la teoría actual, necesaria a la hipocresía, el hombre no es libre y no puede cambiar su vida.

"El hombre no puede cambiar su vida porque no es libre, y no es libre porque todos sus actos son consecuencia de antiguas causas. Y, haga el hombre lo que haga, sus actos tienen siempre una causa a la cual él obedece. Por eso el hombre no es libre para cambiar su modo de vivir" - dicen los defensores de la metafísica de la hipocresía. Y tendrían toda la razón si el hombre fuese un ser inconsciente, incapaz de, después de haber reconocido la verdad, elevarse a un grado moral superior. Pero el hombre, al contrario, es un ser consciente y que, a pesar de todo, se eleva cada vez más en dirección hacia la verdad. Por lo tanto, aunque no sea libre en sus actos, puede dominar las propias causas de sus actos, que consisten en el reconocimiento de ésta o aquella verdad.

De modo que el hombre que no es libre para realizar ciertos actos es libre para trabajar a fin de suprimir las causas. Como un mecánico que, si no es libre para cambiar el movimiento de su locomotora, ya ejecutado o que se está ejecutando, es libre para, en un futuro, regular con anticipación ese movimiento.

Haga lo que haga el hombre consciente, él actúa, de este y no de otro modo, porque: o reconoce estar viviendo en la verdad, o ya lo reconoció antes y actúa ahora por hábito.

Coma o no coma, trabaje o descanse, huya del peligro o lo busque, si el hombre es consciente, actúa así porque considera razonable actuar así, porque reconoce que la verdad lo lleva a actuar así y no de otro modo, o porque ya lo reconoció antes.

El reconocimiento o el no conocimiento de determinada verdad depende no de causas externas, sino de la propia conciencia del hombre. De modo que, a veces, en las condiciones externas más favorables al reconocimiento de la verdad, existen hombres que no la reconocen, y otros que, al contrario, en las condiciones más desfavorables, la reconocen sin motivos aparentes, como dice el Evangelio: "Y nadie vendrá hacia Mí, si no va hacia el Padre."⁸³ Esto significa que el reconocimiento de la verdad, que es la causa de todas las manifestaciones de la vida humana, no depende de los fenómenos externos, sino de algunas facultades internas del hombre, que escapan a la observación.

82 N. T2: en el texto en inglés se lee "un esfuerzo moral".

83 N. T2: En el texto en inglés se lee literalmente "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Juan 6, 44)

Por eso el hombre que no es libre en sus actos se siente siempre libre en aquello que es la causa de sus actos, en el reconocimiento o en el no-reconocimiento de la verdad.

Así, el hombre que cometió, bajo la influencia de la pasión, un acto contrario a la verdad de la cual tiene conciencia, permanece, a pesar de todo, libre para reconocerla o no, o sea, puede, no reconociendo la verdad, considerar su acto necesario y justificarlo, y puede, reconociendo la verdad, considerar su acto cruel y sentir remordimientos.

Así, un jugador o un borracho que no consiguió dominar su pasión tiene absoluta libertad para reconocer el juego o la embriaguez, sea como un mal, sea como una diversión sin consecuencias. En el primer caso, aunque no renuncie de inmediato a su pasión, se libera de ella con más facilidad cuando reconoce sinceramente que es perjudicial; en el segundo caso, su pasión aumenta y él ya no tiene posibilidad alguna de liberarse de ella.

Así, el hombre que no tuvo fuerzas para enfrentarse a un incendio a fin de salvar a otro hombre y que huyó solo de la casa en llamas, reconociendo la verdad de que el hombre debe, a riesgo de su propia vida, socorrer a su semejante, permanece libre para considerar su acto como malo y reprobalo o, no reconociendo esta verdad, para considerar su acto como natural, necesario, y justificarlo. En el primer caso, él prepara, para el futuro, una serie de actos de abnegación que derivan necesariamente del reconocimiento de la verdad; en el segundo caso, una serie de actos egoístas.

No digo que el hombre sea siempre libre para reconocer o no cada verdad. Existen verdades reconocidas desde hace mucho tiempo que se nos transmiten por la educación, por la tradición, y que penetraron en el alma hasta tal punto que se hicieron naturales; y existen verdades que se presentan mal definidas, vagas. El hombre no es libre para no reconocer las primeras y no es libre para reconocer las segundas. Pero existe una tercera categoría de verdades que aún no se han convertido en un motivo de acción inconsciente, pero que ya le son reveladas con tal claridad que él no puede no tomar partido y necesita reconocerlas o rechazarlas. La libertad del hombre se manifiesta precisamente en presencia de estas verdades.

Todo hombre se encuentra, durante su vida, en relación a la verdad, en la situación de un viajero que camina en la oscuridad con la claridad de una linterna cuya luz se proyecta delante de él; no ve lo que la linterna aún no ilumina; no ve siquiera el camino recorrido y que ya recayó en la oscuridad; pero en cualquier lugar que se encuentre, ve lo que está iluminando la linterna, y siempre es libre para escoger un lado u otro de la carretera.

Siempre existen verdades invisibles que todavía no han sido reveladas, ya vividas, olvidadas y asimiladas por el hombre, y ciertas verdades que surgen delante de él, a la luz de su inteligencia, y que él no puede no reconocer. Y aquello que llamamos libertad se manifiesta por el reconocimiento o por el no-reconocimiento de estas verdades.

Toda la aparente dificultad de la cuestión de la libertad proviene del hecho de que los hombres, que deben resolverla, representan al ser humano como inmóvil delante de la verdad.

Por supuesto el hombre no es libre, si nosotros lo representamos como inmóvil, si olvidamos que la vida de la humanidad es un movimiento continuo de la oscuridad en dirección a la luz, de la verdad inferior a la verdad superior, de la verdad mezclada de errores a la verdad más pura.

El hombre no sería libre si no conociera verdad alguna, y no sería igualmente libre, y tampoco tendría noción de libertad, si la verdad le fuera revelada en toda su pureza, sin mezcla de errores.

Pero el hombre no permanece inmóvil delante de la verdad y siempre, a medida que avanza en la vida, la verdad se le revela cada vez mejor, y él se libera cada vez más del error.

La libertad del hombre no consiste en su facultad de actuar independientemente del curso de la

vida y de las causas que en ella influyen, sino en poder, reconociendo y profesando la verdad que le fue revelada, hacerse libre y feliz artesano de la obra eterna realizada por Dios o por la humanidad, o, cerrando los ojos a esta verdad, hacerse su esclavo y ser dolorosamente arrastrado hacia donde no desea ir.

La verdad nos abre el único camino que la humanidad puede recorrer. Por eso los hombres necesariamente seguirán, libres o no, el camino de la verdad: unos, por propia iniciativa, cumpliendo la misión que se impusieron, otros, sometiéndose, involuntariamente, a la ley de la vida. La libertad del hombre reside en esta elección.

Esta libertad, en límites tan estrictos, parece a los hombres tan insignificante que ellos no la observan; unos, los deterministas, consideran esta partícula de libertad tan ínfima, que en manera alguna la reconocen; otros, los defensores de la libertad perfecta, viendo su libertad imaginaria, desprecian una libertad que les parece imperfecta. Encerrada entre los límites de la ignorancia absoluta de la verdad y del reconocimiento de una parte de esta verdad, esta libertad no es muy evidente⁸⁴, porque los hombres, reconozcan o no la verdad revelada, están obligados a adecuarla a su propia vida.

El caballo aparejado, con otros caballos, a una carroza no es libre para andar sino al frente de la carroza. Sin embargo, si no anda, la carroza lo empujará y estará forzado a continuar adelante. Pero, a pesar de esta libertad limitada, él es libre para tirar de la carroza o dejarse empujar por ella. De la misma forma, el hombre.

Esta libertad, comparada con la libertad fantástica que deseamos, sea grande o no, no importa; de hecho ésta es la que existe y en ésta consiste la felicidad accesible para el hombre. Y, no solo da a los hombres la felicidad, sino que además es el único medio de realizar la obra que la humanidad ansía.

Según la doctrina de Cristo, el hombre que ve el sentido de la vida en el campo en que ésta no es libre, en el campo de los efectos, o sea, de los actos, no vive verdaderamente. Sólo vive verdaderamente aquel que llevó su vida hacia el campo en que ésta es libre, en el dominio de las causas, es decir el reconocimiento y la práctica de la verdad revelada.

Consagrando su vida a los actos sensuales, el hombre realiza actos que siempre dependen de causas temporales, que se hayan fuera de él. Por sí mismo, nada hace, tiene la impresión de actuar, pero, en realidad, todos sus actos se ejecutan bajo la influencia de una fuerza mayor; él no es el creador de la vida, es su esclavo. Situando su razón de vivir en el reconocimiento y en la práctica de la verdad que le es revelada, ejecuta, identificándose con la fuente de vida universal, actos ya no personales, que dependen de las condiciones de espacio y tiempo, sino que teniendo causa, constituyen las causas de todo lo demás y tienen un significado infinito que nada limita.

Negando la esencia de la verdadera vida, que consiste en el reconocimiento y en la práctica de la verdad, y haciendo esfuerzos para mejorar la vida material, los hombres con conceptos paganos se asemejan a los pasajeros de un navío que, para llegar al final del viaje, apagan el fuego de las máquinas e intentan, durante la tempestad, seguir adelante por medio de remos que no tocan el agua, en vez de seguir el viaje con el auxilio del vapor y de las hélices que ya disponen.

“El reino de Dios se conquista con el esfuerzo, y solamente aquellos que hacen esfuerzos lo alcanzan.” (Mateo 11, 12). Este esfuerzo del sacrificio de las condiciones materiales para reconocer y practicar la verdad, este esfuerzo, con el cual se alcanza el reino de Dios, debe y puede hacerse en nuestros tiempos.

Bastaría que los hombres lo comprendieran, que dejaran de preocuparse de la vida material, donde no son libres, y dedicaran, en el entorno en el que pueden actuar libremente, solo la

84 N. T2: el los textos portugués e italiano se lee “es poco aparente”

centésima parte de su energía al reconocimiento y a la práctica de la verdad que tienen delante, para su propia liberación de la mentira y de la hipocresía que esconden la verdad, para que, sin esfuerzo o lucha, desaparezca de inmediato el falso orden social que hace a los hombres infelices en el futuro. Y entonces, se realizaría el reino de Dios, o al menos la primera etapa en esa dirección, para la cual los hombres ya están preparados por el grado de desarrollo de su conciencia.

Así como basta una sacudida para que la sal con que está saturado un líquido se cristalice instantáneamente, así tal vez bastaría hoy un mínimo esfuerzo, para que la verdad ya revelada se difunda entre centenares, miles y millones de hombres, para que se establezca una opinión pública correspondiente a la conciencia existente y para que, por lo tanto, todo el orden social se modifique. Y depende de nosotros hacer este esfuerzo.

Que cada uno de nosotros busque sólo comprender y reconocer la verdad cristiana que, bajo las más variadas formas, nos rodea por doquier y nos instiga; que cada uno de nosotros pare de mentir, aparentando no verla o desear practicarla, al menos en lo que exige de nosotros por encima de todo; que cada uno de nosotros reconozca esta verdad que nos llama, e inmediatamente percibiremos que centenares, miles, millones de hombres están en la misma situación, que, como nosotros, ven la verdad, pero temen, como nosotros, ser los únicos en practicarla y solo esperan que los otros también la reconozcan.

Que los hombres dejen de ser hipócritas, e inmediatamente verán que el duro orden social, que solamente los contiene y que aparece a sus ojos como algo indestructible, necesario, sagrado, y ordenado por Dios, ya vacila y sólo se mantiene con la mentira y con la hipocresía, y que permanece en pie únicamente por obra nuestra.

¿Pero, si así es, si es verdad que depende de nosotros abolir el actual régimen, tenemos nosotros el derecho de hacerlo, no sabiendo claramente lo que estableceremos en su lugar? ¿En qué se transformaría la sociedad?

¿Qué encontraremos al otro lado del muro del mundo que abandonamos? El miedo nos domina - vacío, espacio, libertad... - ¿Cómo proseguir sin saber lo qué hay después? ¿Cómo perder, con la esperanza de no obtener nada? Si Colón hubiera pensado así, nunca habría levantado el ancla. Era una locura lanzarse al océano sin conocer el camino, al océano donde nunca nadie se había arriesgado, para navegar en dirección a un país cuya existencia era hipotética. Gracias a esta locura, él descubrió un nuevo mundo. A buen seguro, si los pueblos se pudieran desplazar de una posada hacia otra mejor, sería más fácil, pero infelizmente no hay nadie para preparar el nuevo alojamiento. El futuro es aun más incierto que el océano, nada existe en él. Será cómo lo hagan las circunstancias y los hombres.

Si estáis contentos con el viejo mundo, buscad conservarlo, porque está gravemente enfermo y no vivirá por mucho tiempo; pero si os es insoportable vivir en eterno desacuerdo entre vuestra convicción y la vida, pensar de un modo y actuar de otro, apresuraos a dejar el refugio de las blancas bóvedas de la Edad Media, haya lo que haya. Bien sé que no es fácil. No es, a buen seguro, un pequeño sacrificio abandonar todo aquello a lo que estamos habituados desde la infancia, todo aquello en cuyo seno crecemos. Los hombres están preparados para grandes sacrificios, pero no para aquellos que de él exigen una nueva vida. ¿Estarán preparados para sacrificar la civilización moderna, su modo de vivir, la religión y su moral convencional? ¿Estaremos nosotros preparados para abandonar todos los frutos obtenidos con tanto esfuerzo y de los cuales nos vanagloriamos desde hace tres siglos, para abandonar todas las comodidades, todos los atractivos de la existencia, para preferir la juventud salvaje a la senilidad refinada, para derrumbar el palacio enhiesto por nuestros padres solamente por el placer de participar en los cimientos de una nueva casa que se construirá mucho tiempo después de nosotros?

HERZEN, vol. V, p. 55.

Así hablaba, hace cincuenta años, el escritor ruso que ya veía, con su espíritu profético, lo que ve el hombre más irreflexivo de hoy: la imposibilidad de continuar la existencia sobre sus antiguas

bases y la necesidad de establecer nuevas formas de vida.

Es evidente para el hombre más simple, para el menos inteligente, que sería una locura permanecer bajo el techo de una casa que amenaza con desmoronarse, que es necesario salir de la misma. Y, en realidad, sería difícil inventar una situación más infeliz que aquella en que se encuentra, hoy, el mundo cristiano, con sus pueblos armados unos contra los otros, con sus impuestos siempre más altos para dar continuidad a sus armamentos, con el odio siempre creciente de las clases obreras contra los ricos, con la guerra pendiente sobre todos como la espada de Damocles, preparada para caer en cualquier instante y que, de hecho, caerá, un día u otro.

Difícilmente cualquier revolución podrá ser más perjudicial para el pueblo que el orden, o mejor, el desorden actual, con sus habituales víctimas del trabajo sobrehumano, de la miseria, de la embriaguez, de la depravación, y con todos los horrores de la próxima guerra que se llevará en un año más víctimas que todas las revoluciones del siglo actual.

¿Qué le ocurrirá a la humanidad si cada uno de nosotros realiza lo que Dios le pide a través de nuestra conciencia?

¿Será, tal vez, pernicioso que, por orden de un maestro, yo ejecute, en la escuela creada y dirigida por él, aquello que me lleva a hacer, aunque me parezca extraño, a mí que no conozco el objetivo final que se propuso? Pero los hombres no están siquiera preocupados con esta pregunta: “¿Qué ocurrirá?”, cuando hesitan en cumplir la voluntad del maestro: ¿se preguntan cómo vivir fuera de las condiciones habituales de la vida que llamamos civilización, cultura, ciencias, artes? Sentimos personalmente todo el peso de la vida presente, percibimos hasta que el orden de esta vida, si continúa, nos arruinará infaliblemente; pero, al mismo tiempo, deseamos que las condiciones de nuestra vida - civilización, cultura, ciencias, artes - permanezcan igual, a pesar de los cambios habidos en el orden actual. Sería como si el hombre que habita una vieja casa donde sufre con el frío y otros mil inconvenientes, sabiendo que se derrumbará de un momento a otro, sólo consintiera en su reconstrucción mediante el acuerdo de no salir de ella, acuerdo que equivaldría a rechazar que la reconstruyan.

“¿Y qué acontecerá si, saliendo de la casa, yo me privo de todas sus ventajas y si no fuera construida una nueva, o si la construyen de otro modo, y en ella nada se encuentre de aquello a lo que yo estoy acostumbrado?” Pero, una vez que los materiales existen, una vez que los constructores existen, todo nos lleva a creer que la nueva casa se construirá, y en mejores condiciones que la antigua. Por otro lado, no solo es probable sino que también cierto que la vieja casa caerá y enterrará bajo sus ruinas aquellos que en ella permanezcan. Que las antiguas condiciones de vida desaparezcan, que se establezcan nuevas, mejores, porque de cualquier modo es ineludible que se abandonen las antiguas, convertidas en imposibles y mortales, y se camine hacia el encuentro del futuro.

“¡Pero las ciencias, el arte, la civilización, todo desaparecerá!”

Pero, puesto que todas esas cosas no son sino diferentes manifestaciones de la verdad, puesto que el cambio a llevarse a cabo tiene como objetivo la aproximación a la verdad y su realización, ¿cómo podrían las manifestaciones de la verdad desaparecer a consecuencia de su ejecución? Estas manifestaciones serán diferentes, mejores y superiores, pero no desaparecerán. Desaparecerá solamente lo que en ellas había de mentiroso, lo que contenían de verdadero únicamente resplandecerá todavía más.

Tomen conciencia los hombres, y crean en el Evangelio, en la adoctrinada felicidad. Si no toman conciencia perecerán todos, como perecieron los hombres que Pilatos mató, como perecieron aquellos que fueron aplastados por la mítica Semíramis, como perecieron millones y millones de hombres asesinados y que habían asesinado, condenados a muerte y que habían condenado a

muerte, torturados y que habían torturado, y como pereció absurdamente el hombre que llenó sus graneros y esperaba vivir en ellos por mucho tiempo, allí murió en la misma noche en que quiso comenzar aquella vida.

“Tomad conciencia, hombres, y creed en el Evangelio”, dijo Cristo hace 18 siglos; y él lo dice con mayor fuerza hoy que la desgracia que vaticinó ya ocurrió y que nuestra vida alcanza el último grado de locura y sufrimiento.

Después de tantos siglos de vanas tentativas para hacer nuestra vida tranquila, con la ayuda del orden pagano de la violencia, tendría que ser evidente que todos los esfuerzos dirigidos hacia este fin traen solo nuevos peligros para la vida personal y social, en vez de hacerla más segura.

Sea cual sea el nombre que nos demos, sean que cuales sean las ropas que vistamos, sea cual sea el sacerdote que nos dé la unción, sea cual que sea la cantidad de millones que poseamos, sea cual sea el número de centinelas que se interpongan en nuestro camino, sea cual sea el número de policías encargados de proteger nuestra riqueza, sea cual sea el número de supuestos delincuentes, revolucionarios o anarquistas que condenemos a muerte, sean cuales sean nuestros gestos, sea cual sea el Estado que fundemos, las fortalezas y las torres que levantemos, desde la torre de Babel a la torre Eiffel, dos condiciones ineludibles tenemos siempre delante y eliminan por completo el sentido de la vida: primero, la muerte, que puede alcanzarnos en cualquier instante; segundo, la fragilidad de todas nuestras obras que desaparecen demasiado deprisa y sin dejar rastro alguno. Hagamos lo que hagamos: que construyamos palacios y monumentos, que escribamos poemas y cantos, nada de eso dura por mucho tiempo, todo pasa sin dejar vestigio alguno. Por eso, aunque lo escondamos cuidadosamente de nosotros mismos, podemos ver que el sentido de nuestra vida no puede residir ni en nuestra existencia material, sujeta a sufrimientos ineludibles y a la muerte, ni en cualquier institución u orden social.

Seas quién seas tú que lees estas líneas, piensa en tu situación y en tus deberes, no en tu situación de propietario, de comerciante, de juez, de rey, de presidente, de ministro, de sacerdote, de soldado, que te dan temporalmente los hombres, y no en los deberes imaginarios que esa situación te crea, sino en la situación verdadera, eterna, del ser que, por voluntad de Alguien, después de toda una eternidad de no existencia, salió de la inconsciencia, y que puede en cualquier instante, por la misma voluntad, devolvarte a ella; y piensa en tus verdaderos deberes que resultan de tu verdadera situación de estar llamado a la vida y dotado de inteligencia y de amor. ¿Haces realmente aquello que te pide Aquel que te envió al mundo y al cual retornarás dentro de poco? ¿Haces realmente aquello que Él te pide? ¿Haces esto cuando, propietario, dueño de una fábrica, quitas a los pobres el fruto de su trabajo, basando tu vida en esta expoliación, o cuando, gobernante, juez, violentas a los hombres, los condenas y los mandas a la muerte, o cuando, militar, te instruyes para la guerra y la haces, y saqueas y matas?

Dices que el mundo está organizado así, que todo esto es ineludible, que lo haces contra tu voluntad. Pero, con tan fuerte repugnancia por los sufrimientos de los hombres, por las violencias y por el homicidio, con tan irresistible necesidad de amor recíproco, viendo claramente que solo la igualdad entre todos los hombres y su deseo de ayuda mutua pueden realizar la mayor suma de felicidad posible, cuando el corazón, el intelecto, la fe te dicen lo mismo, y cuando la ciencia te lo repite, es posible que estés obligado, por no sé qué argumentos confusos y marañas, a hacer exactamente lo contrario: propietario o capitalista, a basar tu vida en la opresión del trabajador; rey o presidente, a comandar el ejército, es decir, a ser líder y guía de masacres; funcionarios a tomar de los pobres sus últimas pertenencias para beneficiarte de ellos personalmente o darlas a los ricos; juez o jurado, a condenar al sufrimiento o a la muerte a hombres desencaminados, porque no se les mostró la verdad, o, sobre todo, y ésta es la base de todo el mal, ¿qué tú, joven, estés obligado a hacerte soldado y, renunciando a tu voluntad y a todos tus sentimientos humanos, te empees en matar, según la voluntad de extraños, a todos aquellos que te ordenaran matar?

Esto es imposible.

Si todavía se te dice que todo esto es necesario para el mantenimiento del orden actual, y que este orden, con la penuria, con las palizas, con las prisiones, con los patíbulos, con los ejércitos, con las guerras, es necesario a la sociedad; que, si este orden desapareciera, habría desventuras mayores, esto te lo dicen aquellos que se benefician de este orden, mientras todos aquellos que debido a él sufren, y son diez veces más numerosos, piensan y dicen lo contrario. Y tú aun, en el fondo de tu corazón, sabes que esto no es verdad, y que el orden actual ya tuvo su tiempo, que debe ser inevitablemente reconstituido sobre nuevas bases y que, por lo tanto, nada te obliga a sostenerlo, sacrificando los sentimientos humanos.

Aún admitiendo que este orden sea necesario, ¿por qué te crees en el deber de sostenerlo, pisoteando tus mejores sentimientos? ¿Quién te hizo sostenedor de esta organización moribunda? Ni la sociedad ni el Estado; nadie jamás te pidió que ocupes la posición de propietario, de comerciante, de soberano, de sacerdote o de soldado; y sabes muy bien que ocupas tu posición, no por el fin desinteresado de mantener el orden de la vida necesario para la felicidad de los hombres, sino por tu propio interés: la satisfacción de tu codicia, de tu vanidad, de tu ambición, de tu pereza y de tu villanía. Si tú no desearas esta situación, no harías cualquier cosa por mantenerla. Intenta no cometer más los actos crueles, pérfidos y abyectos que cometes para conservar tu posición, e inmediatamente la perderás. Intenta, jefe de Estado o funcionario, no mentir más, no participar más en actos de violencia y en ejecuciones de muerte; sacerdote, no engañar más; militar, no matar más; propietario o dueño de fábrica, no defender más tu propiedad con fraudes y con violencias, e inmediatamente perderás la situación que supones te ha sido impuesta y que parece pesarte.

Es imposible que el hombre se sitúe, contra su voluntad, en una situación contraria a su conciencia.

Si te encuentras en esa situación, no es porque eso sea necesario a cualquier persona sea quien que sea, sino simplemente porque así lo deseas. Por eso, sabiendo que esta posición repugna enormemente a tu corazón, a tu razón y a tu fe, y hasta la ciencia en la cual tienes fe, es imposible no insistir en la cuestión de saber si, conservándola y, sobre todo, buscando justificarla, haces realmente aquello que debes hacer.

Podrías correr el riesgo, si hubiera tiempo para ver tu culpa y expiarla, y si corrieras tal riesgo por algo de valor. Pero, cuando sabes sin ningún tipo de duda que puedes desaparecer de un momento a otro, sin la mínima posibilidad, ni para ti, ni para aquellos que arrastras con tu culpa, de expiarla, cuando sabes, aun, que lo que quiera que hagas en el orden material del mundo, todo desaparecerá deprisa e infaliblemente como también tú mismo, sin dejar vestigio alguno, es evidente que no tienes ninguna razón para asumir la responsabilidad de una culpa tan terrible.

Esto sería así, tan simple y tan claro, si nuestra hipocresía no obscureciese la verdad que nos es indiscutiblemente revelada. Reparte con los demás lo que tienes, no acumules riquezas, no te enorgullezcas, no robes, no hagas sufrir, no mates, no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran. Todo esto se dijo no hace cincuenta años, sino hace 18 siglos, y no podría haber dudas en cuanto a la verdad de esta ley si no existiera la hipocresía. Aunque no se pusiera en práctica no habría sido posible, al menos, no reconocerla y no decir que quién la practica obra mal...

Pero dices que existe la felicidad universal, que, por ella, se puede y se debe no conformarse con estas reglas: para el bienestar general se puede matar, violentar, asaltar. Es mejor que un solo hombre perezca, en vez de un pueblo entero, dices como Caifás y suscribes la condena a muerte de un hombre, de otro, de un tercero; cargas tu fusil contra aquel hombre que debe perecer por el bien general, lo encierras en prisión, le quitas todo lo que posee. Dices que llevas a cabo estas crueldades porque formas parte de la sociedad, del Estado, porque tienes el deber de servirlo, y, como propietario, juez, soberano, soldado, debes actuar conforme a sus leyes.

Pero, si tú perteneces al Estado y si esta posición te crea deberes, perteneces también a la vida eterna y a Dios, y esto también te impone deberes. Y, como tus deberes de familia y de sociedad están sujetos a los deberes superiores del Estado, de igual forma estos últimos deben necesariamente estar subordinados a aquellos que te dictan la vida eterna y Dios. Y, así como será insensato derribar los postes de los hilos telégrafos para suministrar combustible a una familia o a una sociedad con el fin de mejorarle su bienestar, lo que comprometería los intereses generales, de igual forma es insensato violentar, juzgar, matar, para mejorar el bienestar de la nación, porque eso compromete los intereses de la humanidad.

Tus deberes de ciudadano no pueden no subordinarse a los deberes superiores de la vida eterna de Dios y no pueden contradecirlos, como dijeron, hace 18 siglos, los discípulos de Cristo: "Juzgad si es justo a los ojos de Dios obedecer más a vosotros que a Dios" (Actos 4,19) y: "Es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres" (Actos 5,29).

Te aseguran que debes, para que el orden inestable, establecido en cualquier parte del mundo por algunos hombres, no se destruya, llevar a cabo actos de violencia que destruye el orden eterno e inmutable establecido por Dios y por la razón. ¿Es, quizás, esto posible? Por eso no puedes no reflexionar sobre tu posición de propietario, comerciante, juez, rey, presidente, ministro, sacerdote, soldado, que es inherente a la opresión, a la violencia, a la mentira, al homicidio, y no reconocer su ilegitimidad.

No digo que, si eres propietario, debas entregar inmediatamente tu tierra a los pobres; capitalista o dueño de una fábrica, tu dinero a los obreros; que, soberano, ministro, funcionario, juez, general, tú debas renunciar de inmediato a las ventajas de tu posición, y, soldado (sobre los cuales se basa todo el sistema de la violencia), negarte inmediatamente a obedecer, no obstante todo el peligro de tu insubordinación.

Si lo hicieras, sería un acto heroico. Pero puede acontecer, y es lo más probable, que no tengas la fuerza: tienes relaciones, una familia, subordinados y jefes, estás bajo una influencia tan fuerte que no te puedes liberar, pero siempre puedes reconocer la verdad y no mentir. No afirmarás que permaneces como propietario, fabricante, comerciante, artista, escritor, porque es útil a los hombres, que eres gobernador, fiscal, soberano, no porque te agrada, porque estás habituado, sino por el bien público, que continúas siendo soldado, no por miedo al castigo, sino porque consideras al ejército necesario para la sociedad. Siempre puedes no mentirte de esta forma a ti mismo y a los demás, de hecho no debes, porque el único objetivo de tu vida debe ser el de liberarte de la mentira y de profesar la verdad. Y bastaría que lo hicieras para que la situación cambiara rápidamente, por sí misma.

Eres libre para llevar a cabo sólo esto: reconocer y profesar la verdad.

Por eso, por el simple hecho de que hombres, como tú, desvirtuados y miserables, te hicieron soldado, soberano, propietario, capitalista, sacerdote, general, te pones a llevar a cabo actos de violencia evidentemente contrarios a tu razón y a tu corazón, a basar tu vida en la desventura ajena, y sobre todo, en lugar de cumplir el único deber de tu vida, reconocer y profesar la verdad, finges no conocerla y la ocultas de ti mismo y de los demás.

¿Y en qué condiciones lo haces? Tú, que puedes morir de un momento a otro, suscribes sentencias de muerte, declaras la guerra, de ella tomas parte, juzgas, torturas, explotas a los obreros, vives en el lujo en medio de los pobres y enseñas a los hombres débiles, que tienen fe en ti, que así debe ser y que este es el deber de los hombres; y, puede, sin embargo, acontecer que, en el momento en que así actúas, un bacilo o una bala te alcance y caigas y mueras, perdiendo para siempre la posibilidad de ver el mal que hiciste a los otros y sobre todo a ti mismo, consumando inútilmente una vida que te fue dada una sola vez en toda la eternidad, y sin haber realizado la única cosa que deberías realizar.

Por más común y antiguo que nos pueda parecer, por más perturbados que estemos por la hipocresía y por la auto-sugerencia que de ella resulta, nada puede destruir la certeza de esta verdad simple y clara: ninguna condición material puede garantizar nuestra vida, que los ineludibles sufrimientos acompañan y a la cual la muerte infaliblemente pone fin, y que, por lo tanto, no puede haber ningún otro sentido excepto el cumplimiento constante de aquello que nos pide el Poder que nos puso en la vida con una única guía verdadera, la razón consciente.

He ahí por qué este Poder no nos puede pedir lo que es irracional e imposible: el orden de nuestra vida material temporal, la vida de la sociedad y del Estado. Este Poder nos pide sólo lo que es racional, verdadero y posible: servir al reino de Dios, o sea, colaborar para el establecimiento de la mayor unión entre todos los seres vivos, unión solamente posible en la verdad revelada; lo que siempre está en nuestro poder.

“Buscad, en primer lugar, el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mateo 6,33). El único sentido de la vida es servir a la humanidad, colaborando para el establecimiento del reino de Dios, lo que no podrá hacerse si cada uno de los hombres no reconoce y no profesa la verdad.

“La venida del Reino de Dios no es observable. No se podrá decir: ‘¡Helo aquí! o, ¡Helo allí!’ porque el Reino de Dios está dentro de vosotros.”⁸⁵ (Lucas 17, 20-21)

Yásnaya Poliana.

14/26 mayo 1893.

FIN

⁸⁵ N. T2: Una cita muy parecida también se puede leer en el Evangelio según Tomás hallado en 1945, 35 años después de la muerte de Tolstói. Dice así: **3.** Dijo Jesús: «Si aquellos que os guían os dijeron: *Ved, el Reino está en el cielo*, entonces las aves del cielo os tomarán la delantera. Y si os dicen: *Está en la mar*, entonces los peces os tomarán la delantera. **Mas el Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros. Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y caeréis en la cuenta de que sois hijos del Padre Viviente. Pero si no os conocéis a vosotros mismos, estáis sumidos en la pobreza y sois la pobreza misma»**

La vida y la doctrina de Jesús

En su niñez, llamaba Jesús su Padre á Dios.

Vivía entonces en Judea el profeta Juan, que anunciaba la venida de Dios á la tierra: decía que si mudasen los hombres de manera de vivir, si se tratasen como iguales, si no se ofendiesen y se ayudasen mutuamente, bajaría Dios á la tierra y establecería en ella su reino.

Después de oír estas predicaciones, retiróse Jesús al desierto para meditar acerca del sentido de la vida y las relaciones entre el hombre y el principio infinito de todas las cosas, llamado Dios. Jesús reconocía como Padre suyo aquel principio infinito, al cual daba Juan el nombre de Dios.

Cuando hubo permanecido muchos días en el desierto, pasando hambre y sin alimentarse, pensó Jesús:

—Siendo el hijo de un Dios omnipotente, debo de ser tan poderoso como Él; pero tengo hambre, y sin embargo, no puede mi voluntad proporcionarme pan; luego no soy todopoderoso.

É inmediatamente añadió para sí:

—No puedo transformar en pan las piedras, pero puedo abstenerme de comer pan. Por consiguiente, si no soy poderoso por la carne, lo soy por el espíritu. Puedo vencer la carne: luego soy hijo de Dios, no en el cuerpo, sino en el espíritu. De modo, que si en espíritu soy hijo suyo, puedo despojarme de mi carne y destruirla. Pero, por otra parte, mi espíritu nació con envoltura corporal por voluntad de mi Padre, y no puedo oponerme á su voluntad. Por lo tanto, si no puedo satisfacer los deseos de la carne, ni despojarme de ella, debo servirla y gozar de cuantas satisfacciones me proporciona.

A esto hízose la siguiente objeción:

—Ni puedo satisfacer los deseos de mi carne, ni puedo reducirla, pero como mi vida es omnipotente por el espíritu de mi Padre, debe mi carne servir á ese espíritu únicamente: á mi Padre.

Y convencido de que la vida del hombre depende del espíritu del Padre, dejó Jesús el yermo y empezó á predicar su doctrina.

Decía que el espíritu estaba en él, que quedaba abierto el cielo, que se habían unido á las del hombre las fuerzas celestiales, que empezaba para todos una vida infinita y libre, y que los hombres en su totalidad, por desdichados que fuesen, podían ser felices.